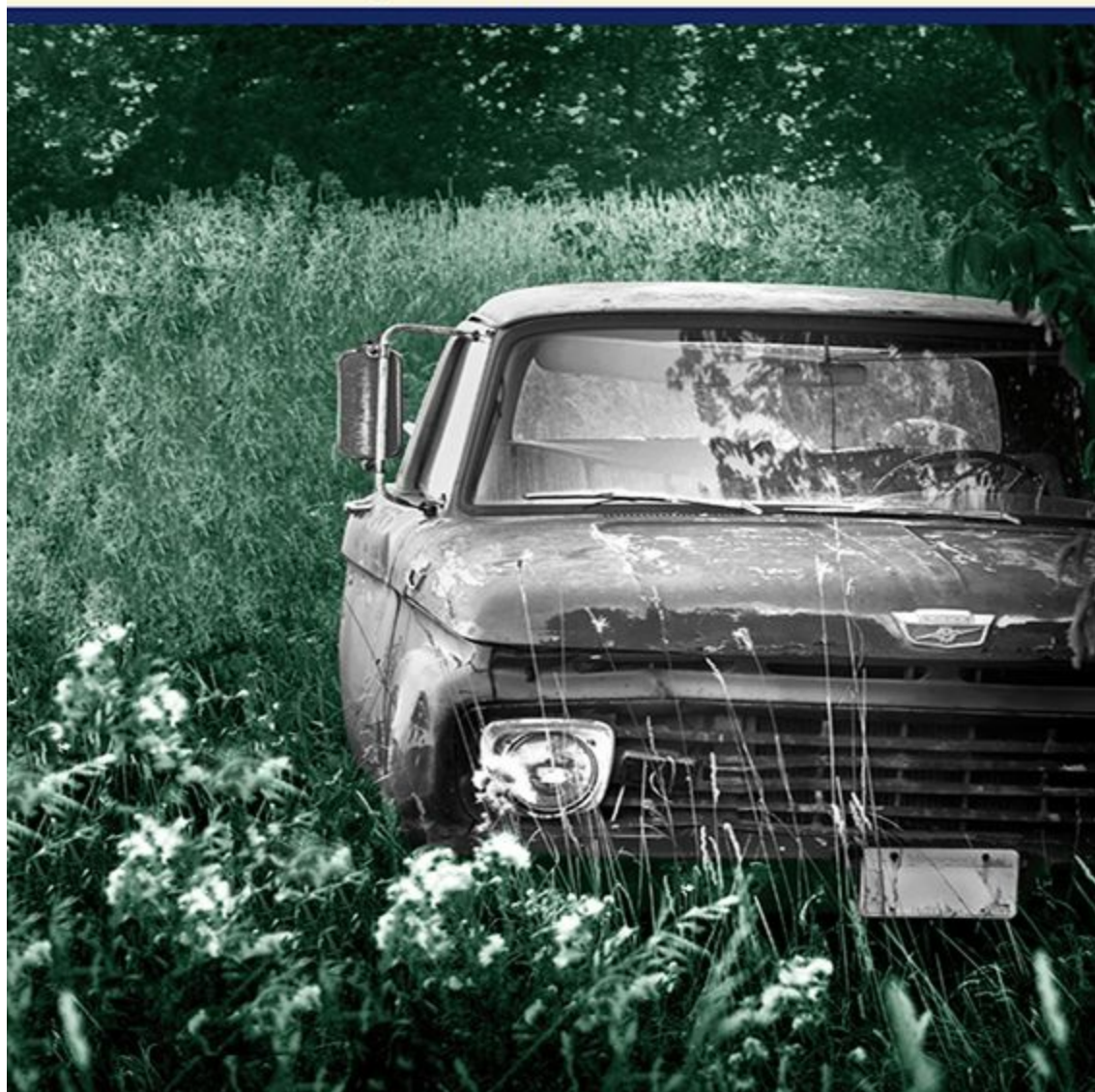


La fiebre del carbón TAWNI O'DELL

Nuevos Tiempos Siruela



Tawni O'Dell

La fiebre del carbón

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A mis abuelos, Naomi Rebecca y H. E. Burkett,
por el amor que se tenían el uno al otro y a ese pedazo de tierra
en Pensilvania, que me inspira y me sostiene siempre.*

Índice

LA FIEBRE DEL CARBÓN

Un recuerdo

Domingo

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Otras obras de Tawni O'Dell

LA FIEBRE DEL CARBÓN

EMPRESA MINERA DE CARBÓN J&P, N.º 9

14 de marzo, 1967

Un recuerdo

El día de la explosión en Gertie vi a mi padre cuando se iba a trabajar, como todas las mañanas. Los hombres que hacían ese turno en la mina lo llamaban mañana, pero para mí aún era noche cerrada, fría y silenciosa, salvo por el rumor lejano de los hornos de coque cada vez que las puertas se abrían y rugían las hogueras en el interior. Desde la ventana de mi habitación veía ensartadas en la ladera distante las bocas al rojo vivo, que se apagaban a un ritmo sostenido como cien ojos furiosos al acecho de nuestro valle.

No sabía muy bien qué era lo que me despertaba. Quizá el chirrido de los muelles del colchón cuando mi padre se levantaba de la cama en la habitación de al lado, o las palabras apenas audibles que intercambiaba con mi madre al despedirse, o el ruido de sus botas con puntera de acero al ir de un lado a otro por la cocina mientras se hacía el café.

Sea lo que fuera, conseguía arrancarme de la cama y mandarme medio dormido y descalzo por el suelo frío hasta la ventana de mi cuarto, donde esperaba a que mi padre saliera y cruzara el jardín de nuestra casa, al mismo tiempo que decenas de otros hombres cruzaban el jardín de sus casas, con el almuerzo en unas fiambreras plateadas del tamaño de cajas de herramientas, mascando ya solemnemente el tabaco para combatir la aspereza que les dejaba la carbonilla en la garganta.

No se reunían en la calle para ir todos juntos al trabajo, como cuando mi madre tenía mi edad y desde la ventana veía a su padre y a los demás hombres salir de las casas de tres habitaciones cubiertas de hollín en el pueblo minero, abandonado ya, que había a unos pocos kilómetros de aquí, siguiendo la vía del ferrocarril. Mi padre y los demás se marchaban de uno en uno, aunque, a la vez, en una soledad sincronizada.

Siempre le decía adiós desde la ventana cuando se paraba junto a la puerta del coche y levantaba la vista, y él siempre me hacía un gesto con la cabeza y esbozaba una media sonrisa, como si me reprochara que me hubiera levantado pero también me dijera que, mientras mi madre no se enterara, no había problema. Era un secreto que compartíamos solo nosotros dos, de hombre a hombre.

Hasta que la última luz trasera del último coche o camioneta desaparecía de vista en la carretera al tomar la curva no me volvía a la cama, aunque ya no me durmiese.

Me detenía frente a la estantería de madera que me había hecho mi padre y contemplaba con orgullo mi pequeña biblioteca, que poco a poco iba creciendo con libros del abecedario y de los números, libros de camiones y de trenes, los libros de Little Golden y del doctor Seuss, y un compendio de las canciones de *Mamá Oca* que mi madre conservaba desde niña.

Al final estaba el ejemplar de *Maravillas de la naturaleza* que Santa Claus me había

dejado al pie del árbol el año anterior. Cada mañana me volvía a la cama y, arrebujaado bajo las mantas con mi libro y mi linterna, buscaba la página de los perritos de la pradera, donde aparecía el diagrama del intrincado laberinto subterráneo en el que vivían, y dejaba volar la imaginación hasta el lugar adonde mi padre iba a trabajar todos los días.

No sabía gran cosa de ese lugar, porque mi padre y los demás mineros nunca hablaban de trabajo; solo hablaban del miedo que les daba perderlo. De lo poco que sabía me había enterado por mi madre, que una vez me explicó que trabajaban en túneles bajo tierra, de donde se extraía el carbón que tan importante era para todo el mundo. Nos suministraba la energía. Servía para hacer el acero con el que se construían los edificios. Sin carbón, el país se pararía en seco.

Me impresionó sobre todo que trabajaran en túneles bajo tierra; más incluso que la idea de un colosal chirrido de frenos que se oyera de una punta a otra de los Estados Unidos y que todo absolutamente se paralizara, hasta que mi padre, y el abuelo, y el tío Kenny, y Val, mi vecino, y el padre de Steve, mi mejor amigo, y el novio de mi profesora, la señorita Finch, y el padre de Jess, Clive Raynor, a quien apodaban Chimp porque uno de los mineros dijo una vez que prefería picar carbón con un chimpancé antes que trabajar a su lado, volvieran a las minas a extraer más carbón.

Fue lo de los túneles lo que me intrigó. Sabía que algunos animales como las marmotas, los topos o las serpientes vivían bajo tierra, pero no lograba imaginarme a los hombres ahí abajo.

Descubrí el mapa de la colonia donde vivían los perritos de la pradera en el libro que encontré junto al árbol la mañana de Navidad. Me acerqué a mi padre, que estaba sentado en su silla favorita fumando un cigarrillo y tomando una taza de café, sin entender por qué miraba de aquella manera tan rara a mi madre, que estaba en el sofá con las piernas desnudas bajo el albornoz, acariciando el salto de cama rosa satinado que le había traído Santa Claus.

Mi padre también llevaba un albornoz, uno de color gris, encima de un pijama del mismo color. Solo lo vi en pijama la mañana de Navidad y la vez que tuvo la gripe y mi madre lo obligó a faltar un día al trabajo. No le quedaba bien, se le veía incómodo, casi avergonzado, como si fuera un disfraz que quisiera quitarse cuanto antes.

Sostuve en alto el libro nuevo hasta que dejé de mirar a mamá a través de las volutas de humo suspendidas en el aire, después de una última calada al cigarrillo, y abriéndolo por la página donde aparecía la colonia de los perritos de la pradera, le pregunté si una mina era algo parecido.

Cogió el libro y lo estudió con la misma seriedad con que abordaba todos los libros y todas las preguntas, y luego me miró con sus ojillos azules acerados, dos destellos de un color vivísimo en un hombre por lo demás completamente descolorido.

A veces, por la noche, observándolo en la cocina verde y amarilla mientras se aseaba después del trabajo, con el torso descubierto y los brazos sumergidos hasta el codo en el agua negruzca, me lo imaginaba como una silueta recortada de una fotografía en blanco y negro, pegada sin ton ni son en el mundo real, y, al igual que la gente de las fotografías en blanco y negro, parecía más nítido que la gente con mucho color.

Pálido de piel, moreno de pelo, la barba gris incipiente, los pantalones de trabajo grises, el polvillo negro del carbón, el humo gris del cigarrillo ascendiendo entre sus dedos o sus labios, y un tatuaje azulado bajo el vello oscuro de su duro antebrazo izquierdo, el dibujo de un hombre resplandeciente con un poblado bigote clavado en una cruz, igual que Jesús en la iglesia. El hombre del bigote me parecía feo y amenazador, pero ejercía en mí una extraña fascinación, sobre todo cuando mi padre me alzaba sobre sus rodillas y, siguiendo con un dedo el perfil sobre su piel, repetía: «Stalin».

—Se parece mucho, sí —me dijo al cabo, con su duro acento—. Excepto esto. Mira.

Al sonido de esa orden, mi hermana Jolene dejó los cacharritos del juego de té que estaba colocando en el suelo y se acercó con su andar vacilante a mirar también el libro, acompañada por el tintineo que hacían las cuentas de plástico doradas y plateadas de sus pulseritas y collares nuevos.

Mi padre señaló los distintos túneles de fuga que los perritos de la pradera habían cavado para comunicar su mundo subterráneo con el mundo de la superficie.

—No tenemos esto —nos dijo—. Hay un único camino para entrar y para salir.

Estaba con mi libro de *Maravillas de la naturaleza* en la mesa de la cocina cuando Gertie explotó. Iba pasando las páginas mientras desayunaba, ya tarde, y puede que incluso estuviera mirando los perritos de la pradera y pensando en mi padre en el preciso momento en que quizá volvió la cabeza hacia la bola de fuego, un instante antes de morir abrasado. O quizá ni la viera venir. Quizá quedara sepultado por toneladas de tierra sin previo aviso. Quizá se le rompieran los huesos, se le aplastaran los órganos internos, perdiera el sentido y su existencia se borrara antes de tener oportunidad de entender lo que pasaba. Aunque lo dudo.

Había sido minero desde que era un chaval y, como todos los mineros, conocía el lenguaje del tajo. Agrietamientos, siseos, susurros, chasquidos, crujidos, gemidos, borboteos, cada ruido tenía un significado para ellos: una fuga de metano inflamable, un manantial de agua subterráneo que podía inundar un conducto, una sección de techo debilitada a punto de desfondarse. Al menor golpe de una pala, la pared les respondía. Seguro que, antes de venirse abajo, aquel día la mina se estremeció y gritó de un modo que todos reconocieron.

Yo iba al jardín de infancia por las tardes, así que pasaba las mañanas en casa. Estaba concentrado en un cuenco de cereales Alpha-Bit, intentando componer mi nombre con las letras azucaradas, frustrado porque me faltaba la uve. Jolene estaba en la trona haciendo un dibujo con su cuchara de niña grande en la compota de manzana que había esparcido por toda la bandeja. Estaba resfriada, y mamá apareció sigilosamente por detrás de ella con un frasco de jarabe rojo para la tos y una cucharilla.

Primero fue la explosión, un colosal trueno subterráneo que sacudió nuestra casa y rompió los cristales de las ventanas en un instante musical apoteósico, como si un millón de campanas de cristal repicaran a la vez.

A mamá se le cayó la cucharilla en la mesa y las vibraciones la hicieron rebotar sobre la formica, dejando una estela de gotas rojas brillantes, como si a alguien le sangrara la nariz. Mi madre palideció mientras a nuestro alrededor las puertas de los armarios se

abrían de golpe y los platos caían, los cuadros saltaban de las paredes, las latas de comida se volcaban de las estanterías y rodaban por el suelo.

El temblor y el sonido cesaron de pronto, con la misma brusquedad con que habían empezado. La habitación se llenó de una calma absoluta, tan estridente como la explosión misma, que retumbó tan fuerte en mis oídos que tuve que tapármelos con las manos, como si de algún modo comprendiera que el silencio era aún peor.

Jolene rompió a llorar. Mamá no se dio cuenta. Miraba fijamente la pared, hacia donde durante toda su vida había visto colgado el bien máspreciado de mi padre: el retrato de un rey de mirada penetrante, con un bigote que caía hasta el mentón, envuelto en regias sedas y con una sencilla corona de metal forjada a golpes de martillo, similar a la que un niño se hubiera hecho con una lata vieja y piedras preciosas de bisutería. Era el único objeto que había podido rescatar de lo que quedó de la granja de su familia, en Ucrania, después de la guerra.

VLADIMIR EL GRANDE, SUPREMO SOBERANO, se leía en la pequeña placa de oro al pie del marco.

—¿Supremo soberano de qué? —le preguntó Val a mi madre una vez.

—De nuestra cocina —contestó ella.

Ahora el retrato estaba en el suelo, bocabajo, entre cristales hechos añicos.

Aguardé a ver cómo reaccionaba mi madre. Vladimir era sagrado para mi padre, al igual que el enorme marco de molduras doradas que había comprado con la primera paga que le dieron en los campos mineros de Illinois, años antes de trasladarse al este de Pensilvania. Mi madre no apartaba la vista de la pared, y me di cuenta de que no miraba nada. Estaba paralizada por el miedo, a la espera de que ocurriera algo.

Aunque nunca habíamos oído el sonido, cuando al fin llegó lo asociamos instintivamente con la muerte. Era un gemido grave, quejumbroso, que se elevaba hasta convertirse en un aullido inquietante, misteriosamente humano e inhumano a la vez, como si la tierra misma chillara de dolor.

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas y empezó a temblarle la boca. No pude oír su voz por encima del grito de la sirena, pero le leí los labios. No pronunció el nombre de papá, ni el de ningún otro conocido que trabajara en el turno de la mañana. Nada más dijo: los hombres.

Antes de darme cuenta de lo que ocurría, mi madre se abalanzó hacia mí y me agarró del brazo, derribando la silla con el impulso. Levantó a Jolene y se la cargó a la cadera, y echó a andar tirando de mí. Corrimos hasta la puerta de casa, sorteando los muebles caídos y pisando los cristales rotos de la ventana esparcidos por la moqueta.

Una a una, las mujeres de Coal Run se unieron a nosotros. Mujeres a las que conocía bien. Mujeres a las que apenas conocía. Mujeres que a mi madre le caían bien. Mujeres que no. Viejas y jóvenes. Gordas y delgadas. Guapas y feas. Algunas embarazadas, otras no. Algunas en bata de andar por casa, otras con vaqueros y blusas de algodón, como mi madre.

Salieron apresuradamente de sus hogares y se pararon en seco, como si una puerta invisible se hubiera cerrado de golpe justo delante de ellas. Agarraban un hombro, un

brazo de sus hijos, un plato del desayuno que estaban fregando, o ropa a medio doblar.

Todas miraban en la misma dirección, un punto a poco más de tres kilómetros de distancia que no se veía desde nuestras casas pero que en ese momento señalaba una fina columna de humo negro que ascendía perezosamente hacia el cielo azul. Escruté los rostros ladeados y, por un instante, todos sus rasgos superficiales se desprendieron y no quedaron más que las caras de las hijas y las hermanas y las esposas y las madres de los mineros.

Una mujer gritó como una niña en una película de terror. Una mujer gimió y se desplomó en el suelo. Fueron los únicos indicios de histeria. Las demás, movidas por un sentido del deber más poderoso que su perplejidad, se apresuraron a entrar en sus casas medio derruidas y salieron enseguida con las llaves del coche y el bolso a cuestas.

La vecina de al lado, Maxine, fue corriendo hasta el coche. Su hijo Val había abandonado los estudios el año anterior para ponerse a trabajar en Gertie. Maxine le gritó a mi madre que fuera con ella. Mamá no le hizo caso y echó a correr.

Corriendo por la acera de la calle, sentía su mano en mi brazo como un torniquete. Las piernas no me alcanzaban para seguirla. Me caí, y ella me levantó de un tirón. Volví a caerme, y tiró de mí más fuerte, gritándome que me levantara. Jolene lloriqueaba por los golpes que se iba dando contra la cadera de mi madre.

Yo también me puse a llorar. A nuestro alrededor todo se desmoronaba. La carretera se había hundido en algunas zonas. Había casas con una mitad desfondada. Vi a un perro que desaparecía con un gañido solitario mientras trataba inútilmente de aferrarse al suelo con las patas, arrastrado por el peso de la caseta a la que estaba encadenado. Creí que era el fin del mundo. No sabía que los túneles de la mina que discurrían por debajo del pueblo se estaban desmoronando.

Mamá seguía corriendo, ajena a todo. Pronto reparé en que pasaban junto a nosotros coches y camionetas. Al principio unos pocos, luego una procesión. Como las células sanguíneas de una arteria, desembocaban con el rumor de sus motores desde las calles perpendiculares y paralelas, atravesaban los campos dando bandazos o aparecían por entre los árboles. Las plataformas de las *pick-ups* iban llenas de niños, perros y ancianos agarrados a las barras portaescopetas para mantener el equilibrio.

Algunos de los conductores aminoraban la marcha y le gritaban a mamá que subiera, pero daba la impresión de que no los oyese, y que tampoco le importara. No paramos de correr en todo el camino.

Cuando llegamos cerca de Gertie ya no quedaba nadie en la carretera. Cientos de personas nos habían adelantado en cuestión de minutos, pero de pronto el rumor de los motores y los gritos había cesado. Oí piar a los pájaros y a unos perros ladrando a lo lejos, junto con los jadeos de mi madre, los sollozos quedos y atemorizados de Jolene, y el martilleo de la sangre en mi cabeza. Me encontraba en un estado próximo al delirio, por el agotamiento y el dolor en el hombro, del que mi madre me agarraba, y ya no sentía el suelo bajo mis pies. Me daba la impresión de estar flotando. La única cosa que me parecía real eran los minúsculos e intensos destellos del cuarzo en la carretera, mientras mi madre seguía tirando de mí.

Me caí una última vez, a unos cuatrocientos metros del complejo. Gertie estaba en lo alto de una montaña, al igual que las demás minas con galerías subterráneas de por aquí. Se alzaba imponente al final de una pista de tierra y grava, como una aldea cercada donde habitara una raza de gentes que se desplazaran en volquetes, escalerillas y correas transportadoras.

Mamá me rodeó el pecho con un brazo y me arrastró el resto del camino. Tenía las rodillas en carne viva, y la piel amoratada en el brazo que me había agarrado mientras corríamos. Vi sus nudillos blancos. La coleta se le había soltado, y su pelo claro, oscurecido por el sudor, estaba pegado a ambos lados de la cara. Iba descalza y los pies le sangraban. Cuando sonó la sirena, no llevaba zapatos.

Me soltó, dejó a Jolene en el suelo y se inclinó, tosiendo. Costaba respirar en aquel sitio. El tufo a quemado flotaba en el aire, como si a cien madres se les hubieran quemado cien cenas y se negaran a abrir una ventana.

Hacía rato que habían llegado vehículos de emergencias de todo el condado. Ambulancias, camiones de bomberos, coches de policía, además de los coches y las camionetas que los conductores habían abandonado a toda prisa en ángulos extraños, con las puertas abiertas.

Varias personas se movían de un lado a otro a trompicones, mecánicamente, llamando a sus seres queridos. Otras vagaban desnortadas, buscando con la mirada, articulando con la boca los nombres que no se atrevían a decir en voz alta. El resto de la gente aguardaba en hileras rígidas, mudas, inamovibles, como un huerto en invierno.

Mi madre avanzó con decisión, como si supiera que había una meta a la que merecía la pena llegar, aunque la única meta que yo veía fuera la ladera de la montaña; y a pesar de haber sentido la explosión bajo mis pies y el aullido de la sirena y la conmoción a mi alrededor, me costaba imaginar que hubiera pasado algo malo en el interior de aquella montaña. No parecía distinta de cualquier otra.

¿Dónde estaban los indicios de una catástrofe? No veía nada similar al paisaje que dejaban las explosiones en la televisión. No saltaban las llamas. No había hombres de placa y uniforme rescatando a la gente en un acto organizado de heroísmo. Los mineros, los agentes de policía y los bomberos, reunidos en corros impenetrables, hablaban con gravedad.

Sentí la náusea en la boca del estómago al mismo tiempo que notaba el peso blando de la mano de Jolene escabulléndose en la mía.

Había hombres por todas partes, y un montón de equipos y maquinaria para excavar. ¿Por qué nadie hacía nada? ¿Por qué nadie decía nada?

Los rostros grises y rígidos del huerto empezaron a adquirir la identidad de personas a las que conocía. Niños del colegio. Vecinos. Mi maestra, la señorita Finch, prometida con un compañero de papá. El corpulento doctor Ed, con el pelo oscuro cortado al rape y la postura de un conquistador, que el día anterior le había recetado a Jolene el jarabe para la tos. La conductora del autobús escolar. La señora que trabajaba tras el mostrador de la heladería Valley Dairy.

Vi a mi mejor amigo, Steve, arrastrado por su madre entre la multitud. Capté el destello

de la alianza en la mano sucia de la mujer, aferrada al antebrazo de mi mejor amigo. Steve me vio. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Tu padre está trabajando? —me gritó, con voz aguda y temblorosa—. El mío sí —dijo.

Vi a la vecina de al lado, Maxine, de puntillas, escrutando los rostros a su alrededor. De pronto empezó a abrirse camino entre la gente hasta que se encontró con Val.

Val hacía todo lo que yo aspiraba a hacer de mayor. Conducía demasiado deprisa, era bueno lanzando herraduras, desayunaba pastelitos Twinkies, se embolsaba su buen dinero todas las temporadas, llevaba la misma ropa sucia día tras día. Era capaz de recitar el Juramento de Lealtad con eructos y colar una pelota por el neumático de un columpio a quince metros de distancia.

Cuando no estaba trabajando en las minas, vivía en el mundo del patio trasero de su casa, rodeado de cerveza, himnos rockeros y charcos iridiscentes de aceite de motor. Siempre estaba arreglando su camioneta, o construyendo el garaje donde guardaría la camioneta, o cavilando en la descripción de la chica a la que llevaría en la camioneta cuando volviera a ir como la seda. Yo era su ayudante. Mi trabajo consistía en buscar la herramienta que me pedía en medio de las decenas de herramientas desperdigadas en la entrada para coches que no llevaba a ningún sitio, porque el garaje aún no estaba terminado.

Maxine corrió hacia él y le lanzó los brazos al cuello. Con el peso de su cuerpo lo atrajo hacia ella tan fuerte que su frente chocó con el casco de Val. Le pasó las manos por las ropas de trabajo sucias, y sostuvo su cara renegrida entre las manos, sin dejar de besarla. Oí que lloraba de alegría. En lugar de reconfortarme, su llanto me pareció desagradable.

Fui hacia Val, arrastrando a Jolene tras de mí. Val tendría la respuesta que buscaba. Podría decirme por qué estaba allí todo el mundo pero nadie hacía nada. Val siempre tenía respuestas para todo. No la clase de respuestas que me daba mi padre, bien meditadas, en las que ponía los conocimientos de toda una vida. Las respuestas de Val eran proclamaciones instantáneas basadas en la imposibilidad de cualquier alternativa.

—¿Por qué el cielo es azul? —le pregunté una vez.

—Pues porque sería una gilipollez que fuera lila —me contestó.

Jolene y yo llegamos a su lado y lo llamé. Al principio no nos vio; cuando al final lo hizo, su cara poco a poco registró nuestra presencia. Tardé un instante en reconocer la expresión de profunda tristeza. Nunca había visto triste a Val. Se enfadaba mucho. El cabreo era su expresión preferida para lidiar con la tragedia o la mala suerte. No la rabia, sino una especie de mala uva resignada porque una vez más la vida golpeaba injustamente y nadie pudiera hacer nada aparte de maldecir, tomar una cerveza y pensar en otra cosa.

—¿Mi papá está bien? —le pregunté.

Esperaba que dijera: «Sería una gilipollez que no estuviera bien».

Se arrodilló frente a mí, cosa que nunca hacía. Mi padre siempre se agachaba y se ponía a mi altura para explicarme las cosas, casi como si creyera que así me hablaba de igual a igual; a Val, en cambio, le gustaba ser más alto que yo. Quizá porque, en

comparación con los demás mineros, no era alto.

Me agarró de ambos brazos, y no pude evitar dar un brinco hacia atrás de tanto que me dolía el hombro, pero me agarró más fuerte. Empecé a llorar. Era lo último que quería hacer delante de él.

—Has de ser fuerte, por tu madre —me dijo.

—¿Por qué? —le chillé.

—Harás lo que te digo, ¿vale?

Clavé la mirada en el suelo. Un par de pies descalzos aparecieron en mi campo visual. Estaban sucios y salpicados de sangre. Varias de las preciosas uñas pintadas de rosa estaban rotas. Una se había arrancado de cuajo. Los pies de mi madre. Ella y papá iban a ir a la boda de la señorita Finch al día siguiente. Mi madre pensaba ponerse los zapatos de tacón que dejaban los dedos al descubierto. La noche anterior le había enseñado a mi padre un frasquito de pintaúñas rosa y otro rojo, y papá había elegido el rosa.

—¿Qué ha pasado, Val? —oí que preguntaba mi madre.

Empezaron a hablar en voz baja, y mi madre miraba a Val fijamente y Val miraba fijamente los pies estropeados de mi madre mientras le explicaba lo que se estaba haciendo y lo que no y por qué. Val le dijo que estaban esperando a que trajeran una barrena de Somerset y una perforadora en un camión desde West Virginia. Allí no teníamos nada que pudiera taladrar tan hondo. Mamá quería saber por qué estaban taladrando en lugar de intentar entrar por la boca del túnel. Luego me perdí en los detalles, excepto en los números. Los hombres estaban trabajando en la galería 12 izquierda. A tres kilómetros de la entrada del túnel. A mil quinientos metros de profundidad. Val dijo que lo único que se podía hacer era intentar calcular su paradero bajo tierra y perforar desde arriba.

—No lo entiendo —dijo mi madre al final.

Levantó las manos y se tapó la cara. Al apartarlas, las lágrimas habían trazado surcos blancos en sus mejillas sucias, pero siguió hablando con voz firme y tranquila.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no está, señora Zoschenko —Val guardó silencio e hizo un ruido raro, como si tragara aire—. El pozo. Ya no está. Se ha derrumbado. Todo.

Oí la voz de mi padre dentro de mi cabeza: «Hay un único camino para entrar y para salir».

Aguardé a ver qué hacía mi madre a continuación. Me pareció que todo el mundo la miraba. Era hermana, hija y esposa de mineros, y se daba por hecho que también sería la madre de un minero. Su hermano y su padre también trabajaban en el turno de mañana y estaban en la galería 12 izquierda, con su marido.

Mi madre se sentó en el suelo polvoriento, del mismo modo en que había visto a Jolene dejarse caer en el patio cien veces cuando aprendía a caminar. Nada más tocar el suelo, Jolene gateó hasta su regazo. No había nada en la cara de mi madre. Nada en sus ojos.

Tendió una mano, como si esperara que alguien la ayudase a levantarse. Me acerqué a ella, le di la mano y la sostuve en la mía, como había visto arrodillarse y sostener la

mano de una reina a los caballeros de los cuentos.

–¿Te has despedido de tu padre esta mañana por la ventana? –me preguntó.

Asentí.

–Bien –dijo ella.

Tiró de mí y me sentó en su regazo, al lado de Jolene.

–Vamos a rezar –dijo mamá.

–¿Por qué rezamos? –me preguntó Jolene en un susurro.

–Por los hombres –murmuré.

Junté las manos con fuerza y cerré los ojos. Recé con todas mis fuerzas por que mi padre siguiera con vida. Un par de días después, oiría a mi madre rezando por que hubiera muerto al instante tras la puerta cerrada del cuarto de baño.

Domingo

Me acabo la cerveza y aplasto la lata por pura costumbre antes de lanzarla al suelo de la camioneta, donde choca con otras latas desperdigadas. Desde el lugar en el que he aparcado, un hilillo centelleante de pis parece caer directamente del techo azul mugriento de una casita de juguete de plástico amarillo con postigos rosas, como si la estructura misma estuviera llena de líquido y de pronto manara un escape preciso e ingenioso.

Sigo mirándolo mientras doy otro bocado al sándwich de ensalada de jamón que me he comprado en el Valley Dairy y alargo el brazo hasta la guantera, donde guardo la vicodina y mi revólver. Saco las pastillas y un papel doblado. Una vieja foto del equipo de fútbol del instituto que Art, el dueño del Brownie's, descolgó de la pared del bar donde reunía todos nuestros trofeos para regalármela, y un mapa de carreteras se caen del compartimento, junto con un bote de espuma de afeitar y una carpeta llena de partes de accidente.

El papel doblado es un fax de la junta de tratamiento de la libertad condicional. Lo despliego sobre el asiento del copiloto.

La cara de Reese Raynor de la fotografía, en un blanco y negro granuloso, me observa con la mirada resabiada de quien siempre cree que ya sabe todo lo que puedan contarle. Aprieta los dientes y frunce el labio superior en una mueca que pretende intimidar, y que me parecería caricaturesca si no fuera porque sé cómo se las gasta.

Me sorprende que apenas haya cambiado en los dieciocho años que ha pasado en la cárcel. Solo los carrillos le cuelgan un poco en la línea de la mandíbula y ha perdido algo de pelo, podría ser el mismo chaval con el que estudié.

Debajo de la foto de archivo figuran los datos habituales de su libertad condicional, el delito, la sentencia y demás. A mí solo me interesan la fecha y la hora en que lo soltarán: martes, 12 de marzo, 8 de la mañana. Hoy es domingo. Son las 13:16, y llego tarde a recoger a Jolene para ir al funeral de Zo Craig.

Echo un vistazo a la fotografía de nuestro viejo equipo, en un ejercicio innecesario de confirmación: Los Centresburg Flames, 1980. Campeones regionales de la Liga Preuniversitaria. Nos faltó una victoria para llevarnos el título estatal. Yo en primera fila:

I. Zoschenko, capitán principal del equipo. Reese al fondo, en un extremo, con unos ojos oscuros como dos monedas sucias de cinco centavos. A su lado, su hermano gemelo, Jess, el otro capitán de ataque, con la mirada vidriosa e inexpresiva de quien se ve obligado a compartir el asiento en el autobús con una bomba de relojería.

Unas semanas después de que se hiciera la fotografía expulsaron a Reese del equipo. A casi nadie le extrañó, lo raro era que hubiera durado tanto. Prácticamente no acudía a los entrenamientos. Nunca abría un manual de estrategia. Se largaba disgustado cada vez que Deets, el entrenador, entraba en el vestuario empujando la pizarra. Para Reese, cualquier jugada defensiva empezaba y acababa con una máxima simple: «Un lisiado no puede marcar».

Y aun así Deets había pasado por alto todas esas cosas. Hubiera dejado que Gengis Kan jugara con nosotros si era capaz de hacer un buen bloqueo, y Reese sabía hacer bloqueos. No tenía gracia ni velocidad, y su conocimiento de las reglas y los objetivos del juego era muy limitado, pero no dejaba pasar a nadie.

Si al final Deets le dio la patada fue por su comportamiento fuera del campo. El día después de un partido, incluso cuando ganábamos, los chicos del equipo rival se encontraban los faros de sus camionetas abollados, o las ventanas de sus casas embadurnadas con mierda de perro, o a una hermana menor depositada en la puerta de casa, borracha y desvirgada.

Deets también hubiera tolerado esas cosas, si no fuera porque para los otros equipos suponía un problema.

Guardo la foto en la guantera y despliego el mapa de la oficina del *sheriff*: una imagen del condado ampliada y llena de detalles. Imaginando el recorrido que hará Reese, he marcado todos los bares que hay en el camino, con un desvío serpenteante cerca de Altoona para encajar una visita a The Tail Pipe, uno de los clubes de *striptease* más populares de la región.

Doy por hecho que irá a casa de Jess. No se lleva bien con sus padres, y el resto de la familia se compone de hermanas casadas con hombres de la zona, que no le permitirían acercarse a sus casas. Jess y él son los mayores y los únicos varones de la tribu de Chimp Raynor, un clan de chicas pálidas que se humedecían constantemente los labios con la lengua, chicas de miradas oscuras como capas, que nunca hablaban si no se les hablaba y que jamás caminaban por el centro de un pasillo. Los dos chicos eran la carne de la familia; las chicas eran la manteca.

Mi trabajo me ha traído a la casa de una de las hermanas. Ahora es una mujer casada y con hijos. Su madre, la siniestra incubadora de Jess y Reese, también está en la vivienda, escondida en el Buick acribillado a balazos junto a la entrada de la casa.

Me bajo de la camioneta y cierro la puerta suavemente, tratando de no hacer ruido, pero al andar crujen bajo mis botas los cristales de una luna del coche hecha añicos, que están desperdigados por todas partes. El tipo que está meando se vuelve para mirarme, aunque sigue a lo suyo, trazando un arco impresionante por encima de la bola de espejo azul turquesa y la estatua de jardín en forma de oca, vestida antes de tiempo para la Pascua con un traje de conejito que ya han puesto a la venta en el centro comercial.

Veó que al tener las manos ocupadas ha dejado la escopeta apoyada contra la casa de juguete. Un Winchester del 12. Al pasarme el parte, Chuck no ha mencionado ningún tiroteo, aunque quizás a la mujer no se le haya ocurrido comentarlo cuando llamó. Busco en el bolsillo un paquete de caramelos mentolados Certs y me meto uno en la boca para disimular el olor a cerveza.

No se advierte ninguna emoción definible en la cara del hombre, ni siquiera una señal de reconocimiento al verme, pero levanta una mano a modo de saludo.

El gesto lo hace tambalearse un poco hacia un lado, al mismo tiempo que el chorro pierde fuerza y salpica la oca y la bola de espejo. En una ventana veo a Bethany Raynor, ahora Bethany Blystone, y a sus dos hijitas, atisbando a través de las cortinas. Palidece al ver que su marido hace diana en la oca.

Avanzo unos cuantos pasos más hacia él y al pasar al lado del coche veo a su suegra dentro, agazapada en el suelo del vehículo, con el pelo canoso y cardado salpicado de cristalitos, que casi parecen adornos cuando gira el cuello hacia mí, y al salir de las sombras una franja de sol le cruza la cara. El cabezal del asiento ha quedado destripado por los disparos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Tiembla, pero conserva una calma sorprendente, dadas las circunstancias. En cuarenta y cinco años de matrimonio con Chimp probablemente haya aprendido a dosificar la histeria. Se las arregla para asentir con la cabeza.

—¿Por qué vas tan arreglado? —me pregunta en un susurro.

Trabaja en la gasolinera Kwik-Fill del norte de Centresburg, adonde suelo ir a repostar, y siempre me ve con la camisa de ayudante de *sheriff*.

—Para el entierro —le contesto en un susurro.

—¿El de Zo Craig? —pregunta.

Le digo que sí con un gesto.

—Vi la necrológica en el periódico —continúa la mujer—. Era casi tan grande como la de Elizabeth Taylor.

—Si no me equivoco, Elizabeth Taylor sigue viva.

—Bah, ya sabes a la que me refiero. La otra.

Miro de nuevo hacia Rick. Se balancea ligeramente.

—Ya —digo—. Me encantó la película que hizo. Ya sabes cuál digo.

Ella asiente otra vez.

—Jess se encargaba de cortar el césped a Zo, ¿lo sabías? Ella tiene un tractor, un John Deere estupendo que a Jess le encanta...

—Vale más que vaya a hablar con Rick —le digo—. No te muevas de ahí.

Respiro hondo y echo a andar hacia él. Un olor fuerte a polvo mojado se impone al tufo acre a carburo que todavía flota cerca de la escopeta y a las vaharadas hediondas de alcohol que salen de la boca del hombre. Aunque no estoy lo bastante cerca para poder olerlo, juro que las veo en suspenso a su alrededor, como la calima que ondea en el aire con el calor del verano.

El olor a polvo me hace pensar en el inminente funeral de Zo y en el hoyo recién

cavado que la espera en el cementerio de la J&P, junto al de su marido, que fue uno de los noventa y siete hombres que perdieron la vida en Gertie hace ya una pila de años.

—¿Qué tal, Rick? —le grito cordialmente.

Fija en mí su mirada vidriosa.

Me acerco un poco más, aunque mantengo una distancia considerable para que no le entre el pánico. En este momento tengo dos objetivos: apoderarme de la escopeta y salvar los adornos del jardín de nuevas micciones.

Con un gesto le indico que venga hacia mí.

—¿Por qué no vienes un poco más acá, Rick? Tus hijos juegan por ahí, ¿no?

Me mira tratando de situarme, no en el presente, sino en el pasado, donde la mayoría de nosotros queríamos quedarnos, visto lo visto.

Al final baja la vista y con ojos tristes observa el charco que él mismo ha creado, junto a un carricoche de muñecas volcado en el suelo con un animal de peluche amarrado con las correas en el interior.

Cuando me da la espalda, voy rápidamente hasta la casita de juguete y cojo la escopeta.

No se vuelve para mirarme. Levanta la cabeza y contempla la tierra que se extiende por detrás de la casa, más allá del jardín.

Ha dejado de llover y el sol intenta dar a conocer su débil resplandor tras la pared de nubes grises que se une al contorno de las montañas salpicadas de lavanda con la rotundidad de una tapadera. Llevábamos una racha de buen tiempo últimamente, es una pena que hoy no sea un día más seco. Sé que, allí donde esté ahora mismo el alma de Zo, se disgustará al pensar en todos los buenos zapatos que van a quedar cubiertos de barro y lo que costará limpiarlos luego.

—¿Ivan? ¿Ivan Z? —pregunta Rick titubeante, volviéndose a mirarme.

—Sí, Rick. El mismo.

Una sonrisa aparece fugazmente en las comisuras de su boca, como un pequeño espasmo.

—Oí que habías vuelto, pero la verdad es que no me lo creí. Así que trabajas para Jack, ¿eh? ¿Cómo te va?

—Bien, bien. Y a ti, ¿qué tal?

Los dos echamos un vistazo hacia su casa; las dos chiquillas siguen con la cara pegada a la ventana, pero Bethany ha desaparecido. Las miradas de las niñas van sin cesar de su padre a mí, y al coche con el parabrisas hecho añicos donde se esconde su abuela. Se me ocurre que quizá no sepan si la mujer está viva o muerta.

—Van a cerrar Lorelei —anuncia Rick.

Plantado en medio del jardín, se las arregla para aparentar una rigidez incómoda, aunque todo en él, desde la polla que le cuelga de la bragueta de los vaqueros, hasta los brazos caídos a ambos lados del cuerpo o las mejillas flácidas sin afeitar, parece mustio, sin vigor.

—Eso he oído.

—Volvieron a llamarme hace solo nueve meses. Antes me pasé casi un año sin trabajar.

Oigo que la puerta principal se abre y por el rabillo del ojo veo que Bethany va hasta el coche. Abre la puerta y ahoga un gemido en la garganta. Su madre sale dando traspiés, y se abrazan. Rick las observa.

—Ahora ya solo queda Marvella —dice—. Y allí todo es tajo largo.

Niega con la cabeza.

—No quiero que se repita. No puedo volver a lo mismo. A estar en paro.

Las dos mujeres están llorando. Rick se da cuenta y las señala con gesto acusador.

—Mi suegra tiene un trabajo fijo. Trabaja desde que el mundo es mundo en la maldita Kwik-Fill. ¡Si llegó a venderle Slim Jims hasta al puto Ben Franklin!

Vemos que las mujeres entran en la casa, abrazadas. Bethany vuelve la cabeza y dirige otra mirada fulminante a su marido, esta vez a su hombría expuesta.

—Y qué me dices de Chimp. El peor minero que ha pisado la faz de la tierra, y resulta que al final va a trabajar más que nadie. Pilla la pensión completa. Ahora incluso cobra las ayudas por el pulmón negro, cuando nadie más puede conseguirlas, y ni siquiera es verdad que tenga la enfermedad. Lo que tiene es esa mierda que te entra por haber fumado toda la vida. ¿Cómo se llama? ¿Enfisimio?

—Enfisema.

—Sí, eso. Te juro que si ese viejo se cayera en un montón de mierda, saldría con un zurullo de oro en la boca.

Pienso en los tiempos del instituto y en las pocas veces que estuve en casa de Jess. Su familia vivía en una granja de techos medio desfondados, de paredes desconchadas, con un puñado de perros que chorreaban babas y entraban y salían a su antojo, con la puerta siempre abierta y un patio tan lleno de porquería que daba la impresión de que la casa hubiera vomitado todo lo que contenía.

Si existieran algo así como los zurullos de oro, desde luego Chimp no sabría qué hacer con ellos, cuando los encontrara.

—¿Por eso has intentado matar a tu suegra? —le pregunto, volviendo al asunto que nos ocupa—. ¿Envidias su carrera?

—No he intentado matarla —dice.

Da unos pasos tambaleantes hacia mí y se detiene de pronto, como si el suelo se retirara frente a sus pies.

—Le he disparado al coche —añade, una vez recuperado el equilibrio—. No quería que se fuera. Eso es todo. Sabía que volvería directa a casa y llamaría a todas las malditas arpías de la frontera entre los tres estados contándoles que soy un fracasado. ¡Soy un puto fracasado de mierda! —grita al cielo.

Las rodillas le flaquean por el esfuerzo y se deja caer sobre el césped embarrado. Cuando toca el suelo, se echa a llorar; no sé si por amargura o porque se ha pillado con la cremallera. Vuelve a remeterse los calzoncillos en los pantalones, y al taparse la cara con las manos se le cae la gorra de béisbol con el logo de CARBÓN J&P bordado en letras doradas, deshilachadas y descoloridas ya. Perder la gorra le hace llorar con más ganas.

Me agacho delante de él, y mi rodilla mala chilla de dolor. Han pasado casi veinte años y seis operaciones desde que tuve el accidente. Puedo caminar bastante bien, pero nunca

más podré agacharme como si tal cosa; sin embargo, hay algo en mi mente y mi cuerpo que no me permite registrar ese hecho, y sigo intentándolo una y otra vez, del mismo modo en que mi madre sigue haciendo pasteles de carne picada cada año por Navidad, a pesar de que mi padre era el único de la familia al que le gustaban.

Sujeto a Rick de los hombros. Deja de sollozar un momento, y un destello de lucidez cruza su mirada apagada.

—¿Vas a arrestarme? —pregunta.

—Voy a quedarme un tiempo con tu escopeta. ¿Tienes más armas en casa?

—Dos rifles.

—Me los llevo también.

Apoyo la culata de la escopeta en el suelo y la uso como muleta para volver a ponerme en pie.

—Ahora quédate aquí un minuto tranquilo, ¿eh? —le pido, aunque no sea necesario.

Se ha dejado caer al suelo y yace bocabajo, con los ojos cerrados, musitando algo entre dientes. Me dirijo a la casa y llamo a la puerta.

Bethany viene a abrir. No se alegra de verme, aunque es ella quien ha llamado y ha pedido que venga.

Me mira fijamente, desafiante, pero sin perder la cortesía. Se ha echado encima unos treinta kilos de carne y descaro desde el instituto.

Trato de recordar cómo era de jovencita, sin sobrepeso, con el pelo escalado a lo Farrah Fawcett y vaqueros Chic en lugar de las mallas naranjas que lleva ahora, que brillan en las rodillas de tanto uso, con una sudadera holgada hasta la mitad del muslo, diseñada con el único fin de ocultar diversos tipos de infierno físico femenino.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunto.

—Está bien. Solo un poco conmocionada. Se ha echado un rato.

—Tu marido dice que no pretendía matarla. Quería impedir que se fuera.

—Ya —asiente—. Le pedí a mi madre que se sentara un rato hasta que la cosa se enfriara, pero tenía hora en la peluquería. De todos modos ya no llega, se le ha pasado la vez.

A su espalda se ve la habitación de una mujer que no cuenta las tareas domésticas entre sus principales prioridades. Juguetes desperdigados, ropa por recoger, pilas de correo sin abrir, platos sucios, y una miscelánea de fragmentos de vida cotidiana rodean a las dos niñas, que han despejado un pedazo de la moqueta para sentarse a ver la tele mientras comen Mootown Snackers. Untan los palitos de prétel en la salsa de queso exactamente a la vez y se los llevan a la boca con gesto hipnótico.

—¿Había hecho algo así antes? —le pregunto.

—No.

—¿Brotos violentos de alguna clase? ¿Contigo o con las niñas?

—A veces lanza cosas a la tele, pero no nos da a nosotras.

—¿Bebe mucho?

—No más que cualquier otro.

No le tiembla la mirada.

—¿Vas a arrestarlo? —me pregunta.

–¿Quieres que lo haga?

–Qué pregunta tan rara.

–No estoy de servicio, y me duele la cabeza –le explico.

–¿Quieres una aspirina?

–No, gracias.

Por primera vez deja de mirarme a los ojos y baja la vista hasta mis vaqueros y mis botas de trabajo Caterpillar embarradas, antes de fijarse en mi camisa negra de vestir, la chaqueta negra de sport y la corbata que el doctor Ed sacó del cajón de un archivador y me prestó diciéndome que no me preocupara por la mancha. No era sangre, sino salsa para la carne, y de todos modos nadie la notaría, porque no desentona con el estampado de patos en pleno vuelo.

–¿Por qué no han mandado al agente de servicio? –me pregunta con suspicacia.

–Era más fácil dar conmigo. Mira, si tu madre quiere presentar cargos, con mucho gusto lo llevaré a la oficina del *sheriff*.

–Ha cometido un delito, ¿no?

–Desde luego que sí. Disparar a una persona con una escopeta del calibre 12 siempre se ha considerado delito en el estado de Pensilvania, incluso si la persona que recibe el disparo es la suegra del presunto criminal –sonriendo, añado–: A menos, claro está, que se haya abierto la veda para cazar suegras.

Ella, en cambio, no sonríe.

–Mira, vale –digo, cambiando de táctica–. Si lo arresto esto es lo que pasará: lo meteré en la cárcel. Se quedará allí hasta que comparezca ante el juez, y luego vas a tener que venir a recogerlo al pueblo y traerlo de vuelta a casa. Aunque tu madre no quiera presentar cargos, el estado lo hará. Tú no estarás obligada a testificar porque eres su mujer, pero tu madre sí. Tendrá que faltar al trabajo. Al final a lo mejor pierde varios días, puede que incluso una semana, sin derecho a sueldo. Si te buscas un abogado, vas a necesitar unos cuantos miles de dólares. Como poco, acabarás pagando una multa considerable y las costas judiciales. Puede que le caiga una pena de cárcel, así que quedará fichado para siempre y le va a costar más conseguir trabajo en el futuro cuando lo suelten.

–No nos podemos permitir nada de eso –contesta.

Asiento.

–¿Qué te parece si por el momento me llevo las armas? Dice que tiene un par de rifles.

Bethany no titubea. Sale del salón inmediatamente, deseosa de zanjear el asunto cuanto antes. Al pasar junto a las niñas, le clava la punta del pie a una de ellas en el riñón y le dice que vaya a llenar el lavaplatos.

Vuelve enseguida con dos rifles: otro Winchester y un Remington 30-06, la misma marca y el mismo modelo que Val usaba para cazar.

Cojo el Remington y me lo llevo al hombro, como hago siempre que tengo uno a mano. Este tiene una mira muy potente. Apunto por la ventana que da al jardín hasta que tengo en el punto de mira a Rick, inconsciente en el suelo fangoso del jardín, al lado de una oca vestida de conejo.

A continuación apunto a varios objetos dentro de la casa. Cuadros colgados en las paredes. Latas de cerveza vacías en la mesita baja. Llego a una bicicleta estática que hay en un rincón, decorada con toallas y camisetas y luces parpadeantes de Navidad.

Bethany Blystone me mira con rabia, avergonzada. Lentamente bajo el arma y carraspeo.

—¿Tú no eras una Raynor?

Se encamina hacia la puerta. Intuyo que debo seguirla. Me abre y sujeta la puerta para que salga.

—Sigo siendo una Raynor. Eso no cambia, aunque mi apellido sea otro.

—¿Sabes que el martes sueltan a Reese?

No dice nada.

—¿Has tenido algún contacto con él últimamente?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No quería perderlo de vista, para ayudarlo por si encuentra dificultades en la transición a la vida fuera de la cárcel.

—Quieres decir que vas a hacerle la vida imposible, ¿no?

—Algo así.

Salgo afuera, mientras ella sigue mirándome indecisa desde el umbral. Veo pasar fugazmente una sombra de la chica flacucha y asustadiza de otros tiempos, la que se crio en la misma casa que Reese.

—Irás a buscar a Jess —anuncia, antes de cerrarme la puerta en las narices.

Ya en la camioneta, abro el cierre de la caja de seguridad y guardo las armas, junto a la media docena que ya hay.

Saco una manta y voy a echarle un último vistazo a Rick. Sigue inconsciente, pero está acostado sobre el estómago, así que no morirá ahogado con su propio vómito si le da por devolver. Lo tapo. No sé hasta cuándo seguirá aquí fuera.

La niña a la que su madre le ha clavado la punta del pie en los riñones se acerca. No lleva abrigo, ni zapatos. Tiene una pelota de fútbol y un rotulador indeleble en la mano.

—Tu papá está bien —le digo para tranquilizarla.

Ni siquiera lo mira.

—Deberías volver a casa, o cogerás frío —le digo.

Me tiende la pelota y el rotulador.

—Mamá quiere saber si nos das tu autógrafo. Dice que significaría mucho para papá.

La petición viene planteada en dos afirmaciones independientes. No hay ninguna pregunta expresa.

Cojo la pelota y destapo el rotulador.

—¿Tienes pegatinas? —me pregunta.

—¿Cómo?

—Pegatinas —repite—. El doctor Ed siempre trae pegatinas.

—¿Viene mucho por aquí, el doctor Ed? —le pregunto.

—Cuando papá se queda sin trabajo, viene aquí a ponernos las inyecciones, en lugar de ir nosotros. No sé por qué.

Yo sí lo sé, pero no le explico que cuando su papá se queda sin trabajo, también pierde la póliza de salud. El doctor Ed no acepta que la gente no lleve a sus hijos a vacunarse porque no tienen la cartilla, ni con ninguna otra excusa. Si no acuden a él, él acude a ellos.

Firmo la pelota y se la entrego a la niña. La levanta y se la acerca a la cara. Al principio creo que lo hace para leer la dedicatoria, pero es porque quiere oler la tinta.

Rebusco en mis bolsillos para encontrar algo que darle. Me encantaría llevar algo bonito, pero lo único que encuentro es el medio paquete de caramelos mentolados y la pata de conejo que Val me hizo antes de irse a Vietnam. Le doy los caramelos.

Ella los acepta encogiéndose de hombros. Hay gratitud en el gesto. Me basta. Sé que esta niña nunca dará las gracias. Implicaría que he hecho algo por ella.

Ya desde la camioneta, la veo haciendo equilibrios encima del carricoche de muñecas. Voy a esperar hasta ver que entra en casa, aunque no sé exactamente hasta qué punto estará a salvo allí dentro.

Mientras tanto me acabo el sándwich y leo los adhesivos que me ha ido dando la gente o los comerciantes de la zona desde que volví, hace ocho meses, y que están pegados en el salpicadero: LOS VIEJOS CAZADORES NUNCA FALLAN, SOLO SE LES QUITAN LAS GANAS. SISTEMAS SÉPTICOS McCREADY: ESTE TRABAJO APESTA. MI MUJER, SÍ. MI PERRO, QUIZÁ. MI ARMA, NUNCA. WELDERS: LAS BIELAS MÁS CALIENTES. EXHALA Y MASCA, TODO LO QUE NECESITA EN TABACO. MARQUE 911 SI PRECISA A UN POLICÍA.

Uno es del Mountain Motel. Varias letras se han borrado, y yo he rascado con las uñas algunas otras en mis ratos muertos. Ahora se lee MO-NTA— M—E—. Mi sobrino Eb, de seis años, se parte de risa cuando lo ve.

Cuando era un crío, ir a Centresburg era tan especial como viajar a la Gran Muralla china o al Taj Mahal. Y en cierto modo resultaba más emocionante y envidiable que viajar al extranjero a conocer paisajes exóticos, porque esos lugares no impresionaban a los habitantes de Coal Run. No es que no hubieran oído hablar de ellos o que no apreciaran su valor; simplemente no tenían necesidad de conocerlos, y la nuestra era una comunidad gobernada por la necesidad.

La verdadera necesidad, no la mera carencia. El hecho de carecer de algo no bastaba para conseguirlo. Necesitarlo, en cambio, solía bastar.

La única excepción a esta regla en mi familia, la única vez que se nos permitía algún capricho, aparte de los juguetes que cada año elegíamos del catálogo navideño de Sears, era cuando salíamos por Centresburg.

Las baratijas de los almacenes Woolworth's eran tesoros tentadores para mi madre, una viuda joven que pasaba las noches encorvada sobre una caja de cupones de descuento, la lista de la compra y los folletos de las ofertas que traía el periódico, con la concentración de un general que estudiase mapas e informes de la situación en el frente.

Los escaparates eran un festival de cosas superfluas: copas de vino de color rubí, rollos de cinta plateada en zigzag, botellas tamaño termo de perfume rosado con nombres como *Niebla de noche de luna* o *Fuego de Estrellas* en letras doradas, peceras redondas para tristes peces irisados... Todo se podía ver desde el aparcamiento municipal donde mamá dejaba el coche, después de dar vueltas a la manzana durante un cuarto de hora a la espera de que quedara un hueco libre dentro, porque nunca había aprendido a aparcar en paralelo en la calle.

Ese día Jolene y yo teníamos permiso para gastar cincuenta centavos y compartir una bolsa de las palomitas saladas que vendían en la cantina. Después de darnos nuestro dólar para compartir y los veinticinco centavos extra para las palomitas, mamá desaparecía por las escaleras hacia la misteriosa sección inferior de algo llamado «Menaje».

Yo siempre me iba directo a los cromos de béisbol o los coches de Hot Wheels. Jolene

siempre se debatía entre la sección de mascotas, donde se había encariñado del hámster color manteca de cacahuete al que llamaba Manteca de Cacahuete, y el mostrador de joyería, donde pegaba las manitas y la nariz al cristal de la vitrina para contemplar embelesada las hileras coloridas de anillos de gemas falsas que centelleaban bajo las luces de la tienda, y que en cualquier otra parte adquirirían un tono grisáceo uniforme, como de hielo sucio.

A Jolene no le alcanzaba para comprarse nada en ninguno de los dos sitios, y normalmente se decidía por un paquete de lentejuelas en el departamento de mercería, que se llevaba a casa y vaciaba en el cuadrado luminoso que el sol proyectaba en medio de la alfombra del salón entre las dos y las cuatro de la tarde, y se entretenía moviéndolas de un lado a otro con sus dedos rollizos de chiquilla, maravillada con sus destellos.

Nunca consiguió el hámster, pero con el tiempo tuvo un conejo blanco de ojos rojos que un novio le regaló una vez por Pascua. También acabaría siendo dueña de una colección de bisutería de Woolworth's digna de un museo, en su mayoría regalos de sus admiradores masculinos, y en algún caso de mamá. Fui yo quien finalmente le compró el anillo con la gema de su signo del zodiaco. Verde, por el mes de mayo.

Se me ocurrió un día, de buenas a primeras, durante una de nuestras excursiones al centro comercial. Me quedé mirándola mientras contemplaba el anillo, como siempre hacía, y me di cuenta de que la primera vez que la vi haciendo lo mismo, Jolene pegaba la cara en el costado de la vitrina con los ojos a la altura del anillo, y que de pronto era lo bastante alta para mirarlo desde arriba, a través del cristal del mostrador.

Puede que aquel anillo no fuera una necesidad, quizá nunca lo sería, pero para mí se lo había ganado y, puesto que fui yo quien se dio cuenta, sentí la necesidad de regalárselo.

Centresburg no ha cambiado mucho desde nuestra infancia, aunque entonces todo funcionaba. Los edificios y las estructuras siguen aquí treinta años después, pero las razones que los justificaban desaparecieron hace mucho.

Las chimeneas gemelas de Neumáticos Franklin eructaban nubes de humo azul calcáreo, que quedaban suspendidas en el aire, como si las hubieran pintado. Jolene y yo jugábamos a buscar figuras en las nubes: una vaca, un coche, una cabezota, un castillo, un caimán. Siempre sabíamos que cuando pasáramos otra vez junto a ellas de vuelta a casa, la figura seguiría allí. Aquellas nubes nunca se movían ni cambiaban como las nubes blancas que hacía Dios.

Locomotoras al ralenti en los apartaderos de las vías, esperando para cargar los vagones. Si por casualidad nos parábamos en el semáforo en rojo entre la calle Union y la Séptima cuando abrían las tolvas, junto a los trenes, la lluvia de carbón era tan ensordecedora que ahogaba el ruido de la radio y mi madre siempre daba un respingo, que a Jolene y a mí nos hacía reír.

La empresa de Equipos de Minería Packard tenía una flota de camiones con plataforma que iban y venían sin cesar cargando gigantescas piezas de perforadoras y ruedas dentadas y engranajes colosales, que yo imaginaba que izarían después por la planta de habichuelas mágicas para arreglar el reloj del gigante. Un sonido melódico

constante salía de la planta, acompañado por vaharadas de vapor. Mucho después de haber llegado a casa, tumbado en mi cama, de noche, reproducía aquel sonido en mi cabeza hasta que me quedaba dormido.

Conduzco velozmente por el pasillo de almacenes cerrados y montones de chatarra.

A la izquierda se alzan las chimeneas de Franklin, de las que ya no sale humo. A la derecha se levanta el almacén silencioso y calcinado de Packard. Un incendio arrasó la planta un par de años después de que cerrara, destruyendo el interior y quemando el ladrillo rojo hasta dejarlo del color de la ternera al pudrirse.

En los apartaderos del ferrocarril hay vagones de carbón medio oxidados bajo las bocas metálicas corroídas de las tolvas gigantescas, a la espera de un último trayecto que ya no va a hacerse.

Al fondo todavía se lee en la valla publicitaria descolorida: BIENVENIDOS A CENTRESBURG. SOMOS EL CENTRO DE TODO.

Nunca he sabido con certeza de qué somos el centro. Desde luego no del estado. Estamos en la franja suroeste. Tampoco somos el centro del condado, ni siquiera del municipio.

El hijo menor de Jolene, Eb, está convencido de que significa que estamos en el centro del universo, y no hay manera de disuadirlo, ni siquiera cuando su hermano mediano, Harrison, le explica que no puede haber un centro en algo que no tiene límites finitos. Harrison, en cambio, cree que significa que estamos en el centro de un montón de porquería.

La cantidad de porquería es innegable, pero no muy lejos de estas carcasas ruinosas que se extienden entre sus propias sombras, hay una calle próspera llena de restaurantes de comida rápida y tiendas abiertas a horas intempestivas que conduce, como el camino de baldosas amarillas en Oz, hasta el Blockbuster más grande del condado y el súper Wal-Mart.

Más allá, un nuevo barrio de casas blancas ordenadas, relucientes como los rótulos del Monopoly, salpica la ladera de una montaña de relleno donde en otros tiempos hubo un paisaje lunar de minería a cielo abierto.

Se trata de una curiosa clase de depresión, característica de la clase obrera estadounidense, por lo que sé de la pobreza en otros países, pasada o presente, que mi padre se apresuraba a señalarme en los informativos de la televisión y en los libros y los periódicos cuando yo era pequeño.

Aquí nadie se muere de hambre; por el contrario, hay muchos gordos. A nadie le faltan los bienes materiales imprescindibles; todo el mundo tiene ropa para vestirse, un lugar donde vivir, una televisión y un coche.

La mayoría de la gente se las ha arreglado para ganarse la vida desde que cerraron prácticamente todas las minas y Franklin se fue también a pique. Hay una pequeña planta de Latas y Contenedores Unidos a unos treinta kilómetros al oeste de la ciudad. Hay una sede de la universidad estatal a unos cuarenta kilómetros en dirección contraria, donde se requiere un pequeño ejército de secretarías, empleados para la cantina, bedeles y personal de mantenimiento. Está el hospital. Hay un nuevo centro de detención de

menores, que dio muchos puestos de trabajo mientras duró la obra, y que ahora cuenta con una plantilla fija de treinta y cinco empleados. Está el concesionario de compraventa de coches del *sheriff* Jack. Y también se puede trabajar en las tiendas, las oficinas y los restaurantes del pueblo.

Pero, a pesar de todo, la privación se respira en el aire. Fue algo que mi padre predijo años antes de que sucediera.

Mi madre me habló una vez de una conversación que tuvieron poco antes de que muriera. Mi padre comentó que la extinción de la industria minera del carbón era inevitable, un planteamiento bastante radical frente a una mujer que procedía de una familia vinculada a los yacimientos de carbón de Pensilvania desde los tiempos de los Molly Maguires. Y sin embargo los indicios ya estaban ahí, y el futuro se presentaba con meridiana claridad para cualquiera que quisiera verlo. Cuestiones medioambientales, combustibles alternativos más limpios, importaciones de acero más baratas, conflictos laborales, además del hecho incontestable de que el carbón que podía proporcionarnos la tecnología a nuestro alcance con el tiempo se agotaría, eran elementos que apuntaban todos en una única dirección. Mi madre lo sabía tan bien como cualquiera.

A ella, sin embargo, lo que más le sorprendió de aquella conversación fue que mi padre no se detuviera en lo que supondría la pérdida de todos esos puestos de trabajo para la economía de una familia. No parecían preocuparle demasiado las mesas sin comida, o los árboles de Navidad sin regalos, o los niños sin zapatos que ponerse.

Los tiempos habían cambiado desde que el tatarabuelo de mi madre empuñó por primera vez un pico y una pala antes de que lo metieran por un agujero a sacar carbón. El trabajo no había cambiado mucho, ni los peligros que entrañaba, pero supuestamente el mundo de fuera sí lo había hecho. Estados Unidos se había convertido, según mi padre, en un país más amable, menos severo. Había sindicatos. Si eso fallaba, siempre se podía encontrar otro empleo. Si eso fallaba, cobrabas el paro. Existían las prestaciones sociales.

Nadie iba a morir de hambre: ese era un aspecto muy importante para mi padre, y no cesaba de repetirlo una y otra vez, mientras golpeaba con el puño en el brazo de su butaca favorita y lanzaba sus miradas azules centelleantes. Aun así, no era lo más importante de todo, aunque, como era un hombre que había conocido la miseria en sus propias carnes e incluso había perdido a su madre y sus hermanas en la hambruna, mamá pensaba que hubiera debido serlo. Su mayor preocupación, me dijo, era el espíritu. Lo que temía era la pobreza de espíritu.

—Ya puedes tener toda la comida y los juguetes, incluso todas las bombas —le explicó a mi madre, una de las últimas noches que pasaron juntos—, pero ningún hombre puede protegerse de la inutilidad.

Giro y recorro varias calles laterales hasta llegar a casa de Jolene. Se mudó a Centresburg el mismo año en que yo me fui a Florida. Entonces solo tenía a Josh. Ahora es madre de tres chicos y mujer de nadie, y parece tan satisfecha de una cosa como de la otra.

De profesión es camarera, no solo porque se ha dedicado el tiempo suficiente para

considerarlo un oficio, sino también porque para ella siempre se ha tratado de una profesión que debía tomarse tan en serio como la de maestra de escuela o astronauta. Si les preguntan cómo se ganan la vida, otras mujeres que se dedican a servir mesas contestan: «Trabajo de camarera». Jolene, en cambio, proclamará: «Soy camarera».

Durante muchos años Jolene me decepcionó. Pensaba que podría haber hecho algo más con su vida. Cuando se quedó embarazada de Josh, nada más salir del instituto, y dejó claro que no tenía intención de casarse con el padre, un chico de diecinueve años desempleado que pronto se alistaría en el ejército –tal y como ella misma explicó cariñosamente y con mucho tino: «Nos lo pasamos genial ganduleando juntos, pero no me imagino dependiendo de él para nada más que un revolcón y una pizza»–, pensé que lo mejor habría sido que abortara.

Luego, cuando decidió tener a Josh, me convencí de que se convertiría en una de esas madres solteras guapas y virtuosas a las que veía en los programas de *ABC Afterschool Specials*, que no sé cómo se las arreglaban para encontrar a alguien de confianza que cuidara al bebé sin que costase un ojo de la cara, mientras ellas sacaban adelante dos empleos distintos y una carrera en la universidad, y aún les sobraba tiempo para hacer voluntariado en la residencia de ancianos y prepararle galletas al hermano mayor, que estaba en Penn State con una beca para jugar al fútbol y conducía un deportivo, regalo de un exalumno agradecido, después de que su equipo ganara la Sugar Bowl en el 83.

Cuando se quedó embarazada de Harrison, pensé que lo mejor habría sido que abortara. Aún era joven. Aún podía hacer algo en la vida. Josh ya tenía siete años, se pasaba el día en el colegio. Un crío no era una carga demasiado pesada, pero desde luego dos sí lo serían. Quizá Jolene todavía pudiera ir a la universidad. Quizá todavía pudiera casarse, aunque no fuera con el padre de Harrison, una aventura de una noche en el Red Roof Inn a quien Jolene no se le ocurrió pedirle un número de teléfono. Ni preguntarle el apellido. Ni decirle que dejara dinero para pagar la habitación.

Luego, una vez que decidió tener a Harrison, me convencí de que se convertiría en una de esas madres solteras con dos hijos, guapas y virtuosas, que trabajan de camareras a jornada completa y por la noche van a clase, y todavía les sobra tiempo para preparar galletas para el hermano mayor, que a esas alturas vivía en Florida y se ganaba la vida matando bichos, bebía para matar el tiempo e iba por ahí cojeando de una pierna con una rodilla ortopédica.

Cuando se quedó embarazada de Eb, un día después del trabajo cogí el teléfono y la llamé desde el remolque que hacía las veces de oficina de Control de Plagas Perez, mientras mi jefe, el señor Perez, y su hijo, Ernesto, me miraban y sonreían y se pasaban la carta de mi hermana, deteniéndose a admirar su caligrafía femenina en el papel rosa y a olisquear algún posible rastro de perfume. Le dije que se casara con aquel tipo. Quienquiera que fuese. Cástate con él, por lo que más quieras.

Tras un silencio que no auguraba nada bueno, porque a Jolene una orden nunca la pilla sin contraréplica, me contestó:

–No me has llamado en ocho años, y la primera vez que te decides por fin a dedicarme un poco de tu ajetreado tiempo matando bichos, enganchado al canal de deportes por

cable o bebiendo en Hooters, y coges un teléfono para gastarte unos pavos hablando con tu única hermana, ¿es para decirme cómo tengo que vivir mi vida?

—Sí —le digo, y enseguida lo pienso mejor—. Quiero decir, no. Mira, en realidad no estoy pagando la llamada. Te llamo desde el teléfono de la empresa.

Jolene resopló indignada antes de seguir hablando como una apisonadora.

—Una vida que has dejado claro que no te interesa lo más mínimo, ¿no? Cuando te llamo, y milagrosamente atiendes el teléfono, y te cuento algo de mí o de mamá o de los chicos, sé que estás viendo la tele o haciendo uno de tus estúpidos crucigramas y no escuchas nada de lo que digo.

—¿Qué dices? —le pregunté.

—¿Vas a darme consejos? ¿Tú? ¿Un tipo que huyó de casa porque se rompió una pierna y no pudo volver a jugar al fútbol...? ¡Venga! Un tipo que no ha vuelto a casa ni una sola vez, y que nunca llama, ni escribe, ni da las gracias por las toneladas de galletas que le hago., sus favoritas, tartaletas de nuez caramelizada, en las que me dejo la piel, porque hay que meter la masa en todos esos moldes diminutos y luego verter la mantequilla derretida y el azúcar moreno con la cuchara, una por una, y al final poner las nueces, y se tarda horas... ¡Horas!

»Y cuando mamá o yo intentamos ir a verte, siempre encuentras una excusa barata para que no vayamos, como que de repente te mudas, o que estás enfermo, o que van a fumigar tu apartamento. ¡Y yo quiero ir a Florida! ¡Joder! Estoy estupenda en bikini. A las mujeres que están estupendas en bikini deberían regalarles continuamente viajes gratis a Florida. De hecho, ese debería ser el requisito para que te dejen viajar a Florida. La pregunta no debería ser si puedes permitirte pagar ese viaje, sino si alguien quiere verte en bikini. Tengo un hermano que vive en Florida, y estoy estupenda en bikini. Con esa combinación, debería estar pasándome la mitad de la vida en Florida.

»¿Sabes que Josh tiene ya doce años y nunca le ha estrechado a Mickey Mouse la mano o la garra o lo que sea? ¿Cómo se llama? ¿Mano o garra? ¿Los ratones tienen garras?

—Tienen patas.

—Pero Mickey lleva guantes.

—Se viste a oscuras.

Otro silencio.

—No pienso casarme con Randy Craig —dice entonces—. Es majo, pero ya lavo bastante ropa.

Colgó, y yo colgué también. Ernesto y su padre seguían sonriendo de oreja a oreja. Cuando les dije que Jolene no se iba a casar, varios billetes cambiaron de manos.

No me molesté en contarles los detalles de la conversación, solo comenté la convicción de mi hermana de que a las mujeres que están estupendas en bikini deberían regalarles viajes a Florida. La idea los entusiasmó.

El señor Perez sacó una botella de ron y otra de Coca-Cola, y nos pusimos a tomar cubalibres y a pensar en varias maneras de recaudar fondos para los viajes gratis a Florida, hasta que la señora Perez llamó y el señor Perez se marchó contento de volver

con la mujer que amaba, y Ernesto y yo nos quedamos bebiendo, hasta que la mujer de Ernesto llamó y él se marchó con la mujer a la que temía. Acabé llamando de nuevo a Jolene y dándole las gracias por las galletas.

Vino a Florida cuando Eb tenía un año y medio, cuando se convenció de que su cuerpo se había recuperado lo suficiente para volver a estar estupenda en bikini. Viajó al volante del coche con sus tres niños todo el camino, y no habló del viaje más que para anunciar, en cuanto llegaron, que no se iba a hablar del tema.

Para entonces Josh ya era un adolescente, y ni muerto le hubiera estrechado la mano o la garra o la pata o lo que fuera a Mickey Mouse, así que fue Harrison quien lo hizo, después de dos horas de cola al sol a casi cuarenta grados.

Luego nos las arreglamos para pasar otra hora en el puesto más próximo de primeros auxilios con aire acondicionado, junto a otras veinte víctimas de insolación, donde unas preciosas chicas bronceadas, con batitas de enfermera de un amarillo chillón, nos ofrecieron agua, zumo de naranja y galletas en forma de Dumbo. Si hubieran servido cerveza, habría sido mi lugar preferido de todo el parque de atracciones.

Eb pilló un mal resfriado por el golpe de frío después de estar casi todo el día cociéndose en sus propios fluidos corporales. Harrison cogió una infección de oído en la piscina del complejo de apartamentos donde yo vivía. Josh tuvo unas quemaduras del sol tremendas y se enamoró perdidamente del guapo travesti rubio que vivía dos puertas más allá de la mía. Harrison se pasó todos los días quejándose de que se aburría.

Desde entonces Jolene siempre lleva a los chicos al lago Erie en verano.

Aun así, el viaje no fue un completo desastre. Volver a verla al cabo de tantos años me hizo darme cuenta de que quería retomar un poco el papel de hermano mayor, que tanto me había esforzado en abandonar cuando me marché. No pretendía recuperarlo del todo, solo lo necesario para preocuparme por ellos y asegurarme de que les iban bien las cosas, así que empecé a llamarla, en lugar de esperar a que siempre lo hiciera ella.

Jolene, por su parte, ya no intentaba convencerme de que volviera a casa. No sé por qué exactamente. Desde luego no porque me viera feliz o creyera que la vida me sonreía, pues nada más lejos de la realidad. Ni porque pensara que había encontrado un lugar donde las cosas me iban mejor, porque tampoco era así.

Creo que simplemente necesitaba comprobar de primera mano cómo era mi vida, para entender hasta qué punto estaba decidido a mantenerme lejos. Por fin comprendió que saber la razón de que me hubiera ido no era lo mismo que entender por qué no podía volver. Mi madre siempre supo ver la diferencia. Nunca, ni una sola vez, me preguntó cuándo regresaría a casa.

Pasaron varios años. Siguieron llegando las galletas. Siguieron llegando las fotos de los chicos. Curiosamente, una vez que Jolene dejó de incordiar me con el asunto, empecé a contemplar la posibilidad de volver a casa. Hasta que un día recibí un recorte de periódico en un sobre anónimo y sin dirección en el remite, y ya no pude pensar en otra cosa más que en regresar.

Era uno de esos artículos sobre crímenes violentos en las zonas rurales que de vez en cuando se cuelan en los periódicos de la urbe. Reese siempre era el protagonista de esas

historias, y, aunque había cometido su crimen hacía más de veinte años, también era el centro de la noticia de aquel recorte. Al parecer, la historia del paleta blanco que apaleó a su mujer hasta dejarla en coma delante de su hijo de tres años, y luego, tras cumplir solo dos años de los seis de la condena, apaleó a otro interno de la prisión hasta matarlo, por lo que le cayeron otros quince años, ejerce una atracción eterna en los articulistas locales de la sección de sucesos.

En un recuadro, junto al cuerpo del texto, se mencionaba la fecha de puesta en libertad de Reese, para la que aún faltaba un año, junto con una declaración del *sheriff* del condado de Laurel, Jack Townsend, que decía: «Si decide volver a vivir aquí, no podemos hacer nada por evitarlo. Coal Run es su hogar. Tendremos que confiar en que haya aprendido la lección».

En el margen, escrito con bolígrafo negro, había una pregunta dirigida a mí: «¿Qué piensas hacer?».

No acerté a imaginar quién me había mandado aquel recorte, y aún sigo sin saberlo. Quienquiera que fuese, por fuerza, conocía mi dirección en Florida y, sobre todo, mi vínculo con Reese. Y nadie conoce mi vínculo con Reese.

Ya no pude quitarme la pregunta de la cabeza.

Aparco la camioneta delante de la casa de Jolene y toco el claxon. Vive en un barrio tranquilo de casas pequeñas de gente obrera. Algunas de listones de madera. Algunas de ladrillo. Algunas revestidas de aluminio blanco o gris.

La suya es una casita rosada con cenefas blancas en forma de muñequitos y un columpio antiguo en el porche de la entrada. La vivienda se conserva en muy buen estado, porque hay por lo menos una docena de hombres en su calle que harían cualquier cosa por estar cerca de Jolene, entre otras pintar los aleros del tejado, limpiar las canaletas, podar los setos y despejar la nieve de la acera en invierno. Por suerte, a las mujeres también les gusta tener a mi hermana cerca, así que dejan que sus maridos se ocupen de esas cosas.

La puerta se abre y Jolene sale con el bolso y una bolsa de basura doblada en la mano. Los tacones resuenan en el suelo de madera del porche. Cuando está a medio camino del sendero, se para en seco.

—Tengo seis vestidos negros —me grita desde lejos—. Todos son demasiado escotados o tienen volantes. Menos este.

Estira los brazos y da una vuelta. Los dedos y las muñecas cargados de anillos y pulseras tintinean y despiden destellos mientras gira. Lleva un vestido negro muy corto, ajustadísimo.

—Es muy bonito —le digo.

—No te gusta.

—Te he dicho que es bonito.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada.

—Lleva mezcla de angora.

–Es genial.

–Espera. Creo que me lo voy a pensar mejor.

–Mierda –digo.

–Me encanta, pero es un poco corto. Puede que a la gente le parezca inapropiado.

Se mira las piernas. Como les pasa a los niños o a los perros, el bien o el mal para Jolene dependen únicamente de cómo reaccionan los demás frente a ella, no tiene nada que ver con escuchar su propia conciencia, porque esa parte suya siempre le dice que haga lo que quiera.

–Hace mucho que no voy a un funeral. ¿Cómo irá vestida la gente?

–Con ropa de funeral.

–¿Qué significa eso exactamente?

–No lo sé.

–¿Qué llevará Zo?

–¿Zo? Zo es la difunta.

–Ya lo sé. ¿Qué llevará puesto?

–¿Cómo diablos voy a saberlo?

–Tú la encontraste.

–Eso no significa que me toque vestirla.

–¿A quién le toca entonces?

–Yo qué sé.

–¿Qué llevaba cuando la encontraste?

–Basta, Jolene. ¿Puedes callarte de una vez y subir a la camioneta?

No se lo digo, pero recuerdo exactamente la ropa que llevaba Zo el día en que la encontré estirada en el sofá de su casa, esperando a que pasara a buscarla para hacer la compra: una mujer diminuta, con pelo de algodón, vestida con pantalones de poliéster azul marino y un chaleco a juego encima de una blusa a rayas, un impermeable color habano y uno de esos pañuelos de plástico transparente para la lluvia que se dobla en un triángulo perfecto y puede guardarse sin ser visto en el gran bolso blanco de una anciana.

Jolene empieza a rebuscar en su bolso nada más subirse a mi camioneta. De reojo veo barras de labios, pasadores para el pelo, un paquete de emplastes para los callos Dr. Scholl, un sujetador rosa de raso, tubos de caramelos LifeSavers, un pirata de Fisher-Price con una espada entre los dientes, pintaúñas, envoltorios de chicle, una vieja chapa donde se lee CLINTON PRESIDENTE. RESPIRA'96, un carrete de fotos sin revelar, el imperdible del Valley Dairy con su nombre, un corazón recortado en cartulina, números de teléfono, con o sin un nombre masculino al lado, garabateados en cualquier superficie, desde billetes de dólar a los dorsos de etiquetas de cerveza, y un par de medias.

Deja de rebuscar cuando encuentra un alambre plastificado de esos que sirven para cerrar las bolsas de los alimentos envasados. Lo pone en el asiento, a su lado, y me mira.

–Bonita corbata –dice burlona.

–Ha sido la mejor que he podido conseguir con tan poca antelación.

–Deberías haber aceptado la que te prestaba Eb.

–Tenía un dibujo de Scooby-Doo.

–¿Los patos son mejores?

–Por cierto, ¿qué clase de crío de seis años colecciona corbatas?

–Le gustan. Le hacen sentirse elegante.

Sacude la bolsa y se pone a recoger la basura del suelo. Levanta una lata de cerveza y me la pone delante de las narices.

–Te van a despedir –me dice.

–Eso jamás. Va en contra de la religión de Jack. Es exalumno de Penn State, como yo.

Recoge un bote de espuma de afeitar y lo agita para comprobar si está vacío. Al ver que sí, lo mete satisfecha en la bolsa de plástico.

–Entonces, ¿Eb no viene? –le pregunto.

–Es demasiado pequeño para llevarlo al funeral de su abuela. Josh se ofreció a venir, pero necesitaba que se quedara en casa a vigilar a Eb. Harrison se negó rotundamente, porque dice que Zo no es pariente suya. Eso es lo que ha dicho.

–Muy bonito –digo con un gruñido.

–A veces no puedo creer la boca que tiene Harrison, y eso que solo tiene once años. Hoy hemos discutido otra vez. Últimamente nos pasamos el día discutiendo.

–¿Por qué ha sido?

–No estoy muy segura. Cuando me marchaba, ha dicho: «Ni una puta intentaría ligar en un funeral».

–¿Y tú qué le has dicho?

–Le he dicho: «Sí, una puta lo haría».

–Me parece que no era esa la cuestión.

–Claro que lo era. Él cree que estoy obsesionada con los hombres, pero la verdad es que casi nunca salgo con nadie. Y él lo sabe. ¿Cuándo tengo tiempo para salir? ¿Y dónde voy a quedar? Y, francamente, ¿con quién no he salido todavía?

–Hay varios pacientes en el Remanso de Paz que aún conservan las funciones vitales.

–Muy gracioso.

Entiendo a Harrison. Sé lo que es tener una madre bonita y sin marido cuando llegas a una edad en que te empiezan a interesar las chicas y te das cuenta de que los tipos que rondan a tu madre están pensando de ella lo mismo que tú de tu póster de Farrah Fawcett. Si tu madre responde favorablemente a los pensamientos de esos tipos, no estás seguro de si debes alegrarte por ella, o protegerla, o enfadarte con ella, o sentir rechazo. En mi caso, la maldición fue doble. Cuando Jolene fue mayor de edad, tenía también una hermana bonita.

Lo mejor y lo peor del género masculino aparcaba constantemente delante de nuestra casa: mi madre rechazaba la mayoría de las insinuaciones que le hacían, Jolene aceptaba la mayoría de las insinuaciones que le hacían, pero las dos eran igual de inalcanzables.

Jolene empuña un cuchillo de caza que les confisque a tres chavales anoche, al sorprenderlos rajando los neumáticos de la camioneta de otro chaval porque les había robado una novia. Les expliqué que a una novia se la puede atraer, se la puede engatusar, manipular, engañar, encandilar, confundir y comprar, pero no se la puede robar. Entonces les enseñé cómo se lanza un cuchillo para que se quede clavado en el tronco de un árbol.

Ninguno sabía hacerlo. Los chavales ya no desarrollan habilidades útiles para la vida. Ninguno sabía tampoco recitar el Juramento de Lealtad a base de eructos.

Mi hermana abre la guantera para guardar el cuchillo y encuentra la foto de archivo de Reese.

—¿Reese Raynor va a salir de la cárcel? —pregunta—. Pensaba que habían tirado la llave.

Se acerca el fax a la cara. Siento el impulso irracional de apartarlo de un manotazo, por miedo a que la mera imagen de Reese pudiera infligir algún tipo de daño físico.

—Dios, hace tanto tiempo de aquello... Veamos, fue el último año que estuviste en la universidad. Ya habías fichado por los Bears. Más o menos fue cuando tuviste el accidente. —acaba la frase despacio, y me mira entrecerrando los ojos, hasta que solo se ve una grieta azulada—. ¿Por qué tienes esto?

—Es parte de mi trabajo.

—¿Desde cuándo te interesa nada que sea parte de tu trabajo?

Intento quitarle el papel, pero lo aparta lejos de mí.

—Nunca entendí nada de lo que pasó —sigue Jolene—. Crystal era tan poquita cosa, tan calladita. Ni siquiera se sabía que estuviera saliendo con Reese, y de buenas a primeras, ¡pam! Se queda embarazada y se casa con él, sin acabar ni siquiera los estudios. Reese Raynor. ¿Cómo podía alguien acostarse con Reese Raynor? Con Jess se entiende, era muy mono.

—Son gemelos idénticos —le recuerdo.

—Solo cuando están juntos. Cuando los ves por separado, no se parecen en nada.

Deja la fotografía encima del asiento, entre los dos, y sigue recogiendo mi porquería. Miro el rostro en blanco y negro. Jolene tiene razón. No se parece a Jess. Mi hermana siempre descubre algo que a nadie le parecía importante hasta que ella lo dice, y entonces uno se pregunta cómo ha podido vivir todo ese tiempo sin darse cuenta.

Al ver la sala de paredes rosa y oro de la funeraria de Lyle abarrotada de gente, me alegro por Zo. Sabía que ella esperaba una gran concurrencia cuando al fin llegara su hora. Era lo primero que mencionaba siempre al volver de un funeral. «Hubo gente que se quedó de pie» era su mayor elogio.

Hay gente de pie durante la ceremonia. No hay asientos libres. No puedo quedarme mucho rato de pie, por mi rodilla, pero no me preocupa. Basta con que Jolene se quede un momento quieta en el fondo de la sala y lance su mirada escrutadora por el mar de sillas plegables ocupadas, para que los hombres empiecen a agitarse y a levantarse. En cuestión de minutos estamos sentados.

Durante los veinticinco años que se ocuparon de la administración del Remanso de Paz, una residencia de ochenta camas para convalecientes y ancianos en las afueras de Centresburg, Zo y mi madre llegaron a entablar una relación, directa o indirecta, con prácticamente todas las familias de por aquí. Al parecer, la mayoría ha pensado que Zo merecía que le presentaran sus respetos por última vez.

El hecho de que mi madre no lo haya hecho es un paso en falso que atenta contra las normas sociales, y algunos no se lo perdonarán fácilmente. Sin embargo, cualquiera que conozca a mi madre sabe también que no actúa por falta de respeto; simplemente es sincera con su naturaleza pragmática. Ella siempre ha celebrado la vida, y la vida que queda por delante; la muerte es una distracción de ambas cosas que a su juicio no sirve para nada, así que no desperdicia el tiempo con ella. Ni siquiera dos horas en un funeral.

Tampoco es que le dé mucho crédito a eso que ella llama «actos religiosos», en los que incluye cualquier cosa que tenga lugar en una iglesia o involucre a un cura.

Antes era practicante. Toda la vida había ido a la iglesia metodista de Coal Run; luego se casó y empezó a ir con mi padre a la iglesia católica ucraniana más próxima, en Union City. Era un edificio oscuro, estrecho, de madera, donde el incienso y los cánticos eslavos enturbiaban el aire. Las misas eran larguísimas, porque los sermones se daban dos veces: primero en ucraniano, luego en un inglés que dejaba bastante que desear. Incluso en pleno verano, nadie podía abrir una ventana, porque una anciana con los ojos

hundidos en las cuencas que llevaba un jersey raído y la hambruna y la guerra grabadas en el rostro se acercaba tambaleándose a cerrarla inmediatamente.

Después de la muerte de mi padre, mi madre dejó de ir. A sus espaldas, mucha gente susurraba que se había apartado de Dios, pero yo sabía que no. Aunque no tuviera nada que ver con ninguna iglesia, seguía leyendo su Biblia, seguía haciéndonos rezar antes de ir a la cama, seguía riñendo a Val siempre que tomaba el nombre del Señor en vano. A diferencia de lo que me había ocurrido a mí, mi madre no había dejado de creer en la existencia de Dios. Solo había dejado de creer que le debiera algo.

El ataúd de Zo está delante de una pared de cortinas polvorientas de raso rosa con flecos dorados, bajo las lágrimas de cristal de una araña de luces.

El ambiente la hubiera complacido. Aunque su casa estaba decorada con sencillez, en secreto adoraba la extravagancia. Le encantaba Las Vegas. Siempre le decía a Jolene cuánto envidiaba la brillantina y las purpurinas que las chicas jóvenes se podían untar en la cara, el pelo y el cuerpo hoy en día. Nunca se iba a trabajar sin ponerse uno de sus grandes broches de bisutería en la solapa del traje de poliéster. Tenía seis, que yo supiera: una mariquita, una rana, una moto roja, una bandera de los Estados Unidos, la Z de su inicial, y una regadera.

Con la mirada fija en la chabacanería que la rodea ahora, todos los detalles de la habitación donde exhaló su último aliento acuden a mí en tropel: los rombos naranjas, verdes y amarillos del tapiz tendido en el respaldo del sofá; un cojín con funda rosa de raso y flecos dorados cubierto con una serigrafía en seda de una máquina tragaperras de Las Vegas; pilas de revistas *Reader's Digest* y *Better Homes and Gardens* amontonadas encima de la mesa baja; su Biblia de cubiertas de cuero negro en una mesita auxiliar, con la cinta roja de raso asomando, siempre en un punto distinto, por las páginas de bordes cobrizos; la fotografía enmarcada de su difunto marido sobre un piano vertical desafinado, entre la foto de graduación de su hijo Randy y el retrato borroso de un Jesucristo de mirada seductora.

Nada había cambiado en aquel salón desde que yo era un niño, solo que había llegado un televisor en color, y el sofá y la moqueta, renovados a regañadientes tras mucho uso y desgaste.

Jolene y yo pasábamos allí mucho tiempo de pequeños, en compañía de muchos otros niños. Zo fue la fundadora de una asociación de apoyo a las viudas y los hijos de los mineros de Gertie. Vivía sola con Randy –el bebé milagroso que no logró concebir hasta casi los cuarenta–, en una granja grande de tres pisos, que en origen fue propiedad de su abuelo, un hombre de dinero. Sus puertas estaban siempre abiertas a cualquier mujer que necesitara una niñera, o un consejo, o simplemente alguien con quien hablar.

Creó el fondo de ayuda económica con un dinero que había heredado. Su madre fue la única hija del cajero jefe del Primer Banco Nacional de Centresburg, que había enviudado al poco de nacer la madre de Zo, y que a partir de entonces centró su vida alrededor de su hija. Albergaba grandes esperanzas de casarla bien cuando creciera y no reparó en gastos para que se cumplieran, mandándola a un exclusivo colegio de señoritas en Filadelfia, con el deseo de que allí conociera y se codeara con la clase de chicos que le

correspondía. Así que lógicamente se disgustó cuando la chica volvió a casa de la escuela un verano y se enamoró de un minero.

Sin embargo, el yerno se ganó al suegro, que mucho antes de morir les regaló a los padres de Zo un lugar donde vivir, la casa y ochenta hectáreas de tierra, además de una gran parcela en la que con el tiempo Zo instalaría el Remanso de Paz. Cuando el abuelo murió, los padres de Zo heredaron también una suma de dinero nada despreciable.

La granja distaba mucho de ser una mansión, pero era un palacio en comparación con las casas de tres habitaciones propiedad de la empresa donde vivían los demás mineros. El padre de Zo compartió su buena suerte y siempre consideró la vivienda un bien comunitario. En los buenos tiempos de la industria del carbón, cuando Zo era niña, la casa siempre se llenaba con las visitas de los mineros y sus familias. Al hacerse mayor y criar a su propio hijo, la casa siguió siempre llena de visitas, aunque entonces solo fueran las familias de los mineros muertos.

Ni siquiera el sonido o el olor cambiaron con el paso de los años. El tictac poderoso, solemne, del reloj de pared del abuelo de su abuelo, y el aroma a limón del abrillantador para la madera son mis primeros recuerdos de cuando crucé el umbral de la casa hace más de treinta años, y también fueron los últimos en el momento en que salí de allí, hace dos días, después de llamar al juez de instrucción y levantar el puño artrítico de Zo del reposabrazos del sofá, en el que apresaba un cupón de descuento de veinte centavos de los sándwiches envasados Ziploc, para colocarlo en la pequeña loma de su pecho, donde se quedó junto al otro puño, como un par de terrones de arcilla seca. Había llegado quince minutos tarde a recogerla para acompañarla a hacer la compra.

Justo enfrente del ataúd está el hijo de Zo, Randy, el padre de Ebbie, sentado en primera fila con su mujer y sus dos hijos legítimos.

Según Jolene, ella y Eb llevan dos años sin verle. Vive en Maryland y trabaja para una distribuidora de material hospitalario. Jolene puede decir cómo han ido las ventas de cuñas por el precio del regalo de Navidad que Randy le manda a Eb cada año.

Se marchó de Pensilvania cuando Eb era un bebé, a buscar trabajo después del cierre de Neumáticos Franklin. Jolene dice que antes venía mucho a visitarlos, a pesar de las seis horas de viaje en coche, pero cuando se casó las visitas cesaron. No tenía nada que ver con su mujer, o eso era lo que Randy le aseguraba a Jolene. Solo que estaba demasiado ocupado con el trabajo, y de pronto se había dado cuenta de que el trayecto era demasiado largo.

Jolene estuvo un tiempo molesta; no por ella, sino por Eb. Se notaba que a Randy le caía bien de verdad, y ella misma vio cómo se formaban los lazos de cariño entre los dos. Si hubiera conocido a su dulce mujercita un año después, el vínculo habría sido demasiado difícil de romper.

Sé que es sobre todo por eso por lo que hoy no ha dejado venir a Eb. No porque no quisiera que el crío viera a su abuela muerta, sino porque no quería que viera a su padre tan vivo.

Echo un vistazo a mi alrededor. Hay quien me mira como si supiera quién soy, y la mayoría lo sabe. Otros me miran como si me conocieran personalmente, y la mayoría no

me conoce. Algunos me miran como tratando de identificarme y, cuando lo hagan, se verán obligados a preguntar a alguien si soy el que creen que soy. Hay quien me mira como si ya comprendiera la diferencia entre saber quién soy y quién fui. Otros lo pensarán después. A algunos la diferencia no les importará. A otros les dará una alegría, o se llevarán un chasco de mil demonios.

Pase lo que pase, en algún momento del día hoy seré por lo menos un pensamiento pasajero en la cabeza de todos los presentes en el funeral de Zo Graig, y no puedo evitar la sensación de que ella lo sabía y lo hubiera querido así.

—¿Quién es ese? —me susurra Jolene al oído.

Tuerce el cuello para mirar hacia el fondo de la sala. Hay alguien de pie junto a la puerta, recostado contra la pared. Va vestido con ropa raída, está sucio y sin afeitar; su presencia es una vileza y una profanación del papel rosa con relieve que cubre las paredes, como encontrar una colilla en el joyero de una niña.

No logro apartar la vista de él. Más allá de la falta de respeto que supone presentarse con esa facha en el funeral de una anciana, hay algo en su presencia que me inquieta profundamente. Lleva una gorra militar cubana como la de Fidel Castro, o la del señor Perez en su juventud, encajada de tal manera que la visera le oculta los ojos. El pelo, largo y oscuro, le roza las hombreras de la trenca caqui. La pernera rasgada de los pantalones de camuflaje termina en una bota militar de cuero llena de rozaduras. La otra termina en un recio zapato negro.

—¿Quién es ese? —pregunta Jolene de nuevo—. ¿Crees que Zo lo conocía? Parece recién salido de una jungla.

—Hostia santa —digo en voz alta.

Una docena de miradas se vuelven hacia mí.

—Perdón —digo, y sin darme cuenta me levanto de la silla.

—¿Adónde vas? —pregunta Jolene.

No le contesto. Recorro lentamente el pasillo. Cuanto más me acerco, más seguro estoy de que es él, aunque nada encaja.

Jamás se presentaría en un funeral mal vestido. Fui con él al entierro de los mineros de Gertie. Mamá me dejó que lo acompañara en la camioneta. Recuerdo que titubeé cuando abrí la puerta y lo vi enfundado en un traje azul marino, con corbata, zapatos de suela rígida y la cabeza descubierta, sin la gorra de béisbol que siempre llevaba. Tenía las manos sonrosadas, casi en carne viva de tanto restregárselas, y olía al jabón Dove de su madre. No tuve la certeza de que fuera él hasta que se inclinó hacia mí y me dijo, encadenando eructos:

—Sube a la puta camioneta.

Jamás se hubiera dejado el pelo tan largo. Pelo de maricón, lo habría llamado. Pelo de nena. Pelo de coño.

¿Y por qué iba a volver al lugar del que se había mantenido alejado más de treinta años para asistir al funeral de una mujer a la que no conocía? Si ni siquiera volvió para el funeral de su propia madre.

Apoyaba las manos sobre una pierna, con las palmas hacia arriba y un cigarrillo

colgando entre dos dedos. Siento una náusea en el estómago, que se convierte en una emoción contenida cuando me doy cuenta de por qué lleva dos zapatos distintos. Tiene una pierna postiza. Es la prueba que necesitaba.

Mi memoria rebobina hasta el día en que Maxine abrió el buzón y recibió la noticia del Ministerio de Defensa. Se encogió y se echó a llorar, abrazándose las rodillas, sin abrir el sobre.

Era cerca de la hora de la cena, y Steve y yo jugábamos en el patio de delante de mi casa. Mi madre estaba en el porche con Jolene, arrancando el rabo de las judías verdes y echándolas en un gran cuenco azul con agua fría. Fue corriendo hasta Maxine, seguida de Jolene. Maxine le tendió el sobre. Vimos que le temblaba la mano. Mamá lo abrió y sacó la carta. La leyó en silencio, moviendo apenas los labios. Entonces ella también rompió a llorar.

Enseguida las dos mujeres se abrazaron, besándose y llorando aún con más ganas. Yo no entendía nada. Fue Steve el que finalmente dio con la clave.

—Creo que lloran de alegría.

Maxine nos miró y agitó la carta en el aire. Las lágrimas le habían corrido el rímel y tenía churretes negros en la cara, como los que le dejó el polvo del carbón a mi madre el día en que explotó Gertie.

—¡Val vuelve a casa! —gritó—. ¡Está herido, pero vuelve a casa!

Val volvía a casa. Yo llevaba tres años esperando oír esas palabras. Se convirtieron en un mantra para mí. Empecé a cantarlas dentro de mi cabeza por las noches, antes de dormirme. Se las decía a mi madre en la mesa del desayuno, y ella sonreía y asentía. Me las repetía al ritmo del tictac del reloj que colgaba en la pared de mi clase, en el penoso transcurso de los interminables días de colegio. Se lo conté al doctor Ed, y me dio una bolsa de piruletas rojas para cuando llegara Val; de niño, las rojas eran sus favoritas.

Mi madre me ayudó a hacer una pancarta. Escribí la noticia en la acera con un trozo de escoria: VAL VUELVE A CASA.

Pero nunca volvió.

Se inclina un poco hacia delante, separándose de la pared, y levanta la cabeza lo suficiente para que pueda verle los ojos.

Sé que debo de estar sonriendo de oreja a oreja. Quiero abrazarle, pero sé que eso queda descartado. Sus únicas muestras de afecto físico eran los apretones de manos, revolverte el pelo de la cabeza y los empujones. Soy demasiado grande para que me revuelva el pelo, pero por dentro aún me siento demasiado joven para un apretón de manos. Pienso en darle un empujón, pero llego a la conclusión de que no es la mejor ocurrencia empujar a un tipo con una sola pierna. Procuro no pensar en la pierna que le falta, ni en lo que le llevó a perderla, ni en lo que vino después.

No se me ocurre nada que decirle.

—Eh —balbucí al fin—, ¿cómo te ha ido?

Se lleva lentamente el cigarrillo a la boca y me mira a los ojos. Su mirada es impenetrable, llena de convicción y al mismo tiempo algo perdida, como los ojos en los retratos de los santos y los soberanos y los héroes de guerra muertos.

—¿Quieres decir recientemente, o en los últimos treinta y tantos años? —me pregunta con una voz mucho más grave y áspera de la que recordaba; y es que Val era poco más que un chaval la última vez que lo vi, no mucho mayor que Josh.

Sin embargo, para mí siempre fue un adulto. Hacía el trabajo de un hombre, cobraba el sueldo de un hombre y tenía las responsabilidades de un hombre. No tenía mujer, ni siquiera una novia formal, pero se ocupaba de su madre, y de su camioneta.

—Últimamente —sugiero.

Suelta una nube de humo en el salón de la funeraria y entrecierra los ojos, fijándose fugazmente en Jolene, como si divisara una moneda reluciente de veinticinco centavos entre un puñado de calderilla oxidada. Ella amaga una sonrisa. Para Jolene, sonreír a los hombres es un acto reflejo, como frenar para los niños cuando van en bicicleta. Da la impresión de que un pensamiento interfiera en sus instintos, porque la sonrisa no llega a materializarse del todo.

Jolene vuelve a mirar de nuevo al frente, saca la polvera del bolso y se acerca el espejo a la cara para comprobar su maquillaje.

—Estoy de puta pena —dice Val.

No baja la mirada a la pierna que le falta, y yo tampoco, pero doy por hecho que se refiere a eso.

—¿Quieres mi silla? —le pregunto.

—¿Quieres mi gorra? —me pregunta él.

—¿Para qué iba a querer tu gorra?

—¿Para qué iba yo a querer tu silla?

Busco en sus ojos cualquier indicio de reconocimiento. Parece que me recuerda. Me habla como si lo hiciera, ¿o acaso se limita a seguirme la corriente porque le he dirigido la palabra?

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunto sin rodeos.

—Eres el hijo de Rado Zoschenko —dice sin mirarme.

—Muy bien —le digo, sonriendo—. Me alegro de que me recuerdes. Después de todos estos años. Porque la última vez que me viste yo era un crío. Tenía seis años.

—Te he visto más veces desde entonces.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Cuando te rompiste la pierna, salió en todas las secciones de deporte de todos los periódicos, y en todos los apartados de deporte y telediarios.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Bueno, veamos —dice, todavía sin mirarme—. Supongo que tendría que ser bastante gilipollas para no darme cuenta de que el Ivan Zoschenko de Coal Run, Pensilvania, con una población de 523 habitantes, que vivía al lado de mi casa y que tendría la misma edad que aquel jugador de fútbol y que al crecer se parecía a su padre una barbaridad eras tú.

—Ya veo —digo, asintiendo con una sonrisa que a estas alturas se ha convertido en una mueca idiota.

—Además todo este tiempo he estado suscrito a la bazofia del periódico local, y hubo

un par de años en que no podías abrirlo sin ver una foto tuya con un balón en la mano o corriendo por un campo con la cabeza gacha, como un toro a punto de embestir.

Me llevo instintivamente una mano a la garganta. Nunca corría agachando la cabeza. Si lo hacías, Deets te castigaba a entrenar con alambre de espino enrollado al cuello. Lo llamaba «la gargantilla de Barbie».

Estoy a punto de decirle que se equivoca, que nunca me ha podido ver en una foto corriendo con la cabeza gacha, cuando añade:

—Zo me obligó.

—¿A qué?

—A suscribirme al periódico.

¿Que Zo lo obligó? No imaginaba que hubiera nadie capaz de obligarlo a nada, y menos aún una anciana a la que no había visto en más de treinta años. Ni siquiera sabía que conociera a Zo.

—¿Cómo te obligó a suscribirte a un periódico?

—Igual que me obligó a venir a su funeral. Me lo pidió por favor.

Las emociones que creía enterradas hace mucho empiezan a agitarse de nuevo en mi interior. La alegría que he sentido al volver a verlo da paso lentamente a la punzada de la traición.

No me escribió ni una sola vez cuando estuvo en Vietnam. Nunca contestó a ninguna de mis cartas. Me prometió que lo haría. Me prometió que volvería, y no lo hizo, ni siquiera de visita, ni siquiera cuando todos sabíamos que había vuelto a Estados Unidos, primero a un hospital para veteranos de guerra que había en Maryland, y luego a algún lugar en Ohio. Su madre nunca supo a ciencia cierta dónde. No se comunicó con ella, nunca preguntó por nadie; solo le mandaba algún dinero de vez en cuando. Todo este tiempo me he dicho que debía de tener una excusa. Resulta que no. Y encima nos había estado espiando.

—¿Sabías todo lo que pasaba por aquí y nunca volviste?

No dice nada.

—¿Por qué te molestabas en leer cosas sobre un lugar que ya no te importaba?

Sigue sin decir nada.

—¿De qué conocías a Zo?

Al final me escruta con la misma mirada tranquila pero inquietante, que irradiaba una especie de serenidad estancada.

—He aprendido a tratar con la gente amable como se trata con los osos. Si te quedas muy quieto y no haces ningún ruido, a veces simplemente te olisquean y se van. Supongo que eso no va a funcionar contigo.

Da una última calada al cigarrillo, antes de aplastarlo contra su pierna ortopédica a través del rasgón de los pantalones de camuflaje.

—Dile a tu hermana que no engaña a nadie con ese cuento de empolvarse la nariz. Sé que me está mirando por el espejo. Puedes decirle que me siento halagado. Le alegrará el día.

Se da impulso para apartarse de la pared y se aleja renqueando.

Voy tras él.

—¿Adónde vas?

—Siempre fuiste un coñazo, y sigues igual. Hacías un millón de preguntas sin parar. Correteabas por ahí cargando aquel libraco con animales en la portada. ¿Cómo se llamaba? ¿*Maravillas naturales*?

—*Maravillas de la naturaleza*.

—Sí. Exacto. ¿Qué pasó con él?

—No lo sé. Seguramente mi madre lo regaló en una subasta de libros usados, en algún momento.

Al oír mencionar a mi madre, Val deja de caminar, antes de reemprender la marcha con mayor determinación. Quiero seguirlo. Mis razones son puramente egoístas. Me doy cuenta de que no me interesa saber lo que ha hecho en la vida, sino si recuerda lo que hacíamos juntos. ¿Se acuerda de que fue él quien me enseñó a cambiar una bujía, a lanzar un balón, a disparar un arma?

Yo tenía seis años la única vez que me dejó ir a cazar con él. Mi madre me habría mandado a mi cuarto de por vida si se hubiera enterado.

Tampoco creo que Val me hubiera permitido acercarme a un arma a esa edad, si no fuese porque consideró que era responsabilidad suya enseñarme puesto que mi padre no podría hacerlo y, como ya sabía que se iba a combatir a Vietnam, la cosa no podía esperar. Me enseñó también a poner en marcha la máquina de cortar el césped y a montar en bicicleta.

Me ayudó a sostener la escopeta cuando divisamos al ciervo. Me rodeó con los brazos desde atrás y puso su dedo sobre el mío en el gatillo; entonces, en un susurro, me ordenó que esperara a que el ciervo me mirase a los ojos antes de matarlo. De lo contrario estaría haciendo trampas.

Observé por la mirilla e intenté encontrar los ojos del ciervo, como me había dicho Val. Desde tan lejos, para el animal yo no podía ser más que una diminuta figura erguida que sujetaba un extraño palo negro entre las patas; o probablemente ni siquiera una imagen, tan solo un olor a muerte. Sin embargo, tuve la sensación de que me veía desde el otro lado de la pequeña hondonada del valle, por entre la pantalla de árboles deshojados tras la que me ocultaba, y que traspasaba el visor y me miraba directamente a los ojos. Y allí estábamos, pupila con pupila, los acerados ojos azules de un niño observando los dulces ojos aterciopelados del animal sorprendido.

Pensar en el ciervo me paralizó; en cambio, al pensar en mí, el ciervo se puso en marcha. Dio media vuelta y se alejó dando saltos. Intenté adelantarme y dispararle, aunque sabía que era demasiado tarde. Se oyó un estruendo ensordecedor y sentí el culatazo del arma, que me habría tumbado en el suelo si Val no me hubiera apuntado desde atrás.

La detonación espoleó aún más al ciervo. Su cola apareció intermitentemente por entre los árboles, como una llama blanca, y luego se perdió de vista.

Sentí el escozor de las lágrimas en los ojos. Esperé a que Val se riera o me sermoneara, pero no hizo ni una cosa ni otra. Cogió la escopeta y la apoyó en un árbol mientras se

encendía un cigarrillo.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–He fallado –dije, tratando de que no se me quebrara la voz.

–¿Y sabes por qué?

–Porque soy un mal tirador.

–Aún no eres un tirador, ni bueno ni malo –gruñó.

–¿Porque he sido demasiado lento?

–Porque no querías matarlo.

–¿Qué quieres decir?

Recogió la escopeta y echó a andar.

–Quiero decir que no vuelvas a intentar matar si realmente no quieres hacerlo.

–¿Por qué?

Dejó de caminar y me miró. Recuerdo el cigarrillo, que se movía arriba y abajo en su boca adolescente mientras me hablaba.

–Porque sería una gilipollez matar si no quieres matar, ¿no te parece?

Observándolo ahora al salir de la funeraria, decido que sería una gilipollez seguir a un hombre que no quiere que lo sigan.

Siento un dolor agudo en el dedo y saco la mano del bolsillo. Estaba acariciando la pata de conejo que Val me hizo y me deslizó en la mano el día en que se marchó al campamento de instrucción militar.

Una gota perfecta de sangre roja mana en la yema de mi dedo. La piel y la carne desaparecieron hace mucho. Todo lo que queda ahora son huesos y uñas.

Necesito un trago. No me avergüenza el ansia, no me disculpo. Necesitar un trago no es peor que coleccionar muñecos de peluche, como hacen otros. Prefiero ser un borracho a ser un tarado.

Dejo la camioneta frente a la funeraria y voy caminando calle abajo. Jolene me va a despellejar vivo por irme, pero me da igual.

Me costó mucho acostumbrarme a la idea de que mandaran a Val a otro país a luchar en una guerra. Con el tiempo me adapté, pero nunca llegué a aceptarlo.

Después me adapté a la noticia de que Val hubiera perdido una pierna. Cambié los planes que tenía para nosotros. Supe que Val ya no podría ir a cazar, ni dar los largos paseos por el bosque que tanto le gustaban. Supe que ya no podría ponerse de pie sobre el motor de su camioneta, y seguramente tampoco podría meterse debajo del vehículo. No podría levantarse de un salto del sofá cuando los Steelers hicieran *touchdown*, ni jugar a las herraduras o a béisbol. Supe que no pasearía un sábado por la mañana desde el patio trasero de su casa hasta el buzón, cantando el estribillo de una canción de Foghat o de los Allman Brothers, para recoger el correo antes que su madre y dárselo en mano, manchado de huellas aceitosas, por lo que ella le gritaría y él saldría por la puerta de atrás sonriéndome. Supe que no podría seguir con las reparaciones que había hecho para mi madre desde que murió mi padre. Supe que había muchas posibilidades de que la chica de sus sueños nunca fuese a dar una vuelta con él en la camioneta, ni que quisiera nada

con él ahora que se había convertido en un bicho raro con una sola pierna. Ni siquiera tenía claro que pudiera seguir conduciendo la camioneta a partir de entonces.

Así que pensé en otras cosas que pudiéramos hacer juntos. Juegos de mesa. Crucigramas. Ver la tele. Pensé en que quizá todavía pudiera lanzar una pelota o herraduras, aunque fuese sentado.

Me mentalicé de que volvería a casa cambiado. Pero nunca volvió. Con el tiempo, incluso a eso me adapté.

Ahora supongo que debería adaptarme al hecho de que nos hayamos encontrado milagrosamente en el mismo pueblo al cabo de todos estos años y de que no parezca tener el menor interés en estar conmigo. Podría ir tras él, pero no sé dónde se aloja, ni cuánto tiempo va a quedarse. Ni siquiera sé quién podría saberlo.

Hay seis bares en el pueblo. Brownie's es mi favorito. Es un pasillo oscuro paralelo a la barra, con un cartel parpadeante de cerveza de barril Miller colgado encima de la única ventana. El local se llama así en memoria del perro del dueño, que ya está muerto pero que no lo estaba cuando abrió el bar. Hay un retrato del chucho de pelo anaranjado clavado con chinchetas en la pared, junto al lavabo de hombres, entre un impresionante *collage* de fotos de revistas con mujeres desnudas y recortes amarillentos de periódico donde se me ve haciendo placajes.

Prefiero el Brownie's a otros bares, porque aquí hay una clientela de bebedores profesionales. Nada de falsa camaradería, estallidos de violencia o confesiones babosas. Solo el consumo silencioso, firme, serio, de alcohol, por parte de hombres que beben no porque crean que el rumbo de sus vidas se ha torcido, sino porque están exactamente donde pensaban que iban a estar.

También me gusta porque hasta cierto punto aquí paso desapercibido. En cualquier otro bar del pueblo me veo montado, tras los cristales sin manchas de grasa, en una gloria galopante, agarrado por los huevos; mi pasado es más importante que mi presente, y todos mis fracasos, fechorías y debilidades de los últimos tiempos se excusan, se perdonan y se pasan por alto solo porque en el pasado fui un as del deporte. Harrison lo llama «el fenómeno O. J. Simpson».

Paso junto a la oficina de correos, y luego frente a la lúgubre fachada de piedra del Primer Banco Nacional construido por Stan Jack, la «J» de la Empresa Minera de Carbón J&P, cuando en la región se producían más toneladas brutas por minero que en cualquier otro yacimiento de carbón de Pensilvania. Todavía es la sede de los directores del banco, y de tres cajeros que no paran de bostezar y se entretienen contando una y otra vez el dinero de sus cajones, o poniendo al corriente sus propios talonarios de cheques. Las operaciones bancarias de sus clientes las hacen las máquinas de ATM del centro comercial.

Al lado de Brownie's está el edificio abandonado de Woolworth's. Los escaparates están sellados con tabloncillos de conglomerado. Las grandes letras mayúsculas azules que forman el nombre del establecimiento se han descolorido hasta convertirse en sombras plateadas que solo se ven cuando hay muy poca luz o un sol que encandila.

Los tres edificios componen una especie de historia condensada del pueblo. El Primer

Banco Nacional. Woolworth's. Brownie's. Ciudad en auge. Cierres. Despojos.

Cuando llego al bar, me palpita la rodilla de dolor. Ha estado molestándome desde que me agaché en el jardín de Ricky Blystone.

Por lo general, mi lesión no interfiere en mi trabajo. En teoría ser ayudante del *sheriff* requeriría mantenerse en forma y ser capaz de echar a correr en caso de necesidad, pero la realidad es que pasamos la mayor parte del tiempo sentados tras un escritorio, en un coche, en una increíble variedad de sillas incómodas y bancos cuando nos toca esperar en hospitales, cárceles, salas de tribunales, salones de casas particulares, talleres de coches, iglesias, restaurantes, bares y cualquier otro lugar donde la rabia, la estupidez o el descuido de un ser humano, o una combinación de las tres cosas, finalmente le pare los pies.

El doctor Ed me da recetas de calmantes bajo mano, para que no conste nada en los informes de mi póliza de salud que pudiera alertar a alguien de que tengo un problema en la pierna. Según los chequeos médicos de la oficina del *sheriff*, no tengo ningún problema.

Los informes falsificados son necesarios, pero en última instancia carecen de importancia. Si alguien quisiera cuestionar mis capacidades físicas, podría hacerlo fácilmente desenterrando cualquier periódico viejo o los artículos de las revistas que se publicaron cuando me rompí la pierna.

El jugador estelar de Penn State atrapado al desplomarse maquinaria en una mina. Los Bears pierden a un corredor que prometía. Un extraño accidente hace pedazos la pierna y la carrera de Zoschenko. Joe Pa visita el hospital. Declaraciones de Ditka por la pérdida de Ivan Z: «Un día triste para los aficionados al deporte».

Sin embargo, cualquiera que me conozca jamás pensaría que a nadie le pueda molestar que yo sea ayudante del *sheriff*, así que una pequeña mentira intrascendente no tiene nada de malo. Para el conjunto de la policía estatal, simplemente soy un ayudante del *sheriff* en un condado donde no hay crímenes, con competencias limitadas al ámbito local, y nunca ha habido motivos para cuestionar dichas competencias.

En ese ámbito local, Jack Townsend, el *sheriff* del condado de Laurel desde hace treinta y cinco años, calcula que ganó unos cincuenta mil dólares durante las cuatro temporadas que jugué en el equipo del león Nittany. Una de esas victorias llegó en los tres últimos segundos de un partido contra Miami, cuando perdíamos por diecisiete puntos. Recibí un pase en tercer *down* largo y corrí cincuenta y dos yardas para conseguir *touchdown*. Solo con aquel partido, Jack ganó dinero para pagar la entrada de las tierras que se compró en Sinnemahoning, uno de los mejores parajes del mundo para la pesca con mosca.

Fue Jack quien me convenció de que trabajara para él. Nos encontramos por casualidad en el State Store el verano pasado; yo acababa de volver a Coal Run. Estábamos comprando la misma botella de whisky para consumo propio y la misma botella de vino rosado en un estuche de regalo para la misma mujer. Jack había enviudado hacía dos años y era su segunda cita con Jolene, que sería la penúltima. Ella estaba a punto de descubrir que los hombres, a partir de los sesenta, se quedan dormidos

a eso de las nueve de la noche.

Ocupo mi asiento de costumbre al final de la barra y me sumo a la cadena de bebedores. Pronto deja de importarme que Val piense que corría agachando la cabeza, o haberme ido del funeral de Zo, o que en pocos días pueda echarle el guante a Reese Raynor y no me sienta ni mucho menos tan entusiasmado como pensaba.

Volviendo al bar después de aliviar la vejiga por segunda vez, me paro a buscar a Reese en alguno de los recortes de periódico que forman la crónica de mi fama, intercalados entre los trozos de mujeres desnudas. Las fotos están pegadas con cinta adhesiva al tuntún, en ángulos extraños, y muchas mujeres tienen la cabeza tapada con los pechos, las piernas, los genitales y los culos de otras. El resultado es un corta y pega de partes desmembradas del cuerpo femenino, lo máximo que un hombre que bebe en Brownie's es capaz de manejar. Solo una parte, no una mujer completa.

No encuentro a Reese, pero sí a Jess. Aparece en una foto junto a Deets, que está apostado en la línea de banda con los pantalones baratos grises de poliéster brillante que se ponía los días de partido, y la chaqueta plateada del equipo, con las llamas rojas saltándole por la espalda. Es un tipo ancho, sólido y calvo, porque se rapaba la cabeza al comienzo de cada temporada para demostrar que no se avergonzaba fácilmente; y así la primera vez que entraba dando un portazo en el vestuario durante el descanso a decirnos que estábamos consiguiendo que se muriera de vergüenza, podía señalarse la cabeza y gritar: «¡Y no es fácil hacerme pasar vergüenza!». En la fotografía está gritándole a Jess con los brazos cruzados sobre su pecho de tonel y la mirada desorbitada.

Jess era el otro jugador estelar de Deets. Estaba casi a mi altura. Tenía velocidad, fuerza, inteligencia, ganas..., pero también tenía miedo. No le gustaba recibir golpes. Tampoco le gustaba devolverlos.

Deets intentaba quitarle el miedo a base de tormentos. Le hacía correr hacia el muro de hormigón que había detrás del instituto. Lo ponía en posición de tres puntos y entonces lo cronometraba para asegurarse de que corría a toda velocidad hasta el muro y que chocaba con toda la fuerza de su hombro.

Una vez lo vi chocar con la cabeza y caer inconsciente un par de segundos; vi las magulladuras al día siguiente, en el vestuario; vi que apenas podía moverse en el instituto; pero si Deets se lo ordenaba, se pasaba la noche haciendo lo mismo y nunca se quejaba. Sin embargo, cuando llegaba la hora del partido, no podía evitar encogerse cada vez que le caía el balón en las manos. Seguía buscando el camino donde hubiera menos resistencia, aunque significara perder metros de juego.

Paseo la mirada por el resto de la pared. Me detengo en un par de piernas largas con tacones de aguja rojos que tapan los últimos párrafos del artículo donde se cuenta el final de mi carrera. El titular dice: *El desastre cae de nuevo sobre Gertie*. De los muchos artículos que se publicaron sobre mí en periódicos y revistas, el diario local fue el único que omitió mi nombre, mi pierna aplastada o el fútbol en el titular, y el único que publicó una foto de la mina abandonada, aumentada cinco veces la instantánea en la que aparecía yo estrechándole la mano a Mike Ditka después de firmar mi contrato con los Bears.

He reproducido dentro de mi cabeza cientos de veces la noche del accidente, tratando

de averiguar por qué fui a Gertie aquella noche. Había estado allí a menudo de pequeño, después de la explosión. Nada nos impedía ir, salvo las advertencias de nuestras madres. Los edificios estaban abandonados, pero seguían abiertos. Tampoco habían clausurado los túneles. La J&P nunca se tomó la molestia de cerrar sus minas más que con palabras.

Los chavales se desafiaban a ir en busca de fantasmas y recuerdos morbosos, o a trepar, a saltar, a meterse a gatas y esconderse debajo de cosas a las que se suponía que no debían acercarse. Algunos iban por pura curiosidad. El complejo desierto se veía claramente desde el otro lado del valle, desde el vertedero de Coal Run. El esqueleto se mantenía en pie sobre la exuberante ladera de la montaña, fascinante y espantoso al mismo tiempo, como un viejo castillo o el cráneo gris veteado de un monstruo colosal.

Yo iba por las mismas razones que todo el mundo, pero me atraía algo más, una fuerza desagradable pero irresistible, la misma sensación que me obligaba a mirar un gatito muerto en el margen de la carretera en lugar de apartar la vista en cuanto divisaba de lejos un enjambre de moscas revoloteando a su alrededor. Saber que estaba muerto no bastaba; tenía que ver el pequeño cadáver destripado.

Gertie me obsesionaba, no solo porque hablaba de la muerte, sino porque también susurraba verdades inquietantes sobre la vida.

A partir de la explosión, todo el mundo empezó a hablar de los nuevos minadores continuos, aunque no los acusaran abiertamente: máquinas enormes con dientes de acero que mordían la veta y arrancaban el carbón, antes de verterlo en las cintas transportadoras que desembocaban en las vagonetas.

Los mineros se habían mostrado contrarios a esos nuevos equipos desde el principio. Solían reunirse en la cocina de nuestra casa y hablaban en hondos murmullos de la posible pérdida de puestos de trabajo y los nuevos peligros que entrañaba aquella maquinaria.

No solo dejarían a muchos de ellos sin sustento, porque un minador continuo podía extraer más carbón del tajo que veinte mineros con cadenas cortantes, sino que además despedían más carbonilla y abrían más grietas en los techos, por las que podía haber fugas de metano, creando así una combinación letal que ardería con la menor chispa.

La J&P dijo al sindicato que exageraba en la cuestión de la seguridad.

El sindicato se echó para atrás. Habían mantenido una larga huelga solo un par de años antes, que acabó en enfrentamientos violentos y dejó a un minero herido de gravedad y a otro en la cárcel. Nadie quería volver a pasar por lo mismo, y además nadie apostaba con certeza por la legalidad de una nueva huelga, precisamente cuando la empresa quería poner al día los equipos e incrementar la producción. Era justo luchar por obtener mejores salarios, prestaciones y más medidas de seguridad en el trabajo, pero ¿qué posibilidades había de ganar la batalla contra el progreso?

Una de las máquinas había empezado a funcionar en la galería 12 izquierda tres semanas antes de la explosión.

De niño no alcanzaba a entender del todo mis sentimientos. Solo sabía que Gertie me hacía sentir igual que cuando en el colegio me enseñaron lo que era la esclavitud, o lo que les pasó a los indios. Aunque como individuo yo no tenía nada que ver, pertenecía a

un conjunto mayor, que aún existía y había hecho cosas terribles a muchísima gente en nombre del progreso y la codicia.

Gertie me hacía avergonzarme de pertenecer a un «nosotros», puesto que «nosotros» habíamos permitido que nos ocurriera algo terrible.

La noche de mi accidente, llevaba dos semanas revolcándome sin tregua en la vergüenza. Había estado borracho todos los días desde que supe la historia de Crystal y fui a verla al hospital.

La habían trasladado a Conemaugh sin pérdida de tiempo. Tenía las heridas en carne viva. Los golpes que Reese le había dado con un bate de béisbol mostraban un tono entre morado y negro reluciente. Parecía que se hubiera quemado en un incendio.

Cierro los ojos para desterrar el recuerdo y vuelvo a la barra, donde Art, el dueño, atiende la barra y me espera con otro Jack Daniel's.

Cuando me siento, la puerta principal se abre con un chirrido. Sé que es Jolene, por el modo en que una docena de pares de ojos pestañean lentamente al verla desde la penumbra turbia de humo. Rara vez entran mujeres en este bar, y nunca en domingo. Si buscan al marido, mandan a por él a uno de sus hijos.

Ella avanza despreocupada por el suelo pegajoso, manchado de cerveza, y el taconeo de sus zapatos resuena en las paredes revestidas de madera. Unos pocos hombres vuelven a concentrarse en sus cervezas, pero la mayoría mantiene sin poder evitarlo una mirada desaliñada fija en ella.

Jolene se sienta en el taburete que hay junto al mío sin decir nada.

Art trae la botella para ponerme otro trago. Jolene pide un Tequila Rose. Art la mira entrecerrando los ojos, hasta conseguir que desaparezcan entre los pliegues de su cara rolliza.

—Es esa porquería rosa —le explico.

—Ah, sí —asiente—. No tenemos bebidas de colores.

—¿Y hacéis Tequila Sunrise? —pregunta Jolene.

—¿Qué tal un tequila a secas? —le sugiere él.

—Ponle una cerveza —le digo. Y luego a Jolene—: ¿Ya es la hora del funeral?

—Te has perdido el funeral.

—El entierro, quiero decir.

—Eso también te lo has perdido. Por suerte, he conseguido que me llevaran en coche.

—¿Con Randy?

—¿Randy? —repite con burla.

Le da las gracias a Art por la cerveza y toma un sorbo. Le deja una línea fina de espuma en el labio superior.

—No ha visto a Ebbie en dos años, y ahora que estaba a solo tres kilómetros de aquí me dijo que no tenía tiempo para pasar a saludar. No, no he ido con Randy.

—¿Y cómo le va? —le pregunto.

—Empieza a perder pelo y ha ganado peso. Pero, mirando el lado positivo, ha mejorado sus modales.

—Entonces, por los buenos modales —digo, levantando el vaso en alto.

Hace tintinear el suyo con el mío.

—Me ha pedido que te diga que le sabe mal que tuvieras que ser tú quien encontrara a Zo, y quería darte las gracias por llevarla por ahí en coche y hacer recados para ella y por toda la ayuda que le has brindado desde que tuvo el primer ataque de corazón.

»También ha dicho que agradece que vaya a ocuparme de todas las cosas de Zo. Dijo que Marcy también lo agradece de veras. Le he dicho que no lo hago por él ni por su dulce mujercita. Lo hago por Zo, que me pidió expresamente que me encargara.

Da otro trago largo de cerveza.

—¿Por qué crees que me lo pidió? Mira, la mataría por pedirme algo así. Va a ser un montón de trabajo. No hay razón para que no lo hagan Randy y Marcy. Ella ni siquiera trabaja.

—A mí me pidió que revisara todos sus papeles —le recuerdo a Jolene—. Desde luego es Randy quien debería ocuparse de eso, no yo.

—Somos unos capullos.

—Por los capullos.

Brindamos de nuevo.

—Y bien, ¿quién era el tipo con el que hablabas?

—¿Qué tipo?

—El del funeral. Al que le sonreías como si fuera una morena con piernas preciosas vestida como en un harén.

—Era Val. Nuestro antiguo vecino.

Sus ojos se abren desmesuradamente por encima del borde de la jarra de cerveza.

—Lo sabía. Lo sabía. ¿Mamá sabe que ha vuelto por aquí? Tenía verdadera debilidad por él. Aún la tiene, por lo que sé.

—No hemos llegado a hablar de mamá.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—¿Cómo sabes que ha dicho algo de ti?

Con la mirada me dice que los dos sabemos que es una pregunta estúpida.

—Dijo que sabía que lo estabas mirando por el espejo y que te dijera que se sentía halagado. Pero te advierto que noté una buena dosis de sarcasmo.

—Ah, no, seguro que iba en serio —me dice, asintiendo con la cabeza—. Se ha dado cuenta de lo del espejo, ¿eh? A lo mejor porque ha sido soldado.

—Sí, claro. Debe de ser por eso. Seguro que el Vietcong espiaba constantemente a las tropas norteamericanas con polveras.

—No me ha parecido nada feo, en su estilo un poco guarreras, pelado y harto de todo.

—¿Me tomas el pelo? ¿Sabes la edad que tiene?

—Me da igual. Salí con Jack.

Da otro trago de cerveza, y esta vez no puedo evitar alargar el brazo y limpiarle la espuma del labio con el pulgar.

—Pero ya no sales con él, que yo sepa.

—No le dejé porque fuera viejo.

—Y tanto que sí. Le dejaste porque siempre se quedaba dormido, porque es viejo.

–Le dejé porque siempre se quedaba dormido mientras le hablaba.
 Suena el teléfono que hay detrás de la barra. Art contesta. Me tiende el auricular.
 –¿En qué andas? –me pregunta el doctor Ed al otro lado de la línea.
 –Me estás llamando a un bar, ¿en qué crees que ando?
 –Necesito un favor. Salgo hacia la casa de Jess Raynor. Acabo de recibir una llamada de Bobbie, muerta de pánico. Estaba al borde de la histeria. Su hijo pequeño se ha herido y quiere que me acerque a echarle un vistazo.
 –¿Por qué no lo lleva al hospital?
 –Eso mismo le he preguntado. Dice que no quiere, y punto.
 –¿Por qué no quiere?
 –La única razón que se me ocurre es que el crío no se haya hecho daño por una caída, y ella no quiera que se enteren en el hospital, porque están obligados a informar de cualquier cosa sospechosa.
 –¿Cómo de sospechosa? ¿Estás pensando que Jess Raynor pega a sus hijos? Eso no me lo creo.
 –¿Por qué?
 –Porque conozco a Jess. No haría una cosa así.
 –¿Crees que lo conoces tanto? ¿Cuándo hablaste con él por última vez?
 –Hará veinte años.
 Se hace el silencio al otro lado.
 –Vale, muy bien, espero que me entiendas si decido no tomar tu opinión muy en serio –dice al final el doctor Ed–. Me gustaría que alguien me acompañara, no vaya a ser que Jess ande en una de sus juergas.
 –¿Qué clase de juergas?
 –Sale borracho como una cuba con el rifle al bosque que hay detrás de su casa y empieza a disparar al tuntún a todo lo que se mueve en su patio.
 –¿Bromeas?
 –No, no bromeo. Jess se quedó sin trabajo hará cosa de un año. Las cosas están bastante mal ahí fuera.
 –No estoy de servicio.
 –No quiero que vengas como policía. Quiero que vengas para ocuparte de Jess mientras yo me ocupo de Danny.
 –Pero ¿me estás diciendo que podría recibirme a tiros?
 Oigo un suspiro profundo.
 –Nos vemos allí –me ordena, antes de colgar.
 Le devuelvo el teléfono a Art y dejo unos billetes arrugados en la barra.
 –Voy a encontrarme con el doctor Ed en casa de Jess y Bobbie Raynor –le digo a Jolene.
 –Voy contigo.
 –No creo que sea una buena idea.
 Apura la cerveza de un trago y se deja caer del taburete. Echa a andar hacia la puerta.
 –Bobbie es amiga mía. Y Gary es uno de los amigos de Harrison.

—¿Te ha contado Bobbie alguna vez que Jess pegue a sus hijos?

—No. Jess jamás haría algo así.

—¿Te ha contado alguna vez que Jess se pone a pegar tiros alrededor de la casa?

—Eso es ridículo.

—Oye, ¿y te ha contado alguna vez que cuando íbamos al instituto estaba loca por mí?

Suelta una carcajada al detenerse en la puerta. Al abrirla, su silueta se recorta contra el rectángulo de luz mortecina.

—Me contó que echasteis un polvo una vez en el asiento trasero del coche de su abuela. Dijo que fue una manera estupenda de pasar tres minutos en un Buick. ¿A eso te refieres cuando dices que estaba loca por ti?

Jess y Bobbie Raynor viven al final de un camino sin asfaltar donde parece que el terreno se hubiera desbrozado con la boca sacaclavos de un martillo gigantesco. Su casa es la única en tres kilómetros a la redonda. Es pequeña, con las paredes exteriores de un amarillo deslucido y molduras en las que se descascarilla el barniz marrón, con una baranda herrumbrosa a ambos lados de los escalones de la fachada.

La puerta del garaje está cerrada, aunque la mitad inferior ha quedado pulverizada. Varios listones carcomidos cuelgan sueltos. Hay astillas de madera desperdigadas por todas partes. Veo una *pick-up* Dodge Ram aparcada cerca, en medio del camino, con listones de madera incrustados en la rejilla del radiador, como bigotes.

En cuanto aparecemos, un par de sabuesos empiezan a aullar encaramados a sus casetas. Hay huellas de neumático desde el camino hasta la misma puerta de entrada. Cruzan el césped destripado en una serie de dibujos indefinibles. Aparco en la calle, detrás del viejo Impala naranja del doctor Ed.

Veo su silueta achaparrada y maciza apostada en mitad del patio, con la rotundidad y el aire señorial de un rinoceronte. Sujeta una caja de herramientas, en la que transporta instrumental médico en lugar de anzuelos de pesca, y lleva unos pantalones marrones holgados, con bolsas en las rodillas, y una camisa arrugada del mismo color, que acrecientan ese aire de rinoceronte.

Jolene sale de la camioneta y va hacia él por el jardín destartado, tropezando con restos de la puerta del garaje. Después de todos los concursos de belleza en que participó, manteniendo el paso firme por recintos feriales embarrados, campos de fútbol con la hierba arrancada y pistas de carreras llenas de baches, es capaz de caminar con tacones prácticamente por cualquier sitio. Qué pena que no sea una habilidad que abra puertas en el mercado laboral.

Al mirar alrededor me hundo en el desánimo. Cuando estudiábamos, Jess y yo nos tratábamos con cordialidad, pero no puedo decir que fuéramos amigos de verdad. No podíamos serlo. Deets alimentaba la rivalidad entre nosotros. Aunque formábamos parte de un mismo equipo y perseguíamos una meta común para alcanzar la victoria, ambos

ansiábamos y codiciábamos sus elogios y su atención, y él nos alentaba a competir.

Y aun así, al mismo tiempo yo admiraba a Jess. Era un sentimiento más fuerte que el afecto que pudiera sentir por cualquiera de los chavales a los que consideraba mis amigos. No tenía nada de ambiguo ni de sentimental. Era un sentimiento rotundo, a toda prueba, que apenas guardaba relación con quién o qué fuera Jess, sino que se basaba puramente en lo que era capaz de hacer.

Sabía que Jess no tenía grandes planes cuando acabara el instituto. Había trabajado en Marvella con su padre durante el verano y hablaba de entrar a trabajar a jornada completa. En los anuarios de la escuela, bajo el apartado de PROYECTOS PARA EL FUTURO, escribió: «Viajar a Alaska a cazar osos grizzlies. Volver a casa y ponerme a trabajar».

En una ocasión traté de convencerle de que se equivocaba al atar su futuro a la minería. Incluso entonces, las pocas minas que quedaban en la región estaban al borde del cierre, o se modernizaban con maquinaria de tajo largo que hacía el trabajo de cien mineros con un equipo de cinco. El carbón de las capas más accesibles se había agotado, y la tecnología para llegar a profundidades mayores aún no se había inventado.

Lo ficharía alguna universidad, le dije en el vestuario una noche en que los dos tuvimos que quedarnos hasta tarde después del entrenamiento: Jess a arremeter contra el muro de hormigón, y yo a correr por las gradas, porque en el partido del sábado anterior no vi el hueco de la carrera en un tercer *down* y 4 yardas, que nos hubiera dado un primer *down* en las últimas 20 yardas del campo.

Recuerdo que me quedé mirando los moratones violáceos que le acababan de salir en el brazo y el hombro. Le cubrían completamente la piel, con una belleza turbadora, digna, como si la carne amoratada fuera del color que le correspondía y todo él fuera a emerger de su capullo de piel pálida.

—La universidad puede ser tu escapatoria —le dije.

Abrió la puerta de su taquilla con el brazo bueno y colgó con cuidado el suéter del equipo en un gancho.

—¿Escapatoria de qué? —me preguntó.

Éramos los elegidos de Deets, los únicos habitantes de su reino de torturas, su reino de glorias. Compartíamos los mismos temores y las mismas metas, y, como los hombres bajo fuego enemigo o los hermanos huérfanos, dependíamos el uno del otro, a pesar de sabernos completamente solos.

Siempre le deseé lo mejor; no más de lo que yo tenía, pero desde luego algo más que esto.

Me acerco a Jolene y al doctor Ed, que se vuelve a mirarme con sus centelleantes ojos azules, engarzados en las arrugas de sus patas de gallo. Frunce el ceño con la preocupación de un abuelo, por debajo del pelo blanco cortado al rape, que da un aspecto blando y afelpado a su cuero cabelludo. Parece engañosamente adorable e inofensivo, como un tigre dormido.

—Espero que tus teorías sobre Jess no sean ciertas. Hoy ya he tenido que ocuparme de un borracho que disparaba a diestro y siniestro, y ni siquiera estoy trabajando —le digo.

—¿Quién era el que se lio a tiros?

–Rick Blystone.

–¿Por qué disparaba?

–Se ha quedado sin trabajo.

–Ya –asiente–. Lorelei cierra. Era sordomuda, ¿lo sabías?

–¿Quién?

–Lorelei Jack. La tía de Stan.

Observa el terreno empinado de bosques densos que se extiende por detrás de la casa, donde quizá se haya ocultado Jess, y de pronto echa atrás la cabeza, como tratando de detectar un olor en el aire.

–Eso son dos familias Raynor en un día –comenta–. ¿Crees que se trata de una coincidencia, o acaso hay una tensión latente que los está llevando a todos al borde del abismo?

–¿Te refieres a Reese?

Me mira de reojo.

–No sé, ¿tú qué crees?

–¿Cómo sabes que lo sueltan?

–¿Tienes idea de a cuántos hijos de los Raynor atiende en mi consulta? A veintitrés – responde él mismo a su pregunta, y echa a andar hacia la casa con la caja de herramientas–. Sé más de esa familia que ellos mismos.

Bobbie nos está esperando en la puerta. Sujeta entre las manos un taco de pañuelos de papel empapados de sangre. Tiene la cara surcada por la preocupación y los ojos enrojecidos por el llanto.

–Doctor Ed –dice con voz ahogada.

–Cálmate –le pide él.

–No puedo parar la hemorragia. No hay manera. Tiene la nariz hinchada como un huevo. Y se desmaya a cada rato –habla entrecortadamente, y nuevas lágrimas empiezan a correrle por las mejillas.

–Cálmate –repite el doctor Ed.

La acompaña dentro. Jolene se arma de valor para ir tras ellos, pero también tiene los ojos llenos de lágrimas y ha palidecido.

–Tú espera en la camioneta –le digo.

–Quiero ser de ayuda.

–Tú espera en la camioneta –le digo con más severidad.

–Vale –dice–. Pero ven a buscarme si me necesitas.

–Lo haré.

Hay un orden admirable en el salón de la casa, para tratarse de una mujer con cuatro hijos. Está decorado al estilo campestre postizo que dictan las revistas de decoración femeninas, las mismas revistas que dirigen tipos de ciudad que pueden permitirse muebles Shaker y platos con animales de granja pintados a mano que sirvan de adorno, en lugar de para la cena. Bobbie no es de las que puede permitírselo, pero ha hecho lo posible por conseguir el mismo efecto con el salario de Jess.

Hay tapetes, coronas de flores secas, gallos de cerámica. Las ventanas tienen visillos

fruncidos, los cojines están forrados con telas de algodón a cuadros, y el armario del vídeo tiene forma de granero. El papel de las paredes es azul cielo con manzanitas verdes estampadas.

En una de las paredes hay un retrato de familia en un marco de Sears, donde aparecen sonrientes Bobbie y Jess con sus cuatro hijos, todos vestidos con ropa de colores conjuntados y unidos temporalmente por el deseo individual de parecer unidos. Al lado hay una foto de un hombre con ropa de caza sonriendo a la cámara. Tiene un rifle en una mano, y en la otra sujeta una gorra contra el pecho, como si estuviera a punto de entonar el himno nacional.

Colgada de una cadena en una esquina del marco, hay una de las placas de identificación de Gertie. Ahora son tarjetas de plástico troqueladas, pero las de entonces eran de bronce. A cada hombre le asignaban un número a diario. Las placas se dejaban en la cesta en la boca del túnel, para que constara quién estaba dentro. Se rotaban de turno en turno, pero la empresa hizo una excepción después de la explosión y permitió que las familias de los mineros muertos conservaran las placas, como cuando retiran una camiseta en un equipo de fútbol. Para muchos de nosotros fue todo lo que nos quedó, a falta de un cuerpo.

El hombre de la foto era el padre de Bobbie. Chimp no se presentó en el trabajo aquel día. Se quedó en casa durmiendo la mona.

Sigo a Bobbie y al doctor Ed hasta la cocina. Danny está en el suelo, recostado contra una pared, tapado con una manta de Winnie the Pooh ribeteada de raso azul. Tiene la nariz muy hinchada, con la piel tirante, de un tono grasiento entre gris y morado. Tiene los ojos abiertos y la mirada perdida.

Bobbie se lleva las manos a la boca al entrar en la habitación y las lágrimas se derraman sobre ellas, como si acabara de encontrar a su hijo en ese estado.

Siento que se me revuelve el estómago. En mi época de jugador de fútbol me tocó ver bastantes lesiones graves, y en los cuatro meses que llevo de ayudante del *sheriff* también he visto unas cuantas cosas feas, pero esta es la primera vez que veo a un crío al que parece que le han dado un puñetazo en plena cara. No puedo creer que Jess haya hecho algo así.

El doctor Ed se lava las manos en el fregadero. Se agacha y le murmura algo a Danny, mientras le inclina con cuidado la cabeza hacia atrás y le abre los párpados con el pulgar. Danny recobra el conocimiento de repente y empieza a sacudir la cabeza de atrás adelante, salpicándolo todo con la sangre que le mana de la nariz.

Bobbie se deja caer al suelo y trata de calmarlo, pero el crío la empuja con las manos, gritando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta el doctor Ed.

—Se ha chocado con una pared —dice, mordiéndose el labio.

—No me mientas, Bobbie —le advierte el doctor Ed.

—Es la verdad. Iba corriendo detrás de las chicas, muy rápido. Se estaban persiguiendo, él no miraba adónde iba y se ha dado de bruces contra la pared.

Bobbie se queda mirando un espacio en la pared de la cocina, luego vuelve los ojos

hacia el doctor Ed, esperanzada, como si el hecho de que haya una pared confirmara su historia.

—¿Se ha golpeado la cabeza al caer?

—Con el suelo.

—Hay que llevarlo al hospital —dice el doctor Ed, limpiándose la sangre que le ha salpicado la cara.

—No, no quiero.

—Podría tener una lesión interna en la cabeza.

—No quiero líos. No quiero que Jess se entere.

—¿Que no quieres que Jess se entere de qué? ¿De que su hijo se ha estampado contra la pared y necesita ir al hospital? ¿Qué está pasando aquí, Bobbie? ¿Ha sido Jess quien ha hecho esto?

La mujer se levanta y se aparta de él, apretando los brazos contra el pecho.

—No —dice mirando al suelo.

—¿Dónde está?

—Ha ido a dar un paseo.

—Podemos preguntarle a Danny lo que ha pasado, o a las niñas.

Ella yergue la cabeza y le sostiene la mirada. En sus ojos prende la primera chispa de rabia.

—Te dirán lo mismo que te he dicho yo.

—¡Maldita sea, Bobbie! —le grita el doctor Ed—. ¿Qué demonios te pasa? No eres ninguna estúpida. ¿Es que no quieres a tus hijos?

—¡Sí, quiero a mis hijos! —le contesta ella, gritando—. Claro que quiero a mis hijos. Eso no se pregunta. Y también quiero a Jess.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—No es ninguna tontería querer a mi marido. No quiero que se ponga hecho una furia.

—¿Furia? —la cara del doctor Ed empieza a enrojecer. Incluso la piel del cuero cabelludo detrás de su pelo blanco se pone sonrosada. Tiene los bordes de las orejas casi escarlatas—. ¿Furia? ¿Quieres ver a alguien hecho una furia? ¡Yo te enseñaré lo que es la furia! —mirándose, añade—: Ivan, ¿crees que Bobbie quiere verme hecho una furia?

—No lo creo.

Bobbie me mira a los ojos por primera vez desde que hemos llegado. A diferencia de Bethany Blystone, me parece que está prácticamente igual que cuando íbamos al instituto. Incluso lleva el mismo corte de pelo, a lo chico. Por lo general el pelo corto en las mujeres no me enloquece, pero ella puede permitírselo, porque tiene una cara preciosa. La cara de un ángel, con una nariz respingona y mejillas redondas, grandes ojos castaños y labios llenos, que siempre esbozaban un mohín de aburrimiento seductor, o una sonrisa pícara, perezosa. El pelo también es bonito, un tono cobrizo oscuro, que solía brillar al sol que entraba por la ventana de la sala de estudio como un penique recién acuñado.

En nuestro último año en el instituto, uno de los chicos del equipo dio una fiesta de disfraces en Halloween. Bobbie iba de Pat Benatar, con una malla de cuerpo entero,

ajustada como una segunda piel, botas de cuero negras con tacón de aguja y un cinturón de tela metálica con rayos plateados que Jess le había hecho en el taller de metalurgia. Aquel disfraz fue la causa de nuestro revolcón en el asiento trasero del coche de su abuela.

No podía quitármela de la cabeza. Sabía que estaba saliendo con Jess, pero me daba igual. No la quería como novia. Solo quería tocar su cuerpo con mis manos.

Sabía que al salir del instituto trabajaba, todos los días menos los jueves. Ese era el día que llevaba a su abuela al salón de belleza de Centresburg, en el coche de la anciana, y hacía los deberes mientras la esperaba. Al volver a casa después de entrenar, la había visto sentada junto al escaparate del establecimiento, con un libro de texto sobre las rodillas.

Un día paré y le pregunté si quería ir a dar una vuelta mientras esperaba. Fue ella la que sugirió que fuéramos en el coche de su abuela, en lugar de en mi camioneta. Después comprendí que ella se proponía hacer conmigo exactamente lo mismo que yo me proponía hacer con ella, y sabía que en el gran asiento trasero del Buick estaríamos más cómodos.

No se parecía a ninguna otra chica con la que hubiera echado un polvo hasta entonces. Encaraba el sexo sin complejos. Se reía y gritaba y decía guarrerías. Quiso estar completamente desnuda, nada de perder el tiempo con camisas y sujetadores enredados en el cuello o medias colgando de un tobillo. Le daba igual que la quisiera o no, ni siquiera si tenía intención de salir con ella. No me pidió nada, excepto estar arriba. Sus piernas me apresaron las caderas como una trampa.

La cosa empezó y terminó ahí. Ya no tuve ocasión de volver a quedar a solas con ella. En el instituto siempre que nos cruzábamos iba con alguna amiga, o con Jess. No volví a verla en el salón de belleza, ni tampoco el coche de su abuela aparcado delante.

No iba a llamarla. Era la chica de Jess. Echar un polvo estaba bien, siempre que él no lo supiera y a ella no le importara, pero perseguirla habría sido una declaración de guerra, y no me apetecía llevar tan lejos la cuestión. Bobbie era un lugar estupendo para ir de visita, pero no quería vivir allí.

Antes nunca les había prestado mucha atención a Jess y a ella como pareja, pero después de lo que hicimos empecé a observarlos cuando hablaban frente a la taquilla, en el instituto. Había algo en el modo en que Bobbie lo miraba que me inquietó. Al principio no supe precisar de qué se trataba. Era una mirada lela, un poco avergonzada, completamente ajena al carácter de la chica que me había bajado la cremallera del pantalón antes de que yo pudiera deslizarle una mano bajo la blusa. Se sonrojaba y le sonreía a Jess con culpabilidad, como si le estuviera haciendo un regalo que no creía merecer pero que no se le ocurriría rechazar.

Un día la paré en el pasillo. Me sonrió, aunque sin la sensualidad pudorosa con que le sonreía a Jess.

—Bueno, ¿qué pasa realmente entre tú y Raynor? —le pregunté como si tal cosa.

—Nada que puedas entender —dijo.

Ahora, en su casa, cuando al fin se dirige a mí, su voz se vuelve gélida.

—¿Qué haces aquí? Sé que eres ayudante del *sheriff*. Jolene me contó que habías vuelto.

Se vuelve al doctor Ed, con una rabia que crece al mismo ritmo que su paranoia.

—Él no puede irrumpir aquí sin identificarse —le dice furiosa—. Esta es mi casa. Me has engañado, Ed. Has venido con un poli.

—No estoy de servicio —le digo.

—¡Largo de aquí! —me grita.

—Basta, Bobbie. Ya está —le dice el doctor Ed, lavándose en el fregadero—. Me llevo a Danny a la consulta. Aquí no puedo atenderle. Mejor que pase allí la noche. Tú también, si quieres. Si mañana veo que está bien, podrás traértelo a casa. No vas a poner en peligro su salud para salvarle el culo al cobarde de Jess.

—No es un cobarde. No lo es.

Rompe a llorar.

—No lo defiendas. Defendiéndolo actúas tan mal como él.

—Él no ha hecho nada.

—¿Dónde están los otros chicos? —le pregunta Ed mientras se seca las manos en un paño de cocina.

—Mandé a las niñas a su cuarto. Gary está en casa de un amigo.

—Ve a buscar a las niñas y las llaves de la camioneta. No quiero que Jess conduzca si está borracho.

Se agacha y alza a Danny en brazos. Bobbie le echa la manta por encima, intentando remeter los bordes ribeteados bajo los brazos del doctor Ed, y luego va a buscar a sus hijas. El niño se aparta nuevamente de ella con brusquedad.

—¿No vas a dar parte de esto? —le pregunto al doctor Ed en cuanto ella se marcha.

—En primer lugar, no estoy seguro de qué tendría que dar parte exactamente, y en segundo lugar, Crystal solía llamar a la policía para denunciar a Reese antes de que él finalmente le abollara el cráneo —me dice mientras volvemos a pasar por la sala de estar.

—No hace falta que lo plantees en esos términos.

—Es la verdad. Llamar a la policía no siempre es la mejor manera de manejar una situación. Lo sabes muy bien. ¿Arrestaste a Rick Blystone esta mañana?

—No.

Danny se mueve inquieto en los brazos del doctor Ed. Ahora está completamente despierto y mira con serenidad la cara del médico. Se parece mucho a Jess, pero tiene el pelo cobrizo de su madre.

Nos detenemos en la puerta principal, y el doctor Ed mira al niño.

—Qué tal, Danny.

—Hola, doctor Ed.

—¿Qué le ha pasado a tu nariz?

—Me he golpeado con la pared —dice mecánicamente.

—¿Alguien te ha pedido que digas eso?

—No.

—¿Quieres que vayamos a mi consulta a por unas pegatinas?

—¿Dónde está mi padre?

—No está por aquí ahora mismo. ¿Quieres verle?

El niño trata de incorporarse en los brazos del doctor Ed y mira a su alrededor.

—¿Dónde está mi madre? —pregunta, empezando a asustarse.

—Ahora viene.

Abro la puerta y cruzo el umbral, pero me paro en seco.

Jess va dando traspiés por el jardín, ladeado como si tuviera la rabia. Arrastra un rifle, y en una mano sostiene las seis anillas de plástico de un pack de cervezas donde queda una sola lata. Va mascando tabaco, que le hincha el labio inferior como si le hubiera picado una avispa. Se detiene tambaleante, mirando hacia el camino y mi camioneta. No veo a Jolene dentro.

Bobbie aparece tras el doctor Ed con una niña de cada mano, y por poco se chocan conmigo. Nos quedamos todos completamente quietos en el umbral, en silencio.

—Volved y esperad donde Jess no os vea —les digo.

Empiezo a bajar los escalones.

—Eh, Jess, ¿cómo va todo? —le grito desde lejos.

Se inclina hacia delante y me mira bizqueando, por debajo de la visera de una gorra de la J&P, remendada en varios sitios con cinta aislante plateada.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es el gran Ivan Z —dice al fin, hablando despacio, mientras se endereza y se lleva el arma al hombro—. Oí que andabas de nuevo renqueando por aquí.

Sonríó y le tiendo una mano, dando un rodeo para tenerlo de espaldas a la casa.

—Me acuerdo de los tiempos en que a todo el condado se le ponía dura solo con oír tu nombre —dice sonriéndome.

—También se les ponía dura contigo —le recuerdo—. Solo que no tanto.

Lentamente deja en el suelo la última cerveza, me da la mano y me la estrecha. Da el mismo apretón que daban todos los mineros en mi juventud. No importaba el tamaño, ni la edad, ni la forma física: todos tenían la misma fuerza bruta en la mano y unos antebrazos duros como la roca.

—Y mírate ahora. Al servicio del público. Trabajas para mí. Y ni siquiera eres un poli de verdad. Solo ayudante del *sheriff*. Y ni siquiera serías eso, con tu pata tiesa, si no fuera por Jack. Tienes suerte de que sea tan forofo del fútbol de Penn State. Probablemente te pagaría solo porque te pasaras el día entero plantado en una esquina.

—Es lo que hago casi todo el tiempo.

Jolene tiene razón. Jess no se parece a Reese cuando los ves uno al lado del otro. Tienen los mismos rasgos, pero la intención que hay detrás de sus caras es tan distinta que apenas se parecen.

Reese era de los que buscan el choque frontal. Un reactor, no una mente pensante. Una fuerza destructiva. No podía caminar por un pasillo sin soltar una patada a las taquillas. No podía estar al lado de alguien sin empujarle. No podía acabar una frase sin que sonara intimidatoria. No podía abandonar un placaje; había que arrancarlo del otro jugador como la corteza de un árbol. Su pose, su olor, su gesto al abrir un libro o al

llevarse el tenedor a la boca eran siempre amenazadores.

Jess era de los que escurrían el bulto. Se contenía y se controlaba y hablaba en un medio susurro sordo, parsimonioso, que por lógica tendría que haber hecho a la gente levantar la voz, pero en cambio los obligaba a guardar silencio, a inclinarse hacia él y escuchar con más atención, como si les estuviera revelando un secreto. Todo lo que hacía parecía sostenerse en una disculpa tácita, pero sin culpa, como la que ofrecería un vecino bienintencionado si advirtiese que tu camioneta necesitaba poner a punto la correa de transmisión.

A pesar de que se va de la lengua y del alcohol que le empaña la mirada, todavía reconozco al tipo con el que fui al instituto. No soy capaz de encontrar en él al responsable del crío que sangra en los brazos del doctor Ed.

—Y dime, ¿qué te trae por aquí?

—¿Cómo te ha ido? —le pregunto, en lugar de contestarle.

—Bien. ¿Y a ti?

—No del todo mal. ¿Cómo está tu familia?

—Bien. Bobbie está estupenda. ¿La has visto? Está en casa, con los niños.

—Sí, la he visto —le digo, alargando las palabras.

Tengo la sensación de que hablamos de situaciones completamente distintas.

—¿Cómo está tu hermano? —le pregunto—. He oído que por fin va a salir, si es capaz de no matar a nadie en las próximas cuarenta y ocho horas.

Jess se queda inmóvil un instante, no solo físicamente. Me doy cuenta de que sus engranajes mentales se han parado en seco también.

—Sí —dice despacio, y su sonrisa se desvanece—. Sale el martes.

—¿El martes?

—Sí, el martes.

—¿Y vendrá para aquí?

—¿A ti qué más te da?

—Pura curiosidad.

Sopesa mi pregunta. Veo el funcionamiento de sus engranajes mentales reflejarse en los movimientos externos de su cara. Trata de decidir si hay una razón para no ser sincero conmigo. Su lentitud se debe a la bebida. Jess no es ningún estúpido.

—Sí —contesta al final—. Viene para aquí. ¿Algún problema?

—No podría alegrarme más —le digo, completamente en serio.

Deja resbalar el rifle por el brazo y con aire distraído empieza a golpear la bota embarrada con la culata del arma.

—¿Tiene el seguro puesto? —le pregunto.

Lanza un escupitajo marrón que cae cerca de mi bota.

—¿Seguro? —repite la palabra, como si fuera en otro idioma—. ¿Seguro? —dice de nuevo con una sonrisa torcida y apuntándome a la entrepierna con el arma.

A sus espaldas, veo que el doctor Ed sale despacio por la puerta, llevando a Danny en brazos.

—Baja el arma, Jess, por favor.

—¿Y si no lo hago? ¿Me arrestarás?

—No. Es tu escopeta. Es tu tierra.

Me apunta a la cabeza.

—Vamos, Jess. No voy a arrestarte, pero si sigues con esto, quizá tenga que dispararte.

—¿Dispararme? —dice soltando una risotada por encima del punto de mira—. ¿Dispararme? Ni siquiera vas armado.

—Tengo un arma en la camioneta. No me hagas ir a buscarla. He tenido un día difícil. Solo quiero volver a Brownie's y ver un rato la tele. Esta noche hay una película de Chuck Norris.

—¿Cuál?

—Creo que aquella en la que los rusos invaden Florida.

Sorbe ruidosamente la mascada de tabaco.

—Tu padre era ruso, ¿verdad? Bueno, ruso o algo así. Ucraniano, ¿no?

—Sí —le contesto, irritado—. ¿Y tu padre era hombre, verdad? Bueno, o algo parecido. Un chimpancé, ¿no?

Da un paso adelante con gesto rápido y me encañona el estómago.

Siento que el miedo se extiende por mi pecho como si me rociaran con agua helada. El dedo de Jess tiembla sobre el gatillo. Si lo aprieta, me abrirá un boquete en las tripas.

Echa atrás el arma y me la hunde de nuevo en el estómago, más fuerte esta vez. Miro el cañón negro, lustroso. Una Browning semiautomática del 22. Jess se inclina hacia mí por encima de la escopeta, que nos conecta como un miembro compartido.

—¿Tienes algún problema con mi padre? —dice en voz baja.

Echo un vistazo hacia la casa y veo a Bobbie, con una niña en cada mano, de pie en el umbral, detrás del doctor Ed.

—¡Jess! —grita Jolene de pronto.

Él da un respingo de sorpresa y se vuelve hacia donde oye su voz, apartando la escopeta de mi estómago. Jolene está bajando de la camioneta y saluda con la mano, sonriente.

El doctor Ed aprovecha la distracción y echa a andar por el jardín, con Danny a cuestas, imparable como un tanque. Bobbie y las niñas lo siguen, agachando la cabeza.

—Bobbie —exclama Jess al verla, y la preocupación le cala la voz—. ¿Qué pasa?

Ha bebido demasiado para procesar todo lo que está ocurriendo en distintas direcciones. Su mirada pasa de su mujer al doctor Ed, de mí a Jolene, que avanza con pasitos amanerados a través de la tierra removida del jardín.

—Hola, Jess —lo llama desde lejos—. ¿Qué tal estás?

Portazos en el coche, el motor acelera, los neumáticos patinan en la gravilla. Jess está confundido, pero no lo suficiente. Mira el coche del doctor Ed y de nuevo a Jolene, que sigue caminando hacia él, todavía sonriendo y saludándolo con la mano.

—¿Qué pasa aquí? ¡Bobbie! —grita de nuevo—. ¿Adónde vas? ¿Por qué te llevas a los niños?

Se vuelve hacia mí, con la cara ofuscada por el pánico.

—¿Qué le ha pasado a Danny? ¿Por qué ha venido el médico? ¿Adónde van? —grita por

última vez, como un animal herido—: No te vayas. No te lleves a los niños.

Levanta el rifle y apunta a los neumáticos del coche del doctor Ed.

—¡Jess! —grita Jolene.

Cuando la mira, Jolene se agacha, se levanta el vestido, se lo saca por la cabeza y lo tira en medio del jardín.

Jess la mira boquiabierto, con cara de bobo, y lentamente baja el arma.

Recojo del suelo uno de los tablones rotos de la puerta del garaje y le golpeo en la parte posterior de la cabeza. Cae de rodillas, antes de desplomarse de bruces sobre el barro.

El doctor Ed arranca.

Jolene se mira el sujetador y las bragas. Sé que está comprobando si van a juego.

El aparcamiento del Remanso de Paz está prácticamente vacío cuando llego, alrededor de las nueve. Las horas de visita han terminado, pero el coche de mi madre sigue ahí, junto a otros dos vehículos.

Aparco en un lugar alejado, bajo la ventanilla de la camioneta y respiro hondo. La residencia está a unos tres kilómetros de Neumáticos Franklin. Hace años que cerraron la planta, pero aún perdura el rastro del tufo a químico y a goma quemada, como si el aire se hubiera saturado para siempre, como un trapo empapado, y el cielo pudiera arder si alguien encendiera un cigarrillo cerca.

Busco en el bolsillo mis caramelos mentolados, hasta que me acuerdo de que le di el último paquete a la pequeña de los Blystone.

Saco el cepillo y el dentífrico de la bolsa del gimnasio que llevo siempre en el maletero, me doy un cepillado enérgico, escupo en el asfalto y me echo el aliento en la mano.

Después de dejar a Jolene en casa he pasado la tarde en Brownie's. He acertado con lo de la película de Chuck Norris. Era una antigua, en la que los rusos invaden Florida. Aterrizaban justo en la playa y nadie se daba cuenta. La película no explicaba mucho cómo era posible que algo así sucediera, pero parecía insinuar que lo habían logrado aprovechando la oscuridad.

Las puertas de entrada de la residencia no están cerradas con llave todavía, pero no veo a nadie en la recepción.

Me detengo un momento antes de entrar. Aún hoy, los hospitales o cualquier edificio relacionado con la salud me provocan escalofríos. No consigo entrar en uno de ellos sin recordar todas las operaciones por las que pasé, los largos meses de rehabilitación, el dolor.

Desde la época en que iba al instituto y empecé a jugar al fútbol en la liga preuniversitaria, me resulta difícil recordar un solo día en que no experimentara dolor de alguna clase, ya fueran molestias musculares, una nariz sangrante después de un entrenamiento duro, las costillas magulladas, o las leves conmociones cerebrales y los dos dedos rotos que fueron las heridas más graves durante mi carrera.

Sufrió menos en la universidad que en el instituto. Joe Pa nos hacía trabajar duro, pero nos cuidaba. Entendía el fútbol como un deporte noble, y a sus ojos los hombres que lo jugaban eranpreciados atletas. Para Deets, en cambio, el fútbol era una pelea en la que había un ganador y un perdedor, y los chicos que jugaban eran ganadores o perdedores.

A menudo me he preguntado qué habría pensado Deets de la generación de millonarios consentidos que hoy en día juegan al deporte que él tanto veneraba: *quarterbacks* que salen corriendo a hacerse una radiografía del meñique, jugadores de línea con una vía de suero en el medio tiempo porque se sienten deshidratados, corredores que salen por la línea de banda para evitar un golpe cuando podrían haber sacado media yarda más si hubieran seguido adelante. Ese movimiento en particular Deets lo llamaba «paseíllode animadora» y, si lo hacías en un partido, en el próximo entrenamiento el castigo consistía en lijarte las plantas de los pies hasta dejarlas en carne viva.

Sin embargo, a Deets no le preocupaba lo que nos hacía, porque no nos preparaba para llegar más lejos. No nos entrenaba para una posible carrera lucrativa. No nos veía en el camino de la fama y la fortuna. Ni siquiera creo que lo considerara un deporte. Para él, el fútbol preuniversitario era sencillamente lo máximo a lo que podíamos aspirar en la vida.

Abro la puerta y entro. Incluso esta noche mi cuerpo se tensa al recordar la noche del accidente. Fue un dolor distinto de cualquier otro que hubiera experimentado antes. No era solo una sensación, sino también una presencia, como si me hubieran arrojado encima una manta en llamas. No se podía contener únicamente en la zona donde se originaba, sino que se extendía por todo mi cuerpo. Incluso entonces seguía extendiéndose, buscando vías por las que escapar del confinamiento de mi cuerpo. De hecho creí ver que la carne latía de dolor.

El engranaje que me cayó encima era pesado, tanto como para hacerme añicos todos los huesos y el cartílago de la rodilla, pero cuando recobré la conciencia fui capaz de quitármelo de encima, en una de esas descargas de adrenalina avivadas por la agonía que permiten a una madre mover el coche bajo el que su hijo ha quedado atrapado, o a un soldado moribundo cargar a otro en peor estado hasta un lugar seguro.

Me las había ingeniado para llegar a Gertie en coche a pesar de lo borracho que estaba, pero después del accidente olvidé que lo había dejado allí. De todos modos tampoco importaba, porque no habría podido conducir. En lugar de eso volví arrastrándome casi un kilómetro, por el mismo camino de tierra y grava por el que mi madre me arrastró una vez en sentido contrario.

Había luna llena aquella noche y lo iluminaba todo como un foco. Se veía claramente a varios metros de distancia en cualquier dirección; más allá, el mundo desaparecía en la oscuridad del campo.

Paré a descansar una vez, al límite de mis fuerzas, y traté de incorporarme y sentarme, pero me resultó imposible. Al volver la vista atrás, distinguí un rastro de manchas oscuras en el camino que conducía hasta mí. Eran restos de mi propia sangre, pero en un momento de añoranza lleno de miedo y de amor, me convencí de que eran las huellas de los pies ensangrentados de la mujer de un minero.

Continué y conseguí llegar a la carretera antes de perder el conocimiento. Me encontró un camionero, alrededor de las dos de la madrugada. Comprobó mi carné de conducir y mi cartera. Me reconoció, y dio la casualidad de que también conocía a mi madre. Me llevó al hospital más rápido de lo que cualquier ambulancia lo hubiera hecho por aquellas carreteras.

Recuerdo vagamente la cara pálida de mi madre mirándome desde arriba, con el pelo recogido en una coleta como la que llevaba el día en que murió mi padre, esforzándose por no mirarme a los ojos, escrutando en cambio los ojos del médico.

—¿Se pondrá bien? —repetía una y otra vez.

Tanto su voz como su mirada se me antojaron igual de quebradizas. Su mano se levantaba y caía inútilmente, como si guiara con gesto mecánico una correa de transmisión; era incapaz de decidir si arriesgarse a tocarme o si ya debía perder la esperanza, como la había perdido otras veces.

Cojo un puñado de caramelos de la cesta que hay en el mostrador de la recepción, quito el envoltorio de varios de ellos y me los meto en la boca camino al despacho de mi madre. Espero encontrarla allí y no tener que buscarla por las habitaciones de los pacientes.

El edificio está a media luz y muchos de los internos duermen ya, con o sin ayuda de fármacos. Unos pequeños apliques nacarados con la imagen de Jesucristo se extienden por el pasillo sobre los zócalos, como un reluciente ejército menudo y frágil alineado para las maniobras. Después de observarlos unos instantes, no me cabe duda de que se mueven.

Cuando levanto la vista y veo a la mujer acercándose hacia mí, creo que es otra alucinación alcohólica.

Al principio solo veo partes, como si la pared del Brownie's cobrara vida. Una pierna kilométrica en una media gris perla bajo una falda corta de vuelo y zapatos de tacón alto en cuero negro. Una cascada de rizos morenos. Labios con un rubor natural, casi en carne viva, como si se los hubiera mordisqueado con nerviosismo o acabara de comerse un helado de cereza. Ojos color miel, del mismo tono dorado del ron de contrabando que siempre llevaba consigo el señor Perez.

Tiene prisa, y el aire agobiado y distraído que hace a los hombres parecer cansados, mientras que a las mujeres les da un carácter combativo.

Se detiene y me mira fijamente, como si yo fuera un asunto fácil que para ella no tiene ningún misterio pero aun así podría darle problemas.

—El gran Ivan Z —dice sin emoción, ni buena ni mala, y sin poner ningún énfasis en ese «gran».

Al oírla pienso en algunos de los viejos mineros, cuyos verdaderos nombres ni siquiera recuerdo ya. Siempre se los llamaba por un mote, y se los sigue llamando igual, aunque el origen de los apodosos se perdió hace mucho: Riley *el Peludo*, que es calvo como una bola de billar; *Sonrisas* Lawson, que prácticamente no tiene dientes; Jenks *el Feliz*, que sigue jadeando y asfixiándose poco a poco con su tos perruna en el hospital de Centresburg, conectado a una máscara de oxígeno y, desde luego, en absoluto feliz.

Me tiende la mano.

—Tu madre y yo acabamos de hablar de ti.

Se la estrecho. Otra parte. Está fría y seca. La piel es suave, pero el apretón firme. Dedos largos y finos. Sin anillos. Uñas sin pintar, sonrosadas y limpias, redondeadas en la punta, como tajadas de luna.

—Hummm —es todo lo que acierto a decir. Me estoy luciendo.

—Tu madre y yo —repite despacio, exagerando cada palabra como si fuera duro de oído, o el inglés no fuese mi lengua materna—. Acabamos de hablar de ti.

—¿Ah, sí?

—Estoy en un comité que recauda fondos para el hospital. Mañana celebramos una subasta a sobre cerrado con el fin de reunir dinero para la nueva sala infantil. Tu madre ha sugerido que a lo mejor podrías donar un balón firmado.

—¿Ah, sí?

—Sí. Creo que quizá podrías donar algo más. ¿Qué tal una cena?

Su pregunta me pilla desprevenido. Por un momento solo acierto a mirarla, completamente en blanco. Hace mucho que una mujer no me propone una cita. Hubo un tiempo en que lo hacían tan a menudo que uno de mis compañeros de piso robó un dispensador de números en un supermercado y lo instaló junto a la puerta de mi cuarto. Después de una fiesta encontraba chicas esperándome al salir de clase o junto al coche, en mi taquilla, en los bares, frente al viejo edificio principal de la universidad, agitando siempre en una mano papelitos con su número de teléfono. Todo eso se acabó a la vez que mi carrera.

—¿Una cena? Claro. Cuando quieras.

—Genial.

Sonríe. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están al rojo vivo. La he hecho sonreír. La he puesto contenta. Está contenta porque va a cenar conmigo. Mierda, ¿adónde puedo llevarla? ¿Al Eat'n Park? ¿A la Ponderosa? ¿Al Valley Dairy?

Habrà de ser un sitio que exija llevar vestido. Un vestido sensual. Un vestido corto, ceñido y sensual.

—Perfecto, entonces subastaremos una cena con el gran Ivan Z, el laureado exjugador de fútbol, el astro o la estrella o como se llame del fútbol.

—¿Cómo?

—¿Todavía puedes lanzar un balón?

—¿Qué?

—Si todavía puedes lanzar un balón.

—Bueno, yo... Nunca he lanzado. En fin, no es que nunca haya lanzado un balón, claro que lo he hecho. Quiero decir que esa no era mi posición. No era lanzador. Yo me dedicaba a correr con el balón.

—Ah. Vaya.

Parece desconcertada, aunque veo que amaga una leve sonrisa. Me da la impresión de que esa confusión inocente es fingida, quizá parte de una broma, pero no logro imaginar por qué iba a querer atormentarme.

—¿Tampoco lo chutabas?

—No.

—Vaya —suspira—. Pensé que quizá sería divertido para quien puje por ti que le lanzaras un balón o se lo chutaras; pero si no era eso lo que hacías. —se muerde el labio inferior—. Supongo que ahora te resultaría difícil correr con la pelota —dice, echándole un rápido vistazo a mi rodilla—. A lo mejor simplemente podrías acunar el balón entre los brazos mientras le cuentas alguna anécdota apasionante de fútbol, como cuando ganasteis la Daisy Bowl.

—Supongo que te refieres a la Rose Bowl. Pero lo que ganamos fue la Sugar Bowl.

—Genial. La cuestión es que ganarais un trofeo importante.

—¿Me estás diciendo que quieres que vaya a cenar con alguien? —conseguí articular por fin—. ¿Quieres subastar una cena conmigo?

—Sí.

—¿Como en una subasta de solteros?

—Ah, así que crees que una mujer pujará por ti. Qué interesante. No se me había ocurrido.

En este momento debería querer que me tragara la tierra, o huir a toda velocidad; pero soy un hombre, y, por más que el orgullo y el ego masculinos puedan resentirse e incluso quedar destruidos en circunstancias extremas, un hombre no puede renunciar al deseo de estar en presencia de una mujer que le parece extraordinaria.

Aunque sea lo último que haga, tengo que saber quién es.

—¿Quién eres? —le pregunto.

Esboza una sonrisa radiante, aunque sin perder un punto de picardía, como si supiera que a mis espaldas hay alguien haciendo muecas.

—Perdona. No me he presentado. Soy Chastity. Chastity Morrison. La doctora Morrison. Por eso estoy aquí, he venido a visitar a un paciente.

—¿Te haces llamar «doctora Chastity»?

—Ya lo sé, no es el mejor nombre para llevar auestas, a menos que seas peregrina o bailarina de *striptease*. Qué se le va a hacer. Mi madre era fanática de Cher.

—Pero tú te llamas Chastity.

Suspira de nuevo.

—¿Qué hacías en los setenta? Me puso el nombre de su hija.

—Ah.

—¿No veías *El show de Sonny y Cher*?

—La verdad es que no.

Niega con la cabeza y mira su reloj. Está a punto de irse.

—¿Sabes lo que significa Chastity? —le pregunto.

—¡No, ni idea! —dice, abriendo los ojos con asombro burlón, ante la explicación con que voy a impresionarla—. Soy una cirujana que no sé cómo se las arregló para licenciarse con matrícula de honor en Carnegie-Mellon y pasó por la Facultad de Medicina sin conocer las definiciones de palabras simples. ¿Sabes tú lo que significa Ivan?

—En realidad se pronuncia «Ivon». Es Juan en ruso.

–¿Y sabes lo que significa Juan?

–¿Seductor de mujeres?

Vuelve su sonrisa.

–¿Alma cándida?

–«Dios es misericordioso» –me dice.

–No, no puede ser.

–Y tanto que puede ser.

–No.

–Que sí.

–Que no.

–De acuerdo. Muy bien. Tú ganas. Monosilábico, sentido del humor bajo llave, inmaduro. Desde luego has hecho maravillas para desterrar el estereotipo del deportista lerdo.

Suelta el insulto con otra de sus sonrisas irónicas, pero radiantes.

–Ya, bueno.

–Entonces, ¿hay trato?

–Desde luego. ¿Qué tengo que hacer?

–Nada. Me pondré en contacto contigo cuando te hayan vendido. ¿Puedo contar también con el balón firmado?

No espera a que le conteste, o quizá he asentido con la cabeza.

–Dáselo a tu madre y ya está. O si quieres que sean dos. O mejor aún: aceptaré todos los balones que quieras darme.

Y, sin más, echa a andar por el pasillo, pasándome de largo, hasta desaparecer por la puerta.

Cuando consigo arrancar la mirada del punto en que la oscuridad se ha tragado sus piernas y el resto de su cuerpo, voy hasta el despacho de mi madre.

La encuentro tras el gran tablero de madera oscura de su escritorio, firmando impresos con aspecto magistral en su traje de *tweed* color habano, las gafas sobre la punta de la nariz y el pelo recogido en un moño tirante. Salvo en ocasiones especiales, nunca ha usado maquillaje. A mi padre no le gustaba, decía que era un atentado contra la naturaleza, como rociar de pintura a un cisne.

Está rodeada de estanterías atestadas de libros, papeles y decenas de figuritas, adornos y fotografías enmarcadas que los residentes le legaron al morir.

–¿Por qué no veíamos *El show de Sonny y Cher*? –le pregunto, dejándome caer en una de las sillas al otro lado del escritorio, donde se han sentado siempre los seres queridos de los internos del Remanso de Paz, atormentados por la culpa o el alivio, o una mezcla de ambas cosas, mientras firmaban el escueto documento blanco de bordes azules con el membrete de la residencia, donde se ve un águila volviendo a su nido en la cumbre.

–Jolene y yo sí lo veíamos –me contesta–. Ella no se perdía un episodio por nada del mundo. Seguramente todavía podría describirte todos los vestidos que llevaba Cher. A ti no te gustaba. No te gustaba que Cher fuera más alta que Sonny.

Me dejo caer en el respaldo, estiro las piernas y me restriego los ojos cansados.

—Dios, era todo un adelantado.

—Eras un niño —dice mi madre, aún ocupada escribiendo—. ¿Alguna razón en concreto para que preguntes por Sonny y Cher?

—¿Cómo es que no sé nada de la doctora Chastity? ¿Por qué no me has hablado de ella?

—¿Y qué se supone que debía contarte? —me pregunta sonriendo, sin levantar la vista de su mano yendo de un lado a otro por los papeles—. ¿Que hay una cirujana atractiva en el hospital? ¿Que deberías ir allí y tratar de conquistarla?

—Pues sí.

—Soy tu madre. Mi papel no es ayudarte a encontrar mujeres que te puedas llevar a la cama. Mi papel es ayudarte a encontrar una mujer con la que casarte y tener hijos, pero como no tienes ningún interés en hacer eso, y como resulta que Chastity me cae bien, no se me ha ocurrido presentártela.

—Me parece que en todo eso me ha caído algún que otro insulto.

—Bueno, ¿cómo ha ido el funeral? —pregunta mi madre—. ¿Hubo gente que se quedó de pie?

—Sí —le digo al recordar a Val apoyado contra el empapelado rosa de la pared.

Cuando al fin deja de escribir y se quita las gafas, me somete a un escrutinio maternal que instintivamente me hace erguir la espalda.

—¿Cómo estás? —pregunta—. Se te ve fatal.

—¿Cómo de fatal?

—Bastante. Aunque quizá sea la única que lo veo. A veces me pregunto si será así. Es evidente que Jack no lo ve. Incluso Zo se negaba a creer que tienes un problema con la bebida.

—También se negaba a creer que Liberace era homosexual.

Mi comentario no la hace sonreír, pero por suerte decide no insistir en el tema de la bebida. Se queda con Liberace.

—Me pregunto a quién le habrá dejado Zo todos los discos. Debía de tener cincuenta, como poco. Espero que no a mí.

—Bueno, ¿y de dónde es?

—¿Quién?

—La doctora Chastity Morrison.

—De Clearfield.

—¿Clearfield? —exclamo, sorprendido.

—Sí, Clearfield. ¿Por qué te extraña tanto?

—No sé. Supongo que he dado por hecho que era de algún sitio fascinante e increíble.

—¿Por qué?

—Porque ella es fascinante e increíble.

—Quizá subestimas Clearfield. Tú eres de Coal Run, por cierto.

—Ya lo sé. Un pueblo fantasma. Bueno, por lo menos eso encaja.

Ignora mi amago de caer en la autocompasión.

—¿Le vas a regalar un balón? —me pregunta.

—Voy a regalarle un montón de balones, y además una cena.

—¿Vas a salir a cenar con ella?

—No, me va a subastar.

Mi madre se echa a reír.

—No tiene gracia.

—Me extrañaba que fuera a cenar contigo. Estoy casi segura de que está comprometida.

—¿Comprometida? No. Me niego a creerlo. No llevaba anillo.

—¿Y qué? —dice, y cambia de tema rápidamente para distraerme—: Hoy en terapia acuática hemos tenido una crisis. Una paciente se cayó del arnés. Se cayó, nadie la tiró a propósito, pero dio la casualidad de que estaba allí su hija. Llamó a su abogado inmediatamente. Resultó ser Mike. No quiso causarme ningún problema. Me supo mal por él.

—¿Cómo demonios puede saberte mal por Mike?

—Es un tipo decente. Sé que no tienes un buen concepto de la profesión en general, pero algunos abogados cumplen una función necesaria.

—Igual que algunos venenos.

Mi madre se levanta de su butaca, una gran silla giratoria tapizada en cuero con tachuelas que había presidido el despacho del abuelo de Zo en el Primer Banco Nacional. Zo no la quiso en su oficina: ella era menuda, y aquella butaca aún la hacía parecer más poquita cosa. La primera vez que se sentó y vio su reflejo en la ventana, frunció el ceño y dijo que parecía que un pájaro hubiera pasado volando y la hubiera dejado caer allí, como una cagarruta.

Mi madre le da un manotazo al respaldo de la butaca, un acto reflejo fruto de haber vivido siempre en un pueblo minero. Nunca pasaba junto a un sofá o un sillón sin darle una palmada, para comprobar cuánta carbonilla se levantaba y calcular cuándo habría que volver a pasar la aspiradora.

Si su intención era quitarme a Chastity de la cabeza, funcionó. Mi aversión hacia Mike Muchmore es un sentimiento que me corroe por dentro y que absorbe la mayor parte de mis procesos mentales cada vez que me viene a la memoria. Fue el abogado que defendió a Reese en el juicio, pero creo que lo detestaría de todos modos al margen de esa onerosa distinción.

Consiguió que retiraran los cargos de intento de asesinato contra Reese, porque no pudo demostrarse que hubiera premeditación ni alevosía. Recuerdo haber leído el término en el periódico local el día después de que se dictara sentencia. «Alevosía»: una palabra rimbombante que el reportero tuvo que buscar en un diccionario especializado justo después de «homicidio no premeditado».

Quizá los actos de Reese no fueran premeditados en el sentido que los define la ley, pero como su deseo de hacer daño era un aspecto tan intrínseco a su persona la alevosía no era necesaria. ¿Acaso una enfermedad planea matar, o se limita a desarrollarse en el organismo huésped?

Qué más da. Muchmore, que acababa de licenciarse y se labraba un camino como

abogado de oficio, supo ganarse al jurado.

Se había criado en Centresburg, y conocía bien el orgullo obstinado de la gente de por aquí a la hora de enfrentarse a algo que no entendía. Pedir ayuda era lo mismo que reconocerse un estúpido, así que nunca preguntábamos. Si no nos las arreglábamos por nuestra cuenta, o bien descartábamos el tema con la excusa de que no tenía nada que ver con nosotros, o bien abrazábamos la causa a ciegas con la esperanza de no meter mucho la pata.

El fiscal del distrito se había criado en un bonito barrio residencial de Filadelfia, y no reconocía una pila de escoria de un montículo de grava.

Asistí al juicio todos los días. Acababa de salir del hospital tras la primera de mis diez operaciones de rodilla, así que andaba con muletas y llevaba un enrevesado aparato ortopédico que parecía una versión compacta de las tenazas neumáticas que se usan en las operaciones de rescate, pero me negué a perderme ni un minuto del proceso.

Cada día Muchmore soltaba una tonelada de términos legales y jerga de picapleitos, mientras yo presenciaba los sutiles cambios de expresión en las caras de los miembros del jurado, y veía en sus ojos los diversos grados de comprensión, hostilidad y curiosidad, las ganas que tenían de hacer lo correcto y, a la vez, de no quedar en mal lugar. Vi cómo empezaban a abrumarse; vi cómo se abría ante ellos una ventana, la oportunidad para creer o no creer; vi cómo sopesaban a Muchmore, sin fijarse tanto en el litigador como en el hijo de Gene Muchmore, un acaudalado empresario local que donó las tierras próximas a Coal Run que se convirtieron en el cementerio de la J&P, donde yacen los restos de los mineros fallecidos en Gertie. De no haber sido por Gene, a saber dónde habrían ido a parar. El pueblo no estaba preparado. Una comunidad rara vez se ve en la obligación de enterrar prácticamente a la mitad de su población en un solo día.

También vi que empezaban a mirar a Reese no como un criminal, sino como uno de los Raynor. Todo el mundo conocía a un Raynor. Chimp procedía de una familia de diez hermanos, y a su vez tenía seis hijos. Muy poca gente podía decir algo bueno de un Raynor, pero formaban parte de nuestro paisaje.

En cambio Crystal no. Era una mujer demasiado insignificante y desamparada para dejar huella. Su familia se instaló en Coal Run cuando ella ya era adolescente. Era hija única, su madre procedía de un pueblo de West Virginia y su padre de Ohio. Aquel hombre nunca se ensuciaba las manos. Trabajaba detrás de un escritorio para una empresa que vendía componentes de iluminación, cerca de Pittsburgh. Ni siquiera estuvieron presentes en el juicio. Los dos se marcharon, dando a Crystal por muerta en un hospital del estado donde recibía peor trato que Reese en la cárcel.

Crystal no tenía a nadie que acudiera en su defensa. Y al niño, a su hijo, ya se lo habían llevado. Lo adoptó una familia de otro estado, cuya identidad se mantuvo en secreto por razones de seguridad, a tenor de la violencia con que el padre había agredido a la madre.

Vi que la ventana se cerraba. Vi que la gente se decidía a escuchar a Muchmore.

El jurado coincidió con él en que Reese quiso hacerle daño a Crystal, y puede que cuando empezó incluso quisiera matarla, pero que no lo había planeado. Aquel día no

compró el bate de béisbol con la idea de convertirlo en un arma homicida, sino de hacerle un regalo a su hijo. La cajera que se lo vendió testificó que Reese le había comentado que lo compraba para el chico. A nadie pareció importarle que el crío solo tuviera tres años.

A Reese le cayeron seis años de cárcel, y ya habría salido de no ser porque apaleó a otro preso hasta matarlo, en un acto que otro abogado de oficio calificó de legítima defensa. Lo sentenciaron a quince años más.

—¿Hay alguna razón para que hayas venido a verme, o solo quieres que me preocupe por ti? —me pregunta mi madre.

Vuelvo la cara hacia su voz. Está de pie delante de una de sus estanterías, mirando una fotografía enmarcada.

—En realidad más bien soy yo el que estoy preocupado por ti.

Se vuelve con cara de sorpresa y un deje de protesta asoma en sus ojos.

La suya no es solo una cara bonita; irradia una belleza solemne, de factura soberbia, que a veces pasa desapercibida entre quienes la rodean, por el mismo motivo que no valorarían un busto cincelado por un escultor renacentista, y en cambio llenan sus casas de figuritas de porcelana de Precious Moments.

La edad no la ha estragado, porque está dotada de una arquitectura superior. Sus rasgos se han atenuado con los años, pero sigue siendo un regalo para la vista. Aunque su pelo rubio se ha encanecido, todavía lo lleva largo y suelto cuando no está en el trabajo.

Naturalmente el tiempo no ha pasado en balde. De cerca, su piel muestra una malla delicada de líneas y arrugas, como si toda ella estuviera hecha de papel de seda que alguien hubiera estrujado antes de alisarlo de nuevo.

—¿Preocupado por mí? ¿Por qué?

Me levanto de la silla y me acerco a ella.

—Hoy era el funeral de Zo —le recuerdo.

Coge una foto de Zo del estante y la mira.

Me sobresalta lo sola que está. A pesar de que tiene a Jolene y sus tres nietos, además de admiradores, amigos y el trabajo de toda una vida rodeada de gente, su soledad no se ha atenuado ni un ápice. No es que le haya afectado negativamente. No es una soledad dura e impenetrable como un muro; es más bien un halo que la envuelve lo suficiente para que nadie consiga encontrarla del todo.

—Ya lo sé —dice—. Voy a echarla de menos. Zo y yo nos veíamos todos los días. Hablábamos de todo. Era mi álter ego.

Sonríe para sí, recordando algo que no va a compartir.

—Durante un tiempo me va a costar. Será como tener todos los espejos de casa rotos y no poder mirarme para saber cómo estoy.

Le pongo una mano en el hombro.

—Lo siento, mamá. Estabas bien hasta que he abierto la boca. No pretendía hacerte sentir peor.

—No, no pasa nada. No te preocupes por mí —insiste, negando con la cabeza—. Zo vivió bien. Tuvo una vida larga. Llegó su hora. Ella lo sabía y lo aceptaba.

También yo lo creo. Desde que volví temía que fuera a morir en cualquier momento, pero ella no parecía tener ningún miedo.

Siempre había sido menuda, pero allí donde estaba su presencia siempre era la más grande, de manera que el tamaño de su cuerpo generalmente pasaba desapercibido. Cuando volví a verla, tras dieciséis años de ausencia, me sorprendió lo pequeña y frágil que se había vuelto, a pesar de que sus facultades mentales y su energía no habían disminuido lo más mínimo.

En cuestión de un par de meses había ido perdiendo capas, empequeñeciéndose más y más, hasta que pareció encogerse y replegarse en sí misma, del mismo modo que una flor perenne en el otoño se prepara para el letargo invernal.

El último abrazo que me dio fue la semana antes de morir. Acabábamos de tomar un café y un trozo de su pastel de especias en la mesa de la cocina.

Me hizo prometerle que sería el primero en revisar sus papeles y ponerlos en orden antes de entregárselos a Randy. Le preocupaba que, si su hijo abría al archivador y veía los cajones atestados en completo desorden, la tarea se le hiciera una montaña.

Se lo prometí. Antes de irme me dio un abrazo rápido, que me recordó al aleteo suave, como de papel, de una mariposa golpeando contra mi pecho, y supe que no le quedaba mucho tiempo de vida. Había completado su ciclo, regresando al final a lo que había sido al principio: un latido encerrado en la insignificancia del cuerpo de una persona.

—¿Has vuelto a pensar en aquella casa del pueblo que te enseñé? —me pregunta mi madre de repente, volviendo a cambiar de tema, esta vez por ella misma.

—¿Qué voy a hacer yo con una casa?

—¿Vivir?

—Muy graciosa. ¿Jolene te ha dicho algo? ¿Quiere que me vaya?

—¿Que te vayas? —mi madre se echa a reír—. Si nunca has vuelto. Duermes en el sofá de su casa un par de veces por semana y vas a cenar cuando te apetece.

—¿Ves? Te ha dicho algo.

—Ella no me ha dicho nada —repite, y su voz adquiere tono de reproche—. Jolene está encantada de tenerte aquí, y los niños igual. Lo digo solo por ti, no entiendo que no quieras buscar un sitio para vivir. Tienes trabajo. Cobras un sueldo todos los meses. Todo el mundo se alegra de que hayas vuelto.

—¿Qué significa eso? —la interrumpo—. ¿Cómo que todo el mundo se alegra de que haya vuelto?

—Simplemente lo que he dicho. Todo el mundo se alegra de que hayas vuelto a casa. En este pueblo eres un ídolo.

—Fui un ídolo.

—Quien fue un ídolo, lo será siempre.

—¿Te suena la expresión «ídolo caído»?

Me mira con cara de pocos amigos.

—¿Te suena la expresión «plasta insoportable»?

—Ahora ya no me cabe duda de que has hablado con Jolene.

—¿Es que no vas a quedarte?

–No lo sé. No me hago a la idea. ¿Qué iba a hacer yo aquí?
–¿Qué es lo que haces ahora?
–A eso me refiero.
–¿Quieres volver a Florida?
–No he dicho eso.
–¿Quieres ir a otra parte?
–Tampoco he dicho eso. ¿Podemos dejar el tema?
Asiente y vuelve a mirar la foto que sostiene entre las manos.
–No te pongas triste –le digo.
–Estoy triste por mí, pero no por ella. Consiguió llegar al final de su vida.
Sé que está pensando en mi padre, en su vida truncada a medias.
–Piensas en papá –digo en voz alta–. Piensas en cuánto te hubiera gustado que llegara a conocerlo.
Levanta la vista y me pone una mano en el cuello durante un instante.
–No, pensaba en cuánto me hubiera gustado que él te conociera.
Cuando me voy, sigue con la mirada fija en la imagen de Zo vestida con su traje pantalón de verano de poliéster azul eléctrico, arropada bajo el forro de seda rosa de la capa de Liberace. El cantante tiene los brazos extendidos detrás de ella, y parece un vampiro, o una gallina clueca.
Momentos después Zo cruzaría el vestíbulo del hotel en Las Vegas armada con su gran bolso blanco y su testarudez rural en busca de un sitio donde revelaran un carrete por menos de dos dólares.

Antes de salir, paso por la habitación de Crystal. Su compañera de habitación murió la semana pasada, tras una larga batalla contra el cáncer. La cama sigue desocupada. Las enfermeras me contaron que Crystal parecía triste, pero me cuesta creerlo. Detectar en ella cualquier emoción es casi imposible, aunque no me cabe duda de que sigue sintiendo cosas.

Está despierta, mirando fijamente el final de otro día negro.
–Hola, Crystal –la saludo en voz baja.
No puede girar el cuello. No puede mover nada por debajo de la barbilla. En uno de sus días buenos dicen que es capaz de tragar, pero nunca lo suficiente para hacer pasar la comida o el líquido garganta abajo. La alimentan a través de un tubo. Evacua a través de un tubo. Solo oye por un oído. No ve nada. Uno de los golpes que recibió en la cabeza destruyó el centro de la visión en su cerebro.

Procuro visitarla una vez por semana. Hago lo que puedo para compensar el tiempo perdido: el tiempo que lleva postrada en esta cama sin que me ocupe de ella, y el tiempo que debí dedicarle antes de que esto ocurriera.

A mi madre le extrañó la devoción que tengo por Crystal, así que me inventé una historia de que éramos buenos amigos en el instituto. No se lo tragó ni por un momento. Sabe mejor que nadie que el gran Ivan Z no mantenía vínculos estrechos con chicas apocadas varios años más jóvenes que él. Ni siquiera mantenía vínculos estrechos con

los chicos que se suponía que eran mis mejores amigos o las chicas con las que salía. Solo era gente con la que iba por ahí; nunca forjé relaciones serias.

Aun así, mi madre no se entromete. Es una cualidad notable en una madre, sobre todo si no lo hace porque está demasiado enfrascada en sí misma para que le importe, o porque de veras carece de interés. Me pregunta las cosas una sola vez. No hay temas tabúes. Pero si le digo que no quiero hablar sobre algo, no insiste.

Eso me ha venido fenomenal toda la vida, pero últimamente casi me dan ganas de que me incordie y quiera obligarme a hablar con ella. Sin embargo, cada vez que empieza siempre le paro los pies. Temo que me convenza de tomar una decisión que pueda lamentar, o una que no lamente. Ahora mismo, no sé qué sería peor.

Me siento en la cama, al lado de Crystal. Su cuerpo consumido forma una pequeña protuberancia angulosa bajo la sábana del hospital, como un haz de ramas secas. La tomo de la mano, una mano que no responde a ningún estímulo. La miro inmóvil sobre la mía, con la misma mezcla de lástima y repulsión que dedicaría a un murciélago huesudo y moribundo.

—¿Quién te ha mandado las flores? —le pregunto, al reparar en un ramo de claveles y crisantemos que empiezan a marchitarse y no recuerdo haberle traído—. No me digas que tengo competencia.

Veo que hay otros dos ramilletes de flores secas sobre su mesilla de noche. En uno de ellos encuentro una tarjeta. Son flores de condolencia por la compañera de cuarto fallecida. Recojo los tres jarrones, tiro las flores a la papelera y vacío el agua verdosa en el lavabo del cuarto de baño. Por último tiro también los jarrones a la papelera, disfrutando al oír el ruido del cristal al romperse.

—No te he traído nada —le digo, al volver junto a la cama—. Ha sido una visita improvisada. Solo pasaba por el barrio.

Sus ojos siguen mirando al frente, carentes de expresión, pero veo que la punta de su lengua se mueve algo dentro de la boca. Es uno de los pocos movimientos que hace. Podría no significar nada, o significarlo todo.

Cojo la jarra de plástico del agua y sirvo un poco en un vaso de usar y tirar. Meto un dedo y se lo paso suavemente por los labios agrietados. Vuelvo a mojarlo y se lo paso por la frente y el cuello. Siempre la noto demasiado caliente.

—Llevas mi camión favorito —le digo.

Es bueno hablar. Puede oírme. Está viva, y puede oír. Nadie sabe con seguridad hasta qué punto comprende, pero el sonido de la voz de otra persona debe de darle algún consuelo. Al menos sabe que no está sola, que está conectada con algo más allá de sí misma. Yo le hablo, supongo, por la misma razón que se les habla a los bebés cuando aún están en el útero.

—Voy a comprarte un camión que vi en el centro comercial —continúo—. Es rosa, como este, pero de una tela suave muy bonita, sin estos encajes ásperos.

Le paso la mano por el encaje alrededor del cuello. Después de tantos lavados, ha perdido el apresto y la aspereza.

Está de cara a los animales de vidrio de colores, alineados en la estantería que coloqué

junto a su cama. No puede verlos, pero yo se los describo.

El hospital público en el que estaba antes de que la trasladaran aquí no permitía efectos personales, así que cuando ella llegó no tenía nada, mientras que los demás residentes suelen traer muchas pertenencias de casa al ingresar.

Ver la esterilidad en la parte de la habitación ocupada por ella me inquietaba. No la conocía demasiado, pero recordaba que tenía una camisa bordada con brillantes de strass y un colgante que siempre llevaba puesto: una jaula dorada en miniatura que había perdido el lustre, en forma de bola, con piedrecitas de cristal de colores atrapadas en el interior.

Justo después de empezar a trabajar para Jack, un día me descubrí pensando en el colgante, mientras Chad, otro ayudante del *sheriff*, le leía sus derechos en una cocina pequeña y mugrienta a un tipo, al que acabábamos de arrestar porque había vendido en un par de días cuarenta y tantos televisores, grabadoras de vídeo y reproductores de CD, en el aparcamiento de un Burger King, desde su propia furgoneta. Había demostrado su habilidad para entrar en las casas ajenas y robar el material, pero una vez lo tuvo en su poder, no supo qué hacer. Nos explicó que siempre había sido uno de sus puntos flacos: era muy poco previsor.

En aquella cocina no había más color que un juego de vasitos amontonados en la repisa de la ventana, encima del fregadero. Cada uno era de un tono distinto, vivo como el de una joya. Eran bonitos y feos al mismo tiempo, y me recordaron al colgante de Crystal, que no se quitó ni siquiera después de convencerla para quitarse todo lo demás.

Al día siguiente, en el centro comercial vi un juego de caballitos de vidrio haciendo cabriolas, de color rojo rubí, verde esmeralda y azul cobalto. En estos meses he ido añadiendo varias decenas de animales, pero los caballos siguen siendo mis favoritos.

Cojo el de color rubí. Nadie del personal quita el polvo de las figuritas por miedo a romperlas. Me saco el faldón de la camisa y lo limpio.

—Le he echado el ojo a un gallo —le cuento a Crystal—. Es precioso. Mide un poco más de diez centímetros. La cola parece una fuente psicodélica.

A continuación levanto el caballo azul.

—Está en ese restaurante italiano del que te hablé. Marcella's. Dentro del local hay un puesto de tabaco, donde también venden objetos de regalo y chocolate.

Cojo el verde.

—Lo pondremos en el estante de arriba, para que los rayos del sol le den en la cola. Cada vez que una enfermera o un auxiliar entre, te dirá lo bonito que es. Ahora mismo es un gasto que no me puedo permitir, pero tenemos todo el tiempo del mundo.

Le sonrío con convicción. Sus lesiones son irreversibles, pero no le acortarán la vida.

Cuando termino de limpiar los caballos, decido dejar el resto para mi próxima visita. La mayoría de las figuras de vidrio se las he regalado yo, salvo una colección de frascos que aportaron mi madre y Zo, y una bailarina en miniatura de la familia de su antigua compañera de habitación.

Crystal no tiene más familia que sus padres, que se fueron a vivir a otra parte.

La trasladaron aquí hace aproximadamente doce años. Ni siquiera mi madre o Zo

saben quién se hace cargo de los gastos de su internamiento. El benefactor ha optado por permanecer en el anonimato, y paga la sustanciosa factura mensual con cheques certificados a través de un banco de Harrisburg.

Me agacho a su lado y beso su mejilla flácida. El olor tiene un deje amargo y a la vez sumamente dulce, que estoy convencido que emana de la acumulación de los distintos fármacos que exudan los poros de su piel. No hay nada desagradable en su persona, pero la cama despide el tufillo rancio y húmedo de un paño de cocina demasiado usado, por más a menudo que den la vuelta al colchón y cambien las sábanas.

—Sale el martes —le susurro junto al oído bueno.

He pasado mucho tiempo hablando con ella de mis planes para vengarme de Reese. La mayoría abarcan de lo fantástico a lo cómico, y se corresponderían mucho más con personajes como James Bond o Bugs Bunny que conmigo. Ahora que están a punto de poner a Reese en libertad, cada vez veo más claro que, con todo lo odioso y repugnante que me parece, la idea de descargar un yunque sobre su cabeza no pasará de eso, de ser una idea.

Pienso en aquella vez que fui a cazar con Val. ¿Erré el disparo al ciervo por ser demasiado lento, un mal tirador o un cobarde, o acaso Val tenía razón? ¿Fallé porque intentaba matar a un animal al que en realidad no quería matar? Creo que quiero matar a Reese, pero supongo que no lo sabré con certeza hasta que lo mire a los ojos.

—Voy a zanjar el asunto —le digo a Crystal—. Luego supongo que tendré que marcharme otra vez. La verdad es que no hay ninguna razón de peso para quedarme después.

Aguardo por si su lengua se mueve. Al ver que no, lo interpreto como una señal de que quizá no esté de acuerdo.

Lunes

No sabía qué clase de vida llevaba Crystal con Reese en aquel momento, y tampoco me hubiera importado. Ella había desaparecido de mis pensamientos años antes, con la misma naturalidad con que desaparecen unas zapatillas de deporte viejas.

No volví a acordarme de ella hasta una noche en que había ido de juerga al Rathskeller con varios compañeros del equipo, un mes antes de empezar los entrenamientos de primavera con los Bears. Era un bar bullicioso, abarrotado de gente, con mucho alboroto, y allí, al igual que en cualquier otro local del campus de Penn State, nos trataban como a dioses y no pagábamos nada.

Me había acomodado en un taburete al final de la barra, mientras una chica sentada en mis rodillas me masturbaba con la mano. Intentaba convencerla para que se arrodillara en el suelo y me hiciera una mamada. Aún no estaba tan borracha como para hacerme caso, y se reía sin parar diciéndome que fuéramos a algún sitio más tranquilo, y yo no paraba de decirle que en privado cualquier mujer me la haría, pero si ella me la hacía en el bar sería especial.

Oí que uno de mis compañeros me llamaba. Lo vi agitando una mano por encima del mar de gente, mientras se acercaba hacia mí.

—Eh, Z —me dijo desde lejos—. ¿Tú no eres de un pueblucho de mierda que se llama Coal Run? Joder, tío, salís en todos los putos informativos de la noche. Un cafre le ha dado una paliza de muerte a su mujer con un bate de béisbol.

Señaló hacia el televisor que había colgado por encima de la barra. No alcanzaba a oír nada, pero reconocí inmediatamente mi pueblo en segundo plano, a espaldas del reportero.

Era primavera, y los campos que rodeaban la universidad eran un espectáculo de lomas onduladas y bosques verdes aterciopelados y un cielo azul turquesa claro tan limpio que parecía recién pulido. A unos ciento cincuenta kilómetros hacia el oeste, en cambio, el cielo era del color de los huesos viejos y los árboles no habían florecido aún. Los arces y los olmos grisáceos, desnudos, que poblaban la montaña más allá de Coal Run estaban llenos de prietos brotes rojizos. Desde lejos teñían la ladera de un tono sanguíneo.

El reportero aparecía delante de un parque en el que yo había jugado cientos de veces de niño. El pasto estaba crecido, poco menos de un metro de alto. Los anticuados columpios metálicos, grises y herrumbrosos, parecían aparatos de tortura en comparación con los laberintos de tubos de plástico de colores vivos y puentes colgantes que se entreveían en los patios traseros de las casas de por aquí.

A unos cincuenta metros, en medio del tajo abierto de una mina abandonada, se erguía la pala colosal de una excavadora, alta como un bloque de veinte plantas, y en la pantalla del televisor su boca monstruosa se cernía sobre la cabeza del reportero, como si estuviera a punto de arrancarla de un mordisco.

Los labios del reportero se movían sin sonido alguno. A su espalda había una placa de bronce opaca, encastrada en un pilar de cemento. De niño había pasado los dedos por aquellas letras en relieve tantas veces que era capaz de leer la inscripción tanto con el tacto como con la vista. Cerré los ojos en medio del bullicio del bar y traté de ahuyentar el embotamiento de la cerveza, la marihuana y la mano de una chica aplicada dentro de mis pantalones, hasta que finalmente sentí el cosquilleo de las palabras en las yemas de los dedos, como un ciego leyendo Braille: STE PARQUE FUE DONADO POR LA EMPRESA MINERA DE CARBÓN J&P.

Me levanté del taburete, derribando a la chica, y empecé a acercarme al televisor mientras la cámara enfocaba una casita blanca con una pila para pájaros en el patio delantero y la estatua ornamental de una cierva alerta junto a su cervatillo.

Nuevas tomas. Más imágenes. Una hilera de vehículos de la policía estatal y del departamento del *sheriff* aparcados en la calle. Una ambulancia con luces estroboscópicas. La secuencia en que sacan el cuerpo de la casita blanca. Una toma del interior, con una estremecedora mancha de sangre en la moqueta.

El *sheriff* Jack ignorando a los periodistas. Mucho más joven de lo que es ahora, aunque en su cara se acusan los primeros signos de la edad, el pelo peinado con esmero empieza a encanecerse, los ojos sumidos ya en una indiferencia serena, oscura, que la mayoría de la gente preferirá tomar por sabiduría.

Me abrí camino entre la multitud, hasta situarme justo debajo del televisor cuando en la pantalla aparecía un niño de tres años aturdido en los brazos de un ayudante del *sheriff*, con los ojos como las ventanas tiznadas de un edificio asolado por el fuego, chupándose el dedo con desesperación.

Conocía al niño. Lo había visto una vez, caminando por una calle de Centresburg de la mano de su madre. Por temor a que ella me reconociera, doblé la esquina y me fui por otra calle.

El recuerdo cambia de repente, con saña. De pronto ya no estoy en el bar asistiendo al desarrollo de los sucesos por televisión. Estoy allí. Aquí. Siento el frescor de la primavera, que tanto añoraba cuando me fui a vivir a Florida. Después de todos esos años mi cuerpo se adaptó al calor, y aquí siempre tengo frío.

Hay neblina, pero se respira el aire puro del campo. Huele a tierra y árboles. Las montañas se alzan por detrás de la casa salpicadas de gris, violeta y rosa, todos los colores de un moratón.

Son montañas, pero llamarlas así ahora casi parece excesivo. Ya no son escarpadas o espectaculares como debieron de ser en otros tiempos. Hablar de «estribaciones» parece desmerecerlas, al sugerir que son solo una parte de algo mayor, siervas de las montañas

más altas que se alzan por detrás.

No sé cómo llamarlas. Soy incapaz de lidiar con ideas sencillas. Bajo la mirada y veo mis manos cubiertas de sangre. Mis botas y los bajos del vaquero también están salpicados. Mi chaqueta del equipo de la universidad está empapada.

La policía se ha ido, pero ha dejado el cuerpo de una persona tendido en el frío suelo.

Al acercarme hacia ella, veo que por el otro lado se acerca un hombre. A pesar de que yo estoy en Coal Run, él se encuentra a un océano y varios continentes de distancia, caminando sobre los restos de la granja de su familia.

La tierra árida bajo sus pies se desmenuza en terrones parduzcos, helados y duros. La casa a sus espaldas ha quedado arrasada hasta los cimientos por el fuego. Aunque el granero se ha salvado de las llamas, lo han despojado de cualquier cosa útil y han saqueado todas las provisiones. El hombre pasa por encima de las pocas reses y cerdos que tenía la familia y que ahora yacen muertos en posturas grotescas, y se detiene a unos pasos del cuerpo.

Le aterroriza verlo de cerca, por temor a que sea una de sus hermanas pequeñas. Sabe que están muertas, pero mantiene la esperanza de que hayan escapado a la violación y el ensañamiento.

Imposible saber quién lo hizo: los alemanes, los soviéticos, sus propios compatriotas, embrutecidos por el hambre y el miedo. No sabe a quién odia más, y eso es tan angustioso como no saber a quién amas. Se santigua tres veces y se arrodilla.

No es su hermana. Levanta la vista y me hace un gesto para que me acerque. Voy hasta él y miro hacia el suelo.

Es Crystal, estirada en el suelo con las piernas abiertas, blanca y desnuda, exactamente igual que el día en que la tumbé en el bosque sobre mi sudadera y me la follé. Su cuerpo parece el de un niño: caderas imprecisas, pechos con la forma y el tamaño de melocotones partidos por la mitad. La diminuta jaula dorada, sin lustre, llena de piedrecitas de colores apagados, cuelga de su cuello.

Incluso muerta, sus ojos expresan confianza. Estaba asustada e insegura cuando la seduje, pero creyó en mí. Creyó toda la basura que le conté. Cuando la penetré con fuerza, ella sintió amor, mientras yo solo sentía su coño.

El hombre me mira a los ojos, arrodillado junto a su cuerpo. Lo conozco, aunque nunca nos hayamos encontrado.

—¿Has hecho tú esto? —me pregunta mi joven padre.

Me despierto sobresaltado, con el corazón martilleándome el pecho. No sé dónde estoy. Miro alrededor para orientarme.

Estoy en mi camioneta. Sigo en el aparcamiento del Remanso de Paz. Alguien me ha tapado con una manta. Seguro que ha sido mi madre. No tengo las llaves en el bolsillo. Cosa suya, también. Las habrá dejado en el mostrador de la entrada.

Me incorporo en el asiento. Respiro jadeante, empapado en sudor. Encuentro la botella. Me tiembla la mano. Trato de recordar cuánto bebí anoche antes de empezar esta, que ya está medio vacía. La levanto para verla a la luz de la mañana, inclinándola para medir el contenido y calcular la inminente resaca. Puedo ir a trabajar.

Empiezan a emerger cadáveres en la superficie oscura de mi mente, como si flotaran en un mar negro. ¿Cuántos cayeron ayer sobre mis espaldas? ¿Crystal? ¿Maté a Crystal? ¿La dejé tirada en el jardín, delante de su casa?

A Jess lo dejé inconsciente delante de su casa. A Rick lo dejé sin conocimiento delante de su casa. ¿Dejé a Jolene delante de su casa? Sí, pero caminaba por su propio pie y estaba completamente consciente. Y enfadada. No tanto con Jess por haber golpeado a su hijo o con Bobbie por protegerlo, sino sobre todo conmigo, por plantarle cara a Jess desarmado, cuando él tenía una escopeta.

Necesito cinco minutos para separar los recuerdos, los sueños y la realidad. Muchas de las cosas que me pasaron ayer parecen un sueño –volver a ver a Val, volver a ver a Jess, ver a Chastity por primera vez–, mientras que el sueño se me antoja tan real que casi me da miedo mirar afuera de la camioneta, por temor a encontrar el cadáver de una niña o toparme con la mirada espectral de mi padre a los veinte años.

Nunca he visto fotografías tuyas de cuando tenía esa edad, pero sé perfectamente cómo era. Debía de estar mucho más delgado que cuando lo conocí, poco menos que en los huesos, tras años de pasar hambre. Su pelo era negro como el azabache, sin las vetas plateadas que empezaron a aparecer el año antes de que muriera. Sus ojos entornados seguirían siendo los mismos destellos de color vivo, tan inesperados y sorprendentes en aquel rostro sobrio y duro como un anillo de diamantes extraviado a la vera de un camino. La *nakolka* con el crucifijo de Stalin, nítida y azul, llevaría poco tiempo tatuada en su piel; un recuerdo de Magadán.

Me obligo a salir de la camioneta. El aparcamiento ya está medio lleno, pero no se ve a nadie en los alrededores.

Guardo un par de camisas limpias en el maletero para mañanas como esta, junto con un desodorante y una bolsa de plástico llena de toallitas húmedas que voy coleccionando cuando salgo a cenar costillas asadas en La Ponderosa.

Voy hasta el Remanso de Paz y recupero las llaves en la recepcionista de la entrada. Ya en la camioneta, le doy al contacto y enciendo la calefacción antes de quitarme la chaqueta y la camisa y rodear el coche hasta el maletero, a pecho descubierto, frotándome los brazos para combatir el frío. Después de restregarme bien con una toallita húmeda, cojo la camisa menos arrugada: color habano con parches marrones y dorados en forma de dovela en los hombros, que indican que trabajo para el *sheriff* del condado de Laurel.

Al volver dentro del coche, trago a palo seco dos comprimidos de vicodina, saco la placa de la guantera, me la prendo en la camisa y me coloco el revólver en la funda del cinturón. Estoy listo para ir a ver al *sheriff* Jack.

Hago un alto en el camino. Esta mañana necesito un café de verdad, no el brebaje que tomamos en el trabajo.

Cuando éramos niños, en el Valley Dairy solo se vendían helados. Los hacían con la leche fresca de una granja de la zona. Había fotografías de vacas en las paredes, cortinas de algodón a cuadros en las ventanas y cántaras plateadas en las esquinas.

El negocio parecía ir bien, pero la granja se fue a pique y la familia tuvo que vender.

Los nuevos propietarios decidieron ampliar el local y convertirlo también en restaurante. Adquirieron dos freidoras y una docena de taburetes, pidieron manteles individuales que los niños pudieran colorear y platos de plástico rojo, pusieron varios reservados y prepararon una carta resbaladiza de hojas plastificadas. Sin embargo, mantuvieron los elementos ganaderos de la decoración.

Echo una ojeada a la clientela de la hora del desayuno. Las camareras entran y salen de los reservados y sortean las mesas con la precisión zigzagueante de microbios fosforescentes en un portaobjetos bajo la lente de un microscopio. Sus uniformes son de un naranja alarmante, el mismo color que el del queso del sándwich tostado que aparece en el menú.

Jolene está trabajando en la barra del fondo, abarrotada de tipos con gorras sucias de todos los colores que trabajan en una planta que hay a las afueras del pueblo, haciendo trizas neumáticos viejos que luego se mezclan con asfalto. Supuestamente el pavimento dura más así. Jolene les da conversación y sonríe mientras recorre la barra, cafetera en mano.

Me ve de lejos y se le borra la sonrisa. Supongo que el pequeño sermón de anoche no era cosa de mi imaginación. Quizá fuera más que un pequeño sermón. Puede que fuera una pelea en toda regla. Quizá me puse a chillarle, en lugar de darle las gracias por salvarme la vida. Soy completamente partidario de los derechos de la mujer y la igualdad en el trabajo y todo lo demás, pero trazo una línea cuando se trata de desnudarse por heroísmo.

Al acercarme, veo que Jolene va al final de la cola de trituradores de neumáticos para atender a un nuevo cliente. Aflojo el paso y me paro en seco.

Es Val. No hay duda. Tiene exactamente el mismo aspecto que ayer en el funeral de Zo, incluso lleva un cigarrillo colgado de la comisura de la boca y la gorra a lo Fidel Castro.

Jolene me lanza una mirada inquisitiva. Me encojo de hombros y asiento con la cabeza.

–Bienvenido al Valley Dairy –le dice con dulzura.

Val está mirando por la ventana. Se toma su tiempo para volver la cabeza hacia Jolene, y entonces la echa un poco hacia atrás para observarla por debajo de la visera de la gorra.

–¿Has estado aquí antes? –le pregunta mi hermana.

–No, pero creo que me las arreglaré –contesta Val.

Da una larga calada al cigarrillo, sin quitarle los ojos de encima a Jolene, que se agacha tras la barra a buscar una carta.

–¿Tú no fuiste *miss* Estercolero en 1982? –le pregunta.

Ella se detiene a sopesar la pregunta un momento. Sé que está preguntándose si existía un concurso de belleza con ese nombre al que nunca se presentó.

Me acerco y me siento a dos trituradores de neumáticos de Val.

–Fui *miss* Mountain Laurel –contesta Jolene–. *Miss* Centresburg adolescente, *miss* Centresburg juvenil, Princesa de la Feria del condado de Laurel, *miss* Bucks, *miss* del

centro comercial de Centresburg, *miss* noviembre en un calendario de Keystone, el taller de recambios, *miss* del circuito de motos de Centresburg y *miss* Pensilvania.

–Caramba –dice él.

–También fui reina de un montón de cosas. ¿Café?

–Sí.

Le da la carta y le desliza una taza y un plato por la barra.

–*Miss* Pensilvania –repite Val con aire meditabundo, apoyando el cigarrillo en el borde de un cenicero–. Eso no es moco de pavo. ¿El premio era bueno?

–Un coche –responde Jolene, colocando con brusquedad el recipiente de los sobres de crema de leche y azúcar frente a él.

Val silba por lo bajo.

–¿Qué clase de coche?

–Un Mustang descapotable azul pastel.

–¿Y qué más?

–Un abrigo de visón.

–¿Visón auténtico?

–Sí.

–¿Y qué más?

–Veamos. Quinientos dólares en productos de maquillaje Maybelline. Doscientos dólares en productos Hawaiian Tropic. Tres trajes de baño Catalina. Un collar de oro de catorce quilates con un colgante labrado a mano donde ponía *Miss* Pensilvania en letras de diamante.

–¿Algo más? –pregunta Val, apartando con la mano todos los sobrecitos de crema de leche y azúcar para coger la taza de café solo.

–Un reloj de una edición limitada de Mickey Mouse en plata de ley. Ah, y un viaje.

–¿Adónde?

–A Las Vegas.

–¿A qué hotel?

–El Flamingo.

Val toma un largo sorbo de café, antes de posar su mirada turbadora sobre ella, observándola con una admiración condescendiente, como si considerara la estupidez de mi hermana un acto de valentía.

–¿No ganaste un solo premio que no simbolizara alguna de las cosas chungas de este país? –le pregunta a Jolene.

–Gané diez pares de zapatos.

Val suelta una risotada. Los trituradores de neumáticos se mueven incómodos en sus taburetes. A Jolene no le molesta lo más mínimo.

–¿Tú no estabas ayer en el funeral de Zo? –le pregunta.

–Pasé por allí.

–¿De qué la conoces?

–¿De qué la conoces tú?

–Mi hijo es su nieto.

—Eso querría decir que te follaste a Randy. ¿Te pareció más o menos deshumanizante que ser *miss* América?

—No fui *miss* América —replica enojada—. Fui *miss* Pensilvania, y aunque hubiera ganado, no habría sido *miss* América. Habría sido *miss* Estados Unidos.

Val se acoda en la barra y se acerca a Jolene hasta que prácticamente le roza la barbilla con la gorra.

—¿Y por qué no ganaste?

—Me descalificaron.

—No jodas. ¿Y por qué?

—Me quedé embarazada.

—Eras *miss* Pensilvania, tenías todo tu pequeño futuro por delante en los concursos de belleza, ¿y te quedaste preñada?

—No lo hice a propósito.

Jolene no creyó que le retirarían la corona. Pensó que excusarían el embarazo porque había sido un accidente. «¿Qué diferencia habría si me hubiera roto una pierna al caerme por unas escaleras?», les replicó a los organizadores cuando vinieron a casa para el careo definitivo.

Val coge su cigarrillo y se lo lleva de nuevo a la boca.

—Carajo, daría dos pares de zapatos por oír esa historia.

Los trituradores de neumáticos empiezan a fulminarlo con miradas envenenadas. No les gusta el modo en que se dirige a ella, pero ninguno parece tener ganas de desafiarlo.

—¿No prefieres oír cuáles son los platos especiales del desayuno? —le pregunta Jolene.

—Quiero una hamburguesa.

—¿A las ocho de la mañana?

—¿Algún problema?

Jolene echa un vistazo a sus espaldas, donde se mantienen calientes platos con huevos y panqueques.

—Ninguno. Vale, quieres una hamburguesa. Tenemos.

—No —la interrumpe—. Ni me menciones vuestra hamburguesa Caribe, ni la súper Pavo Real, ni la Oleoducto a Alaska. Quiero que frías un maldito taco de carne picada de vaca terrestre y la metas en un panecillo. Un panecillo corriente. Que no sea de masa madre, ni integral, ni lleve putas semillas de amapola. Quiero uno de esos panecillos con los que alimentamos a los convictos de nuestras cárceles y a los niños de nuestras escuelas públicas.

—¿Te pongo patatas fritas? —le pregunta Jolene cuando Val termina su discurso.

La mira fijamente unos instantes.

—No —contesta, al final—. Bah, déjalo.

Baja del taburete con movimientos torpes y sincopados. Hace unos treinta años que perdió la pierna. Siempre pensé que con el tiempo se habría acostumbrado. De niño, lo imaginaba tomando un par de cervezas y soltando una retahíla de palabrotas por su mala suerte, pero la cosa acababa ahí. Jamás creí que Val se compadeciera de sí mismo, o que fuera un amargado. Habría superado el problema. Sería uno de esos lisiados que corren

una maratón con muletas si se lo proponen. Me equivocaba.

Hurga en un bolsillo y deja unas monedas sobre la barra para pagar el café. Luego pasa cojeando junto a los hombres sentados en los taburetes. Más que arrastrar la pierna ortopédica, parece que el resto de su cuerpo la coaccione.

Cuando llega a mí, se detiene.

–Vaya, ¿qué eres ahora? –me pregunta, con el cigarrillo bailándole entre los labios–. ¿Guardabosques?

Intento responderle, pero las palabras no acuden a mí.

–Es ayudante del *sheriff* del condado de Laurel –Jolene contesta por mí.

–Tu madre estará orgullosa –dice.

Val estira un brazo sobre la barra y agarra a Jolene de una mano, le da la vuelta y la levanta, como si pretendiera besarle la palma; en cambio, le mete dos monedas de diez centavos y le cierra los dedos con fuerza.

–¿Vas a permitir que ese tipo le hable así a tu hermana? –pregunta una voz a mi lado.

Levanto la vista y veo a Jolene con el puño en alto, apretando la propina como a punto de protestar, mirando la puerta por la que ha salido Val.

–Sí –me oigo decir.

La mirada de Jolene se cruza con la mía. Le sonrío, y ella me sonríe también.

–Se acuerda de nosotros, está claro –le digo.

Mis reflejos ya no son lo que eran, o habría seguido a Val hasta el aparcamiento y habría intentado hablar con él. Solo cuando se ha ido caigo en la cuenta de que sigo sin saber nada sobre su amistad con Zo, ni dónde se aloja, ni cuánto tiempo va a quedarse. Me hubiera gustado decirle que pase a ver a mi madre.

Mi estómago aún no acepta comida, pero me siento mucho mejor. Pido un café para llevar.

Aparco la camioneta delante de la oficina del *sheriff*, en lugar de detrás del edificio, donde Jack prefiere que aparcuemos. Entro por la puerta principal, en principio reservada al público. Tampoco le gusta que entremos por ahí. En el pequeño vestíbulo rectangular no hay ventanas. Solo un banco a cada lado de la puerta, dos cámaras de vigilancia fijadas al techo bajo y una gran dovola de cemento insertada en una losa en mitad del suelo, con las palabras EN DEFENSA DE LA LEY y la PRESERVACIÓN DEL ORDEN DOMÉSTICO trazando un círculo a su alrededor en letras doradas.

Hoy Frank está en el mostrador de la entrada. Él y Chuck se alternan en las tareas de despacho y burocracia. Lo veo al teléfono detrás de la mampara acrílica, con el ceño fruncido, y me saluda con la cabeza cuando cruzo la puerta que lleva a Operaciones.

El resto del edificio consta de dos celdas de arresto preventivo al fondo, una sala de pruebas, un almacén, una sala de uso general y el despacho de Jack.

Hay otros cuatro ayudantes del *sheriff*, aparte de mí. Dos de ellos se llaman Chad. Chad *el Perforado* tiene cuatro agujeros en la oreja, aunque no se le permite llevar pendientes al trabajo, además de un *piercing* en el pezón y otro en la lengua que a Jack se le han pasado por alto. Siempre lleva los zapatos relucientes, la ropa bien planchada, el

nudo de la corbata perfecto, los pantalones con raya. Vive con su madre.

Chad *el Preñado* siempre tiene pinta de haber pasado la noche en un armario. Suele estar inclinado con sus ojos de búho sobre una taza de café hirviendo, como si intentara alisar las arrugas de su cara con vapor. Vive con su mujer embarazada y los tres hijos que ya tienen, con edades que van de uno a cinco años.

Tripp Doverspike es un hombretón corpulento, vocinglero, que cría patos y tiene una novia bonita.

El compañero que falta es Todd Stiffy, a quien las burlas que suscitaba su apellido¹ le empujaron a un trabajo en el que hubiera que ir armado.

Ninguno de ellos se enroló en la oficina del *sheriff* porque quisiera combatir el crimen o hacer del mundo un lugar mejor y más seguro. Tampoco es que lo hicieran porque quisieran intimidar a la gente o convertirse en un símbolo de la autoridad, con placa y pistola. Todos somos muy conscientes de que eso no significa gran cosa por aquí. Los habitantes de la zona suelen ir mejor armados que nosotros, y además la mayoría tienen mejor puntería.

Todos son tipos decentes, pero se convirtieron en ayudantes del *sheriff* sencillamente porque necesitaban un empleo, y es un puesto con buenas prestaciones y un buen plan de jubilación. Por no mencionar que incluye un coche o una camioneta con motor V 8 y sirena.

Yo acabé siendo ayudante del *sheriff* porque mi única razón para volver a casa era enfrentarme con un exconvicto violento. Después pensaba marcharme. A Jack se le ocurrió ofrecerme el puesto cuando nos encontramos en el State Store el verano pasado, y días después pensé que ser un agente de la ley y el orden no me iría mal el día en que me encontrara con Reese cara a cara. Por desgracia no me detuve a considerar que significaría también velar por la ley y el orden. El lado bueno es que mi camioneta me gusta de verdad.

Chad *el Perforado* está al teléfono en su escritorio. Me saluda con un gesto cuando me ve. A Chad *el Preñado* y Doverspike les toca patrullar esta semana. No sé dónde está Stiffy.

Nuestros escritorios son los únicos espacios del edificio donde se nos permite expresar cierta individualidad. Flotan en medio de una uniformidad estéril pequeñas islas de distinción en las que los objetos desperdigados sobre ellos y las fotografías pegadas con celo revelan las complejidades del hombre que hay detrás de cada ayudante. A Stiffy le tira el deporte. A Chad *el Perforado* le entusiasman los coches. A Doverspike le gustan los patos y tiene una novia bonita. En mi escritorio no hay nada, salvo un calendario.

Jack está en su despacho, un cubículo impersonal que llama la atención por las pocas cosas que tiene al cabo de tantos años. Lo nombraron *sheriff* cuando yo era niño, poco después de la explosión en Gertie, cuando los habitantes del pueblo no prestaban mucha atención a nada, más allá de la mera supervivencia.

Su máximo rival fue un policía de carrera, un antiguo comisario de Centresburg, que centró su campaña en los argumentos tradicionales para combatir el crimen, en una zona con pocos crímenes pero muchas muertes. Jack Townsend era un empresario que se

había abierto camino con el sudor de su frente, que gastaba pródigamente el dinero entre quienes lo rodeaban y organizaba un sinfín de actos en los que no faltaban buenos barriles de cerveza y abundantes parrilladas de carne, donde la gente pudiera pasar un buen rato y ahuyentar a los fantasmas.

Sus oponentes insistían en que Jack no sabía nada sobre la defensa de la ley y el orden, pero los que lo apoyaban señalaron que la oficina del *sheriff* de un pueblo pequeño, donde las responsabilidades eran limitadas, no podía ser más difícil que levantar de la nada un concesionario de coches que iba viento en popa.

Centresburg contaba con una jefatura propia y había un cuartel de la policía estatal, donde se manejaban la mayor parte de las investigaciones y las cuestiones de seguridad de la zona. Nuestro cometido consiste básicamente en el traslado de presos, ayudar al juez de instrucción y mantener el orden en las zonas rurales no incorporadas al municipio.

Y, mientras que un ayudante del *sheriff* debe completar una instrucción específica, alcanzar ciertas calificaciones y cumplir con las credenciales que se exigen a nivel local, un *sheriff* no tiene que cumplir ningún requisito. A él lo eligen por mayoría.

A Jack le ha ido bien. Nadie ha mantenido tanto tiempo el cargo en este condado. Nadie es capaz de hacerle sombra en unas elecciones. Hace una década que nadie le disputa el puesto. La gente lo tiene por un tipo brusco pero no insensible, estricto pero justo, un cabrón duro de pelar que te avisa de que va a quitarte la tontería a hostias antes de hacerlo. A menudo escoge el camino fácil y enarbola la bandera de la moral, pero, como en el caso de tantos tipos que hacen lo mismo, nunca he logrado saber si realmente es un hombre de principios.

Está leyendo el suplemento dominical *Parade* y no levanta la vista cuando entro, pero sé que me ha visto porque me pregunta:

—¿Dónde están tus pantalones?

Echo un vistazo a mis vaqueros manchados de barro.

—En un armario, en casa de mi hermana —le contesto.

—¿Cómo está tu hermana?

—Bien.

—¿Cómo está tu madre?

—Más cerca de tu edad.

Dobla ruidosamente el periódico.

—La próxima vez que te ponga la vista encima, quiero ver tu culo metido en los pantalones del uniforme, donde debe estar.

—La verdad es que no entiendo qué aporta eso a mi trabajo.

—Quiero tu culo metido en esos pantalones.

Me siento en una silla resbaladiza, que encajaría mejor en una cafetería de poca monta, y estiro las piernas. Me duele la rodilla. Necesito un trago, u otra pastilla, o ambas cosas.

—¿Trabajabas ayer? —me pregunta Jack.

—No, que yo sepa.

—Entonces, ¿quieres decirme por qué atendiste una llamada?

—¿Porque estaba en el barrio?

Levanta la vista. Tiene el pelo plateado, con un brillo metálico y lustroso, peinado a la perfección, y unos insondables ojos castaño oscuro. Ha conservado una figura esbelta todos estos años, lo que no deja de ser asombroso conociendo la dieta de *roastbeef*, puré de patatas y salsa con la que su difunta esposa lo alimentaba, y sumándole el hecho de que se pasa la mayor parte del tiempo sentado detrás de un escritorio. Siempre viste el uniforme completo, incluida la hebilla del cinturón en forma de dovela y el alfiler de la corbata a juego. Nunca sale de la oficina sin el sombrero puesto.

Vuelve a bajar la mirada al pasar la página y me hace la misma pregunta que ya me ha hecho una docena de veces desde que he vuelto.

—¿Cuándo crees que se va a jubilar Paterno?

—Creo que está esperando a que Dios se retire primero.

Pasa otra página. Hace demasiado calor en el despacho y huele ligeramente al queso *cheddar* ahumado que a Jack le gusta untarse en los *crackers*.

—Entonces, ¿atendiste la llamada?

—Sí, me pasé por allí.

—Voy a dar por hecho que ayer tuviste una buena excusa para no redactar el informe y que pensabas hacerlo hoy. También voy a dar por hecho que no requisaste ningún arma, porque la última vez que te enmerdaste con eso te suspendí el sueldo una semana, y la próxima vez será un mes.

Por fin deja el periódico, lo aparta a un lado de la mesa y me dedica toda su atención. En el despacho de Jack no hay ventanas. Verlo ahí delante sin poder esquivar su mirada penetrante, me hace sentir como un sapo en una caja de zapatos al que el gran ojo de un niño somete con omnipotencia por el agujero de la tapa.

—No me importa qué coño pasa en la casa de un hombre —continúa—. Sin declaraciones, sin denuncias, sin informes, sin arrestos, no hay delito. ¿Sabes cómo se llama cuando le quitas a un hombre un arma en su casa en esas circunstancias?

—¿Prevención?

—Robo.

Me muevo incómodo en la silla. Volví a entrar en la casa de Jess mientras él seguía afuera inconsciente y cogí las demás armas de fuego, entre ellas un revólver que encontré en un estante del ropero del dormitorio.

—No quiero que nuestro departamento se vea mezclado en un pleito tocacojones.

Saca otra sección del periódico y empieza a hojearla.

—Dios —suspira—. Echo de menos los viejos tiempos, cuando los hombres arreglaban sus diferencias a hostias y las mujeres poniéndose verdes por la espalda, en lugar de contratar a un abogado a la primera de cambio. Es de cobardes.

Me echa una ojeada rápida.

—Quiero un informe hoy mismo —me dice.

Treinta años lleva metido en este despacho. Podría poner al menos una planta o una fotografía de sus nietos. En las paredes cuelgan galardones y placas, pero ni una sola

imagen de Jack aceptando uno de ellos. Tampoco hay indicios de su pasión por la pesca con mosca, la liga universitaria de fútbol de Penn State o su difunta esposa. Es como si solo pudiera cumplir con su trabajo si se aparta de sí mismo.

—Perfecto —contesto.

—Una cosa más —dice—. Sabes que mañana ponen en libertad a Reese Raynor.

Mañana: la inmediatez de la palabra debería llenarme de ansiedad o de temor, pero no siento ni una cosa ni la otra.

Me pregunto qué se le pasará a Reese por la cabeza en su último día de cautiverio. Probablemente lo mismo que el primero. Lo mismo que se le pasa a un perro por la cabeza desde que lo encadenan a una caseta hasta el momento en que finalmente cae muerto: ¿cuándo me van a dar de comer?

—Le he dicho a todo el mundo que mantengan los ojos abiertos y que agucen el oído. Pero quiero que tú te quedes el resto de la semana en tu escritorio, a menos que yo te dé instrucciones directas de que hagas otra cosa.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Porque ayer acudí a esa llamada a pesar de que no estaba de servicio?

Aparta un poco su silla del escritorio y enlaza los dedos sobre la barriga.

—¿Recuerdas el juicio de Reese? No faltaste ni un solo día. Estabas recién salido del hospital, después de tu primera operación. Daba pena verte, caminando con muletas y unos hierros en la rodilla. Cualquiera se daba cuenta con solo mirarte de que te carcomía el dolor. Pero no faltaste ni un solo día. Nunca me contaste por qué.

Empieza a tamborilear con las yemas de los dedos.

—¿Quieres contármelo ahora?

Jess tampoco faltó ningún día. Fue el único de su familia que apareció. No sé si Jack se ha preguntado alguna vez por qué Jess estaba allí.

—No —contesto.

Jack acerca de nuevo la silla al escritorio y saca otra sección del periódico.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Que he de pasarme la semana atado a la mesa porque hace dieciocho años asistí al juicio de un tipo al que ponen en libertad mañana?

—Llevas un tiempo un poco ausente. No sé cómo explicarlo. Distráído, tal vez. Pensando demasiado por tu cuenta.

—Caramba, lo siento. Procuraré pensar menos.

—Lo de pensar déjalo de mi cuenta. Quiero que hagas algo antes de ponerte con el papeleo. ¿Conoces a Ronny Hewitt?

—Sí. Jugábamos juntos al fútbol.

—¿Te acuerdas de dónde vivía, a las afueras, cerca de la mina?

—Sí.

—Aún vive allí. Él y su mujer se construyeron una casa al lado de la de sus padres. Quiero que vayas. Por lo visto la mesa de jardín de Andy Lineweaver fue arrastrada por la corriente en la última crecida del arroyo. Creyó que ya no la vería más, pero la semana pasada la reconoció en el jardín de Ronny. Ronny dice que ahora es suya. Esta mañana Andy esperó a que Ronny se fuera a trabajar y entonces se presentó con su camioneta

para llevársela. Pero resulta que Ronny se había olvidado la billetera, así que volvió a buscarla. Se liaron a hostias. La cosa se está poniendo tan fea que la mujer de Ronny acaba de llamarnos. Al parecer es una mesa acojonante. Andy la compró el año pasado.

Lo miro fijamente.

—¿Me tomas el pelo?

—No quiero mandar a Chad ni a Stiffy. Separando en una pelea, a veces uno se ensucia —abre la nueva sección del periódico, la sacude en el aire antes de plancharla sobre el escritorio, y se pone a leer—. No quiero que se manchen los pantalones del uniforme.

Las carreteras que llevan a Coal Run son empinadas, serpenteantes, ruinosas, no tienen arcén y están llenas de los baches que hicieron los camiones que transportaban el carbón hace una generación, demasiado pesados para transitarlas, y que siguen sin arreglar una generación después porque ya nadie va por allí. Dejo atrás varios grupos de casas, caravanas aisladas, graneros sin puertas ni ventanas, un mayorista de cerveza y una gasolinera con un único surtidor, antes de adentrarme con la camioneta por un pasadizo arbolado de varios kilómetros de largo, donde la tenue luz del día que se filtra sobre el asfalto por las ramas desnudas hace que el aire cobre un aspecto acuoso y gris.

Resurjo de pronto en un paraje solitario, donde las montañas describen ondas violáceas hasta donde se pierde la vista. Rodeado por ese vacío me siento en suspenso, flotando, como si me meciera en mitad de un océano de tierra, hasta que empiezan a aparecer los puntos de referencia de Coal Run: un campo de fútbol abandonado lleno de los agujeros que escarban los topes, el colegio donde hice la primaria, con las ventanas entabladas, un autocine donde los postes con altavoces oxidados siguen aún alerta entre las hierbas, como una secta suicida a la espera de las instrucciones de la pantalla blanca a la que se le cae la piel a tiras.

Evito la carretera que pasa por mi antiguo barrio y enfilo directamente hacia la casa de los Hewitt.

Es un rancho pequeño muy bonito, pintado en el tono granate tradicional de los graneros con algunos listones blancos que lo atraviesan. Un poco más allá se ve la casa antigua de la familia, como un pariente orgulloso que luce los mismos colores, solo que es el doble de grande y empieza a acusar el paso de los años.

Dejo el coche en punto muerto hasta que se para a unos cinco metros del cuidado jardín de Ronny, donde un tipo, que supongo que es Andy Lineweaver, lo sujeta contra el suelo mientras lo aporrea con un brazo que parece accionado por pistones.

Junto a ellos está la mujer de Ronny, gritando, llorando, con un teléfono móvil en la mano. Doy un portazo al salir del coche, y el alivio se refleja en su cara al verme.

—¡Gracias a Dios que has venido! —grita, corriendo hacia mí a trompicones.

Sigo mirando a los hombres. Me da la impresión de que Ronny no se mueve demasiado.

—¡Eh! —les grito—. ¡Eh!

Corro hacia ellos. Distingo la mesa en el jardín trasero, inclinada, mitad dentro y mitad fuera del maletero de una *pick-up*. Es bonita, desde luego.

—He dicho ¡eh!

Agarro a Lineweaver del cuello de la camisa y lo aparto de un tirón. Su brazo sigue accionado. Me da tantos codazos en las costillas que empiezo a mosquearme. Le retuerzo los brazos hacia atrás y lo clavo de rodillas en el suelo. Intenta mordirme el tobillo. Le encajo la rodilla buena en la parte baja de la espalda y, sujetándole las muñecas con una mano, lo acogoto con el antebrazo hasta que finalmente deja de golpear.

—¡Hijo de puta! —masculla.

—Es una mesa de jardín —le explico, apretando los dientes.

La mujer corre hasta Ronny, tendido en el suelo. Su pecho sube y baja con la respiración, oigo sus gemidos.

—¡La mesa es mía! —grita Lineweaver—. ¡Me la robó!

La mujer de Ronny levanta la vista.

—¡No la robó! —chilla—. ¡La traje la riada hasta nuestro jardín!

—¡Pues ahora sí la está robando! ¡Hijo de puta!

Lineweaver forcejea, tratando de liberarse. Consigo mantenerlo a raya, dejando caer todo mi peso sobre él.

Ronny se incorpora a duras penas, hasta quedar sentado en el suelo. Su mujer le limpia la sangre de la cara con una punta del faldón de la camisa. Ronny se abraza el estómago, gimiendo. Empieza a toser. Observo por si escupe sangre. Lineweaver da una sacudida. Le retuerzo los brazos con más fuerza.

—¿Vas a comportarte o tengo que ponerte las esposas?

—¡Que te jodan! —contesta.

Le estiro de los brazos hasta que se le levanta el pecho del suelo.

—No te he oído.

—¡He dicho que sí! —grita.

—¿Sí a qué?

—A lo que tú digas.

—Era una pregunta en la que había que elegir. Presta atención.

—¡Suéltame los brazos, joder! —aúlla.

Lo dejo caer. Se queda tendido en el suelo, profiriendo insultos.

Me pongo de pie muy despacio, atento al aullido interno de lo que queda de la articulación de mi rodilla. Los ojos me escuecen con el sudor, no del esfuerzo sino de dolor.

—¿Estás bien? —le pregunto a Ronny.

Me mira pestañeando, con una cara que parece hecha de masilla morada. Balbucea algo. Al principio me cuesta entenderle, porque murmura a través de los labios

hinchados, cubiertos de saliva y sangre.

—Si alguien es propietario de un pedazo de tierra, registrada legalmente en los tribunales y demás —dice—, todo lo que hay en ella es también de su propiedad, hasta que muera o lo legue a sus hijos a perpetuidad, sin importar cómo ha llegado ahí.

Lineweaver lleva los brazos hacia delante y lentamente se levanta del suelo.

—¿De qué demonios está hablando? —me pregunta.

—Creo que está citando la Carta Magna —le contesto.

—Entonces, según tú, aunque robes algo es tuyo —le dice a Ronny.

—La policía puede venir y quitártelo si saben que lo robaste, pero si te sales con la tuya al robarlo, es tuyo y nadie puede recuperarlo.

Lineweaver da un paso hacia Ronny.

—Eres un mierda —dice.

—Además, yo no robé esa mesa. Vino a parar aquí —Ronny se vuelve hacia mí—. ¿No crees que eso es lo que se llama un caso fortuito, Ivan?

—Si no lo es, no sé cómo llamarlo.

—Así que es mía —le dice a Lineweaver con descaro.

Me descubro sonriéndole. Ronny no era precisamente el tipo más listo que conocía. Admiro cómo trata de llevar la lógica a su terreno, por la misma razón que siempre admiraba a las chicas feas que participaban en los concursos de belleza a los que iba Jolene. Siempre había un número asombroso de chicas sin la más remota oportunidad de ganar, pero que se presentaban igualmente, con los dientes embadurnados de vaselina y los pechos levantados con cinta aislante para lucir un poderoso escote, dando lo mejor de sí mismas. Aunque ellas no lo supiesen, eran puro relleno, servían para cubrir los gastos del concurso y el reinado de la ganadora con los seiscientos dólares que desembolsaban para inscribirse, por los que tenían que suplicar, pedir préstamos o hacer sacrificios. Los organizadores de esos concursos las llamaban «carnaza». Las otras chicas las llamaban cosas peores. Jolene, por ejemplo, las llamaba «hormigas obreras».

—Exacto —digo.

—¿Qué pasa, eres un puto retrasado o qué? —me ruge Lineweaver—. Es mi mesa. Todo el mundo sabe que es mía. Hasta él lo sabe. Me la quedo y punto.

—¿La mesa es suya? —les pregunto a Ronny y su mujer.

—Pero... —empieza a decir Ronny.

—¿La mesa es suya? —repito.

—No puede demostrarlo —salta la mujer.

—Todo el mundo sabe que es mía —dice Lineweaver, tajante.

—A menos que tengas algún documento legal que demuestre que la mesa es tuya —le digo—, no me queda más remedio que apoyarme en mi conocimiento de los estatutos de propiedad y los entresijos de las ordenanzas estatales y legales para llegar a un veredicto justo.

Todos me miran como si fuese a sacar la última bola de la lotería.

—¿Cuál es? —gruñe Lineweaver.

—Quien encuentra algo se lo queda.

Ronny sonr e y su mujer da un aullido triunfal. No me fijo en Lineweaver, as  que no veo venir el pu o.

Me da de lleno en el ojo. En otro momento de la vida mi primer impulso hubiera sido devolverle el pu etazo. Ahora, en cambio, me conformo con saber que el golpe ha tenido que hacerle tanto da o en la mano como a m  en la cara, mientras veo estallar un mill n de chiribitas, antes de tambalearme hacia atr s y caer sentado.

La mujer de Ronny corre hasta m .

  No vas a arrestarlo?  me pregunta.

Pienso en el papeleo. Agresi n a un agente del orden, para colmo. No me apetece lidiar con esas cosas. Por lo menos Jack se alegrar  de saber que han solventado el problema como en los viejos tiempos, en lugar de a base de denuncias.

  No creo  le digo.

La camioneta arranca a toda velocidad. La mesa se desploma de la caja del veh culo contra el suelo y queda ladeada.

La mujer me ayuda a ponerme de pie. Ronny se las ha arreglado para incorporarse tambi n. Se palpa las costillas, pero sonr e cuando me acerco.

  Este es Ivan  le dice a su mujer  . Ivan Z. Le conoces.

  Bueno, en persona, no  se vuelve hacia m  . Estudi  en Punxsy el mismo a o que vosotros dos, as  que vi c mo nos hac ais papilla unas cuantas veces.

  Joder, Punxsy  Ronny suelta un escupitajo sanguinolento en el suelo  . Con mandar a Ivan y Jess Raynor bastaba para daros una paliza.

  Anda, s  bueno  le pide ella. Luego me dice  : Pura curiosidad,   por qu  has dejado que nos quedemos la mesa? En realidad es de Andy.

  No me cae bien.

   Lo conoces?

  Acabo de hacerlo.   Quieres ir al hospital?  le pregunto a Ronny.

  No, estoy bien  me dice. Despu s de echar un vistazo a mi cara, pregunta  :   Y t ?

Siento un dolor punzante alrededor del ojo, pero de momento me ayuda a olvidarme de la resaca, que me ayuda a olvidarme de la pierna. Echo la cabeza atr s, cierro los ojos y empiezo a aislar mentalmente las lesiones de mi cuerpo, como hac a despu s de un partido, y entonces salto de una a otra como si fueran teclas, intentando componer una armon a tolerable con los tonos individuales del dolor. Rodilla. Cabeza. Ojo. Do, re, mi. Ojo, rodilla, rodilla. Rodilla, ojo, cabeza. Fa, sol, si. Cabeza, ojo, rodilla, rodilla.

Ronny y yo estamos pensando lo mismo: Deets nos habr a dicho que nos levant ramos y volvi ramos al partido sin abrir la boca.

  Yo tambi n estoy bien  le digo.

   Quieres entrar en casa?  me pregunta su mujer  .   Podemos ofrecerte alguna cosa?   Caf ?   Algo de desayunar?   Una aspirina?

  No, no te preocupes. M s vale que vaya tirando.

Al llegar a mi camioneta, me fijo en una *pick-up* parada a un lado de la carretera, con el motor en marcha. No es la de Lineweaver, sino una Chevrolet antigua, de las que ten an el techo de la cabina de un color diferente al del cuerpo. El techo es blanco, y el

resto del vehículo azul cielo, con un par de parches de óxido.

El tipo al volante tiene un brazo colgando de la ventanilla, y entre los dedos sale una voluta de humo gris. Es Val. Aprieto el paso hasta prácticamente echar a correr. La rodilla me está matando, pero me da igual.

–Así es como te ganas la vida –me dice cuando llego hasta él.

–En los días buenos –le digo.

Echo una ojeada al interior de su camioneta. Tiene un pack de seis latas de RedDog, un cartón de cigarrillos, una bolsa de plástico azul de Wal-Mart llena de productos Chef Boyardee y un puñado de piruletas rojas desperdigadas en el asiento del copiloto.

–No es lo que había planeado para el futuro –le digo de repente–. Acabar de ayudante del *sheriff*, me refiero. Antes jugaba al fútbol. Bueno, eso ya lo sabes. No era un jugador cualquiera. Era bueno. Más que bueno, de hecho. Era una promesa del deporte. Fui capitán de ataque en Penn State tres años seguidos. Ganamos un título nacional mi primer año. Ganamos la Sugar Bowl el segundo. Me ficharon los Bears. Los Bears de Chicago. En los tiempos en que entrenaba Ditka. Jim McMahon, Walter Payton, Mike Singletary. Estaban todos. No llegué a jugar con ellos porque me lesioné. No conocí a nadie, salvo a Ditka. Me mandó una carta cuando estaba en el hospital. Joe Paterno vino a visitarme un par de veces. Me trajo un poco de helado. Melocotón Paterno. Ese es el sabor que pusieron en su honor en la heladería. Riquísimo. También le pusieron mi nombre a un helado. Rompeplacajes Ivan Z. Ya no lo hacen, –mi voz se apaga.

Val se termina el cigarrillo y lanza la colilla al suelo.

–Tendrás que acortarlo si quieres poner todo eso en tu epitafio –me aconseja.

Arranca y, una vez más, dejo que se vaya sin preguntarle dónde se aloja. Me quedo ahí plantado como un pasmarote, mirando la placa de bronce de Gertie colgada de su retrovisor. La tiene desde aquel día; a él también se la dieron, aunque no murió en la explosión.

Esta vez decido ir tras él. Voy por la carretera principal hasta Centresburg y, al no ver a Val por ningún lado, se me ocurre pasar por nuestro antiguo barrio. Si realmente es la primera vez que vuelve por aquí en treinta y tres años, por fuerza irá a echar un vistazo por allí. Espero que se haya enterado de los incendios en la mina y no piense encontrar ningún pueblo en pie.

Todas las casas han desaparecido. En su lugar solo quedan los cimientos agrietados y las pilas de escombros de las chimeneas. Las aceras que llevaban hasta las puertas de las casas están rotas y torcidas. Buzones herrumbrosos agujereados a balazos cuelgan de postes de madera astillados. No crece césped, y las malas hierbas que aún brotan han adquirido un inexplicable color macilento, como de moco.

Muchas mujeres plantaban las flores en sus jardines dentro de neumáticos viejos pintados de blanco. Todavía se ven algunos, junto con otros vestigios de la identidad de cada familia: esqueletos de columpios, rollos de tela metálica, casetas para perros, bicicletas con las ruedas pinchadas, un banco de jardín carcomido.

Vigilándolo todo, un pequeño ejército de figuras ornamentales de jardín, apostadas al

azar, con la pintura desconchada, desvaída. Desde lejos, sus caras agrietadas parecen de verdad. Cervatillos y conejos congelados. Perros, vírgenes y elfos. Sus cuerpos sangran barro y hierbas, como víctimas de un perverso crimen de la naturaleza.

Mi favorita es una estatuilla de san José que hay bajo una antigua bañera con patas serrada por la mitad. Se ha conservado mejor que el resto. La bañera ha sido un escudo eficaz contra la lluvia, el viento y los francotiradores a la caza de neumáticos. Hay metralla de porcelana blanca desparramada por el jardín, pero nunca han tocado al santo. La paloma blanca que en otros tiempos se posaba en su mano no tuvo tanta suerte. Desapareció, pero el dedo del santo sigue levantado, como si dijera: «Eh, espérame».

Aminoró la marcha y aparco la camioneta delante de lo que fue nuestra antigua casa, donde nunca llegó a construirse el garaje para la camioneta que Val nunca acabó de arreglar del todo. Las bocas negras, vacías, silenciosas de los hornos de coque siguen ensartadas en la ladera distante, como una herida suturada.

Fue en el patio trasero de nuestra casa donde se detectó el problema por primera vez. Era mayo, se acercaba el final de mi último año en el instituto. Yo estaba desayunando cualquier cosa. Mi madre seguía arriba, vistiéndose para ir al trabajo, y Jolene había salido a dar de comer al conejito blanco que tenía de mascota.

Cuando volvió dentro vi una expresión extraña en su cara. No de preocupación o miedo en estado puro, sino un poco de ambos mezclados con perplejidad. El corral había desaparecido, me dijo. El suelo estaba arrancado como si hubieran levantado la tierra con una excavadora en línea recta, dejando un reguero de raíces rotas y pedruscos del tamaño de su cabeza. Pero lo más extraño de todo era el calor que había alrededor de la hondonada, que parecía proceder del interior de la tierra.

La seguí afuera de mala gana. Jolene no era mentirosa, pero tenía un don para obviar lo evidente. Si decía que el corral no estaba, yo la creía, pero sabía que habría una explicación lógica. Quizá alguno de los miembros más ambiciosos de su legión de admiradores lerdos, vestidos siempre con petos grasientos, hubiera arrancado la jaula de cuajo con el tractor de su padre, con la idea de sustituirlo por uno nuevo, pintado de rosa, que se había pasado el curso entero construyendo en las clases de taller.

Enseguida vi que el corral había desaparecido y que el suelo estaba destripado. Seguí confiando en mi teoría del tractor hasta que una vaharada de aire caliente me golpeó la cara, como si se hubiera abierto un horno justo delante de mí.

Debería de haber dudado, o haber ido a buscar ayuda, pero me quedé extasiado ante la horrible posibilidad que sospechaba cierta. Para entonces, casi quince años después de la explosión en Gertie, todo el mundo en el pueblo sabía que vivíamos encima de una mina incendiada. Era una consecuencia predecible tras una explosión de semejante magnitud. Secciones aisladas de la capa de carbón habían seguido ardiendo mucho después de que la bola de fuego arrasara los túneles, y el calor y los gases alcanzaran la capa superior del suelo.

Al principio las plantas y los árboles se marchitaron y murieron en parcelas dispersas. En el aire siempre flotaba un extraño olor a quemado que nadie acertaba a identificar. La gente sufría constantes dolores de cabeza y náuseas, aunque no se sospechaba que

fueran más que los síntomas del recurrente virus de la gripe.

A pesar de esos indicios de alarma, la gente no se preocupó demasiado. Solía haber incendios subterráneos en las regiones mineras, y todo el mundo sabía que extinguirlos era prácticamente imposible.

Una nube de vapor se iba extendiendo poco a poco sobre el pedazo de suelo donde estaba la jaula del conejo, hasta que cubrió una gran superficie. Me agaché a ver algo que sobresalía entre los terrones destripados de césped, y al apartar la tierra me di cuenta de que era una esquina de la jaula.

Empecé a escarbar con más ahínco y llamé a Jolene, cuando de pronto el suelo se abrió y me vi cayendo de cabeza en un abismo del que subían ráfagas de calor y un viento tórrido que me aullaba en los oídos. Me agarré a las matas de césped del jardín, pero la tierra se deshacía entre mis manos. Abajo, las llamas ondeaban en una negrura tan infinita que no sabía si estaban cerca o lejos, y tampoco podía precisar su magnitud. Empecé a resbalar.

Cuando abrí la boca para pedir auxilio, una ráfaga de aire incandescente me abrasó la garganta y los pulmones, dejándome sin respiración. Jolene me agarró de las manos y logró ayudarme a salir.

En apenas una fracción de segundo se me chamuscaron las cejas y las suelas de mis zapatillas de deporte se derritieron, adhiriéndose a las plantas de mis pies. El dolor físico no fue nada comparado con el miedo que se apoderó de mí. Estaba seguro de haber visto el camino hasta el centro de la tierra. Quizá las puertas del mismo infierno.

Al final de aquel día, una motocicleta, un precioso rododendro, un poste de tender la ropa y una pila para los pájaros habían desaparecido en los jardines de otras casas. Nadie sabía qué hacer, la confusión era aún más fuerte que el temor. Sin embargo, esa misma noche todo cambió, cuando nos despertó un estruendo en la calle. Salimos afuera en pijama y con estupor, mudos, vimos la Harley de un vecino consumida por llamaradas naranjas mientras el suelo la engullía poco a poco. El tanque del gas había explotado. Nadie pudo decir por qué.

La mujer del dueño volvió adentro y llamó al *sheriff* Jack.

En los días sucesivos, el pueblo se llenó de científicos e ingenieros enviados por el Departamento de Recursos Ambientales, el Departamento de Ingeniería Minera de Penn State, el sindicato minero, y la Oficina Estatal de Seguridad Minera. Aparecieron también algunos reporteros y unos pocos portavoces de diversos organismos. El funcionario de Seguridad Minera y Administración Sanitaria llevaba los zapatos negros más relucientes que había visto nunca. Ningún representante de la J&P hizo acto de presencia.

El agujero de nuestro jardín resultó tener más de mil doscientos metros de profundidad y una temperatura de 370 grados. Se encontraron niveles tóxicos de monóxido de carbono y anhídrido sulfuroso en el aire y el agua potable.

El dictamen definitivo fue anunciado en un consejo municipal, en la sala polivalente del colegio de primaria, por un tipo de la Secretaría de Protección Ambiental del estado: todo el subsuelo bajo Coal Run ardía.

Alrededor del vertedero se levantó una valla con alambre de espino y una señal de

advertencia. El gobierno pagó las viviendas de los afectados y concedió seis meses para que se realojaran antes de demoler el barrio. La mayoría de la gente se contentó con el dinero.

Mi madre encontró una casa en Centresburg. Jolene y yo procuramos convencerla de que seguramente era mejor así. Estaría mucho más cerca de su trabajo y tendría a mano todos los servicios de un pueblo grande.

Ella quiso actuar como si no le importara demasiado. A veces casi llegué a creerla.

Val no está aquí, evidentemente. Pruebo en el solar de al lado, lleno de basura y trastos viejos.

Al ver una *pick-up* aparcada me hago ilusiones, hasta que me doy cuenta de que no es la de Val. Es una Dodge Ram, del mismo año y color que la de Jess y Bobbie. Cuando aparco delante, me fijo en el faro hundido y la rejilla del radiador rayada.

Desde allí arriba veo la pendiente de la ladera. Jess está abajo con su hijo Danny, junto a los restos oxidados de un lavaplatos Kenmore rodeado de butacas abatibles y sofás, lavadoras, montones de neumáticos y tapacubos, cientos de botellas de cerveza y puertas de nevera herrumbrosas. Toda la chatarra está cosida a balazos, incluso el amenazador cartel rojo y amarillo de no pasar. Los chicos de por aquí disparan a cualquier cosa y, si no echa a correr, a menudo aciertan.

Esta vez me bajo de la camioneta. Me golpea el olor a azufre, un olor como si se encendieran a la vez cien fósforos, mezclado con una docena de huevos podridos. Cierro la puerta del coche tapándome la nariz y con un escozor en los ojos. Aunque el portazo resuena en medio del silencio, ninguno de los dos se vuelve hacia mí. Oigo la voz de Jess flotando sobre el siseo de la tierra hirviente, pero no alcanzo a distinguir sus palabras.

Habla solo él, agitando una mano en el aire mientras con la otra se agarra a un palo grande apoyado en el suelo, como si acabara de clavar una bandera en una tierra desconocida.

¿Qué hace aquí a solas con Danny?, es lo primero que me pregunto. ¿Qué clase de madre deja ir a su hijo con el hombre que ayer lo golpeó, aunque ese hombre sea su padre? Por un momento me enfado más con ella que con Jess.

—Eh, Jess. ¿Qué hacéis aquí? —le digo desde lejos.

Se vuelve y me mira entrecerrando los ojos por debajo de la visera de su gorra de la J&P, antes de darme la espalda. También lleva la cazadora de su antigua empresa, con el apellido raynor estampado en grandes letras amarillas, además de unos vaqueros y un par de botas negras de trabajo Wolverine con cordones amarillos.

Cada vez que mueve los pies, del suelo salen pequeñas nubes de vaho blanco que reptan por sus piernas. En días lluviosos como hoy, el suelo caliente evapora la humedad.

Jess le hace a su hijo un comentario sobre el lavaplatos, dando unas palmadas orgullosas en el costado del trasto, con el afecto espontáneo de los obreros por los electrodomésticos esenciales que siguen siendo útiles mucho después de que venza la garantía.

—No deberías estar ahí —intento de nuevo—. Es peligroso.

—Solo allí hay peligro —señala más abajo.

Lentamente empiezo a bajar con cautela la pendiente resbaladiza por el barro, maniobrando entre neumáticos, botellas de cerveza y bolsas de basura hechas trizas. Al final resbalo, pero consigo mantener el equilibrio haciendo girar los brazos como un molinillo.

—¿Has visto eso? —me pregunta Jess cuando llego a su lado.

Señala un punto a lo lejos. Sigo la dirección de su brazo, pero no veo nada salvo el bosque muerto que rodea el basurero. Hace mucho que los árboles perdieron la corteza áspera que los recubría, y los troncos desnudos se han curtido y alisado a fuerza de años de exposición a la intemperie, hasta adquirir un lustre mate, plateado. Algunos se han desprendido del suelo pobre y yacen caídos; sus raíces carbonizadas parecen espirales de alambre de espino.

—¿Qué se supone que he de ver?

—Ayer había una secadora Maytag amarilla ahí abajo. Hoy ya no está. Se la ha tragado el suelo. Ahora mismo quizá esté a un montón de metros por debajo de nosotros.

—¿Y de verdad te parece prudente que Danny ande por ahí?

—Mierda —dice con un bufido—. ¿No estaba aquí a mi lado hace dos segundos? Ese chico tiene algo de cabra montés —dice, y luego grita—: ¡Sal de ahí ahora mismo, Danny!

El niño está trepando a una nevera volcada. La parte inferior está medio hundida en el suelo. Cuesta creer que sea el mismo crío al que ayer mismo vi inconsciente, sangrando en el suelo de la cocina de su casa.

Jess apoya el palo en el lavaplatos y rebusca en el bolsillo de su chaqueta hasta sacar un paquete de Skoal. Me ofrece un poco, pero paso. Se mete una hebra en el labio inferior.

—Aquí puedes encontrar cualquier mierda que se te ocurra. La gente tira puertas y ventanas enteras. Trozos de tejado. Revestimiento para las paredes. Aislante. Otras veces he encontrado madera cojonuda. Por eso estoy aquí.

Habla sin que le pregunte nada.

—Bobbie tuvo un pequeño accidente en casa el otro día, y petó la puerta del garaje. Ya lo viste.

—¿Fue cosa de Bobbie?

Baja la mirada y la voz.

—Sí, bueno. Fue culpa mía. Los frenos de la camioneta están fatal. Hace tiempo que pensaba arreglarlos. Ahora Bobbie quiere que arregle la puerta del garaje. Reese va a venir a casa cuando salga, y aunque a Bobbie le cae de pena, quiere que la casa esté bonita. ¿Tú entiendes eso?

Danny se planta jadeando delante de nosotros. Lleva un cubo viejo de plástico naranja en forma de calabaza, de esos que usan los niños en Halloween para cargar los caramelos. Tiene la nariz amoratada, y la hinchazón hace que sus ojos parezcan pequeños. En las cuencas se ven unas sombras oscuras como cuchilladas.

Aun así, no parece que le duela y se le ve rebosante de energía. Tampoco parece amedrentado ante su padre, ni siquiera molesto.

Observo cómo mira Jess a su hijo y trato de imaginar qué es lo que siente. Busco la

culpa en su cara, pero no encuentro ni rastro. Veo una especie de afecto rudo y un poco de preocupación por la herida del niño, pero nada que me haga pensar que sea él quien la causó.

Quiero preguntarle sin rodeos si lo hizo, y cómo fue capaz. Danny le enseña el cubo a su padre.

—¿Me lo puedo quedar? —pregunta.

—¿Para qué lo quieres?

—Para meter cosas.

Jess lo coge y lo revisa.

—Vale.

Se lo devuelve.

—¿Has saludado al ayudante del *sheriff* Zoschenko?

El niño me mira con recelo, luego mira de reojo a su padre, que asiente con la cabeza dándole su aprobación.

—Hola —dice el niño, y sale pitando.

—Bueno, parece que hoy ya se encuentra bien —digo.

—Sí —Jess se lleva la mano a la parte posterior de la cabeza y se toca el punto donde le golpeé con el tablón—. Creo que él está mejor que yo.

—Siento lo que pasó.

—No, no lo sientes.

—Sí que lo siento.

—No, no lo sientes.

—Bueno, ¿qué querías que hiciera? ¿Dejar que le pegaras un tiro a alguien?

—No iba a pegarle ningún tiro a nadie. Iba a disparar a los neumáticos del coche, para que Bobbie no pudiera irse.

—Ya, tu cuñado intentó lo mismo con tu madre ayer y por poco le vuela la cabeza. ¿Te has enterado?

Asiente con un gesto.

—¿Qué os pasa a los de vuestra familia? ¿Es que no podéis dejar que la gente se vaya y llamarlos luego al lugar donde estén para seguir hablando?

—No sabía lo que pasaba. Pensé que Bobbie se marchaba.

—¿Que se marchaba?

—Sí, que se marchaba.

—¿Te refieres a marcharse de verdad?

—Sí, que se marchaba.

—¿Qué pasa, tenéis problemas?

—Me parece que eso no es asunto tuyo.

Aparta la vista y mira hacia el otro lado del valle, a lo que queda de Gertie. El complejo está a varios kilómetros de distancia, pero desde aquí se ve perfectamente. El silo del carbón, el cobertizo de las locomotoras, los apartaderos de las vías, los edificios de operaciones y los talleres de reparación, las sólidas paredes de acero corrugado de la tolva y la estructura exterior del pozo, con sus poleas gigantescas y cables oxidados

unidos a la jaula que bajaba a los hombres, como si fueran rocas, a mil quinientos metros de profundidad y los descargaba en los negros túneles: todo permanece eternamente inmóvil y silencioso, como una aldea bombardeada.

—¿Y qué hay de Danny? —le pregunto—. Sabías que se había hecho daño y tenía que ir al hospital. Viste al doctor Ed. ¿Por qué no pensaste que era solo eso?

Baja la vista al suelo y se mira los pies. Unas ligeras volutas de neblina blanca se enroscan fugazmente en las botas recias y negras antes de disiparse.

—¿Sabías que Danny se había hecho daño? —insisto.

—Ya me había ido cuando pasó —responde.

—¿Cuándo pasó qué?

—Cuando se golpeó con la pared —dice despacio, observándome atentamente.

—¿Seguro que no estabas?

Vuelve la cabeza y escupe por encima del hombro.

—Me parece que si hubiera estado allí lo sabría.

—Ibas bastante borracho.

—No estaba.

—Bobbie dijo que sí —le miento.

—No lo dijo —me replica, aunque no parece del todo convencido—. ¿Qué tratas de sonsacarme? —me pregunta, con rabia creciente.

—Hay algo que quieres decirme; dilo.

Los dos miramos a Danny. Está sentado en lo alto de un montículo de neumáticos hechos jirones.

—Me gustaría ayudar en algo, si está en mi mano. Eso es todo.

—¿Ayudar? —Jess escupe de nuevo, esta vez cerca de mi bota—. ¿Quién dice que necesito ayuda?

—Solo digo que ya sé lo que es. Nada más.

—¿Y qué sabes lo que es?

—Que tu vida no sea. —busco la manera menos ofensiva de expresarlo— tan estupenda como habías imaginado.

Me dedica una mirada inquisitiva con algo parecido a una sonrisa en los labios, y por un momento creo que se va a echar a reír. No llega tan lejos, pero da una tregua al resentimiento. Vuelve la vista hacia Gertie.

—Han pasado catorce meses desde que me echaron de Lorelei —dice espontáneamente—. Fui uno de los primeros. Aunque llevaba un montón de años trabajando allí, había muchos tipos mucho mayores que yo. El día en que me enteré estaba haciendo el turno de noche. Entonces no supe por qué, pero cuando terminé de trabajar decidí no ducharme en los vestuarios, y me fui directo a casa con todo el equipo. Todo. Incluso el cinturón y el casco. Hasta las rodilleras. Tenía los brazos agarrotados, y me dolía la espalda, y el polvo que siempre se metía por el cuello de la camisa parecía vidrio molido carcomiéndome la piel. Aún temblaba de frío y sudaba por el esfuerzo.

»Así que me presenté en casa todavía con la ropa de trabajo, y lo que hice fue sentarme en una silla del jardín justo cuando el sol empezaba a asomar tras las montañas.

Oí que se abría la puerta de mosquitera, y al mirar vi a Danny observándome. Bobbie había salido con él, y le tendió una taza de café para que me la trajera. Se llevó un dedo a los labios para advertirle que no me incordiará, y cuando vi que hacía eso. No sé, no puedo explicarlo. Sentí una especie de felicidad por tener una mujer que me respetaba y que le estaba enseñando a mi hijo a respetarme también. Y de pronto me di cuenta de por qué me había dejado el equipo puesto y no me había duchado en el trabajo: temía no volver a sentir lo mismo de nuevo. Y cansado y sucio como estaba, dolorido, temblando y sudando a la vez, era una manera de saber que estaba vivo.

»Reese se perdió todo eso. Nunca quiso meterse en las minas. Era igual que tú.

—¿Qué? —salto automáticamente.

No estaba preparado para que Reese entrara en esa descripción particular, ni para que me compararan con él.

—Mi padre y Reese siempre estaban enzarzados, discutiendo por las minas. Yo no entendía a Reese, pero tampoco le odiaba por pensar como pensaba. Mi padre era otra cosa: se lo tomaba como una afrenta personal. Le odiaba. Llegó a decírselo.

—Yo no me parezco en nada a Reese —insisto.

—En muchos sentidos no, pero en ese aspecto concreto os parecéis.

—Dejó a su mujer en coma de una paliza —le recuerdo.

—Sí, ya lo sé. Y en eso no sois iguales. Aunque también es verdad que nunca has tenido una mujer, ¿verdad? Así que tampoco puedes estar seguro.

Deja de hablar el tiempo suficiente para llamar otra vez a Danny. Veo que el cubo naranja brillante con forma de calabaza asoma entre la chatarra.

—Nunca creí que Reese fuera a casarse, y me parece que él tampoco. Pero si vas follando a diestro y siniestro, siempre cabe la posibilidad de que dejes a una chica embarazada, y eso fue lo que pasó, así que hizo lo correcto y se casó con ella.

Guardo silencio.

—Lo que se me escapa es por qué follaba con él. No eran precisamente compatibles, y tampoco es que Reese derrochara encanto con las chicas. Sé que no es lo más bonito que se puede decir de un hermano, pero qué demonios, soy quien mejor lo conoce. Somos gemelos. Compartí útero con ese tipo.

Cuando se calla, un manto de silencio cae inmediatamente sobre todas las cosas. Los trinos de los pájaros, los chasquidos y los zumbidos de los insectos, los correteos de los roedores, el rumor distante de la maquinaria, el motor de un coche acercándose a lo lejos, el ladrido de un perro: los sonidos comunes, que en otros tiempos me parecían parte del silencio, aquí ya no existen. En su ausencia, he descubierto que el verdadero silencio es cualquier cosa menos apacible.

—La cuestión es que no tienes ningún derecho a volver aquí después de todos estos años y decirme que mi vida no ha resultado ser tan estupenda como prometía, cuando tú ni siquiera sabes lo que es la buena vida —me dice, escudriñando la chatarra en busca de Danny—. Eres tú el que está jodido porque tu vida no ha sido como querías que fuera. Y ha sido por tu culpa.

—Me rompí la pierna.

—Al diablo con tu pierna. No estoy hablando del fútbol. Estoy hablando de ti. Podrías haber hecho cualquier cosa que hubieras querido. Huiste.

Llama a Danny otra vez.

—Eres un cobarde de la peor calaña —dice al recoger su palo y alejarse de mí—. Eres de los que se temen a sí mismos.

Sube la pendiente con una coordinación y una velocidad que hoy en día me parecen inalcanzables. Le observo mientras se va, seguido de su hijo.

Echo un último vistazo a Gertie antes de marcharme. Es el lugar donde murió mi padre y el lugar donde murió mi carrera. Debería sentir odio con solo mirarla, pero no puedo.

A pesar de que mi madre y mi padre tenían la esperanza de que fuera a la universidad y no trabajara en las minas, a pesar de mi claustrofobia infantil al pensar en los túneles interminables y oscuros, yo esperaba vivir y morir unido a Gertie. Mi compromiso con ella era como los votos matrimoniales de un hombre a una mujer a la que no ama de verdad pero sabe que será una buena esposa.

La noche en que me destrocé la pierna estaba completamente borracho. Me puse a dar vueltas por el complejo abandonado empuñando la botella de whisky, con la mirada perdida en los huecos irregulares de los equipos en las paredes, el entramado de correas transportadoras, el colosal casco de la tolva veteado por la herrumbre. Sentí la fuerza que aún residía en la maquinaria muda, olvidada. Me sentí insignificante, como un bocado de carne sin masticar a la espera de ser digerido por las tripas de una bestia metálica herida.

Así quería sentirme. Había hecho algo imperdonable, algo que no podría repararse jamás, y, peor aún, había sido tan insensible y estaba tan absorto en mí mismo que no fui consciente del daño causado hasta que dos vidas se destruyeron.

Dentro de uno de los edificios me senté en el suelo y bebí hasta perder el conocimiento. Cuando me desperté todavía era de noche. La luz de la luna caía desde un agujero del techo sobre el centro del hangar, como un foco inútil.

Primero pensé en mi padre. No en mi padre muerto, ni en el que conocí brevemente antes de que muriera, sino en el padre al que nunca llegué a conocer. El padre que hubiera conocido ahora.

Cuando mi padre murió me puse triste, porque lo quería. Aportaba seguridad y estabilidad a mi vida y hacía feliz a mi madre; pero yo era un crío. Lo conocí muy pocos años, y solo hasta donde alcanzaban la mirada y la percepción de un niño.

Con el paso del tiempo lo añoré mucho más que los primeros días, semanas, e incluso años que siguieron a su muerte. A menudo me sentía desorientado y echaba de menos su papel de guía. No podía evitar preguntarme siempre: si mi padre siguiera vivo, ¿me habría convertido en una persona distinta, una persona mejor? ¿Habría elegido otras alternativas? ¿Alternativas mejores? ¿Quizá una joven madre no sufriría un coma profundo en una cama de hospital? ¿Y su hijo no se habría quedado huérfano?

Estoy convencido de que aquella noche fui a Gertie en busca de mi padre y los demás mineros. No esperaba que aparecieran fantasmas para darme consejos o advertencias. Iba en busca de una explicación que justificara la suerte de aquellos hombres, y que de algún modo justificara también la mía.

Mucho antes de que Gertie se convirtiera en el escenario de tanta muerte, había sido una fuente de vida para todos nosotros. Era lo más próximo a Dios que yo tenía.

El correteo de un animal me hizo levantar la vista, y una lluvia de copos de óxido y hollín me cayó en la cara. Alcancé a ver el movimiento de un hocico diminuto y un par de ojitos negros y brillantes como cuentas mirándome desde lo alto un instante; enseguida desaparecieron, y me quedé con la vista clavada en los dientes de un engranaje suspendido sobre la cornisa, tambaleándose justo encima de mí.

Mucha gente me ha dicho que tuve suerte. Podría haberme aplastado el cráneo o el tórax, en lugar de la pierna. Podría haberme cercenado la arteria femoral, y me habría desangrado mucho antes de conseguir llegar a la carretera y encontrar ayuda.

Mucha otra gente me ha dicho que soy el capullo más desgraciado sobre la faz de la tierra por haber sufrido un accidente tan raro, que arruinó una carrera prometedora y la fama y la riqueza que habría traído consigo.

Siempre creí a esos últimos, aunque lo de la fama y el dinero nunca me importó demasiado. El fútbol era lo que se me daba mejor. Era lo que se suponía que yo sabía hacer y cuando ya no pude hacerlo me perdí.

Yo no hui de casa. No sé si alguna vez conseguiré que Jess, o Jolene, o cualquiera, lo entiendan. Aquella noche fui arrojado a la oscuridad y desde entonces nunca he dejado de buscar el camino de vuelta.

La puerta de la casa de Jolene se abre con estrépito, y Eb sale como una exhalación vestido con su disfraz de pirata del último Halloween, con garfio de plástico, parche en el ojo y el sombrero con la calavera incluidos. También lleva una corbata roja con rayas amarillas y verdes.

Harrison aparece tras él con las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros anchos y demasiado grandes.

Eb abre de un tirón la puerta del copiloto y sube de un salto. Se acomoda en el asiento de mi camioneta después de toquetear algunos botones de la radio y echar un vistazo a la pantalla del ordenador TuffNet donde le he enseñado a comprobar las matrículas de los coches. Se quita el sombrero, se lo pone sobre las rodillas y sonríe al ver el adhesivo donde se lee mo-nta— m—E—. Su pelo rubio se ha oscurecido con el sudor, y la piel bajo las pecas que le salpican las mejillas y la nariz está sonrosada por el esfuerzo.

Frunce toda la cara, como si ciñera el cordón de una bolsa de lona, y me pregunta:

—¿Cómo está la abuela Zo?

—Bueno, está bien. Lo mejor que puede estar.

—Quieres decir que está muerta.

—Bueno, sí. Supongo que tú y tu madre lo habéis hablado. Ya sabes que eso no tiene remedio, ¿verdad?

—¿Lo comprobaste en el funeral?

—Sí. Pero ¿sabes qué? La abuela Zo parecía en paz. Sé que ahora está en el cielo. Está donde quiere estar.

—Con Liberace.

—Exacto.

Se queda en silencio con un dedo en la boca, moviéndose un diente medio suelto.

—Vale —dice.

—Y qué, ¿os divertisteis ayer? —pregunto para cambiar de tema—. Josh hizo de canguro, ¿no?

Su tristeza se desvanece en cuanto da comienzo a una de esas historias tuyas que

suelta de carrerilla, sin respirar siquiera.

—Josh hizo llorar a Harrison porque le dijo que todos somos *pastardos* porque mamá no está casada con nuestros padres. Dijo que ser un *pastardo* es malo y a la gente no le caes bien y se ríen de ti. Entonces hizo llorar a Harrison porque dijo que al menos nosotros sabemos quiénes son nuestros padres, pero Harrison no. Así que él es el más *pastardo* de todos. Un *pastardo* gigante.

Cuando ve que Harrison está junto a la camioneta, cierra la boca de golpe y me mira, como pidiéndome que mantenga en secreto nuestra conversación.

Harrison se apoya en la ventanilla abierta.

—Hola —me dice.

—Hola.

—Le he contado al tío Ivan que somos *pastardos* —exclama Eb, sin poder guardar el secreto por más tiempo.

Harrison me mira con el brillo incrédulo de un hermano mayor centelleando en sus ojos oscuros.

—No entiendo por qué te quedaste tan triste —añade Eb—. Tú sabes quién era tu padre. Se llamaba Uno.

—Eso no es un nombre, idiota.

—Vamos, sube —le digo—. Daremos una vuelta rápida, y os dejaré encender las luces y la sirena.

—Eso a mí no me emociona, tío Ivan —suspira Harrison.

—A mí sí —le digo.

—Y a mí —dice Eb.

Me observa la cara un momento y cruza una mirada de complicidad con Eb.

—¿Qué tal te ha ido el día?

Eb ahoga la risa.

Jolene ya les ha hablado de mi ojo morado. La única pega que le ve es que a los chicos les parezca una proeza que me haya peleado a puñetazos, así que accedí a que les contara que me lo ha hecho una mujer.

—Me ha ido bien —contesto—. He salvado una mesa de jardín. He comprado un montón de balones en Wal-Mart y los he firmado para donarlos a la subasta del hospital de esta noche. Y el resto del día lo he pasado en mi escritorio haciendo papeleo. ¿Qué tal vosotros?

—Estamos haciendo un proyecto alucinante en el colegio —salta Eb antes de que a Harrison le dé tiempo a coger aliento—. Necesito una lata. No tiene que ser grande como una lata de café, ni plana como una de atún. Tiene que ser una lata de sopa o una que sea igual, y tiene que estar limpia, y hay que quitarle la etiqueta y las tapas también. Si tenemos de más, también podemos llevarlas. Por si acaso. La señorita Finch dice que está bien, que podemos llevar muchas. ¿Tenemos latas de esas?

—Seguro que tu madre tiene —le digo.

—Pero no vacías. Han de ser vacías. Ayer cenamos pollo con patatas fritas de bolsa, y no había latas. Te lo perdiste. ¿Por qué no viniste a cenar con nosotros? Dijiste que

jugaríamos a la Wii antes de ir al colegio, cuando mamá no mirara.

Carraspeo. Harrison se vuelve a mirar la calle. Sabe que no tengo ninguna excusa que Eb pueda entender, ni tampoco él, ni siquiera yo mismo.

Me pasa como cuando intento justificar todos los años que me he perdido de sus vidas.

El día de mi regreso, Eb se vistió para la ocasión: llevaba pantalones azul marino, camisa blanca y una corbata de clip con estampado de dinosaurios.

Se acercó a mí solemnemente y me tendió su manita, con el aplomo de un empresario en miniatura a punto de venderme futuros de su negocio. «Hola, tío Ivan. Soy tu sobrino, Everett Craig. Nos vimos una vez, cuando yo era muy pequeño. Tenemos fotos.»

Al estrechar su mano con la mía, sentí una calma desconocida desde hacía años, la calma de no sentirme juzgado. A Everett Craig no le importaba qué o quién fuera yo entonces, ni qué o quién hubiera sido antes. Nunca me había visto jugar al fútbol. Nunca me había visto correr por un campo sorteando a los defensas con la gracilidad y el abandono de un ciervo que huye por una arboleda. No me había visto últimamente en alguno de mis días malos, cuando necesitaba diez minutos de sudor y lágrimas para sentarme en el váter. Nunca me había visto tomando chupitos de tequila en el Hooters de Tampa Bay hasta perder el conocimiento, aferrando en mi borrachera a una camarera asqueada que me prometía un buen polvo más tarde si la soltaba.

Eb se alegraba de conocerme por el mero hecho de que compartíamos a Jolene.

Mi hermana sale de casa y se detiene en mitad de la acera a buscar algo en el bolso.

—¿Has traído cajas? —me grita.

—Están en el maletero.

—Vale, chicos —los llama, acercándose al coche—. Volved adentro con vuestro hermano. Harrison, tú tienes deberes. Y Ebbie, no vas a ir a la subasta con Hannah y su madre disfrazado de pirata. Anda y cámbiate.

—¿Vas a ir a la subasta? —le pregunto a mi sobrino.

—Sí —dice, dándole a su carita radiante un aire meditabundo—. Me gusta ir a esa clase de actos.

De pie junto a la camioneta, Harrison suelta una risotada y menea la cabeza.

—Esta noche vendré a casa —le digo a Eb, convencido—. Y te daré una paliza en el juego que elijas.

Me dedica una media sonrisa de boxeador profesional, a la que le falta un diente de arriba y otro de abajo. Se levanta el parche para que le vea los dos ojos.

—Eso quisieras —me dice.

Se baja de la camioneta y se aleja corriendo, pero se para en seco y vuelve a la carrera. Rebusca dentro de su garfio de plástico y saca un sobrecito blanco cubierto de pegatinas. Fuera se lee «Tío Ivan» escrito con rotulador rojo.

Me lo da por la ventanilla.

—Esto es para ti —dice, y desliza el puño nuevamente dentro del muñón—. Puedes leerlo luego.

La casa de Zo es cuadrada, de ladrillo oscuro desgastado por el tiempo, con la carpintería blanca, muchas ventanas y un porche amplio en la entrada sostenido por cuatro columnas blancas.

Para tener cien años, está bastante bien conservada. Algunos de los tablones del suelo del porche empiezan a pudrirse. A los marcos de las ventanas de la planta baja no les vendría mal una capa de pintura. Habría que podar los setos. El techo de una de las habitaciones de arriba tiene goteras. Una de las bisagras de las puertas del sótano está corroída por la herrumbre. Hay que cambiar la alcachofa de la ducha. Eran tareas que me proponía hacer antes de que Zo muriera.

Entre el Remanso de Paz y sus otras iniciativas benéficas, sé que Zo prácticamente agotó su herencia antes de morir. Randy y Marcy pronto conocerán la noticia formalmente, en el despacho de un abogado: lo único que queda es la casa.

Supongo que Randy la venderá, junto con las ochenta hectáreas de monte y bosques intactos. No tiene ningún interés en volver aquí, y tampoco será capaz de resistirse al dinero. La J&P lleva tres generaciones detrás de su familia para comprar las tierras. Terreno de primera para la minería a tajo abierto.

Entro por la puerta de atrás y dejo en el suelo un montón de cajas vacías que cogí en Bi-Lo. Pegado a la cocina hay un cuartito donde Zo tenía un congelador extra, la lavadora y la secadora, el mueble de las escopetas de su marido, donde solo queda un rifle que usaba ella para mantener alejados a los mapaches de los cubos de la basura, y un viejo archivador metálico que contenía lo que ella llamaba con voz misteriosa «mis papeles».

Jolene está en mitad de la cocina con los brazos en jarras, haciendo un inventario mudo. Se ha recogido el pelo en una dorada coleta alta.

—Es una locura, Jolene —le digo desde lejos—. Nosotros solos no podemos trasladar todo lo que hay en esta casa.

—Tienes razón —dice—. Mejor nos vamos ya.

Abro uno de los cajones del archivador y lo cierro rápidamente. No quiero ni pensar en que he de poner orden en todo este lío. Yo y mis estúpidas promesas.

En la pared al lado del archivador hay una placa de madera donde se lee RERCUERDOS DESDE MIAMI escrito con diminutas conchas de plata. La descuelgo y le doy la vuelta. En el dorso hay una cinta adhesiva donde figura el nombre del cartero que le llevaba a Zo la correspondencia.

Desde que sufrió el último ataque al corazón, Zo se había obsesionado con prepararse para el inevitable final. Sabía que su hijo y su nuera no se interesarían por sus pertenencias personales, así que no se lo pensó dos veces para deshacerse de cualquiera de ellas. Acosada por pesadillas en las que el ajuar de su madre acababa en manos de un desconocido en una subasta, o su salsera favorita se vendía en el baratillo de Goodwill por veinticinco centavos, etiquetó todos los objetos de su casa con un trozo de cinta adhesiva y un nombre.

Cojo una de las tres gorras de la J&P que cuelgan de un perchero cerca de la puerta trasera.

–Dios –digo.

–¿Qué pasa? –grita Jolene.

–Ha etiquetado hasta los sombreros.

Jolene se acerca. Le da la vuelta a la placa y suspira al ver el nombre.

–Solo me voy a ocupar de las cosas personales –me dice–. Los platos, las cazuelas y las sartenes van para la iglesia. La ropa a Goodwill. Randy ha encontrado a alguien que se ocupará de los muebles. Creo que los va a subastar. ¿Crees que hago mal si me quedo con las latas de conserva?

Voy a la cocina y saco una cerveza de la nevera. Zo siempre tenía algunas para las visitas.

–Así que al final esto es lo que hay –comento entre trago y trago–. Te pasas la vida acumulando cosas. Luego te mueres y todo se tira.

–No se va a tirar. Se va a repartir entre otra gente.

–Que acabará tirándolo.

–No digas eso. La gente lo guardará, será una especie de tesoro para ellos. Y es una manera de reciclar –me observa con una mirada franca–. Lo que pasa es que tú no sientes ningún apego por estas cosas, porque no guardas nada –me dice–. Eres un hombre hecho y derecho que guarda todas sus pertenencias en una caja.

La sigo hasta la cocina. La caja a la que se refiere está en un armario de su casa, detrás de una cortina caleidoscópica compuesta por todos los trajes de noche que lució en los concursos de belleza, empezando por el de tafetán verde esmeralda con el que la nombraron princesa de la Feria de Laurel County, y acabando con el ceñido modelito de lentejuelas azul acero que llevaba cuando la coronaron temporalmente *miss* Pensilvania.

Aunque doné la mayoría de mis trofeos de fútbol al instituto, conservé algunas cosas; no para mí, sino con la única intención de que algún día acabaran en manos de mi hijo: un suéter de Penn State firmado por mis compañeros de equipo el año en que ganamos el título nacional, uno de los balones del partido que nos dio la victoria en la Sugar Bowl, una foto enmarcada y firmada de Bob Hope estrechándome la mano, y la carta que Mike Ditka me escribió cuando me rompí la pierna.

Fue un gesto bonito por parte de Ditka: solamente le había visto un par de veces y no me debía nada. La nota era breve, y no la que hubiera esperado. No decía nada de mi pierna. No hacía ningún paralelismo de nuestros antecedentes en la Pensilvania proletaria, o sobre nuestros padres obreros de origen ucraniano. Ni siquiera mencionaba el fútbol. Hablaba de los sentimientos, y de que las personas de buen corazón siempre alcanzan lo que se proponen, y de que las personas sin corazón quizá logren alcanzarlo también, pero nunca estarán invitadas a cenar en su casa.

Jolene se pone a despejar la encimera de la cocina, y va enseñándome las etiquetas de cinta adhesiva antes de meter los objetos en una caja vacía: un portacucharones de cerámica en forma de gallo para la mujer del pastor, un tarro de galletas Steeler para una familia con tres niños que vive al final de la calle, un rodillo de mármol para una chica recién casada de su iglesia, un abrelatas eléctrico para su cardiólogo.

–No sé qué me habrá dejado Zo –se pregunta en voz alta.

Por suerte Jolene reconoce todos los nombres. Zo lo sabía, y probablemente por eso le pidió que repartiera ella sus cosas. Me hizo prometer que la ayudaría, pero aun así nos llevará meses. Lo mejor sería que Jolene pusiera un anuncio en el periódico y otro en el tablón de anuncios de la iglesia a la que Zo acudía, avisando a todos sus conocidos de que se pasaran por la casa a recoger su recompensa.

Me paro delante de una de las vitrinas para la porcelana, llena de cualquier cosa menos porcelana. Tiene aún más quincalla que mi madre. Todo son obsequios de la gente que ha pasado por el Remanso de Paz, o de las mujeres de los mineros, o de las generaciones de chavales a los que dio clases de catequesis.

Los niños adoptaron la costumbre de regalarle angelitos cada año por Navidad, y debe de tener cientos de ellos, hechos a mano, con todos los materiales que quepa imaginar: cerámica, madera, plástico, plastilina, pan de oro, resina, mármol, papel maché, cera, porexpán, peltre, macarrones. Algunos son demasiado grandes para los compartimentos de la vitrina. Otros, tan pequeños como bombones envueltos en celofán; incluso los hay hechos con envoltorios de celofán. Salta a la vista que algunos son caros. Otros están fabricados con limpiapipas y purpurina de cincuenta centavos. Los hay que están volando, los hay arrodillados, los hay en mitad de un giro sobre cajitas de música. Sostienen arpas, regalos, cantorales y velas.

Abro la puerta de la vitrina y cojo un angelito con una túnica roja ondeante y alas enormes, que sopla una trompeta.

Ni siquiera me molesto en ver si lleva una cinta adhesiva. Jolene tardará meses solo en ocuparse de los ángeles.

Devuelvo la figurita a su lugar y cojo otra. Es una niña de porcelana, con la carita pintada con esmero y rizos castaños. Va vestida con una túnica de varias capas de tela dorada y rígida, y sostiene a un cervatillo entre los brazos.

Al darle la vuelta, me emociona tanto lo que veo que miro hacia el cielo y doy las gracias en silencio a Zo.

Dejo el ángel aparte, donde Jolene no lo vea.

En otra estantería está la fotografía enmarcada de un pequeño grupo de mineros, sentados o de pie, frente a las escaleras del antiguo almacén de la J&P, una instantánea que debió de hacerse hacia 1915. Si yo tuviera que elegir el bien máspreciado de Zo, sería esta foto.

Los hombres van sucios, camino de las duchas al terminar su turno, vestidos con la ropa de trabajo y los gorros rígidos con las lamparillas sobre la frente. Algunos llevan las fiambreras metálicas del almuerzo. Uno tiene una lámpara de Napa colgada del cinturón, una novedad en aquellos tiempos para medir los niveles de metano en el aire, para gran alivio de los canarios del mundo entero.

Entre los mineros, los almacenes de la empresa se conocían como «desplumadores», porque las cosas costaban un veinticinco por ciento más que en los almacenes de los pueblos vecinos, pero si un minero compraba sus suministros en otro sitio lo despedían y lo ponían en la lista negra. La paga ya era mísera de por sí y, además de alimentar y vestir a la familia, tenían que comprarse sus propias herramientas, la dinamita y el

carburo. Los desplumadores daban crédito, y los mineros acababan tan endeudados con la empresa que nunca podían abandonar las minas de carbón. Las deudas no prescribían a su muerte. Pasaban de los padres a sus hijos, y a los hijos de sus hijos.

El almacén que aparece en la fotografía de Zo es un galpón anodino, sin carteles. En la época en que lo construyeron, la mayoría de los mineros no sabía leer. Las empresas no ofrecían escuelas para los niños, pero en cambio eran rápidas a la hora de ofrecerles trabajo. Los chiquillos empezaban cribando el carbón o extrayéndolo de los pozos con túneles tan estrechos que solo cabía el cuerpo de un niño.

Un chaval de apenas diez años está sentado a los pies de los hombres, tan sucio como los mayores, con una sonrisa familiar. Es la sonrisa de Eb. El chiquillo es su bisabuelo, el padre de Zo.

Fue picador durante cinco años antes de meterse en los túneles. Su trabajo consistía en separar y limpiar el carbón. Se sentaba en una cornisa de madera, por la que pasaba un río negro del mineral en bruto, y seleccionaba el carbón desde el alba hasta el anochecer, apartando los detritos y desmenuzando con un pico los trozos grandes. En la imagen, sus manos parecen las garras de un cuervo.

Era un trabajo peligroso. Podía cercenarte una mano, aplastarte una pierna. Se conocían historias de chiquillos de muy corta edad en otras minas que, sentados con los pies colgando de la cornisa, se habían caído y se habían asfixiado con el carbón.

El padre de Zo ni siquiera perdió un dedo. Para él era un gran orgullo, Zo siempre lo decía. Eso, y el hecho de no haber vendido nunca sus ochenta hectáreas de tierra a la J&P.

Levanto la fotografía. No me hace falta mirar para saber que la reliquia familiar más preciada de Zo irá a manos de su único hijo. Sin embargo, cuando la bajo de la estantería veo un trozo de cinta adhesiva en la parte posterior del marco, y al darle la vuelta leo el nombre: Val Claypool.

Marcella's lleva abierto cosa de un año y, al igual que los pocos restaurantes de categoría de la zona, sirve comida italiana y carnes. Hay manteles de tela. La iluminación es tenue. Las cartas tienen un ribete dorado en la tapa. El barman sabe preparar un *manhattan*. La mayoría de los camareros pronuncian *gnocchi* correctamente.

Miro hacia la tienda de tabacos y obsequios que hay junto a la entrada del restaurante. Desde mi mesa alcanzo a ver las estanterías donde se exponen las figuritas y las cajas de música. El gallo de vidrio soplado sigue cerca de la ventana, irradiando destellos de colores.

Chastity observa el ángel a la luz de la vela, como haría un joyero con una gema. Comprueba el nombre escrito con la letra trémula de Zo en un pedacito de cinta adhesiva, bajo el faldón de la figurita: Chastity Morrison, se lee.

—Es una preciosidad —dice, dejándola junto a su plato de ternera *marsala*—. Qué detalle tuvo Zo al pensar en mí.

Levanta la copa de vino y da un trago largo y lento. Veo sus labios apresando el borde del cristal. El pelo recogido realza su cuello esbelto y la silueta de sus hombros bajo el suéter beis.

Me muero por ella, pero no me importa. Me ayuda a olvidarme de mi rodilla y mi ojo morado. Trato de componer una de mis armonías del dolor. Rodilla, ojo, ojo. Rodilla, pelotas, rodilla. La, si, la. Do, re, mi. Pelotas, pelotas, rodilla.

—Y muy amable por tu parte tomarte la molestia de dármelo esta noche —añade con una sonrisa de complicidad.

Me ha calado. He dado con ella a través del hospital. Esta noche le tocaba guardia y al final se ha perdido casi toda la subasta por una apendicectomía de urgencia. Ahora está cenando.

Cuando averigüé dónde estaba, me obcequé tanto con que tenía una excusa legítima para volver a verla, que no me detuve a pensar en que entregarle un recuerdo de una viejecita muerta quizá no le pareciera un motivo de peso para que me presentara en el restaurante.

—¿Quieres quedarte a cenar conmigo? Supuestamente había quedado con alguien, pero ya no creo que llegue —me dice.

¿Qué podría ser más importante que estar delante de esta mujer, viendo cómo se mete cosas en la boca?, me pregunto mientras tomo asiento.

—Y bien, ¿qué te ha pasado en la cara? —me pregunta.

—Ha sido en acto de servicio.

Las palabras salen antes de que pueda impedirlo.

Tiene la delicadeza de no hacer un comentario ocurrente. Vive en este pueblo. Sabe a qué clase de actos de servicio estamos acostumbrados por aquí.

—Un incidente relacionado con una mesa de jardín —añado.

Sonríe, asintiendo con la cabeza.

—He oído que esa clase de incidentes pueden ponerse muy feos.

No lleva alianza, y su novio le ha dado plantón. No puede estar comprometida.

—Resulta que tenemos muchos conocidos en común —comenta—. Es raro que no nos hayamos visto antes.

—Sí —es todo lo que se me ocurre contestar.

—Estaba Zo. Está el doctor Ed. Tu madre y tu hermana.

—¿Conoces a Jolene?

—De casualidad. La conocí a ella y a sus hijos hace un par de años, cuando Josh se dio un trompazo y lo trajeron a urgencias. Yo estaba de guardia. Los tres chicos son muy diferentes uno de otro.

—Son de padres distintos.

—¿No me digas? Pensé que Randy Craig era el padre de los tres, y que todos eran nietos de Zo.

—No, solo Eb. Josh nunca conoció a su padre.

—Vaya, lo siento. ¿Murió?

—No, era un marine.

Cuando aparece la camarera pido un Jack Daniel's.

Chastity come un bocado de ternera y apoya el tenedor en el plato.

—En realidad sí nos hemos visto antes.

Se lleva los dedos a la cadena de oro del cuello. Juguetea con ella y al cabo la deja caer sobre el tejido suave de su suéter.

Rodilla, pelotas, pelotas. Pelotas, ojo, pelotas. Pelotas, pelotas, pelotas.

—¿Ah, sí?

Asiente despacio.

—Tú no te acuerdas de mí, ¿verdad?

El nombre de Clearfield atraviesa mi cerebro como un relámpago. Me entra el pánico. Jugábamos en Clearfield todos los años. A veces salía de fiesta por Clearfield. Las chicas de Clearfield venían de fiesta aquí. ¿Había habido algo entre nosotros? ¿Me acosté con ella? ¿Le prometí que saldríamos algún día y luego me la quité de encima?

Levanta la copa de vino otra vez y se apoya en el respaldo de la silla, observándome, a la espera.

–Tengo mala memoria –trato de excusarme.

–Va, te ayudaré –me ofrece–. Septiembre de 1980. Instituto de Clearfield.

Mierda, digo para mis adentros. ¿Es posible que me lo haya hecho con ella? ¿Es posible que haya habido sexo entre nosotros y que no la recuerde?

Carraspeo. Es posible.

–El último partido de la temporada –continúa–. Vapuleasteis al Clearfield, cuarenta y cinco a seis. Tú hiciste tres *touchdowns*.

–Cierto –le digo–. Y después del partido, –dejo las palabras en suspenso, esperando a que ella termine la frase por mí.

No piensa ayudarme. Inclina la cabeza hacia un lado y me sonrío dulcemente.

–¿Sí? –dice–. ¿Después del partido...?

Recuerdo el partido. Yo estaba imparable. Nadie podía conmigo. Ese año fuimos campeones del distrito. Aquella noche nos pegamos un fiestón, pero fue al volver a Centresburg.

–Después del partido –dice, sonriendo de oreja a oreja–, cuando el autocar de vuestro equipo paró delante del McDonald's, varios coches y *pick-ups* se pararon detrás de vosotros y cuando bajasteis unos chavales os lanzaron huevos.

–Es verdad –le digo–. Ahora me acuerdo. Alguien me dio en la cabeza.

–¡Sí! –dice entusiasmada–. Fui yo.

Sin darme cuenta, yo también sonrío.

–¿En serio? Tenías muy buena puntería.

–Gracias –dice–. De niña me escabullía por la habitación del cuarto de mi hermano, me subía al tejado y me pasaba horas tirando piedras a la estatua del jinete que había en el jardín de mi vecino, intentando romper el farol que sostenía.

–Bueno, pues valió la pena –la felicito.

–Gracias –dice de nuevo.

–Entonces, ¿por qué fingiste que no me conocías o que no sabías nada de fútbol?

–Solo quería divertirme un poco.

–A mi costa. Otra vez.

–Sí, bueno.

–¿Tienes alguna otra diversión, aparte de abusar de mí?

–Me gusta bordar. Sobre todo el punto de cruz.

–Lanzamiento de piedras y bordado –digo meditabundo.

–Y soy cirujana –añade–. ¿Qué tienen esas cosas en común?

–Que se necesita buena puntería.

Me mira con una sonrisa radiante, feliz como una cría al abrir en Navidad el regalo que había pedido, y a la vez con toda la sensualidad repentina de una mujer inteligente al toparse con un hombre que dice algo que a ella le parece ocurrente y divertido.

–Y un buen juego de muñeca –añado.

Sigue deslumbrándome con su sonrisa, y sus pupilas oscuras se dilatan hasta que no hay más que un cerco de cobre a su alrededor, como si se tratara de eclipses solares gemelos.

Acerca la cara hacia mí y frunce los labios, como a punto de besarme o escupirme.

Pelotas, pelotas, pelotas. La, la, la. Pelotas, pelotas, pelotas.

—Es verdad —dice, y se apoya de nuevo en el respaldo de la silla—. ¿Seguro que no quieres comer algo? —me pregunta, empujando hacia mí su plato de *linguini* con almejas—. No voy a poder con todo.

Cojo el tenedor, que debía de estar destinado a su misteriosa cita ausente.

—¿Te importa explicarme cómo es posible que una chica criada en Clearfield se convierta en cirujana en Pittsburgh y luego acabe en Centresburg? —le pregunto antes de empezar a comer.

—¿Quieres la cruda y melodramática verdad, o quieres una respuesta cínica y sensata, como que la vivienda aquí es mucho más barata?

—Prefiero la melodramática verdad.

—Vale —se detiene a comer otro bocado de ternera, antes de enfrascarse en su historia—. Toda la vida había querido escapar. Me marché en cuanto cumplí los dieciocho. Fui a la universidad en la gran ciudad. Estudié en la Facultad de Medicina de Pittsburgh. Hice mi residencia en el Hospital Presbiteriano, y luego me incorporé a la plantilla. Me dejé la piel trabajando. Rara vez disponía de tiempo para la vida social, aunque ofertas no me faltaban.

»Y a pesar de que todo me iba rodado, no era feliz. Pero no sabía por qué. No era tan simple como decir que estaba agotada y estresada por el trabajo. Era infeliz de verdad.

»Una noche tuve una cita. El tipo con el que había quedado hablaba sin parar sobre no sé qué fondo de inversión o rollo financiero. Durante un momento ni siquiera conseguí recordar cómo se llamaba. Todos los hombres que había conocido desde que me fui de casa me parecían indistinguibles. Eran todos iguales, estaban siempre quejándose y gimoteando. Solo sabían hablar de dinero y de su carrera y de lo difícil que era todo en sus vidas, cuando en el fondo tenían una vida regalada.

»De pronto me di cuenta tenían cómo echaba de menos a los chicos de por aquí, y me impresionó mucho, porque cuando me marché una de mis peores pesadillas era acabar casada con uno de ellos, viviendo en un remolque con cinco críos.

Empieza a desmenuzar con los dedos un trozo de pan de ajo y va dejando los pedacitos en un pequeño montón a un lado del plato. Baja la voz hasta que no es más que un susurro ronco, y un torrente de palabras sale de su boca.

—Arremetí contra el hombre que tenía delante. Le dije: «¿Sabes hacer algo? Tienes un trabajo donde ganas un dineral por conseguir que una gran empresa gane todavía más dinero para un hatajo de hombres iguales que tú, pero ¿qué sabes hacer, aparte de eso? ¿Sabes hacer algo de verdad? ¿Puedes arreglar un carburador? ¿Pintar una casa? ¿Montar una tienda de campaña? ¿Plantar un árbol? ¿Ponerle una espita a un barril? ¿Cantar una canción? ¿Atrapar un pez? ¿Instalar un lavaplatos? ¿Trinchar un pavo? ¿Encender una hoguera? ¿Serías capaz incluso de arreglar mi váter?». »

Repasando rápidamente esa lista en mi cabeza, veo que me quedo corto.

—Esta es la parte melodramática. Pasé por ese momento de añoranza que me arrolló como un camión. De pronto echaba de menos todo, incluso las cosas que antes

detestaba. La paz y el silencio. Que no hubiera absolutamente nada que hacer un viernes por la noche. La gente que en otros tiempos me parecía más zafia y menos sofisticada que yo. La gente que tanto me frustraba y me disgustaba porque me decía: «¿Cómo os podéis conformar con esto?». En ese momento, en cambio, me di cuenta de que ahí estaba la clave. Se conformaban. Todas las personas que conocí mientras viví en la ciudad lo tenían todo y se sentían desgraciadas.

»Estuve atenta a posibles vacantes en algún hospital de un pueblo más pequeño. Cuando apareció esta, no la dejé pasar.

Las lunas pasan de largo y el eclipse de sus ojos acaba. Vuelven a ser de un tono castaño dorado, centelleante.

—Sé a lo que te refieres, con eso de conformarse en la vida —le digo—. Antes pensaba lo mismo de mi padre. Aunque murió cuando yo solo tenía cinco años, lo conocí lo suficiente para saber que se contentaba con la vida que llevaba, y que yo no quería llevar. No es que le encantara su trabajo en las minas, pero era lo que hacía.

»Y al mismo tiempo, no quería que yo me dedicara a lo mismo. Quería que fuera a la universidad y trabajara con la cabeza, no con las manos y el cuerpo, como hacía él. No le habría gustado que fuera jugador de fútbol, porque a sus ojos los atletas profesionales, aunque ganaban un montón de dinero, no eran distintos de los operarios de una fábrica, los mineros o los granjeros. Para él todos eran *sovok*.

—¿*Sovok*? —me pregunta.

—Hombres que hacen un trabajo físico —le explico—. Es una palabra rusa, que literalmente significa «eres una pala». Nunca despreció esa manera de ganarse la vida ni a los hombres que, como él, la elegían. Los respetaba mucho, pero no los veneraba como a los artistas, los inventores o los maestros. Decía que una espalda fuerte o unos pies veloces siempre se pueden sustituir. En cambio, las ideas originales proceden únicamente del individuo que las engendra.

—¿Así es como te ves tú? —pregunta Chastity—. ¿Crees que solo eres una espalda fuerte o unos pies veloces?

Procuro desterrar esa posibilidad con aire despreocupado, aunque me ronda siempre.

—De pies veloces nada, eso está más claro que el agua —le digo.

Me sostiene la mirada. Da la impresión de que quiere rebatir mi comentario, pero al final decide ir por otro lado.

—Mi padre era igual —dice—. Trabajaba para Cristales Brockway hasta que la empresa cerró, y nunca sintió la necesidad de hacer otra cosa. Pero yo tenía dos hermanos más mayores, y mi padre siempre les insistía en que fueran a la universidad y emprendieran alguna carrera profesional, que no fueran obreros. Resultó que yo fui la única que seguí su consejo.

—Así que fue tu padre quien te animó a ser médico.

—No, en realidad no. Nadie me animó, al menos intencionadamente. Más bien fue gracias a mis hermanos. Yo siempre quería estar a su altura y demostrarles que podía hacer cualquier cosa que ellos hicieran. Cuando cazaban a un ciervo y lo destripaban, iba con ellos y me obligaba a mirar, y con el tiempo acabé fascinada por las entrañas de los

animales. También los ayudaba a construir y arreglar cosas.

—En otras palabras, que tu gusto por las tripas y las tostadoras averiadas desembocara en tu deseo de ser cirujana fue una evolución natural —sugiero.

—Tal cual. Y además quería ayudar a la gente, pero sin tener que aguantarla. No habría podido ser médico de familia y que los pacientes vinieran a lloriquear a la consulta con sus problemas.

Al hablar arruga la nariz. Me dedico a estudiar cada uno de sus gestos, los pensamientos que verbaliza, las sombras y las luces de su cuerpo, los aromas que desprende, desde el rastro antiséptico del jabón de manos que usan en el hospital al perfume floral del champú, pasando por el tufillo a vino de su aliento al saludarme o por su exuberante olor a mujer, que es más una premonición que un olor, y me atrae y me empuja hacia delante con esperanza, como me pasa todas las mañanas, da igual dónde me despierte o la resaca que tenga.

—Solo querías dejarlos grogui y rajarlos con el bisturí —le digo.

—Exacto.

Le suena el móvil y lo saca del bolso.

—¿Me disculpas? —me dice—. Voy a cogerlo al vestíbulo. No soporto a la gente que se pone a hablar por teléfono en los restaurantes.

La sigo con la mirada. Hoy otra falda corta. Pelotas, pelotas, pelotas, pelotas, pelotas, pelotas.

Luego poso la vista en su copa de vino tinto, al lado del plato. Veo los labios marcados en el borde; un resto borroso y desvaído, en comparación con la mancha carnavalesca que Jolene deja a su paso.

Me llevo la copa a los labios, pero no para probar el vino: quiero saborearla a ella.

Antes de que vuelva me termino el *bourbon*. Absorto en el chusco del panecillo de ajo que sigue intacto, oigo una risotada en la zona del bar. Es Mike Muchmore, vestido con un jersey salmón, una gorra de pana L. L. Bean y pantalones de pinzas marrones, de los que cuelga un guantecito blanco de golf en el bolsillo de atrás. Apoya una mano en el hombro de un tipo, y sostiene en la otra un vaso de Dewar's con agua.

Cuando me ve reacciona como si yo fuera la última persona del mundo a la que esperara encontrar aquí, y probablemente sea cierto. Agacha la cabeza para decirles algo a los hombres junto a la barra, que se echan a reír. Él se ríe también. Pone varios billetes en la barra de un manotazo y viene hacia mí tendiéndome la mano desde lejos, con el brazo rígido, como si cogiera carrerilla para ensartarme.

—Ivan, me alegro de volver a verte.

Me levanto y le doy la mano. Enseguida la suelta, sin que medie un apretón. Val solía decir que los tipos así parece que te pidan la mano en lugar de estrechártela.

—Mike —le contesto.

Me mira de arriba abajo, empezando por mi ojo morado, mi camisa de ayudante del *sheriff* manchada de hierba, deteniéndose en mi placa y acabando en mis vaqueros y mis botas. Al final me estudia de nuevo el ojo.

—No está mal el moretón que llevas ahí. ¿Empezaste tú la pelea, o fue el otro?

—Fue en acto de servicio.

—¿En acto de servicio? Qué interesante. ¿Qué constituye para ti exactamente un «acto de servicio»? A cualquier hora del día o de la noche que me encuentre contigo, siempre vas de uniforme. O al menos con una parte del uniforme. Pero casi nunca te veo armado. ¿Significa eso que estás de servicio, fuera de servicio, o algo intermedio?

—No me gusta ir armado.

—¿Por qué? —se ríe.

—Por miedo a matar a alguien.

Se ríe con más ganas. Vuelvo a sentarme y me limpio la mano en los vaqueros.

—En esta época del año debe de entrarte el gusanillo, ¿no? —dice.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes. El gusanillo —cierra los puños y los mueve en el aire—. El gusanillo del fútbol.

—Ah, ese gusanillo. ¿Por qué tendría que entrarme ahora?

Se sienta en la silla de Chastity, y eso sí que me molesta.

—Empiezan los entrenamientos —dice despacio.

—Apenas estamos en marzo.

—Seguro que lo echas de menos —dice compadeciéndome—. ¿Qué es lo que más añoras? ¿Los fans? ¿La fama? ¿Las fiestas? ¿Las mujeres?

—Los calmantes sin receta médica.

Se echa a reír otra vez. Busco desesperadamente a mi camarera con la mirada. La veo al otro lado de la sala, llevando una bandeja de comida. Con un gesto le indico que quiero otra copa. Sonríe.

—¿Dónde está Chastity? —pregunta Muchmore apartando la silla y acomodándose de nuevo, mientras acuna el whisky en la entrepierna.

—¿Conoces a Chastity?

—¿Si la conozco? Voy a casarme con ella.

Al principio la información no queda registrada. El hecho que subyace tras sus palabras me resulta inconcebible.

Trato de recordar cosas terribles de verdad: la muerte de mi padre, mi propia destrucción, el destino de Crystal, los gulags de Stalin, las aldeas vietnamitas incendiadas por tipos como Val. Nada me parece tan horrible e injusto como la idea de que Muchmore haya conseguido a esta mujer.

—Nos encanta este sitio. Venimos mucho aquí. Cojo mis habanos en la tienda de obsequios y simplemente pido que los carguen a mi cuenta.

Se inclina hacia delante y clava el dedo índice en la mesa. Le he visto hacer el mismo gesto en los tribunales.

—Esta es mi mesa, por cierto —me informa.

La camarera se acerca con otro *bourbon*. Me tomo la mitad de un trago y le digo que voy a necesitar otro.

—De hecho, me alegro de encontrarte —dice Muchmore.

Sus labios se tensan en una sonrisa mansa. Tiene unos ojos azules desvaídos y una

boca perezosa, que parece bombear un ritmo con las palabras. Todas las expresiones de su cara resultan predecibles e inevitables, como una mancha que se extiende lentamente.

—Me ha consultado una familia para emprender acciones legales contra el doctor Ed. Esperaba que pudieras hablar con él y convencerle de que trate de dialogar con ellos. Razonablemente. Creo que podría evitarse el litigio con una simple disculpa por su parte.

No contesto. Me siento como si saliera de un coma.

—¿Disculparse de qué? —pregunto al fin.

—Fue a casa de esa pareja y le puso al niño la vacuna de la triple vírica.

—¡Qué puta mierda! —grito.

Muchmore da un respingo y se derrama un poco de whisky en los pantalones. Varios clientes y camareras se vuelven a mirarnos.

—Cómo odio estas cosas —exclamo—. El día menos pensado recetará antibióticos para las otitis.

—Ya conoces la situación, Ivan —dice Muchmore en tono conciliador—. A veces lo acompañas en esas excursiones tuyas. Sus métodos son ilegales.

—Tienes razón. Conozco la situación y el doctor Ed no hace nada malo. Los niños a los que vacuna algún día tendrán que ponerse esas vacunas para poder ir al colegio, lo manda la ley. Él simplemente se asegura de ponérselas a la edad que les corresponde. Algunos padres no llevan a sus hijos porque no tienen póliza de salud. Algunos otros simplemente por dejadez e ignorancia.

—Su mera presencia en la puerta de una casa es un acto de coacción.

—¿Has oído hablar alguna vez de las visitas a domicilio?

—¿Sin que nadie las solicite?

—Cualquier idiota puede llamar a tu puerta para intentar venderte revistas o hablarte de Jesucristo. ¿Por qué el doctor no va a intentar vacunar a tu hijo? No cobra por ello.

—Nadie lo supervisa.

—Es médico. Sabe cómo poner una inyección.

—Hay quien empieza a cuestionar sus facultades.

—Está protegiendo a los niños.

—Está violando la autoridad de los adultos.

—¿Qué familia es?

—No te lo puedo decir.

—¿Qué es lo que les ha hecho exactamente para que estén molestos?

Titubea antes de contármelo.

—El padre no le dejó entrar en casa, así que el doctor Ed fingió que se marchaba, aparcó más abajo el coche, rodeó la casa por el bosque y se coló por la puerta de atrás. Una vez dentro se las arregló para distraer al padre el tiempo necesario para vacunar al bebé.

—¿Cómo lo hizo?

Titubea de nuevo.

—Llevó una caja de cerveza y una cubeta de pollo frito.

Sonrío.

–No tiene gracia –me dice Muchmore.

–Tienes razón. No la tiene. ¿El doctor Ed puede poner una contrademanda? Ah, espera. Me olvidaba. Ser un puto imbécil no se considera delito.

–No, pero meterse en casa de alguien en contra de su voluntad e inyectarle a su hijo una sustancia química sin permiso sí es delito.

–Solo en un sentido legal.

Agita los cubitos de hielo del vaso. Cierro los ojos y escucho el tintineo. ¡La ha visto desnuda!, me chilla mi cerebro.

–Estoy de parte del doctor Ed –dice Muchmore.

–Joder, menos mal.

–Él mismo es su peor enemigo. Es rudo y avasallador. No tiene tacto ninguno, ni sabe cómo tratar a la gente. Supongo que no es culpa suya, dadas las circunstancias.

La ha tocado, desnuda.

–¿Qué circunstancias?

–Mira, soy el último que utilizaría los orígenes de una persona en su contra, pero afrontemos que la mitad de las prestaciones de la seguridad social del condado van a parar a algún pariente suyo.

Se ha dormido sintiendo la tibieza y la suavidad del cuerpo de esa mujer contra el suyo. Le ha besado la nuca mientras duerme. Ha escuchado su respiración. Tiene la suerte de ver el eclipse solar en sus ojos cada día. Él le ha tendido la mano, y ella ha acudido. Ha estado dentro de ella. Ha sentido cómo es por dentro.

Me pongo de pie.

–Vamos, Ivan. Tranquilo.

Se ríe con nerviosismo y busca con la mirada a testigos potenciales por si cometo el error de ponerle la mano encima.

–Lo único que digo es que puedes sacar al chico del campamento de remolques, pero no puedes sacar el campamento de remolques del chico.

–Ed se crio en una granja.

–Tú ya me entiendes.

Chastity vuelve. En silencio le ruego que no bese a Muchmore. También se lo ruego a Dios aunque no creo en él, y si hasta hoy existía la más remota posibilidad de que recuperara la fe, esta noche la ha tirado por la borda.

Chastity no lo besa. Muchmore la besa a ella, que no es lo mismo. Es un matiz importante. Los labios de ambos se han rozado. Lo he visto con mis propios ojos. No puedo negar que ha sucedido. Pero ha sido Muchmore quien ha tomado la iniciativa.

–¿Qué está pasando aquí? –pregunta ella, mirándonos sonriente.

Estoy demasiado perplejo para contestar. No puedo creer que la misma mujer con la que estaba hablando hace un momento tenga nada que ver con Muchmore.

–Nada –digo.

–Nada –dice él.

–¿Os conocéis?

–Claro –brama Muchmore, pasándole la mano por la cintura–. Todo el mundo conoce

a Ivan. Puso a Centresburg y Coal Run en el mapa. Hizo famoso este lugar. A día de hoy lo consideran aún uno de los mejores jugadores de la liga universitaria de todos los tiempos –dice–. Deberían de haberle dado el trofeo Heisman. Se lo robaron –le dice a Chastity en tono confidencial. Y luego me lo repite a mí–: Te lo robaron.

–Ya sé quién es –dice Chastity, ceñuda–. Yo me crie aquí, ¿te acuerdas? Me refería a si sois amigos.

Ninguno de los dos contesta.

La camarera vuelve con mi Jack Daniel's. Se lo quito de la mano y me lo tomo en dos tragos.

Miro el vaso vacío y lo dejo en la mesa.

–Felicidades por tu compromiso –le digo a Chastity.

–Ah –dice, un poco sorprendida–. Vaya, gracias.

–Tengo que ir tirando.

Me paro en la tienda de obsequios antes de salir. La chica del mostrador del tabaco me saluda amablemente. Solo alcanzo a contestarle con un gesto. Voy directo al gallo de vidrio.

Las luces de la tienda le arrancan destellos flamígeros. Lo cojo y paso el pulgar por las suaves plumas de vidrio de la cola multicolor. Cuesta cuarenta y cinco dólares. En la base se lee un nombre italiano en letra diminuta, redondeada.

Alzándolo hacia la luz, a través del escaparate veo a Chastity hablando con Mike. Por un momento parece preocupada. Me pregunto qué le está contando Muchmore. Su expresión se suaviza. Sonríe. Se arrima a él, y es ella quien le besa esta vez.

Voy a la caja registradora. Cojo varias cajas de puros dominicanos de primera calidad. Es lo más que puedo encontrar en Estados Unidos. Pienso en mi antiguo jefe, el señor Perez. Siempre decía que las dos cosas que más añoraba de Cuba eran los habanos y los cubanos. Además le pido a la dependienta que me envuelva el gallo para regalo y que lo cargue todo a la cuenta de Mike Muchmore.

¿Va a casarse con Muchmore? No me lo puedo creer. No pienso creérmelo. No es posible que quiera desperdiciar ni quince minutos con ese tipo, menos aún toda la vida. ¿Qué iba a ver en él? ¿Qué podrían hacer juntos? ¿Qué opiniones iban a compartir?

Solo hay una respuesta. El dinero. El dinero, y el poder, y el estatus. Ella es cirujana. Y claro, va a casarse con un puto abogado, cómo no. ¿Con quién si no iba a casarse? ¿Con un mecánico, para que le arregle el carburador? ¿Qué era toda esa patraña de los tipos que no saben hacer nada y de cómo añoraba a los chicos de aquí? Muchmore es el perfecto ejemplo del hombre que no sabe hacer ni una sola cosa útil. Todo patrañas. Cada palabra que sale por la boca de una mujer cuando habla de lo que quiere en un hombre es una patraña. Oh, quiero un hombre con sentido del humor. Oh, quiero un hombre que sepa plantar un árbol.

Nunca ves a una mujer guapa con un pobretón. Eso es un hecho. Vale, sí. Bobbie Raynor. Vale, muy de vez en cuando eligen a un tío que no gana fortunas. Vale. Mi madre también se casó con un minero. Vale, es otro ejemplo, aunque sea raro. El dinero y las cosas que puede comprar: eso es todo lo que quieren.

Chastity ha metido la pata hasta el fondo. No tiene ni idea de lo que quiere. No lo sabe. Él no puede hacerla feliz. Ella ni siquiera sabe lo que es ser feliz.

Y ni siquiera necesita el dinero de Muchmore. Es cirujana, por el amor de Dios, y vive en un pueblucho de mierda donde te puedes comprar una cerveza de barril por un dólar y medio la noche del dólar y medio en Brownie's. Seguro que incluso tiene ahorros. No necesita a Muchmore ni su BMW. Odio los putos BMW. Odio a Alemania por fabricarlos. Odio ese puto país.

Y yo ¿qué puedo hacer para gustarle? Mierda. No tengo dinero. No tengo ninguna manera de hacer dinero. ¿Con lo que gana un ayudante del *sheriff*? Seguramente el mecánico de Muchmore gana cinco veces más que yo. ¡Mierda! Aunque no mintiera. Aunque sea verdad que quiere un hombre que pueda hacer las malditas cosas de las que hablaba. Joder, si ni siquiera puedo arreglar un váter.

—Ivan.

—¿Sí?

Miro a Art, al otro lado de la barra.

—Estás hablando solo en voz alta —me dice.

Intento fijar la vista en él, pero se me desdibujan los contornos de su cuerpo.

—No es que a nadie le moleste —añade—, solo quería asegurarme de que lo supieras.

—Gracias.

Recorro con la vista la hilera de bebedores. No les molesta. Todos están pensando variaciones de lo mismo.

No alcanzo a imaginar lo maravilloso que tiene que ser encontrar a una mujer y estar hechos el uno para el otro. Como concepto parece sencillo, pero es el proceso más complejo del mundo.

No hablo de sentar la cabeza. No hablo de la gente que encuentra a alguien que cree que le importa. Son bastante compatibles. Rondan la misma edad. Salen un tiempo. ¿Qué demonios? Casémonos. Tengamos hijos. Es lo que se supone que tenemos que hacer. Seremos marido y mujer. Seguramente nos separemos dentro de diez años, porque vamos a acabar hartos y asqueados uno del otro, porque en el fondo nada nos une. No estamos juntos porque no podamos vivir el uno sin el otro. Estamos juntos porque no tenemos nada mejor que hacer y por miedo a estar solos.

Levanto la vista de nuevo. Art está en la otra punta de la barra. Nadie me mira. Estoy bastante seguro de que esta vez no he hablado en voz alta.

Quiero sentir lo que sintieron mis padres antes de que se lo arrebataran sin compasión. Estaban predestinados a encontrarse. Nadie hubiera podido imaginar o predecir cómo se entrelazarían sus vidas. Ni siquiera Dios. Sus almas de alguna manera se llamaron de un extremo a otro de un océano, y luego de un extremo a otro de un país, y finalmente de una mesa a otra durante una cena.

Antes de conocer a Rado Zoschenko, mi madre había oído hablar de él. Trabajaba en Gertie con su padre. Rado era extranjero, pero llevaba ya diez años en América, sacando carbón en las minas de Illinois. Hablaba inglés bastante bien, por lo que había dicho mi abuelo, y llevaba un tatuaje de lo más increíble.

Mi abuelo lo invitó a cenar a casa una noche. Rado era un tipo soltero que acababa de mudarse aquí y no tenía familia. El abuelo pensó que no le iría mal una cena casera. En su fiambarrera, Rado llevaba siempre para almorzar un pedazo de pan con una corteza correosa y una patata hervida fría. Nada más. Quitaba con meticulosidad hasta la última tira de piel de la patata antes de comérsela, y una vez que el abuelo le preguntó por qué lo hacía, mi padre contestó: «Los cuatro años que pasé en el campo solo comí pieles de patata».

El abuelo se moría de ganas de preguntarle más cosas sobre ese campo y sobre la clase de padres que consentían que su hijo pasara esas penurias, pero husmear en los orígenes de un hombre no era su estilo. En lugar de eso, invitó a Rado a casa para que lo hiciera su mujer.

Solo alcanzo a imaginar lo que mi madre, una adolescente que se había criado relativamente protegida y que nunca había viajado más allá de los treinta kilómetros que

los separaban de la zona de acampada de Crooked Creek donde la J&P celebraba el picnic anual de la empresa, pensó la primera vez que vio a aquel desconocido misterioso de pelo azabache venido de un país distinto, que le estrechó la mano y anunció, con la ceremonia del Viejo Mundo: «Es un placer conocerte».

La abuela estaba ya aleccionada, y durante la cena supo conducir la conversación hacia ese campo que Rado había mencionado. No podía ser tan malo, le había dicho poco antes a su marido con tono de reproche.

—¿No comíais perritos calientes ni coreabais canciones con los otros chicos? —le preguntó a mi padre.

Él sopesó su pregunta seriamente, sin hallar nada ofensivo ni divertido en ella.

—No, no teníamos esas cosas —dijo, después de tragar el bocado, dejar el tenedor en la mesa y limpiarse la boca con la servilleta, cruzando las manos sobre las piernas—. Supongo que lo peor eran las chinches. Nos picaban tanto que nos levantábamos por la mañana con los brazos sangrando de rascarnos tan fuerte por la noche.

Todo el mundo en la mesa dejó de masticar.

—O quizá no —se corrigió mi padre—. Lo peor debían de ser las radiaciones tóxicas, por supuesto. Es lo que acabó con la mayoría de nosotros. Era una muerte lenta. Empezaba con vómitos y jaquecas. Luego se te caían el pelo y las uñas.

»Muchos rusos se suicidaban. No tienen ningún problema con eso. Para ellos el suicidio es una forma de vida. Lo consideran algo romántico. En cambio, para los ucranianos no. Un ucraniano no se quitaría la vida por nada del mundo. Eso le corresponde a Dios. O a Stalin, supongo.

Mi abuela se tapó la boca con la mano, y el abuelo sujetó el tenedor antes de que se le cayera en el plato.

—¿Y llamas «campo» a un lugar así? —le preguntó a mi padre, mirándolo con asombro por encima del pastel de carne.

—Desde luego. Sí, era un campo. Un campo de trabajo —mi padre se debatió hasta encontrar la palabra exacta—. Un gulag.

—¿Te refieres a uno de los campos de concentración de Hitler? —preguntó el hermano pequeño de mi madre, Kenny.

—Sí., bueno, algo así —mi padre continuó debatiéndose con las palabras—. Éramos trabajadores, no prisioneros.

—Entonces, ¿podíais marcharos? —preguntó mi abuela.

—No, no podíamos. Es difícil de explicar. Era un prisionero, sí, pero también era *sovok*. Era un trabajador. Era importante que nos consideráramos trabajadores. Yo era minero. Extraía uranio.

Un silencio incómodo cayó como una losa. Fue mi madre quien lo rompió, dirigiéndose a mi padre por primera vez en su vida.

—Y ahora que eres libre... ¿sigues siendo minero? —le preguntó.

Mi padre la miró. Ella le sostuvo la mirada y en sus ojos vio a un hombre que había soportado más sufrimiento del que ella jamás alcanzaría a imaginar, y a pesar de todo no había perdido la moral, ni se había amargado, ni se había dejado arredrar.

Mi padre le sonrió y, sirviéndose por tercera vez una cucharada del cremoso puré de patatas, blanco y sin rastro de piel, se encogió de hombros.

—Es lo que sé hacer.

Ella tenía dieciocho años. Él treinta y tres. Pasarían cuatro años antes de que la abordara con intenciones románticas. Ella fue a la universidad en Slippery Rock y se graduó en economía doméstica. Quería ser dietista a bordo de un crucero y viajar por el mundo, y con el tiempo quizá abrir su propio restaurante, o un negocio de *catering*.

El verano en que se graduó, mi padre se presentó en casa de la familia con flores para la madre, vodka para el padre, y para ella un disco con la *Sinfonía número 6 en si menor* de Chaikovski, «Pathétique», interpretada por la Orquesta Filarmónica de Leningrado.

A su manera le enseñaría a mi madre el mundo sin llevarla nunca a ningún sitio.

Levanto de nuevo la vista y busco a Art. Necesito otra copa.

No le veo. Miro detrás de la barra. Parece que está ahí, pero su cabeza ha adquirido una extraña forma alargada y su piel se ha oscurecido.

Al final me doy cuenta de que estoy mirando la cabeza de ciervo disecada que cuelga al lado de la puerta. Cuando el bar cierra siempre hay algún borracho que se sube en una silla y se pone a acariciar el hocico aterciopelado y a toquetear los ojos de cristal ambarinos.

Miro hacia el otro lado.

—Hola —me dice Jess Raynor.

—Hola —le contesto, quizá un poco más alto de la cuenta.

No le he oído entrar, o a lo mejor lleva aquí toda la noche sin que me haya enterado.

—¿Por qué no estás en casa con tu mujercita? —le pregunto—. ¿Problemas en el paraíso?

Art se acerca y le pone a Jess una cerveza. Empujo mi vaso hacia delante, pero Art finge no verlo.

—Por lo menos disfruto del paraíso de vez en cuando —contesta Jess con su vozarrón áspero.

—Yo puedo disfrutarlo siempre que quiera.

—Sí, claro —gruñe.

Mira a su alrededor y pasa revista a la clientela de la barra, todos hombres, salvo dos mujeres con el pelo crepado y risas estridentes sentadas en una mesa oscura del rincón; nadie está todavía lo bastante borracho como para acercarse a ellas.

—Ya lo veo —se pitorrea Jess.

Bajo del taburete y adopto una postura que pretende ser amenazadora.

—¿Sabes qué? —le digo—. Eres un jodido *pastardo*.

—¿Ah, sí? —contesta.

—Sí.

—Tengo la sensación de que quieres decirme algo. De que te mueres de ganas de decírmelo.

—Pues sí, así es.

—¿Ah, sí? Bueno, pues también hay algo que yo quiero decirte.

—¿Ah, sí?

–Sí. ¿Quieres decírmelo aquí, o quieres decírmelo fuera?

–Vamos fuera. Te lo diré fuera.

–Eh, muchachos... –dice Art.

–No intentes detenernos –le advierto.

–No lo voy a hacer. Quiero que me paguéis.

Tiro unos billetes sobre la barra. Están arrugados y pringosos.

Jess saca un par de billetes limpios y bien planchados de una bonita billetera de cuero y los deja en la barra. La billetera seguramente es un regalo de Bobbie, o quizá de Danny. Cuando el crío no tiene que andar recogiendo sus dientes del suelo, elabora una hoja de ruta para conseguir dinero y poder comprarle a su papaíto una billetera por Navidad.

¿Qué diablos pasa? Yo tengo tres sobrinos. Jamás les he puesto una mano encima, y ninguno me ha comprado nunca una billetera.

Salimos afuera. Las calles están desiertas. El comercio y el entretenimiento nocturnos ahora son cosa del centro comercial. Hoy en día solo se va al centro del pueblo a beber.

–Esa billetera... ¿es un regalo de tus hijos? –le pregunto inmediatamente.

Se planta a unos pasos de mí. A su espalda, los desconchones de yeso blanco siembran la acera de Woolworth's como si el edificio tuviera caspa.

–¿Qué?

–Tu billetera. ¿Te la regalaron tus hijos?

–No, fue Bobbie. ¿A ti qué más te da?

–Me la tiré una vez, ¿lo sabías?

Las palabras están fuera antes de que pueda contenerlas. Aunque las hubiera dicho de todos modos. Lo mejor y lo peor de estar borracho hasta las cejas es que te permite soltar lo que te da la gana, las cosas que nunca se dicen por respeto a uno mismo y a los demás.

Me preparo para su ataque, pero no pasa nada. Jess inclina la cabeza un poco, como si estudiara un plano. Me sonrío.

–Sí, ya lo sabía. Bobbie me lo contó. Cuando pasó habíamos tenido una pelea gorda. Un día me vio dándole una vuelta en coche a Kelly Kowalski al salir de clase, y Kelly llevaba aquella minifalda rosa. ¿Te acuerdas de la minifalda rosa de Kelly?

–¿Quién no?

–Bobbie se puso como loca conmigo y me acusó de no sé qué, y como que cortamos. Solo se fue contigo para devolverme la pelota. Cuando le pregunté qué tal había estado, me dijo, –se calla, con una gran sonrisa juguetona–. Me dijo: «No es para tanto». Y nos reímos tanto que por poco vomité. Y entonces todo volvió a arreglarse entre nosotros. En cierto modo fuiste responsable de que volviéramos a salir.

Lanzo el primer puñetazo. Da un paso a un lado y lo esquivo. Con el impulso, doy media vuelta y me quedo mirando a la puerta del bar. Por una fracción de segundo no recuerdo dónde estoy, ni por qué, ni con quién. Solo que estoy cabreado. Aunque no desconozco la razón exacta, sé que estoy dispuesto a luchar a muerte para defender mi derecho a que me dejen seguir cabreado.

Noto una mano en el hombro. Jess me gira de un tirón para tenerme de frente. Me da

un empujón en el pecho y me caigo de culo. Se me ocurre que quizá no está tan borracho como yo. Se me ocurre que quizá no está borracho, ni mucho menos. Aun así no me asusto. A Jess no le gusta pelear. Recuerdo una vez que Reese le pegó en el colegio. Reese, con la visera de una mugrienta gorra de béisbol que casi ocultaba su mirada impenetrable y una camiseta negra con la calcomanía agrietada de Judas Priest en el pecho, se paró a su lado frente a la taquilla y empezó a darle palos, hasta que Jess acabó con la cara llena de sangre y moco y se llevaron a Reese masajeándose los nudillos magullados al despacho del director.

Jess ni siquiera intentó defenderse. Encajó la paliza, sin más. Al día siguiente los vi juntos, en una punta de la mesa de la cantina, comiendo el almuerzo de sus envoltorios de papel marrón en el silencio impenetrable que los caracterizaba. Jess se tuvo que quedar toda una semana a hacer gradas después del entrenamiento, como castigo por dejarse machacar antes de un partido importante.

El recuerdo me infunde ánimos. Me pongo de nuevo en pie y cojo carrerilla. Esta vez para el golpe con el brazo.

—¿Qué coño estás haciendo? —me pregunta.

—Eres un perdedor de mierda, Jess. Mira lo que has hecho con tu vida. Nada. No has hecho nada. No eres nadie. Eres menos que nada. No eres nada.

—Cierra la boca. No sabes una mierda de mi vida.

Suelto la única cosa que sé que lo humillará.

—Pegaste a tu hijo pequeño.

Se abalanza sobre mí. Me agarra por las solapas de la chaqueta del uniforme y me estampa contra la pared.

—¡Eso es mentira! —grita—. ¡Retíralo!

Esta vez consigo encajarle un puñetazo en el estómago. Se le corta la respiración y me suelta. Continúo con un gancho en la mandíbula, pero sigue coordinando mejor sus movimientos que yo. A punto de lanzarle otro golpe, me agarra la mano y me retuerce el brazo en la espalda.

—Quiero mis armas —me susurra al oído.

—¿Qué?

—Quiero que me devuelvas mis armas —dice otra vez, apretándose más fuerte.

Siento crujir los dedos de la mano. Ni en mis mejores tiempos tuve nunca esa clase de fuerza bruta que él conserva todavía.

Quizá la tuviera cuando jugaba un partido, o si hubiera tenido que rescatar a alguien de un edificio en llamas; necesitaba una buena dosis de adrenalina para que se despertara en mí.

—No tengo tus armas.

Me empuja otra vez contra la pared y siento el roce del cemento en la cara. Me da un puñetazo en los riñones tan fuerte que se me saltan las lágrimas.

—Quiero mis armas —me repite, esta vez con urgencia en la voz.

—Te las traeré —resuello.

—Las quiero ahora.

Giro el cuello para mirarle. Tiene la cara pegada a la mía. Veo un pequeño corte en la barbilla, que se habrá hecho afeitándose, y unas leves marcas del collar de Barbie que todavía le rodean el cuello. A Jess siempre le costó correr con la cabeza en alto.

—No las tengo.

—Las quiero mañana, o iré yo mismo a buscarlas —dice—. Son mías. No tienes ningún derecho a quedártelas.

—Te las llevaré a casa —le prometo.

Me suelta la mano. La levanto esperando encontrarla doblada y arrugada como la pata de un animal aplastada por un yunque, como en los dibujos animados.

Resbalo hasta el suelo y me quedo ahí sentado. No pienso darle el gusto de encogerme en posición fetal hasta que se marche.

—Jess —lo llamo.

Cuando se vuelve, veo que tiene el labio inferior partido y un hilillo de sangre en la barbilla.

Al ver el daño que le he hecho me recorre un escalofrío momentáneo de triunfo, pero enseguida me siento mal, porque trae consigo todos los sentimientos encontrados que rodean mi relación con Jess desde siempre.

Cuando hacía una jugada genial me alegraba por él, pero en secreto también deseaba que la próxima vez la cagara, para crecerme en su fracaso. Cuando fallaba, en las tripas lo sentía por él pero también me alegraba por mí.

Recuerdo una vez que estuve a punto de dejar el equipo, después de que el entrenador me castigara con una buena lijada de las plantas de los pies por lo que él llamaba «andares de nena». Jess se reunió conmigo en el vestuario y me explicó que Deets sabía lo que hacía. Que para él la mayor muestra de alabanza era imponer un castigo al que se podía sobrevivir, mientras que mandarte a casa contento era un insulto. Que no nos preparaba para jugar en la liga universitaria o profesional, como yo creía que debía hacer, sino que nos preparaba para la clase de vida que llevaban nuestros padres, por si un día no podíamos seguir jugando al fútbol. Jugar al fútbol era fácil. Y pensé que Jess tenía razón y que era listo por haber llegado a esa conclusión, aunque yo fuera incapaz de reconocérselo. Que él se iba a casa con su padre porque su padre estaba vivo, y que debía de alegrarse por eso, pero que también tendría días en que deseaba volver a casa con un fantasma.

Éramos grandes jugadores, Jess y yo, porque en el fútbol, igual que en la vida, la clave estaba en el amor y la rabia y en sentir las dos cosas a la vez por la misma razón.

Rebusco en el bolsillo de mi chaqueta y le lanzo un llavero. Lo atrapa al vuelo.

—Zo te dejó su tractor de cortar el césped —le digo.

Sentado todavía en el suelo, veo alejarse sus botas cubiertas de barro reseco y los bajos deshilachados de sus vaqueros.

Encuentro un papel entremetido en la chaqueta y lo saco. Es el sobre que Eb me dio antes, en la camioneta.

Lo abro y lo leo a la luz del letrero luminoso de cerveza Miller, con el débil zumbido del neón.

Es una invitación para una fiesta de cumpleaños, decorada con balones de todo tipo: béisbol, fútbol, fútbol americano, básquet, golf y tenis. En la parte superior, en grandes letras mayúsculas, está escrita la promesa: ¡HABRÁ PELOTAS PARA TODOS!

Dentro se dan los detalles para celebrar el séptimo cumpleaños de Eb, incluida la hora en que se supone que debemos encontrarnos en el Chuck E. Cheese's. Faltan seis meses para la fecha.

En el dorso me ha escrito una nota. Puedo oír los suspiros de frustración de Harrison cada vez que Eb le pedía que le deletreara una palabra.

Querido tío Ivan:

Quería avisarte de mi fiesta con tiempo por si tienes que cambiar otros planes.

De parte de Everett Craig, tu sobrino

Meto la tarjeta en el sobre y lo guardo de nuevo en el bolsillo de la chaqueta.

Tardo un rato en reunir fuerzas para levantarme.

Martes

La primera vez que la vi era poco más que un cuerpecito insignificante sentado en un guardarraíl. Podía ser un chico o una chica, un adulto o un niño.

Me di cuenta de que era joven antes de confirmar que era una chica. Tenía el pelo corto y oscuro y llevaba pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y una camisa vaquera azul. Al acercarme vi que la camisa estaba adornada con abalorios de colores, descoloridos por el tiempo y dispuestos en un confuso zigzag que me recordó la corona de Vladimir. Había perdido algunas piedras y quedaban solo los engarces vacíos.

Yo había salido a correr como todos los sábados. Pensaba decir hola y pasar de largo, pero me fijé en que llevaba una zapatilla en la mano y que había llorado. Tenía las zapatillas y los bajos de los pantalones manchados de una porquería viscosa y negra.

Me paré a su lado.

—¿Qué pasa? —pregunté, jadeando y secándome el sudor de la cara con el borde del suéter.

Me miró de refilón y bajó la vista mientras respondía.

—Me he metido en un charco pegajoso —dijo—. No lo había visto. Las zapatillas son nuevas. Me van a echar la bronca.

Cogí la zapatilla para examinarla. La olí para ver si era grasa, asfalto o pintura. Lamenté que Val no estuviera conmigo. Conocía todo lo que daba la tierra en los alrededores. No olía a nada más que a fango.

—Creo que solo es barro. Yo no me preocuparía —dije, y le devolví la zapatilla—. Se quitará sin problemas. ¿Estás bien?

Encogió los hombros delgados sin establecer contacto visual.

La miré. Decidí que no era tan niña. Puede que tuviera la edad de Jolene, aunque no estaba tan desarrollada como ella. Tenía poco pecho, pero de cintura para abajo estaba medio bien. No era fea.

Llevaba al cuello una cadena de la que colgaba una diminuta jaula dorada con piedrecitas de cristal de colores.

—Es un colgante muy bonito —dije.

Era una baratija, pero lo dije de verdad.

—Gracias.

—Bueno, tengo que irme —dije. Y reanudé el trote.

No volví a acordarme de ella hasta el sábado siguiente, cuando salí de nuevo a correr.

La encontré sentada en el mismo guardarraíl. No era casualidad. Estaba seguro de que había ido a la misma hora con la esperanza de que yo hiciera la misma ruta todos los sábados por la mañana.

Se había puesto los mismos pantalones y las mismas zapatillas, algo grisáceas en las zonas donde las manchas no se habían quitado del todo. Llevaba el mismo colgante y una blusa rosa ceñida al sujetador arrugado que le cubría los pequeños pechos. En las dos muñecas llevaba pulseras con más amuletos de bisutería de colores.

—¿Estás esperando el bus? —pregunté.

Sonrió. Si no hubiera sonreído habría seguido mi camino.

Aflojé el paso y le devolví la sonrisa.

—¿Vives por aquí?

Asintió.

—No me suenas del colegio. ¿En qué curso estás?

—En segundo.

—En el mismo curso que mi hermana Jolene. ¿La conoces?

—Todo el mundo conoce a Jolene.

—Sí, supongo. ¿Sabes quién soy? —pregunté.

—Todo el mundo sabe quién eres.

Quise follármela. Fue un impulso instantáneo. No supe muy bien de dónde venía. No es que me volviera loco físicamente y tampoco andaba falto de compañía femenina. Podía volver a casa, darme una ducha, hacer una llamada y tirarme a una chica más guapa.

Fue su inocencia lo que me atrajo. No su virginidad. Había estado con vírgenes casi tan puras como la lluvia ácida. En cambio, ella estaba intacta. Quería, pero sin saberlo. Aunque tenía pechos y caderas, seguía siendo una niña. No sabía nada de pollas y coños, de lenguas y esperma. Quería que la cogiese de la mano. Que la hiciese sentir tan importante como Jolene, la reina de las adolescentes. Tal vez quisiera que la besara. Sería como los besos que había visto en las películas, con banda sonora y final feliz.

No tenía mucho sentido, pero lo siguiente que me vino a la cabeza fue Val y la única vez que me dejó disparar con su escopeta. Recordé el tacto de sus manos callosas en las mías y su aliento en mi oreja, con olor a tabaco, mientras me enseñaba a mirar a mi presa a los ojos. Me acordé de la emoción y del miedo que pasé, además de la sensación de poder. Y me acordé del consejo que me dio después: sería una gilipollez matar algo que no quisiera matar.

Aparté el recuerdo de mi memoria. Me traía sin cuidado lo que Val pensara. Val se había largado. Peor todavía: Val había decidido no regresar.

Volví la vista a las laderas verdes y apacibles, que tanto quería, y las odié por esconder en sus entrañas el germen de su propia destrucción. Miré a la chica.

Ese día me dejé corromper espiritualmente, aunque pasaron años hasta que por fin acepté lo que había hecho. Me olvidé de quién era y de lo que tenía que hacer y pensé únicamente en lo que deseaba y en lo que podía hacer.

Me acerqué a ella. Fue un movimiento atrevido, incluso para mí.

No se movió. Incliné la cabeza y la besé. Me devolvió el beso y de pronto se separó de mí bruscamente.

—Tengo que irme —dijo, y se alejó por la carretera.

—Pasaré por aquí la semana que viene —grité—. Quizá vuelva a verte.

El sábado siguiente me estaba esperando. No perdí ni un segundo. La llevé a dar un paseo. Me quité la sudadera y la puse en el suelo para que ella se sentara mientras charlábamos. No llegamos a charlar.

Me dejó que le quitase la ropa, pero no el colgante. Le advertí de que podía romperse. Me preguntó cómo y, por la forma de mirarme, comprendí que no tenía la más remota idea de lo que estábamos a punto de hacer, pero no me lo impidió. Confiaba en mí. Creía que me quería. No era capaz de imaginarse que yo fuera a hacer cualquier cosa que pudiera perjudicarla.

Cuando entré en ella, abrió unos ojos enormes y me pidió que parase. Le dije que no le pasaría nada. No volvió a pedírmelo. No dijo nada.

No dejé de mirarla en ningún momento. Traté de adivinar las imágenes que pasaban por su cabeza. Estaba convencido de que se imaginaba la vida que llevaríamos juntos. Las citas. Los paseos cogidos de la mano. El amor que yo iba a ofrecerle. Quizá un amor que ella necesitaba desesperadamente. Yo no sabía nada de ella, nada de su vida familiar. Parecía pobre, pero todos éramos pobres. Sabía que sentía ese amor infantil por las cosas baratas, por las joyas brillantes, pero no conocía a una sola chica que no fuese así. ¿Hasta dónde llegaría? ¿Estaría viendo nuestra boda, nuestro hogar feliz, a nuestro hijo?

Todo terminó con un espasmo placentero. Había conseguido lo que quería y estaba satisfecho. La había penetrado, destruido, hasta dejarla en ruinas, como cualquier otro filón de un mineral precioso.

La dejé en la cuneta. Ni siquiera me tomé la molestia de preguntarle cómo se llamaba. No lo supe hasta un par de meses más tarde, cuando se armó de valor para hablar conmigo en el instituto y al volver a casa la busqué en el anuario. En la foto llevaba el mismo colgante.

Se llamaba Crystal. Ni siquiera me ofrecí a acompañarla a casa ese día. No tenía intención de volver a verla.

Me despierta un grifo que gotea y agradezco que el recuerdo se esfume.

El goteo cobra intensidad. Me pregunto si me habré metido en el tronco de un árbol enorme la noche anterior y un pájaro carpintero está fuera buscando su desayuno.

Abro un ojo y veo la luz del día a través del parabrisas sucio. Intento moverme. Me duele todo el cuerpo, unas partes más que otras. La cara. La cabeza. El brazo. La espalda. La rodilla.

Vuelvo la cabeza y me doy con la nariz contra el volante.

El goteo se convierte en explosiones.

–Para –gimo.

–Hola, tío Ivan –oigo decir.

Es una voz sofocada, como si el hablante se hubiese puesto un tarro en la boca.

Muevo el cuello hacia atrás y veo a Eb del revés, haciéndome señas como loco al otro lado de la ventanilla del conductor.

Se pone las manos alrededor de la boca y las apoya en el cristal.

–¡Vamos, arriba! –grita.

–Para –vuelvo a decir.

Miro alrededor para ver dónde estoy. Estoy tumbado de lado, acurrucado en el asiento de mi camioneta. La pata de conejo de la suerte que me regaló Val se me está clavando en la cadera. A mis pies hay una caja con cosas de Zo. Le dije a Jolene que la ayudaría a deshacerse de ellas. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí. No recuerdo nada después del encuentro con Jess.

Eb desaparece y vuelve poco después con una taza de café en la mano.

–Abre –dice.

Abro la puerta y me da el café.

–Mamá dice que te dé esto. Dice que te hará falta.

Está listo para irse al cole. Lleva un chubasquero amarillo y la mochila en la espalda, y rebosa más energía para darme el café de la que yo probablemente pueda volver a sentir por nada el resto de mi vida. Cojo la taza humeante. Me reconforta el calor en las manos frías.

–Anoche dijiste que ibas a jugar conmigo –me recuerda.

–Me surgió un imprevisto.

–¿Por qué has dormido en la camioneta?

–Estaba cansado.

–¿Demasiado cansado para entrar y dormir en el sofá?

–Sí.

–Harrison dice que te emborrachaste y perdiste el conocimiento.

Tomo un sorbo de café.

–Harrison es un *pastardo*.

–Yo también –dice, sonriendo–. ¿Sabes qué más soy?

–¿Qué?

–Mi nombre tiene un significado. Lo aprendí ayer en el cole. La señorita Finch nos habló de los mares. Me llamo como el reflujo de la marea. Significa que el agua retrocede.

Se aleja de la camioneta y extiende los brazos como si caminara sobre una cuerda.

–Mira, estoy refluendo.

–Ya lo veo.

–¿Llegué a conocer el mar cuando fuimos a verte a Florida? ¿Cuando yo era pequeño?

–Sí.

–¿Me gustó?

–Comiste un montón de arena.

La puerta de la casa de Jolene se abre y se cierra de un portazo. Harrison sale y echa a andar por la acera con su característico arrastrar de pies.

—¡Vamos, enano! —le grita a Eb—. Vas a perder el bus. Mamá quiere hablar contigo, tío Ivan.

Al oír esta información, Eb me ofrece una sonrisa todavía más grande antes de alejarse corriendo de la camioneta para alcanzar a su hermano. Se pone delante de él y sigue andando de espaldas.

—Reflujo al cole —proclama.

—De eso nada —dice Harrison con indignación—. Vas al cole. Refluyes de casa.

—Sí, eso —se corrige Eb—. Reflujo de casa.

Espero a que se hayan ido antes de salir de la camioneta. No quiero que vean cómo me nuevo.

Rodeo la casa para entrar por detrás. Veo a Jolene por la ventana, delante del fregadero, con su uniforme de Valley Dairy y una diadema cubierta de espuma en una mano, frotándola con un cepillo de dientes.

No se vuelve a mirarme cuando entro.

Josh está sentado a la mesa, terminando un cuenco de cereales y leyendo una revista.

Tiene el pelo rubio oscuro, cortado a la taza y rapado en la nuca y las sienes. Hace unos años se afeitó la cabeza y se dibujó sus iniciales. Jolene me envió una foto. Después se escribió PERRX. Ahora ha evolucionado hasta adoptar la forma de un rayo muy bien perfilado. Voy a proponerle que se escriba PASTARDO antes de irse a la facultad este otoño.

—Aquí llega el poli Zonte —dice al verme.

—Muy gracioso —contesto.

Recuerdo el día en que nació como si hubiera sido ayer. Crucé la montaña en coche desde la facultad en medio de una ventisca, para representar al género masculino en su nacimiento, porque su padre estaba haciendo el servicio militar. Cuando llegué al hospital, Josh ya había nacido y dormía sonrosado y plácido en los brazos de mi madre, a la que Jolene le leía en voz alta de una revista de moda los pros y los contras de llevar calentadores en las piernas, y se reía mucho con los contras.

—Es un niño —anunció al verme en la puerta—. Como tú.

Me siento frente a él antes de que se levante para dejar el cuenco en el fregadero. Ahora es tan alto como yo. A veces no me hace gracia que me lo recuerde.

Estoy de espaldas a Vladimir, como debe ser. No estoy de humor para que me escrute con su mirada sabihonda.

Mamá le regaló el retrato a Jolene cuando se vino a vivir aquí con Josh. Desde que nos mudamos a la casa nueva, después de que las excavadoras derribaran la de Coal Run, ya no pareció una buena idea conservarlo. Su presencia era una traición, más que un tributo a la memoria de mi padre.

Josh le da a Jolene un pellizco en la mejilla antes de salir, como hacía yo con mi madre todas las mañanas. Siento una punzada de culpabilidad al pensar en todos los años que pasé evitándola, y no porque me hubiese hecho nada. Aún la evito. He vuelto, pero no

paso mucho tiempo con ella. Nunca se ha quejado.

Miro alrededor y escondo la cara entre las manos. La cocina de Jolene es uno de los peores sitios para pasar una resaca. Las paredes están empapeladas con cientos de manzanas rojas y brillantes, además de una cenefa de casitas azules y rojas y el saludo BIENVENIDOS AMIGOS BIENVENIDOS AMIGOS BIENVENIDOS AMIGOS bordeando todo el perímetro de la habitación.

He pasado algunas noches hasta muy tarde en esta cocina, con una botella, preguntándome si en alguna parte habrá una cenefa que diga: A LA PUTA CALLE A LA PUTA CALLE A LA PUTA CALLE.

—Estás cabreada conmigo —digo, rompiendo el hielo.

—No, ¿por qué iba a estar cabreada?

—Porque anoche no vine a casa y se lo había prometido a Eb —suspiro.

Lanza al fregadero el cepillo de dientes, que se estrella con estrépito, y remueve el agua con tanta fuerza que la pequeña corona choca contra el borde y la espuma le salpica la pechera del uniforme. Termina de aclararla y la sacude varias veces antes de ponerla a secar en el escurrer platos, con los cacharos del desayuno y algunas latas enjuagadas y sin tapa.

—No, ¿por qué iba a molestarme que incumplas las promesas que le haces a Eb? ¿Por qué iba a molestarme el ejemplo que le das? ¿Por qué iba a molestarme que mi hijo de seis años te encuentre borracho e inconsciente en tu camioneta?

—No habría sabido que estaba borracho si Harrison no se lo hubiera dicho.

Coge un paño de cocina de un gancho cerca del horno y se seca las manos con furia.

—¿Se supone que eso tiene gracia? —pregunta.

—¿Por qué tengo que ser un ejemplo para nadie? No soy su padre.

—Eres la persona más egoísta que he conocido en mi vida.

—¿Qué estás diciendo? Solo tiene seis años. No soy una mala influencia para él. No tengo ninguna clase de influencia sobre él.

—Tenías la misma edad que tiene Eb cuando reclutaron a Val. ¿Vas a decirme que eras demasiado pequeño para que tuviera alguna influencia sobre ti? ¿Eras demasiado pequeño para acordarte de papá?

No digo nada.

—Yo sí era demasiado pequeña para acordarme de papá —dice en voz baja.

Cuelga el paño en el gancho y se detiene a colocarlo de manera que se vea la escena de frutas y verduras sonrientes. La corona, que está apoyada en un cuenco de cereales, resplandece entre los platos y las latas. Le dirige una mirada honda y pensativa, como si barajara la idea de ponérsela hoy.

Guarda su colección de coronas en un pequeño armario blanco del pasillo de arriba, junto con otras curiosidades. Las limpia una por una, sin seguir un orden aparente, por lo general con un paño azul claro cortado del primer arrullo de Josh. Le gusta limpiarlas de noche, cuando los niños ya se han acostado, mientras ve la tele, del mismo modo en que Zo sacaba su labor de punto o mi madre las tijeras para recortar los cupones de descuento de los anuncios del periódico. La mayoría de las coronas son de concursos de

belleza. Algunas son regalos que le hicieron de pequeña. Otras las compró ella.

Cuando Jolene empezó a participar en concursos de belleza, yo no lo entendía. Es una de las personas menos competitivas que conozco. Siempre ha sido consciente de su belleza; nunca ha necesitado que se lo dijera ningún tribunal. Tampoco necesitaba los títulos como trampolín profesional. Nunca tuvo el más mínimo interés por las carreras que suelen seguir las ganadoras de los concursos de belleza. Nunca quiso ser actriz, ni presentadora de televisión, ni bailarina en un videoclip de rock.

A mi madre también le extrañó, pero nunca fue una madre entrometida ni dada a sermonear. Mientras le prometiésemos no probar las drogas, no subir a un coche con alguien que hubiese bebido, no faltar a clase, no gastar el dinero a lo loco y no votar a los republicanos, teníamos libertad para hacer lo que quisiéramos, aunque ella no lo entendiera o no lo aprobara del todo.

Nunca la oí emitir un juicio, bueno o malo, sobre los concursos de belleza, ni dar a Jolene ningún consejo. Solo oí que le decía algo antes de un concurso, cuando se presentó por primera vez, en el pasillo del salón de actos del instituto.

Mamá cogió a Jolene de la mano.

—¿Sabes lo que a mí me impresiona de verdad? —le dijo—. Un buen pastel de merengue y limón. Cuando el relleno está en su punto: ni demasiado ácido ni demasiado dulce. Y el merengue está perfecto: ni demasiado denso ni demasiado tostado.

—A mí también, mamá —contestó Jolene.

Y mi madre pareció sentir un alivio inmenso.

Jolene se presentó a tres concursos antes de ganar el primero. Tenía catorce años cuando la nombraron princesa de la Feria de Laurel County, y en el preciso instante en que la corona emprendió su viaje desde un cojín de raso hasta la cabeza dorada de Jolene, la respuesta a por qué mi hermana quería participar en concursos de belleza fue tan obvia que saltaba a la vista.

Yo estaba allí. Me fastidió tener que irme de la feria, donde estaba con un grupo de amigos y nuestras chicas, cargados de trofeos de peluche y grandes nubes de algodón dulce, para sentarme en las gradas con mi madre y con Zo a presenciar el concurso.

Jolene estaba muy tranquila y muy elegante. Llevaba un vestido verde, con escote palabra de honor, y tenía las manos entrelazadas sobre los pliegues de la falda, mientras las demás chicas, con hombreras, lentejuelas y dobladillos deshilachados, en un intento desesperado por ponerse a la vanguardia de la moda de los ochenta, no paraban de empujarse, de moverse y de llamar la atención.

El presidente del comité que organizaba los actos de la Feria de Laurel County, oficiando de maestro de ceremonias con una de las chaquetas rojas oficiales, manchada de barro tras haber entregado poco antes los premios a los ganadores del concurso de tractores, fue el encargado de anunciar el nombre de la ganadora. Cogió una pequeña tiara de plata de un cojín de raso amarillo y cubierto de polvo que sostenía la princesa del año anterior, sonriente, desenvuelta y buscando entre el público a su madre y la tarta que esta le había prometido para el momento en que cediese el trono.

Jolene siguió con la mirada la trayectoria de la corona. Observó el arco que formaba en

el aire al despegarse del cojín, con el telón de fondo del bullicio de la feria y el olor a ganado, a grasa de cocina y a diésel, hasta que puso los ojos en blanco, como si le diese un ataque, para presenciar el descenso de la tiara sobre su propia cabeza.

Mamá dejó de vitorear, sonrió a Zo y una vez más pareció aliviada. «Quería la corona», dijeron al unísono.

—¿De qué concurso es esa? —le pregunto a Jolene.

—*Miss Costa Atlántica Media* —dice—. ¿Te acuerdas de cuál fue mi mejor aptitud?

—¿El bailoteo moderno?

—La danza moderna —me corrige—. ¿Te acuerdas de la chica que actuó justo después de mí? Hizo un número de gimnasia rítmica bastante mediocre, pero tenía un cuerpo espléndido y llevaba un maillot brillante, de muchos colores, con el que parecía una trucha arcoíris.

—Sí, me acuerdo. Desde ese día cambió por completo mi visión de los peces.

—Ahora tiene una página web porno.

La palabra *porno* me hace pensar en Chastity. Las palabras *brillante, maillot, página web, gimnasia, chica y trucha*, todas me hacen pensar en Chastity.

—Le envié un correo electrónico.

—¿Enviaste un correo electrónico a la página porno? ¿Qué le decías?

—Le preguntaba si se acordaba de mí. La felicitaba por su página. Le preguntaba cómo le iba la vida por lo demás. Esas cosas.

—¿La felicitaste por tener una página porno?

—Pues claro. Me parece admirable la gente tan segura de sí misma. De verdad. Yo no soportaría que un extraño me viese desnuda, a menos que tuviera relaciones sexuales con él, claro.

Jolene sale de la cocina y vuelve con una cazadora vaquera con remates de ante encima del uniforme, y el bolso colgado del brazo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta—. ¿Vas a trabajar?

—Claro que voy a trabajar.

—Más vale que te duches y te cambies de ropa.

—Sí.

Da media vuelta para salir, pero se detiene.

—Dime una cosa, Ivan. ¿Por qué has vuelto? Es evidente que no has vuelto por mí, ni por los niños, ni por mamá. ¿Por qué? Quiero saberlo.

No contesto.

—Nunca te culpé porque tuvieras que irte —continúa—. Mamá y yo estábamos preparadas para ese momento. Te fuiste a la universidad y aceptamos que siguieras adelante con tu carrera y te fueras a vivir a Chicago. Nos pareció bien. Nos pareció estupendo, porque sabíamos que era lo mejor para ti.

»Pero sí te culpo por cómo lo hiciste. Por echarnos a todos de tu vida de esa manera. Nunca lo entendí y sigo sin entenderlo. Nunca has dicho que lo sintieras.

—Tampoco era consciente de haber actuado mal.

—Tienes una responsabilidad con las personas que te quieren. No me refiero a que

tengas que hacer cosas por ellas. Me refiero a que dejes que hagan cosas por ti.

—No podía.

Siento martillazos dentro de la cabeza.

—Tú no lo entiendes.

—Vale. No lo entiendo —dice, intentando calmarme—. Explicámelo. ¿Qué te pasó, Ivan? ¿Qué pudo pasarte que fuera tan malo? ¿Qué hiciste? No me creo ese cuento de tu pierna. No eres tan frívolo. Y tampoco eres un rajado.

Mi necesidad de beber es automática. Ya no va ligada al deseo. Sé que no me proporcionará placer, ni siquiera alivio. Se ha convertido en un instinto. En un instinto aprendido.

—Mira cómo estás. Llevas aquí casi un año y todavía no tienes dónde vivir. Te emborrachas todas las noches. Te metes en peleas. Tengo que darte la tabarra para que te duches y te pongas ropa limpia. Eres peor que mis tres hijos juntos. ¿Qué te pasa?

—No lo sé.

El dolor de cabeza va en aumento. Me levanto de repente y tiro la silla al suelo. Nos quedamos los dos mirando la silla caída.

Jolene espera que la recoja. A pesar de la indignidad que supone llevar un uniforme del mismo color que un cono de tráfico y una etiqueta con su nombre que además promete al cliente «Servicio con extra de simpatía», mi hermana no tiene un aspecto en absoluto servil. Es ella quien lleva las riendas aquí. Está en sus dominios.

Me mira, apoyada en la encimera, con los brazos en jarras, como una manifestante que defiende un edificio histórico expropiado por el gobierno para que no lo derriben.

Por primera vez desde que llamé a su puerta sin previo aviso, hace ya ocho meses, cuando vi el recorte de periódico en el que se anunciaba que Reese saldría de prisión ese mismo año, atisbo la posibilidad de que podría no ser bienvenido. No creo que Jolene pueda cerrarme su corazón a cal y canto, pero sí podría cerrarme las puertas de su casa.

—Muy bien —dice, encogiéndose de hombros—. Haz lo que quieras. Eres un hombre adulto. Pero aquí no puedes seguir. No quiero verlo, y no quiero que mis hijos lo vean. No quiero tener que compadecerme de mi hermano mayor.

Sale por la puerta de atrás.

—¿Eso es un ultimátum? —pregunto.

No responde.

Cuando oigo que el coche se aleja voy al mueble bar. No hay nada más que una botella de granadina, una botella medio vacía de Old Granddad y dos botellas de Tequila Rose. Cojo el *bourbon* y vuelvo a sentarme.

Tengo delante un vaso de gelatina Welch's con un dibujo de Pokémon y restos de zumo de naranja. Lo lleno de licor hasta la mitad.

Bebo un sorbo. Me sabe a rayos.

Levanto la vista y veo que Vladimir me está mirando.

No tengo manera de saber qué edad tenía el zar cuando le hicieron ese retrato. El pelo largo y el mostacho marchito, sin rastro de gris, lucen el lustre de la juventud, y el modelo posa con una pierna flexionada y el pie apoyado en la escalera de un altar,

sosteniendo con el brazo extendido un cetro adornado con una cruz de piedras preciosas, como si se dispusiera a dar un golpe a una mosca latosa o a abrirle la cabeza a un mongol, con el gesto despreocupado y agresivo del monarca joven y confiado que desea transmitir progreso a la vez que refrendo de las creencias religiosas; sus ojos, en cambio, son los de un anciano. No los de un anciano vencido o amargado que maldice su edad, sino los de un anciano lúcido que sabe que sus años son un regalo y que únicamente con el paso del tiempo puede un hombre sobresalir en la vida y ser apto para guiar a otros.

Aunque tranquilos, sus ojos denotan alerta: parecen llenos de compostura y sabiduría, pero también de esperanza y curiosidad. Es un adulto tocado con una tosca corona infantil de hierro, no de oro, adornada con piedras escogidas por la variedad de sus colores, no por su valor.

De pequeño estaba convencido de que Dios tenía que ser así, antes de dejar de creer en él.

A mi padre le encantaba este retrato. Estaba muy orgulloso de él. Se lo enseñaba a todo el que venía a casa.

Le explicaba exactamente dónde estaba colgado en la pequeña casa de campo que su familia tenía en Ucrania. Contaba que cuando volvió allí, tras ser liberado de Magadán, encontró a toda su familia muerta y la casa destruida, pero el retrato seguía milagrosamente intacto entre las cenizas, sin su marco, chamuscado, arañado y doblado, pero rescatable. Hablaba del respeto que tenía su madre por el artista que lo pintó, de lo mucho que le gustaba la viveza de los colores, de su devoción por el hombre que llevó la paz y el cristianismo a su pueblo. Insistía en que fue lo último que su madre vio antes de cerrar los ojos para siempre, por culpa del hambre que ya se había llevado a dos de sus hijas menores. Cuando describía a las mujeres de su familia, mi padre jamás hablaba de la guerra. Las llamaba «víctimas de la fe».

Me levanto y me acerco al fregadero. Vacío el whisky que me he servido. Pongo la botella boca abajo, cierro los ojos y escucho cómo se cuele el líquido por el sumidero. Es una victoria muy pequeña.

Me arrastro hasta el piso de arriba. No es fácil. La rodilla me está matando.

Me desvisto en el pasillo y me miro en el espejo que hay detrás de la puerta del dormitorio de Jolene, para evaluar los daños. Tengo la rodilla del tamaño y la consistencia de un pomelo podrido. Tengo una herida y un cardenal en los riñones, del puñetazo que me dio Jess. Tengo un ojo morado. Me duelen los nudillos. Me duelen las articulaciones. Siento martillazos dentro de la cabeza.

La imagen que veo en el espejo no me preocupa. Casi me reconforta. Me recuerda los tiempos en que jugaba al fútbol. Me recuerda a mi padre y a los demás mineros, cuando los veía salir sin camisa o en pantalones cortos en verano. Todos estaban magullados, pero no parecía que las heridas les quitaran las ganas de trabajar. Al contrario, daba la sensación de que prendían en ellos el deseo de volver a la mina. Cuanto más baqueteado estaba un hombre, más se llenaba de vida.

No estoy seguro de cuál es mi situación con Jolene en este momento, si me ha dado la patada definitivamente o si todavía puedo redimirme y quedarme en su casa algún tiempo más.

Anoche, después de que encontrásemos la foto de Val en casa de Zo, dije que lo había visto hacía un rato en su camioneta. Dije también que había piruletas pegadas en el asiento delantero, piruletas del doctor Ed. Las piruletas del doctor Ed, como él mismo, no han cambiado nada en los cuarenta y cinco años que lleva ofreciéndolas. Son caramelos sencillos, simples discos de colores envueltos en papel de celofán transparente, con palitos blancos y retorcidos, para que los niños puedan sostenerlos mejor.

Val fue a ver al doctor Ed, y eso significa que el doctor Ed quizá sepa dónde está Val. Jolene me insistió en que hablase con el doctor Ed hoy, sin falta, para averiguar si sabe algo del paradero de Val. También insistió en darle ella la foto. Le dije que no. Llegamos a un acuerdo y acepté que se la diese con la condición de que yo la acompañaría.

Me acusó de sobreprotegerla. Le dije que estaba protegiendo a Val.

Decidí pasar por la consulta del doctor Ed antes de ir al trabajo. Estoy evitando a Jack. Ayer por la tarde estaba en la puerta y no me vio el ojo morado. No le habría hecho

ninguna gracia. No le parecía mal que Ronny Hewitt y Andy Lineweaver resolvieran sus diferencias a la vieja usanza, con los puños en vez de con abogados, pero nunca le parece bien que hinchén a hostias a uno de sus hombres.

Esta casa solo tiene un cuarto de baño. Hace muchos años que Jolene renunció a reivindicar su derecho de propiedad sobre este espacio, sin ofrecer demasiada resistencia. Comprendió, sencillamente, que estaba en minoría frente a la tribu de pies sucios que dejaba las toallas tiradas por el suelo, que salpicaba el asiento del váter al mear y que no aclaraba el lavabo después de cepillarse los dientes, y, sin decir nada, se llevó sus cosméticos a un tocador de su dormitorio, y todo lo necesario para su higiene femenina lo guardó en su armario, incluso la pasta de dientes, el cepillo, el champú, el jabón y las toallitas higiénicas. No utiliza su propio cuarto de baño sino que lo visita como una invitada que se queda a pasar la noche o una chica que va a las duchas comunes de la residencia de estudiantes: coge lo necesario para su aseo y vuelve a llevárselo cuando termina.

Esquivé las toallas húmedas amontonadas en el suelo y los charcos de agua, retiré la cortina de la ducha con la mitad de las anillas sueltas y entré en la bañera eternamente manchada por los pies sucios. En una jabonera pegajosa hay una pastilla de jabón verde con huellas de dedos negras. Me lavo el pelo con el champú de Spider-Man.

El desagüe del lavabo está atascado por una costra de pasta de dientes que forma diminutas estalagmitas azules. Un vaso de plástico alto con el dibujo de una vaca sonriente y la promesa de refrescos gratis en Valley Dairy contiene cuatro cepillos de dientes con las cerdas aplastadas, despeluchadas y petrificadas. Encuentro el mío y me lavo los dientes.

Alrededor de la pila se amontonan los dinosaurios y los piratas de plástico con los que Eb juega en la bañera, un par de tazas de Dixie arrugadas, el desodorante de Josh, un peine con la mitad de las púas rotas y mi cuchilla de afeitar. No encuentro la espuma, así que me afeito con Mr. Bubble.

Voy a la habitación de Eb y Harrison a buscar ropa limpia: camisa, calzoncillos, calcetines y vaqueros. Me han dejado temporalmente un cajón y una parte del armario de su dormitorio.

La mitad de la habitación que le corresponde a Harrison está bien ordenada. La de Eb es una pocilga. A primera vista puede parecer que es simplemente un cerdo, pero el desorden en apariencia aleatorio cobra sentido tras un examen más atento. Los montones están formados por objetos muy concretos: etiquetas de latas de refrescos, tickets de tiendas, palitos de polos, pajitas para beber, mensajes de galletas de la suerte, cucharas de plástico, palillos de dientes de colores, palillos de dientes de madera, chicles resecos, cuentas de colores, punta de lápices de colores, clavos, tornillos, esqueletos de mazorcas de maíz, piedras, piedras pintadas, palos, gomas elásticas, canicas y cientos de recortes de papel con anotaciones.

Cada una de estas colecciones forma un montículo o una línea recta de distinta longitud.

En medio del desorden un par de fotografías captan mi atención. Al principio no estoy

seguro de que sean las fotos de Magadán de mi padre. Pensar que algunos de los pocos restos valiosos que quedan de la historia de mi padre estén tirados por el suelo en la habitación de un niño de seis años, donde se pueden pisar, estropear, arrugar o romper, tiene tan poco sentido que casi me convengo de que me he equivocado.

Me agacho para cogerlas.

Son cuatro fotos. Mi padre las recibió por correo antes de que yo naciera. Se las enviaba uno de sus compañeros que volvió a visitar el campo de trabajos forzados en Siberia.

La primera vez que las vi no entendí su relación con la guerra. No se parecían en nada a las fotos de las revistas y los libros de historia de la Segunda Guerra Mundial que mi padre me había enseñado. No mostraban soldados, banderas, ni chicas limpias y esperanzadas con el pelo reluciente y los labios pintados esperando el regreso de sus maridos y sus novios.

Una era una vista aérea de Magadán, tomada casi quince años después de la guerra: la siniestra cuadrícula gris de una ciudad firmemente asentada en la piedra gris que configura la línea del litoral del grande y gris mar de Ojotsk.

Las otras tres eran del campo de trabajo. La primera era una imagen de la prisión tomada desde lejos. Un edificio bajo, cuadrado, con barrotes de hierro en su única ventana. Era la única estructura que logró resistir el paso del tiempo y la inclemencia de los elementos, y sobresalía de la roca pelada como un último diente en las encías de un cadáver.

En la segunda se veía una montaña de cinturones y zapatos doblados y agrietados. Cuando los presos morían de hambre o envenenados por la radiación, se rescataba el preciado cuero para darle nuevos usos, y se enterraban los cuerpos detrás del montón, en interminables hileras de tumbas señaladas con cruces de palo en las que se clavaba una tapa de hojalata con el número del preso grabado.

La última foto era de las tumbas. La mayoría de las cruces habían desaparecido, pero aún quedaban algunos palos y, en uno de ellos, una tapa de hojalata captaba la luz tenue y la reflejaba con un inesperado destello.

No entiendo qué hacen aquí las fotos. Por un momento tengo la sensación de que mi madre me ha traicionado. Se supone que ella es la depositaria de los objetos de mi padre. ¿Por qué se los ha dado a Eb?

Pero mis recelos se esfuman rápidamente. ¿Por qué no iba a dárselos? ¿Qué pintan guardados en un cajón donde nadie vuelve a verlos jamás? No sé qué impresión habrán dejado las fotos en Eb, si mucha o poca, si aprenderá algo de ellas o aprenderá a negar lo que cuentan, pero, sea cual sea la lección, tiene tanto derecho a aprenderla como lo tenía yo a su edad.

Vuelvo a dejar las fotos en el suelo, junto a un montón de sobres de azúcar sin abrir del Eat'nPark, y me visto.

El doctor Ed sigue teniendo la consulta en el mismo edificio de ladrillo marrón en el que empezó a ejercer. Es muy poco lo que ha cambiado en la sala de espera desde que yo era pequeño. En las paredes siguen las mismas fotos de payasos y cachorritos

retozones, y el mismo cartel en el que una vaca sonriente explica los beneficios de la leche; pero ahora también está el póster de Dennis Rodman, lleno de pendientes y tatuajes, y con el pelo teñido de verde, explicando los beneficios de la educación sobre el VIH.

Ahora los juguetes son distintos: de tela, redondeados, de plástico, seguros. Han desaparecido el banco de herramientas de madera que yo aporreaba como un poseso y también la muñeca parlante, Annie *la Harapienta*, que tanto le gustaba a Jolene y que a mí me sacaba de quicio y quería destrozar cuando mi hermana terminaba de jugar con ella.

Un niño está lanzando unas bolas por una rampa de alambre de colores en forma de espiral y dos niñas se agolpan sobre una casa de muñecas de plástico rosa, pero la mayoría de los niños están sentados en silencio, jugando con sus Game Boys o viendo la tele, instalada en un rincón. Se oyen pitidos electrónicos amortiguados, alguna que otra tos y las oleadas sinfónicas de una banda sonora de Disney.

Me presento ante la hermana del doctor Ed, una mujer de cuello recio y cara colorada que es su recepcionista desde que tengo memoria.

Sostiene el auricular del teléfono entre el hombro y la mejilla mientras coge la carpeta que le entrega una madre. Cuelga el teléfono y le dice a la madre que su póliza de salud exige un copago de veinte dólares, echa un vistazo a la caja de puros que llevo en la mano y al reloj engastado en la panza de un Buda rojo y sonriente.

—¿Está ocupado? —pregunto.

—No —dice, antes de contestar otra llamada—. Los niños están de adorno. En realidad no los ve.

—Tengo que hablar con él un momento. Voy a entrar.

Me advierte con un dedo mientras atiende la llamada y se levanta de la silla con el rencor lento y asesino de un elefante al que fustigan y pinchan para que haga el pino. Abre una puerta en la que hay un cartel que dice SOLO PARA EL PERSONAL y me indica que entre por allí. Siempre insiste en abrir la puerta personalmente. Lo interpreto como una manera de marcar territorio.

—Sala 4 —me dice, señalando hacia el pasillo empapelado con el abecedario.

—Gracias.

La mesa de exploraciones de mi niñez, una mesa de metal frío, se ha ido con el banco de herramientas. La han sustituido por una camilla acolchada de color verde menta. Dejo los puros y el reloj en el suelo, junto a la camilla, me acuesto y estiro las piernas dejando que las botas cuelguen del borde; luego entrelazo las manos por detrás de la cabeza para estudiar tranquilamente el colorido mapa del País de las Canciones Infantiles en la pared de enfrente.

Cuando era pequeño quería vivir allí, pero ahora que soy adulto sé que es un lugar sórdido, donde solo hay delitos, pobreza y violencia doméstica.

Veo a Peter Peter intentando meter a su renuente mujer en una calabaza gigante, y a Jack y Jill dando volteretas frenéticas por la ladera de un monte. Bo Peep, en un campo, solloza al lado de un tendedero donde un cuervo enorme y negro le ha arrancado la nariz

de un picotazo a la doncella real, mientras Tom Tom, el hijo del Gaitero, se ve obligado a robar cerdos. La pequeña señorita Muffet ahuyenta a una araña horripilante, y tres ratoncitos con gafas oscuras se escabullen de la mujer del granjero que los amenaza con un cuchillo. Humpty Dumpty está tumbado al sol.

En el centro del mapa, una bota vieja escupe un montón de niños sucios y gritones. Una anciana andrajosa los persigue blandiendo una cuchara de madera.

La puerta se abre y el doctor Ed aparece con una bata azul, un estetoscopio colgado del cuello y un par de tiras de pegatinas asomando por el bolsillo del pecho.

—Siempre me imaginaba que así es como vivían Reese y Jess Raynor —le digo, volviendo la vista hacia la bota.

Lo mira de camino al lavabo para lavarse las manos.

—La bota está mejor aislada —dice.

Se acerca con un depresor lingual en la mano.

—¿Cómo fue la subasta del hospital? —pregunto.

—Un éxito —dice—. Tus balones causaron furor. Di «ah».

Abro la boca y saco la lengua. Intento preguntarle:

—¿Qué te parece que Reese haya vuelto?

Pero de mi boca solo sale un largo «Ah-ah-ahahah-ah-ah-ah-ah-ah-ah».

Me entiende sin dificultad.

—No estoy dando saltos de alegría, la verdad. Sé que se quedará una temporada con Jess y Bobbie. Sé que la situación va a empeorar más de lo que ya está.

—¿Ah ah-ah-ahahahahah-ah-ah-ah-ah-ah-ah-ah-ah-ah?

—Soy su pediatra desde que nació Gary y nunca había visto ninguna señal de maltrato en Danny hasta ayer.

Me quita el depresor de la lengua y lo tira al cubo de la basura.

—¿Estás seguro de que es maltrato?

—Digamos que no chocó contra una pared.

—¿Por qué Bobbie protege a Jess? No los conozco demasiado, pero no me da la impresión de que Bobbie sea de las que consienten que le hagan eso a su hijo.

Vuelve con un otoscopio. Me da un autoritario tirón en la oreja derecha.

—Muchas mujeres prefieren negarlo y convivir con la situación —dice, mientras me explora el oído—. Optan por defender a su marido.

—¿Por amor?

—Claro que no. Eso no es amor. Es cobardía. Esas mujeres no tienen una puñetera pizca de valor.

—A eso me refiero. Bobbie no es así. No es una cobarde. Su familia lo pasó muy mal cuando su padre murió. Es una superviviente. Y siempre fue muy divertida. No se viene abajo por nada. Al menos delante de los demás.

Me explora el otro oído.

—Jess perdió el trabajo. Se le ha acabado el subsidio de desempleo. No ha conseguido encontrar nada estable. Tiene cuatro hijos y una mujer que alimentar. Está muy agobiado. Por el dinero y por otras cosas. Que un hombre pierda los nervios en un

momento no es para colgarle el sambenito de que es un monstruo. Puede que Bobbie lo vea así. Sea como sea, no estoy dispuesto a consentir que se repita.

Pienso en cómo reaccionó Jess anoche, cuando lo acusé de pegar a Danny. Recuerdo lo a gusto que parecían estar el uno con el otro cuando los vi en el vertedero. No me convence lo que dice el doctor Ed, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que no nos han contado la verdad.

Se pone delante de mí y se coloca el estetoscopio en los oídos.

—Desabróchate la camisa —dice.

Me ausculta el pecho.

—Respira hondo.

Se inclina hacia delante y escucha con atención.

—¿Vino ayer Val Claypool? —pregunto.

Dice que sí con la cabeza.

—¿Qué puedes decirme de él?

—Le quitaron las anginas cuando tenía cinco años y es alérgico a los gatos.

Se incorpora y se quita el fonendo de los oídos. Saca del bolsillo un manguito para tomarme la tensión y me lo pone en el brazo.

—¿Por qué vino a verte?

—Le dolía la tripa.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—¿Alguna otra razón?

—Quería hablar.

—No quiso hablar conmigo. ¿Te dijo que nos vimos?

—Creo que lo mencionó.

—¿Qué dijo?

—Que te había visto.

—¿Nada más?

Aprieta varias veces la perilla y comprueba cuánto marca el manómetro.

—¿Qué esperabas que me dijera? «He visto a Ivan Zoschenko. Es un hombre atractivo. ¿Crees que me firmaría un balón de fútbol?»

—Solo quería saber si había dicho algo de mí.

—No.

—¿Nada de nada?

—No.

—¿Te dijo por qué había vuelto?

Me quita el manguito del brazo y vuelve a lavarse las manos.

—¿Cómo va tu rodilla? —pregunta.

—Bastante mal.

—Val va a quedarse un par de días en esa casa abandonada, enfrente de la casa de Bert Falls. Está habitable. Tiene un buen tejado. ¿Por qué no vas y hablas con él tú mismo?

Vuelve a la camilla y se fija en la caja de puros y el Buda que están en el suelo.

—Eso es para ti —digo—. El reloj es de parte de Zo. Los puros de la mía.

Cuando se agacha a cogerlos veo que tiene manchas de la edad en la coronilla, debajo del pelo blanco cortado al rape. Nunca se me ha pasado por la cabeza que la edad pueda vencer al doctor Ed.

Debe de andar cerca de los setenta, puede que más, pero los años no le han quitado vitalidad ni reflejos.

Nunca me han preocupado el pelo blanco y las arrugas, pero descubrir esas manchas de la edad es como ver las primeras señales de óxido en la cerradura de un coche fiable al que se le ha cogido cariño. No exigen respeto ni confianza. No se pueden ocultar ni ignorar, pero su significado es evidente. Está empezando a corroerse.

No quiero que el doctor Ed muera. Quiero que podamos seguir juntos un poco más.

Coge el reloj y lo mira por todos los lados, hasta que ve la cita de Confucio grabada al dorso.

—«El camino del hombre superior es triple. Virtuoso, queda libre de toda preocupación; sabio, queda libre de toda perplejidad; valiente, queda libre de todo temor.»

Deja el reloj encima de la camilla, junto a los puros, y abre la caja.

—Don Sebastián —murmura, mientras coge uno de los cigarros, envuelto en una funda dorada, y se lo acerca a la nariz—. Bendito seas.

Saca de un bolsillo un taco de recetas. Me alegra comprobar que va a darme más pastillas.

—Una cosa más —le digo de mala gana al recordarlo—. Anoche me encontré con Mike Muchmore. Dice que tienes que disculparte con esa familia que te quiere denunciar por vacunar de la triple vírica a uno de sus hijos. Me pidió que te lo dijera. Por lo visto tuviste que sobornar al padre con cerveza y pollo.

Una sonrisa asoma a sus labios y se ríe entre dientes.

—¿Sabes de quién habla? —pregunto.

—Sí. Ya me ocuparé de eso.

—Quizá no sea tan fácil. Muchmore es su abogado.

—Perfecto.

—¿Qué quieres decir?

—¿No dices que te pidió que me disculpara?

—Sí.

—Eso significa que quiere evitar el juicio, ¿no?

—Sí —asiento, con cansancio.

—¿Sabes cuánto dinero ganaría él si se querellasen contra mí? ¿Si tan solo llegaran a presentar la demanda? Está intentando ayudarme, no quiere hacerme daño.

—No creo que tenga ningún interés en ayudarte. No sabes las cosas que dijo de ti.

—Sé lo que piensa de mí. Me lo ha dicho a la cara. Cree que soy escoria blanca y un fanfarrón de mierda, pero sabe que soy un buen médico. Yo creo que él es un capullo que se da aires de superioridad moral, engreído y repelente, pero es un buen abogado, y es bueno conocer a un buen abogado. Hay momentos en la vida en los que hace falta un buen abogado, lo quieras o no, para expulsar la mierda. Son como enemigas.

Coge el bolígrafo y arranca la receta del taco con una floritura de veterano para doblarla y entregármela a continuación.

–Tienes la tensión alta. Tienes mal color. Tienes cera en el oído izquierdo y alguien te ha dado un puñetazo en la cara –resume.

Me da una palmadita en el hombro.

–Ahora, si me disculpas –dice mientras se dirige a la puerta–, tengo pacientes mucho más monos que atender.

Vuelvo a la sala de espera y cojo una piruleta al pasar por delante de la mesa antes de que su hermana pueda darme un manotazo.

En la camioneta desdoblo la receta y miro los garabatos del doctor Ed. Dice lo siguiente: «Sobrio, es libre de hacer el capullo».

Los sabuesos de los Raynor anuncian mi llegada con una perfecta sintonía de ladridos solemnes. Cuando la voz de uno desciende, la del otro escala como un tenor, con tanta vehemencia que imagino que podría atravesar el aire con la mano por encima de los hocicos pecosos y sentir cómo se retuercen las notas entre mis dedos.

Aparco la camioneta en la carretera. Los campos húmedos, pardos y verdes, salpicados de rastros invernales, se alejan en una ondulante sucesión de colinas. Un puñado de vacas rojas y blancas pacen tambaleantes en lo alto de un cerro donde un roble enorme, de amplias ramas y tronco retorcido, ha sobrevivido por respeto a su utilidad como árbol de sombra y su aspecto ornamental.

Una hilera de árboles despojados de sus hojas bordea la casa por detrás, y la maraña de sus ramas negras y entrelazadas me recuerda la puntilla de encaje del pañuelo de luto que Zo le dio a mi madre el día del entierro de los mineros. Lo tuvo en la mano todo el tiempo, pero no llegó a usarlo. Yo sabía que no lo haría. Le parecía demasiado bonito.

Han limpiado el patio desde que estuve aquí el domingo. Se han llevado la leña, pero las huellas de neumáticos siguen en el suelo y la puerta del garaje aún tiene un agujero en el centro. Han tapado el agujero con un trozo de plástico transparente y lo han pegado con cinta adhesiva. La cinta se ha soltado en un lado, y el plástico ondea en la brisa fría con un ritmo preciso, como si la casa respirase con ayuda de una cámara de oxígeno.

Me detengo delante de la puerta con las escopetas de Jess en la mano y aguzo el oído. No oigo ningún ruido dentro. Ni siquiera la tele. Si Bobbie está en casa, sé que estará al otro lado de la puerta, esperando a que llame. Con los ladridos de los perros y el ruido de mi camioneta seguro que sabe que estoy aquí. Está decidiendo si *ella* está.

Fui sincero cuando le dije a Jess en el vertedero que quería ayudarlo, pero después de lo que pasó anoche en el Brownie's empiezo a dudar de que sirva de algo hablar con él. He decidido intentar hablar con Bobbie, y eso es todavía peor que hablar con Jess. El otro día quería arrancarme la cabeza.

Pero tengo media hora libre antes de reunirme con Jolene en casa de Bert Falls con la esperanza de encontrar a Val. La casa de Bobbie y Jess me pilla de camino. No necesito

más excusas.

Llamo a la puerta.

Bobbie abre inmediatamente. Lleva una camiseta negra, ceñida, y unos vaqueros descoloridos ceñidos a la cintura con un pañuelo enrollado. Se apoya en el marco de la puerta, cruza los brazos y se rasca con el pie descalzo y las uñas pintadas de azul brillante el empeine del otro pie.

Me observa con la mirada inescrutable, serena y vigilante a la vez de un felino.

—¿Cómo es ese dicho? ¿«Cuidado con los gringos que traen armas»?

—Creo que el proverbio original era «Cuidado con los griegos que traen regalos», pero el tuyo tiene más sentido.

Me quita las escopetas, una de cada mano, y las deja en el rincón más próximo. No le devuelvo la pistola y tampoco me la pide. Cabe la posibilidad de que no la eche en falta.

—¿Por qué no las trajiste inmediatamente?

—Las cosas se pusieron un poco volátiles.

—¿Volátiles? —pregunta, con una sonrisa lenta—. ¿Te enseñaron esa palabra en la escuela de ayudantes del *sheriff*?

—No, ya la conocía.

Se despeina el pelo cobrizo con los dedos y parece un niño recién levantado.

—¿Y qué si fue volátil? ¿Crees que somos de esos que se matan a tiros entre ellos?

—Jess estaba a punto de pegarle un tiro a cualquiera.

—No es verdad. Iba a pegar un tiro a las ruedas para que no pudiese coger el coche.

—Ah, bueno. Siempre se me olvida la hospitalidad de los Raynor: o te vas con una sonrisa en los labios, o no te vas.

Entorna sus ojos verdes y vuelve a observarme como un felino al acecho.

—¿Es esta una visita oficial? Porque no tengo nada que decir de lo que pasó el otro día. Todo está bien. Danny está bien. Jess está bien.

—¿Dónde está Danny?

—Con Jess. Han ido a hacer un recado.

—¿Cómo es que dejas a Danny solo con él?

Quiero que meta la pata y confiese lo que ha pasado en realidad, pero, una de dos, o es demasiado lista o ha contado la verdad desde el principio.

—Danny está bien con Jess. ¿Por qué no iba a estarlo?

Gira sobre uno de los talones descalzos y se aleja de la puerta.

—Si has venido por los viejos tiempos, puedes pasar y tomar una taza de café conmigo. Si estás aquí como uno de los matones de Jack Townsend, puedes cerrar la puerta y largarte.

Pienso en mis compañeros: los dos Chads, ambos jóvenes y relativamente idealistas. Uno de ellos, apuesto, de facciones bien dibujadas, como el cartel de un anuncio de reclutamiento militar, sigue viviendo en casa con su madre. El otro, con cara de perplejidad constante, convertido prematuramente en padre de familia, me recuerda a un perro que lleva una hora persiguiendo Frisbees, cada vez que entra en la comisaría y se desploma en la silla, detrás de su escritorio.

Stiffy es una cámara acorazada en cuanto a compostura y fortaleza interior, y eso le ha permitido soportar una vida de insultos a cuenta de su nombre, hasta el punto de que ahora está tan orgulloso de llamarse así que no consiente que lo llamen de otra manera. Siempre contesta el teléfono con la misma fórmula: «Stiffy al habla». Y Doverspike, aunque grande y fanfarrón, gana un trofeo en la feria casi todos los años con uno de sus patos blancos de concurso. «Matones» es uno de los últimos términos que yo emplearía para referirme al grupo, pero no pienso gastar saliva discutiendo con Bobbie de este asunto.

La sigo hasta la cocina. Es un placer. Tiene un culo espléndido.

La veo mover las caderas y volver a alborotarse el pelo con los dedos y una vez más siento celos de Jess.

Estoy celoso de su mujer tan guapa, de sus hijos devotos, de su billetera, hasta de su mierda de casa. Al menos tiene buenas vistas del valle.

Me vienen a la memoria las palabras que dijo Jess en el vertedero, y la realidad de lo que ha resultado ser mi vida colisiona violentamente con las viejas suposiciones de cómo iba a ser, pero me recuerdo que cuando tenía todo un futuro por delante, nunca quise nada de esto. Sigo sin quererlo, pero soy el primero en reconocer que no sé lo que quiero.

¿Cómo puedo envidiar algo que no deseo? ¿Cómo puedo admirar una situación que me inspira lástima?

Estos sentimientos encontrados me resultan familiares. Me recuerdan la sensación que tuve de pequeño al ver cómo la gente reanudaba sus vidas después de la explosión.

La mayoría de las personas, hombres y mujeres, se limitaron a seguir adelante. Al menos en la superficie, dio la impresión de que reaccionaban a la muerte de tantos hombres como si de pronto se abriera un socavón en la carretera de sus vidas. No se pararon a protestar y tampoco se enfadaron. No intentaron rellenarlo ni pusieron un cartel para advertir a los demás. Lo rodearon y siguieron su camino.

A mí no me pareció bien esa manera de sentir y de actuar. Vi que eran incapaces de sentir rabia, de buscar a los culpables y de vengarse de algún modo del posible enemigo real o imaginario, y pensé que obraban así por debilidad y por apatía; aunque al mismo tiempo sabía que esa firmeza y esa negativa a compadecerse de nadie, y mucho menos de sí mismos, les hacía más valientes y más virtuosos de lo que yo podía aspirar a ser jamás.

Bobbie fue una de ellos. Su familia pasó muchos apuros económicos. Bobbie se puso a trabajar en la cafetería del instituto, sin vergüenza ni rencor. Siempre tenía algún trabajo después de clase, y con el dinero que ganaba compraba comida y abrigos para sus hermanos pequeños; nada de discos o brillos de labios para ella, nada de salidas al cine por la noche.

No sé cómo lo viviría por dentro, pero por fuera no parecía afectada. Nunca estaba triste o enfadada. Sacaba buenas notas. Trabajaba sin queja y buscaba la diversión y el placer sin culpa.

Su cocina está impecable. Una pequeña mesa de madera de un blanco inmaculado

preside el centro del suelo de baldosas verde oscuro. Los respaldos de las sillas hacen juego con el suelo. La encimera también hace juego con el suelo, y los armarios son blancos, con los tiradores dorados.

Me quedo maravillado, igual que el domingo, de lo limpia y recogida que consigue tener la casa a pesar de Jess y de sus cuatro hijos.

Es posible que se pase el día entero limpiando sin parar. Seguro que su madre le dio ejemplo. Seguro que era como mi madre y como Zo, y como la mayoría de las mujeres a las que conocí de niño. Trabajaban mucho y siempre estaban cansadas, pero nunca cuestionaban su modo de vida, porque nunca conocieron otra manera de vivir. Todo el mundo trabajaba sin descanso, porque siempre había trabajo por hacer.

Bobbie lo lleva grabado a fuego. Jess también. Lamentablemente, ya no hay trabajo para ellas, y no las han educado para perder el tiempo y estar ociosas.

—Eso que tienes en la cara, ¿te lo ha hecho Jess? —dice mientras busca una taza en un armario.

—¿Por qué lo preguntas?

—Anoche volvió con un labio hinchado. No quiso contarme qué había pasado.

—En ese caso, yo tampoco te lo contaré.

Me ofrece una taza de café y un cuenco de azúcar. Al momento vuelve a mi lado con su taza y una botella de whisky. La levanta para servirme un poco. Sus ojos de color avellana han perdido esa intensidad felina. En la cocina, sin la luz eléctrica, parecen gris claro, aunque detecto en su expresión un suave destello de malicia.

—¿Quieres que te irlandice el café? —lo formula como una pregunta, aunque en realidad es un desafío—. Mi padre nunca tomaba el café solo —explica.

Observo la botella mientras se inclina sobre la taza. Veo concentrarse las primeras gotas doradas en el cuello. Se me seca la boca y se me tensa la garganta. El pulso se me acelera.

Alargo la mano sin conciencia ni permiso para cubrir la taza. Un chorro de whisky me salpica en el dorso de la mano. Bobbie aparta la botella y se disculpa mientras me sacudo el alcohol de los pantalones, al tiempo que me resisto a la imperiosa necesidad de lamerlo.

—No, gracias —digo, con voz temblorosa.

Ella sabe que en realidad quiero decir: «Sí, por favor». Tapa la botella, pero no se la lleva. La deja encima de la mesa, como una señal de que no somos del todo amigos.

—Así que hoy sueltan a Reese —digo.

Se sienta enfrente de mí y bebe un sorbo de café.

—Llamó a Jess esta mañana, casi ni había amanecido. Nos despertó a todos. Le dijo que pasaría por aquí más tarde.

—¿Hoy?

—Sí, a mí también me sorprendió. Supuse que tendría que ocuparse de asuntos urgentes antes de venir, de cosas como emborracharse y echar un polvo. Pensé que intentaría tirarse a alguien donde nadie lo conozca. Me gustaría pensar que aquí le será imposible, aunque supongo que tenemos guarras, como en todas partes.

Me mira un instante con arrepentimiento sincero.

—No lo digo por faltarle al respeto a Crystal. Reconozco que nunca entendí qué veía en Reese y por qué se le metió en la cabeza casarse con él y tener un hijo; claro que entonces él aún no se había convertido en un monstruo. Tenía algunas cosas buenas. Todavía era recuperable, y puede que fuera eso lo que ella vio en él. Nadie lo vio venir. Nadie se imaginó que sería capaz de hacer lo que hizo. Ahora lo sabemos todos, y cualquier mujer que se acueste con él, sabiendo lo que sabemos, será tan repugnante como él.

—Veo que lo esperas con mucha ilusión.

Sonríe.

—Jess no puede darle la espalda. Ya sabes cómo tira la sangre.

—Más que el sentido común.

—Pues sí. Además, son gemelos. Están ligados por ese extraño vínculo intrauterino. ¡A saber lo que pasó allí dentro! ¿Sabías que los gemelos idénticos vienen de un mismo óvulo? Dos espermatozoides. Un óvulo. La verdad es que da miedo, si te paras a pensarlo. En realidad son una persona partida por la mitad.

—O no. Dos espermatozoides, dos personas.

Niega con la cabeza.

—Dos óvulos, dos personas. Dos espermatozoides en un mismo óvulo son como esos disfraces de caballo en los que uno se mete en la cabeza y otro en las patas traseras.

—¿Y cuál de los dos es Jess? ¿La cabeza o el culo?

Vuelve a sonreír.

—Pues sí que vas haciendo muchas preguntas sobre Reese. Jess me contó que le hiciste unas cuantas, y su hermana Bethany dijo que a ella también le preguntaste. ¿Por alguna razón en particular?

No respondo inmediatamente, y algo llama su atención por el rabillo del ojo antes de que se me ocurra una excusa. Se levanta de repente y corre hacia la puerta de atrás, donde hay un balón de fútbol viejo, con una costra de barro.

—¿Qué hace esto aquí? —pregunta enfadada al culpable ausente.

Vuelve a mirarme y veo que ese destello de maldad que había detectado en sus ojos ha cobrado intensidad.

—Piensa, ¡deprisa! —me grita, lanzándome el balón.

Consigo cogerlo, pero se me escapa y rebota en la mesa, volcando las tazas. Se derrama un poco de café.

Me arden las plantas de los pies y al instante resuena en mi cabeza el rugido sordo de la multitud, como la marea en la entrada de una cueva, cuando anuncian el nombre de nuestro equipo mientras esperamos en el vomitorio, entre las gradas y los vestuarios. La calva de Deets emite una extraña fosforescencia en la oscuridad, como las setas venenosas que crecían en el bosque, detrás de mi casa.

—¿Qué pasa contigo? —se ríe Bobbie—. ¿Qué ha sido del gran Ivan Z?

—Ya no juego —digo, tratando de defenderme—. No he tocado un balón desde que me rompí la pierna, más que para firmarlo.

—¿Nunca? ¿Ni una sola vez? ¿Nunca has lanzado unos pases a los hijos de Jolene?
Digo que no con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

Se acerca y me quita el balón de las manos.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes dejarlo así como así? Jess juega con los chicos. La mayor es la mejor de todos. Tendrías que ver cómo atrapa el balón. Me recuerda mucho a Jess en el instituto. «Dedos pegajosos», la llama él.

Vuelve a la puerta, la abre y lanza el balón fuera. Acto seguido se agacha para colocar una hilera de botas de agua embarradas que están en el felpudo. Noto que se me empieza a poner dura al verle el trasero embutido en los vaqueros.

Acaricio unos momentos la idea de acercarme y seducirla. Incluso llego al punto de imaginar que ella responde como aquella vez, hace más de veinte años, en el asiento trasero del Buick de su abuela.

¿Y si respondiera?, me pregunto. ¿De verdad la deseo porque la deseo, o porque deseo que me desee, o porque quiero intentar redimirme de ese comentario de que «no es para tanto», o porque quiero lo que es de Jess, o porque no puedo tener lo que de verdad quiero, que es a Chastity, o solo porque tengo un pene frío y solitario pegado a la parte inferior de mi cuerpo?

La erección se esfuma antes de llegar a materializarse. El calor del deseo se convierte en un escalofrío de duda que me recorre todo el cuerpo, me congela la entrepierna y se solidifica, como una coquilla que me abarcara los genitales.

Bobbie se incorpora, cierra la puerta y vuelve a la mesa.

—Todo el tiempo y la energía que invertiste en el fútbol —dice mientras se sienta—, ¿en qué la has puesto todos estos años? En beber, supongo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Todo el mundo sabe que eres alcohólico.

No esperaba un comentario tan duro. A esas alturas la polla se me ha doblado y solidificado en autocompasión como un insecto atrapado en ámbar.

—Jess también lo es —digo.

—Jess no es alcohólico. Jess bebe. Es distinto.

—¿Eres experta en la materia?

—Mi padre era irlandés y tenía cinco hermanos. Yo tengo tres. ¿Qué te parece?

—Y todos son alcohólicos.

—Tengo dos tíos que sí lo son, y un hermano. Los demás beben mucho. Mi padre también bebía mucho.

—¿Y la diferencia es...?

—Un hombre que bebe mucho lo hace para ir tirando. Un alcohólico bebe porque no es capaz de afrontar las cosas.

—¿Qué es lo que yo no puedo afrontar?

Vuelve a esbozar la misma sonrisa taimada de antes, como si compartiésemos un secreto siniestro que yo no quiero desvelar.

—Quiero a Jess —dice—. Es el hombre de mi vida. Pero somos distintos. Tú y yo somos iguales. Nuestros padres estaban lejos del lugar de la explosión. Eso significa que murieron aplastados o asfixiados. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿Cómo murieron?

—No.

—¿Te has culpado alguna vez por la muerte de tu padre? —pregunta.

—No. ¿Y tú?

—A veces.

Deja de sonreír, pero sigue mirándome fijamente y con recelo, como si temiera que fuese a soltarle algo que no debería decir.

—Sabes que Jess podría haber ido a la universidad y haber jugado al fútbol igual que tú. Podría haber terminado una carrera y ahora tendría un buen trabajo. Pero tenía muy claras sus prioridades. Se quedó aquí, porque este era su sitio. Era un hombre de verdad.

—¿Esa es tu definición de un hombre de verdad? —pregunto—. ¿Alguien que vive y muere a tres kilómetros de donde ha nacido, aunque eso signifique estar en paro, sufrir y luchar todos los días de su vida solo para sobrevivir?

—Pues sí.

Apoya los codos a los lados de la taza y hace un puente con las manos para reposar la barbilla, mientras me estudia con unos ojos en los que se descubre a las claras la intención de hacer daño.

—Tú hiciste lo que querías, no lo que debías. Sabes que tu padre nunca te hubiera permitido hacer lo que hiciste. Se habría llevado un chasco muy grande contigo.

Un escalofrío mucho más fuerte que el de la entrepierna me recorre de arriba abajo. No es posible que sepa lo de Crystal.

—¿Qué fue lo que hice, según tú? —susurro.

Sonríe muy complacida. Sabe que me ha dejado tocado. No sé de dónde viene tanta hostilidad hacia mí. Quizá simplemente me ve como una amenaza para su familia. Teme que pueda sacar a la luz su sucio secreto.

Puedo sumarme al juego. Yo también puedo hierirla.

—Todos sabemos que Danny no se dio contra una pared. Jess me contó lo que pasó. Anoche, en el bar. Estaba bebido. Ya sabes que los borrachos se van de la lengua. Por eso nos peleamos.

Un velo de pánico y sospecha cubre su rostro.

—¿Qué te contó?

—La verdad.

Se queda pensativa y recobra la calma. Niega con la cabeza, confiada.

—No te contó nada.

—¿Por qué lo proteges?

—¿Protegerlo? ¿Qué quieres decir? ¿Qué te contó?

—Me contó que pegó a Danny.

Tarda un poco en asimilar mis palabras. Su expresión se borra por completo. Palidece por momentos.

Mira al frente con mucha intensidad, como si hubiese entrado en trance. Y de golpe se

desmorona. Se le llenan las mejillas de lágrimas y los sollozos le sacuden los hombros. Oculta la cara entre las manos.

—Esa es la clase de hombre que es —dice, escondida detrás de las manos.

Tardo en entender lo que dice.

—¿Esa clase de hombre? ¿De los que pegan a sus hijos?

Se descubre la cara y vuelve a negar con la cabeza.

—No. No lo entiendes. Él es muy bueno conmigo y yo me he portado fatal.

—Es verdad. No lo entiendo. No entiendo nada de lo que dices.

—A veces pienso que no puedo más. Sencillamente, no puedo. Y encima ahora viene Reese.

Guarda silencio de repente. Noto en su gesto que cree que ha hablado más de la cuenta.

—Claro que no puedes más —intento consolarla—. Tienes cuatro hijos y tu marido está en paro. Es una situación muy difícil, pero eso no puede justificar a Jess. Nadie quiere que tenga problemas. No es un mal tío.

—¡Tú no sabes nada de Jess! —explota, con la misma rabia que el domingo, cuando el doctor Ed acusó a Jess—. ¡No hables de Jess!

—¿Pegó a Danny?

Se queda pensativa. Soy consciente de que se está librando una ardua batalla entre su cabeza y su corazón. Se trasluce en su gesto. Rabia, miedo, tristeza, incluso amor, todo entra en pugna.

Se levanta y lleva la taza al fregadero.

—Si te ha dicho que le pegó a Danny —dice, con la voz ahogada por un sollozo, dándome la espalda—, entonces supongo que es verdad.

Cuando vuelve a mirarme, ha recobrado la compostura admirablemente.

—De todos modos, no es asunto tuyo —añade—. Espero que lo comprendas. Lo digo en serio. Ahora quiero que te vayas y que no vuelvas por aquí.

Se va de la cocina. Salgo por la puerta de atrás. Está cayendo una llovizna suave y delicada, como un aliento húmedo y fresco. Distingo unos brotes verdes y brillantes en las ramas desnudas que desde la carretera parecían negras y muertas.

Junto a la fila de botas sucias hay dos latas de Ball igual de sucias, con las tapas perforadas con un destornillador.

Las cojo para comprobar si sus prisioneros siguen ahí. Están vacías, y vuelvo a dejarlas donde estaban.

Durante las vacaciones de verano, Steve y yo nos pasábamos horas y horas en el agua fangosa y fría del arroyo que hay detrás de mi casa levantando las piedras en busca de cangrejos para meterlos en tarros. Eran una presa especialmente emocionante y apreciada, porque tenían pinzas y debías ir con cuidado para que no te hicieran daño.

A veces los devolvíamos al arroyo. Otras veces nos olvidábamos de ellos, los dejábamos al sol y se achicharraban. Y otras veces los soltábamos alrededor de la caseta del perro, en el jardín de Steve, y veíamos al labrador atado de la cadena intentando atrapar a los cangrejos, que iban dando tumbos como alelados, escapando por los pelos

de las fauces a los palos con que los hostigábamos, hasta que sucumbían al polvo y la extenuación.

Siempre nos impresionaba el tamaño de las antenas y de las pinzas cubiertas de barro de las presas que lográbamos capturar. Nos encantaba agitar los tarros con fuerza, y nos reíamos cuando los cangrejos reaccionaban a nuestra crueldad intentando destrozarse mutuamente.

Noventa y siete hombres murieron en Gertie. Los sesenta y cuatro cadáveres que se rescataron quedaron tendidos en hileras en el suelo de la sala polivalente del colegio de Coal Run, sobre unas sábanas blancas donadas por los almacenes Woolworth's. Los demás siguen enterrados en las profundidades de las galerías, junto a mi padre.

Los equipos de rescate estuvieron dos semanas trabajando sin descanso antes de renunciar a la búsqueda. Fue un proceso lento y doloroso. La montaña se derrumbó y se tragó a los mineros, y la única manera de rescatarlos era cavar con pico y pala, como hacían sus antepasados en otros tiempos para extraer el carbón.

A medida que pasaban los días se iba perdiendo la esperanza de encontrar supervivientes. Se buscaba solo algo que desenterrar y devolver a un ser querido dentro de una caja para volver a enterrarlo: una mano con una alianza grabada, un pie todavía enfundado en su bota con puntera de acero, un jirón de piel carbonizado y adherido por una costra de sangre negra a un jirón de camisa, un casco intacto, con su linterna todavía encendida y mechones de pelo mezclados con restos macilentos de cuero cabelludo pegados por dentro.

Yo no vi nada de esto. Solo lo he oído contar, pero me consta que es cierto. Por eso había tantos ataúdes pequeños en el funeral, del tamaño normalmente reservado para los recién nacidos, me explicó Val de mala gana cuando se lo pregunté.

Val colaboró en las tareas de rescate las dos semanas enteras. Fue uno de los primeros en acudir y uno de los últimos en darse por vencido. Es posible que hubiera seguido cavando eternamente, como un perro decidido a encontrar un hueso perdido, si los de la J&P no hubiesen dado por terminada la búsqueda. Además, tenía que volver al trabajo. Ya había perdido la paga de dos semanas.

No me dejaron volver a la mina después del día de la explosión. A Val lo vi solo una vez ese día, horas después del accidente. Estaba sentado en el suelo, respirando con una mascarilla de una de las bombonas de oxígeno donadas por el hospital de Centresburg, mientras miraba a una docena de perros que se habían congregado de un modo extraño, apartados de la gente, y observaban la escena tumbados en silencio, con el hocico entre

las patas.

Fui corriendo hacia él y le conté que mi madre me había dislocado el hombro, pero habíamos encontrado al doctor Ed y me lo había colocado enseguida. Me había puesto una inyección que me había dejado el brazo medio dormido y me había dado un puñado de piruletas. Le ofrecí una a Val. Cogió la roja y se la guardó en el bolsillo.

Cuando le pregunté si sabía algo que yo no supiera, me preguntó qué era lo que yo sabía. Le dije que sabía que había habido una explosión y un derrumbamiento en la mina. Sabía que muchos padres habían muerto. Sabía que el nombre de mi padre estaba en la lista que habían puesto en la puerta de la oficina, junto al de los demás mineros de la galería 12 izquierda, pero que no estaba muerto hasta que mi madre lo dijese. Sabía que su número era el 342. Sabía que el nombre oficial de Gertie era Compañía Minera J&P n.º 9. Sabía que Stan Jack bautizaba todas sus minas con nombres de mujeres de su familia. Sabía que Gertrude era su madre.

Me dijo que era un chico listo y que él no sabía más que yo.

A partir de ese día, Val se marchaba antes de que yo me levantase. Volvía al caer la tarde, cubierto de cabornilla negra como el betún, reventado, sucio e incapaz de hacer nada más que desplomarse en el patio de su casa y quedarse tan quieto que yo me convencía de que estaba muerto.

Me acercaba a él y lo llamaba. Le daba en la pierna con la punta del pie. Le preguntaba si quería una cerveza.

Maxine salía al patio y le suplicaba que se levantara, le suplicaba que se diera una ducha, le suplicaba que cenase, le rogaba que se fuera a la cama. Le prometía cosas que no podía ofrecerle. Profería amenazas que a él no lo asustaban. Se echaba a llorar. Al final lo zarandeaba hasta que conseguía despertarlo y le decía a gritos que iba a coger una pulmonía si se quedaba tirado en el suelo.

Él la mandaba a paseo, decía entre dientes que morir de una pulmonía era una forma cojonuda de morir y volvía a quedarse dormido.

La única persona capaz de despertarlo era mi madre.

Cuando Maxine volvía a entrar en casa, lloriqueando y lamentándose de lo inútil que era el amor de una madre, mi madre cruzaba el patio, arropándose con su jersey viejo y lleno de bolas, abrazándose el pecho para protegerse del aire frío de la noche.

Se arrodillaba junto a Val, le rozaba un brazo y Val abría los ojos al instante.

—¿Por qué no entras en casa, Val? —le preguntaba con su voz tranquila y firme—. Lávate. Toma algo caliente. Duerme un poco.

Val se incorporaba apoyado en un codo. Los ojos que asomaban bajo la máscara negra y tétrica la miraban como si no la hubiesen visto nunca, como si fuese un ser mitológico, un unicornio o un hada de los bosques, como si no supiera si asustarse o dejarse hechizar por ella.

Mi madre lo miraba con esa mirada nueva, obsesiva y penetrante, de la que era imposible apartarse, y a la que nadie podía tampoco resistirse.

Cuando yo me veía atrapado en esa mirada nueva, sentía un dolor dulce y extraño, como cuando me rascaba la picadura de un bicho que me estaba volviendo loco hasta

hacerme sangre; aunque disfrutaba del alivio momentáneo que me producía, sabía que después me atormentaría la herida. Necesitaba a mi madre más que nunca, pero mirarla me mataba.

Sus ojos eran lo único que había cambiado. Su voz seguía siendo la misma. Conservaba el mismo aspecto físico. Seguía ocupándose de su trabajo. Trabajaba más que antes. Ayudaba a las mujeres que no podían afrontar la tragedia. Nuestra casa estaba llena de niños.

Un desconocido no habría notado que le pasaba algo; solo en los ojos se adivinaba. Eran sus *nakolki*, sus tatuajes. Me producían la misma sensación que cuando pasaba un dedo por el contorno del tatuaje de Stalin de mi padre: respeto y admiración porque hubiera logrado sobrevivir, pero también la tristeza del aislamiento, pues sabía que había vivido experiencias que yo jamás comprendería y que le habían convertido en un hombre más fuerte y mejor que yo.

—Está bien —decía Val—. Ya voy.

Desde el día de la explosión hasta el día en que se fue a Vietnam, solo recuerdo una ocasión en que Val se refirió a mi madre sin ofrecerse a ayudarla en algo.

Fue el día del entierro de los mineros. Ese día volvió a casa antes de lo acostumbrado. Aún quedaban un par de horas de luz.

Yo estaba sentado en el último escalón del porche de atrás, con mi libro de *Maravillas de la naturaleza*. El porche era de cemento, y mi madre me decía que no me sentara allí en esa época del año si no quería morirme de la misma pulmonía de la que Maxine siempre estaba advirtiéndome a Val.

A mí me costaba imaginar que alguien pudiera morirse por sentarse en un sitio frío, porque un resfriado se derrotaba fácilmente con aspirina infantil masticable y Vicks VapoRub. Fuera cual fuese la razón, este era un temor común en todas las madres, y yo en general lo respetaba, pero ese día mamá se olvidó de advertirme.

Val me vio allí y me dijo que entrara en casa. Me sorprendió y me alegró mucho ver que volvía temprano y no se tiraba a dormir en el suelo. Cerré el libro y corrí a su encuentro. Estar cerca de Val me hacía sentir como un hombre. Antes de la explosión no me molestaba ser parte de las mujeres y los niños, pero desde entonces me parecía una traición.

Empezó a quitarse la ropa sucia. Cuando terminaba su turno, solía lavarse en las duchas comunes, pero durante las dos semanas que pasó con los equipos de rescate volvía a casa hecho un asco.

Siguió desvestiéndose hasta quedarse en ropa interior. En el borde del porche de atrás había un cepillo y un trozo de algo azul grisáceo y duro que parecía granito, aunque en realidad era una pastilla de jabón. Cogió las dos cosas, abrió el grifo que había a un lado de la casa, donde en verano enchufaban la manguera, y metió la cabeza debajo del agua helada.

Aulló como un perro apaleado y empezó a frotarse enérgicamente la cabeza, la cara y los brazos con la pastilla dura como la piedra y el cepillo con púas de alambre.

Cuando terminó, con la piel enrojecida, sacudió la cabeza con fuerza y se acercó a la

puerta de atrás chorreando y con carne de gallina. Cogió una toalla que había en un perchero, entró en casa y volvió minutos después, vestido con unos vaqueros y una camisa de franela limpia, una gorra de béisbol de Penzoil y las botas que reservaba para las ocasiones especiales, de gamuza amarilla con los cordones rojos.

–¿Te apetece dar una vuelta? –dijo.

–Claro –contesté sin vacilar.

–Pide permiso a tu madre.

Ya había subido a la camioneta cuando volví corriendo. Arrancamos sin hablar. A mí no me molestaba el silencio, aunque de buenas a primeras me entraron unas ganas inmensas de que cantara el abecedario con eructos, pero me aguanté y no dije nada.

Aparcamos en la cuneta, no sé por qué, en medio de la nada. Val bajó y se puso a escalar la ladera, así que yo me adentré en el bosque tras él. Estuvimos andando un rato, hasta que llegamos a un punto donde había una buena vista de mi colegio.

Ese día iban a retirar los cadáveres para celebrar el entierro al día siguiente.

Los restos de sesenta y cuatro hombres significaban sesenta y cuatro féretros. Sesenta y cuatro féretros significaban sesenta y cuatro sepulturas, sesenta y cuatro lápidas, sesenta y cuatro coches fúnebres y sesenta y cuatro curas ofreciendo sesenta y cuatro panegíricos.

No había ninguna funeraria en Coal Run. La más cercana estaba en Centresburg. No teníamos un cementerio vacío a la espera de llenarse de golpe. La gente enterraba esporádicamente a sus muertos en los camposantos de las iglesias. No teníamos una morgue donde conservar los cadáveres mientras decidíamos cómo enterrarlos. El colegio necesitaba la sala polivalente para la clase de gimnasia y la hora de comer.

Las viudas no podían pagar un ataúd caro y una sepultura en los cementerios privados, donde los precios estaban por las nubes, pero algunas vaciaron sus cartillas de ahorros o cogieron un pellizco del precioso dinero del seguro para comprar un féretro elegante.

A la vista de estos factores, todos coincidieron en que había que enterrar a todos los mineros para que descansaran en un mismo lugar, y cuanto antes. Era lo más sensato que aquellos hombres que habían trabajado, jugado, vivido y bebido juntos recibieran sepultura al mismo tiempo, a la sombra de la misma montaña, con las mismas palabras para todos.

Una empresa maderera local donó el material necesario para los sesenta y cuatro ataúdes, y todos los hombres con habilidades en carpintería donaron su tiempo. El padre de Mike Muchmore donó cinco hectáreas de tierra entre Coal Run y Centresburg para enterrar a los mineros, y a sus familias cuando llegase el momento. Equipos de Minería Packard prestó su flota de camiones de plataforma para el traslado de los féretros.

La J&P no ofreció ninguno de sus camiones, por algún asunto relacionado con el seguro. En la oficina de Gertie colgaron un comunicado con la decisión, entre otros dos en los que se comunicaba a las familias de los mineros que podían conservar las placas numeradas y se recordaba a todo el mundo que la empresa J&P no tenía la obligación de correr con los gastos funerarios, puesto que el sindicato había votado en contra de reservar el fondo obligatorio para estas contingencias.

Desde lo alto de la ladera, Val y yo nos quedamos mirando los ataúdes, que parecían formar una línea infinita a lo largo de todo el aparcamiento del colegio hasta perderse de vista en la carretera. En la tapa de cada ataúd habían escrito el apellido del difunto. Si había que distinguir a un padre y un hijo, se añadía la inicial del nombre. Traté de localizar las de mi abuelo y mi tío Kenny, pero no pude. Los habían identificado a los dos, y el tío Kenny estaba en una de las cajas más pequeñas.

Miré a Val, pero no logré descifrar su expresión. Vi en su mirada intensa y fiera el gesto de un hombre incapaz de dar crédito a lo que está viendo.

—¿Has estado alguna vez en Ocean City? —me preguntó sin venir a cuento.

Dije que no.

—Mi padre siempre decía que algún día nos llevaría a conocer el mar. Decía que todo el mundo tenía que conocerlo. Él lo cruzó en un barco para venir aquí.

»Hay un paseo marítimo —siguió diciendo—. Lo llaman así. Para que la gente pasee a la orilla del mar. Está elevado sobre pilotes, para ver el mar a un lado, y al otro lado hay restaurantes, parques y tiendas de recuerdos, y por la noche se encienden las luces de todos los hoteles.

Señaló la hilera de ataúdes, a cierta distancia de donde estábamos. Un perro andaba olisqueándolos.

—Se parece a eso.

Cogió una piedra y la lanzó como si fuera un cohete. Tenía los brazos fuertes y una puntería infalible. Alcanzó al perro de lleno en un flanco. El animal se retorció y lanzó un aullido estridente antes de alejarse saltando.

—Me alegro de que no encontráramos a tu padre —le oí decir por encima de mi cabeza—. Me alegro de que tu madre no haya tenido que verlo.

Lo miré y vi que le brillaban los ojos. Nunca había visto llorar a Val. Jamás se me había pasado por la cabeza que sus ojos pudieran llenarse de lágrimas. Más bien parecían barnizados con una sustancia capaz de sellar su tristeza.

—¿Mi madre siempre va a estar así de triste? —pregunté.

Val cogió otra piedra.

—Se le pasará algún día, pero no creo que pueda volver a ser feliz.

Esta vez lanzó la piedra solo por ver hasta dónde llegaba. La vi perderse al otro lado de la carretera, detrás del colegio y del paseo marítimo que formaban los ataúdes. Me pregunté si habría aplastado a algún bicho que anduviera a lo suyo por ahí.

En las montañas que bordean Union Road hay minas a cielo abierto desde que yo nací. Un poco más al norte todavía siguen extrayendo carbón, y un poco más al sur han repoblado los bosques y los árboles empiezan a salpicar las laderas peladas como reclutas.

Aquí dejaron de trabajar hace unos tres años. No han vuelto a rellenar el terreno. En algunos puntos la tierra está tan yerma y muerta como la de las fotos que envían desde la sonda espacial de Marte, solo que sin ese resplandor rojizo.

En este tramo de la carretera no vive nadie más que Bert Falls y su cementerio de

cortacéspedes.

Su cuarto de hectárea de terreno está sembrado de máquinas de todos los colores en distintos estados de oxidación y movilidad. Manuales, autopropulsadas y con forma de tractor. Están aparcadas en fila, muy juntas, y de lejos ofrecen una festiva explosión de color en mitad del paisaje desolado. De cerca están llenas de vida, de ratas y culebras.

Bert no tiene licencia para reparar maquinaria. Que yo sepa, nadie lo ha visto nunca reparando una máquina, pero cuando alguien quiere deshacerse de una, se la lleva a Bert, sabiendo que allí encontrará un buen hogar. Si Bert anda cerca, si está despierto y se siente lleno de energía, saldrá de la caja de zapatos de color verde menta que es su casa para saludar al donante e indicarle con el cigarrillo encendido dónde aparcar la máquina.

Enfrente de su casa, al otro lado de la carretera, hay una vivienda abandonada que era de uno de los mineros de Gertie y su familia. No conozco la historia concreta de su viuda, aunque supongo que fue de las que no consiguió encontrar trabajo ni un nuevo marido y, al ver que no podía salir adelante, un buen día cogió a sus hijos y se marchó. Le pasó lo mismo a mucha gente. Nunca entendí por qué el banco no les dejó conservar las casas. Nadie más iba a mudarse aquí o a comprarlas. Seguirían vacías, para recordar a los que se quedaban que algunos se habían visto obligados a marcharse. Así había sido.

No creo que la casa fuera nunca una maravilla, o quizá lo fue hasta la muerte del marido, y entonces dejó de ser un hogar feliz para convertirse en un recordatorio constante de la pena y una fuente de temor.

Un olmo, enfermo en su juventud, se inclina sobre la fachada, muerto pero no derribado. Ha perdido la corteza en algunas zonas y la madera tiene un color negro y grasiento, como las caras de las momias que vi en la exposición del Antiguo Egipto en el Museo Field de Chicago, cuando fui de excursión después de firmar mi contrato con los Bears.

Aparte del árbol combado sobre el tejado combado, en el jardín no hay nada. No hay arbustos ni hierbajos. No hay una alfombra salvaje de zarzas y matorrales. La hierba apenas crece. Por alguna razón, la naturaleza ha decidido no reclamar este lugar.

La camioneta de Val está aparcada al lado de la casa, en una zona del jardín que antes era una avenida. Aparco en la carretera, detrás del coche de Jolene.

Jolene está dentro del coche, moviendo la cabeza al ritmo de la música de la radio.

Después de la conversación que hemos tenido esta mañana, no sé cómo va a tratarme. Estuvo cortés por teléfono cuando llamé para decirle que había encontrado a Val, pero la cortesía en el caso de Jolene es una mala señal. Es como un pastel sin guinda.

Sale del coche.

—¡Joder! —digo.

—¿Qué pasa?

—¿No podías ponerte algo más transparente?

—¿Tienes problemas con este vestido?

Lleva uno de sus mejores vestidos: corto, escotado, vaporoso, de color rosa claro. Eb lo llama el vestido de golosina. Harrison dice que sí, de golosina para hombres.

—¿Dónde está tu uniforme? Me dijiste por teléfono que tenías que volver pronto al

trabajo. ¿Cómo es que has tenido tiempo de pasar por casa y cambiarte?

—Llegué a casa con el uniforme desabrochado. Antes de entrar por la puerta me lo había quitado. Me puse el vestido por encima de la cabeza mientras bajaba las escaleras. Fui corriendo a coger los zapatos del armario, pero no tardé más de un segundo porque los guardo delante de todo. No me los pongo mucho, porque son rosas y no combinan con casi nada, pero como me encantan, los guardo delante para verlos cuando me apetece.

Se mira los zapatos y mueve los pies.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Cinco minutos.

—¿No ha salido?

—Quizá esté durmiendo.

—O espiándote con una recortada.

Nos miramos a los ojos y busco en los de Jolene si sigue enfadada conmigo. No estoy seguro de que no quisiera decir lo que me dijo en la cocina, y quiero saber que no me guarda rencor.

—Muy gracioso —dice, echando a andar hacia la casa.

No me odia.

Mientras cruzamos el patio veo que no es que no haya nada en el suelo. Piso trozos de madera, de herramientas oxidadas, basura y latas de cerveza tan aplastadas que empiezan a fosilizarse en la tierra. Val no es el primero que se ha colado aquí para pasar un par de noches.

Las escaleras del porche son más nuevas que el resto de la casa, aunque no tan bien hechas. Alguien las montó hace poco, sin demasiado esmero y con una madera que probablemente ya estaba empezando a pudrirse antes de clavarla. El primer peldaño está rajado por la mitad. El segundo está manchado en un lado con la costra roja de las tripas de un animal.

A pesar de su aspecto exterior, reina la calma alrededor de la casa. A diferencia de las viviendas queridas y cuidadas, que se resisten a la decadencia, esta se ha entregado a su derrumbe sin pesar, con agradecimiento, como los muy ancianos se entregan a una muerte sin dolor mientras duermen.

Antes de que nos dé tiempo a llamar, la puerta se abre de golpe con un gemido herrumbroso. En el umbral aparece Val, a menos de quince centímetros de mí, al otro lado de una frágil mosquitera negra, con unos vaqueros rotos y sin camisa. No llevaba puesta la gorra y se ha recogido el pelo en una coleta. Está mejor con el sombrero: suaviza un poco su mirada.

Va descalzo. Tardo un segundo en darme cuenta de que va descalzo. Una de las perneras del pantalón está atada con un nudo por encima de donde debería estar la rodilla. En una mano lleva una escopeta, con la culata en el suelo, en la que se apoya como si fuera una muleta.

Mira a Jolene de arriba abajo y se fija entonces en la bolsa de papel donde mi hermana lleva la foto de Zo y una caja de puros que he comprado en la tienda de Marcella's.

–Ya no me traen la comida los servicios sociales –dice.

–No nos mandan de servicios sociales –contesta Jolene.

–Entonces, ¿es una nueva manera de echar una mano a los que están confinados en casa? ¿Servicios manuales a domicilio?

–Si lo dices por mi aspecto, lo tomo como un cumplido –dice Jolene.

–¿Te parece un cumplido que un tío quiera sobarte?

–¿Por qué no?

Los ojos de Val se detienen un momento en el rostro de Jolene y pasan rápidamente a las sombras cambiantes del enjambre de máquinas al otro lado de la carretera.

–¿Tendré algún privilegio por ser un héroe de guerra condecorado? –pregunta, rascándose el pecho.

Jolene se queda mirando sus dedos enredados en el vello negro.

–¿Por qué te condecoraron?

–¿He dicho condecorado? No, quería decir decorado. Por Navidad los muchachos me pusieron espumillón en el pelo y me usaron como árbol.

–Supongo que no sería fácil encontrar abetos en Vietnam –digo, para sumarme a la conversación.

Me arrepiento al instante de haberlo dicho, aunque no estoy seguro de qué tiene de malo. Val sigue físicamente delante de mí, pero la persona a la que me he dirigido se esfuma por completo. No se vuelve hostil, ni siquiera parece molesto. Simplemente desaparece, parapetado detrás de la misma calma intocable y siniestra que demostró en el funeral.

–Si te interesa Vietnam, alquila *Platoon*. Yo no tengo tiempo para gilipolleces.

–No te preguntaba por Vietnam. Me trae sin cuidado.

En cuanto lo digo, también me arrepiento de este comentario. Claro que me interesa Vietnam. Me interesa muchísimo, por razones puramente egoístas. Esa guerra lo alejó de mí, y siempre me resultó más fácil culpar a la guerra que culparlo a él por no haber vuelto después de que terminase. Nunca escribió. Prometió que escribiría, pero no lo hizo.

A su madre sí le escribió. Vi las cartas. Siempre eran escuetas, y no parecía que las palabras fuesen de Val. Me imaginaba que el ejército entregaba a los soldados modelos de cartas para que las copiaran de su puño y letra y al final las firmaran con sus nombres. En las cartas contaba que la guerra iba bien, como si se tratara de un proyecto que valía la pena y que requería un montón de tiempo y un montón de hombres, como la construcción de un puente. Hablaba del calor, de lo mala que era la comida, de que los chicos de su pelotón eran simpáticos, de los aguaceros que caían de repente como una cascada de leche gris, de que los vietnamitas eran amables, de las selvas, los arrozales y el fango rojizo, un terreno muy difícil para maniobrar. Nunca hablaba de los combates. Nunca hablaba de la muerte. Nunca hablaba del enemigo.

Siempre terminaba diciendo que echaba de menos a todos, sin mencionar a nadie en particular. Nunca preguntaba por mí.

–No he querido decir que no me interese. No he querido decir que no sea importante.

Solo digo que no hace falta que hables de eso –busco a tientas estas torpes palabras y comprendo que no son las que vienen al caso–. No hemos venido por eso.

–Esto es para ti –interrumpe Jolene, tratando de salvarme.

Le ofrece la bolsa.

–Vaya, vaya –dice Val.

Empuja la mosquitera con la mano libre y se sujeta con fuerza a la escopeta.

–La ocasión debe de ser muy especial para que una de las camareras más guapas y deseadas de Centresburg se vista de punta en blanco a la hora del café y venga hasta aquí para entregarme esto con escolta policial.

Mira directamente a Jolene.

–Los dos sabemos por qué has venido.

Jolene se acerca a él.

–¿Por qué?

–Porque soy el primer hombre con el que has cruzado más de tres palabras sin que intentara quitarte las braguitas rosas de encaje.

–Eso no tiene nada que ver.

–Tiene todo que ver. No has venido para ser amable conmigo. A una tía con una estructura genética tan enrevesada y sonrosadita como la tuya le importa un carajo un bicho raro con una sola pierna. Todo se reduce a esas bragas rosas de encaje. Quieres demostrar lo mucho que valen.

–Deja de decir eso. Tú no sabes nada de mis bragas.

–Sé que son rosas y de encaje.

–¿Cómo lo sabes?

Comprendo que tengo que intervenir en algún momento y defender el honor de mi hermana, pero ella siempre ha sabido defenderse sin mi ayuda.

Val esboza algo parecido a una sonrisa. Por primera vez desde nuestra llegada tengo la sensación de advertir en sus ojos alguna emoción. No estoy seguro de cuál es la emoción, pero la máscara de impasibilidad empieza a agrietarse.

–Yo no soy un estereotipo –proclama Jolene.

–Eres el estereotipo de un estereotipo. Eres un ejemplo de *sensurround*.

–Ya está bien. Y yo que había venido con la intención de ser amable...

–No, tu hermano viene con la intención de ser amable. Tú vienes con la intención de que me interese por tus braguitas rosas de encaje.

–Basta. Ya está bien de bragas.

–Rosas y de encaje.

–No es verdad.

–Demuéstralo.

–Se acabó. Toma, Ivan.

Me da la bolsa.

–No tengo tiempo para esto. Tengo que volver al trabajo.

Se va, pero enseguida da media vuelta.

–Casi se me olvida. ¿Quieres venir a cenar a casa el jueves? –le pregunta a Val–. Mi

madre también vendrá.

—Claro.

Se aleja de nuevo y esta vez baja todos los peldaños del porche antes de decidir que no ha terminado. Vuelve a la carga, y se acerca tanto a Val que tengo la sensación de que va a darle un lametón.

—Si tuvieras un poco de clase o si conocieras un poco a las mujeres, comprenderías que me he puesto este vestido para hacerte un cumplido. Un cumplido. No para insultarte. No para burlarme de ti. Y desde luego no para jugar a ningún juego estúpido, a ninguna estúpida competición por ver quién gana a quién, quién consigue conquistar antes a la otra persona. Con los hombres todo es competición. ¡Qué aburrimiento!

—De encaje y rosas —dice Val.

Esta vez veo auténtica frustración en la mirada de Jolene. Incluso veo que empieza a apretar los puños.

Gira bruscamente sobre sus talones, y esta vez estoy seguro de que no va a volver, pero se detiene en mitad del jardín y empieza a dar saltos, quitándose un zapato y luego el otro. Acto seguido se quita las medias, como si se arrancara un mechón de pelo, hace una bola con ellas, gira en redondo, las lanza hacia la carretera y después mete las manos bajo el vestido para quitarse las bragas.

Cruza el jardín, sube las escaleras y le lanza las bragas a Val. Le dan en la cara y caen a sus pies. Val ni siquiera parpadea. Son de encaje y rosas, naturalmente.

Val espera a que Jolene vuelva a marcharse como una exhalación antes de apoyarse en el marco de la puerta y recoger las bragas con la punta de la escopeta. Sostiene la escopeta en alto como el portaestandarte en un desfile, y las bragas se deslizan por el cañón hasta aterrizar en la mano con la que sujeta el gatillo.

—Tengo movidas que hacer —me dice, sin apartar la vista de Jolene, que se aleja a grandes zancadas, con los zapatos rosas en una mano—. Si quieres entrar mientras las hago, eres bienvenido.

Da media vuelta con un salto y desaparece en la penumbra de la casa. Espero hasta que Jolene arranca y lo sigo.

Hay un fuego encendido en un hueco de la pared, donde antes estaba la chimenea. Es una buena fogata, y voy derecho hacia allí.

En la habitación hay una mesa plegable, una silla y un sofá con varios agujeros tapados con cinta aislante. Una nevera portátil roja y blanca y una bolsa azul de Wal-Mart llena de latas vacías de alubias y de raviolis Chef Boyardee están apoyadas en una pared. En un rincón hay una pequeña pirámide de latas de cerveza pulcramente colocadas. El suelo está barrido, pero una pila de periódicos viejos, paquetes de cigarrillos estrujados, trapos sucios, paja, ramas, cuerdas, plumas y otros materiales con los que construir nidos ha quedado amontonada en la pared de enfrente.

Val deja las bragas de Jolene y la bolsa de papel encima de la mesa.

Pienso que debería decir algo de Jolene, pero no se me ocurre nada para explicarme mejor de lo que se ha explicado ella. Sé que Val no va a explicarme nada de ninguno de los dos.

Seguramente sonrío sin darme cuenta, porque me pregunta:

—¿Te parece divertido este modo de vida?

—Me recuerda a mi casa de Florida.

—¿Florida? ¿Cuándo viviste en Florida?

—Volví hace solo ocho meses. Viví allí casi dieciséis años.

Se acerca a la nevera ayudándose con la escopeta.

—¿Por qué? —pregunta, mientras levanta la tapa de la nevera y se asoma a mirar dentro.

—No sé. Hace buen tiempo.

—Es una puta sauna. ¿Te gusta ese calor?

—La verdad es que no.

Me lanza una cerveza. Es temprano y sabe que estoy de servicio, pero no le pregunto qué le hace pensar que quiero una cerveza a estas horas, y abro la lata.

—Quería irme lejos, encontrar un lugar completamente distinto, donde la vida fuese más fácil —le explico—. Con buen clima. Con acceso fácil al alcohol. Nada de licorerías y dispensadores de cerveza que cierran a las nueve. Montones de chicas guapas en bikini.

—¿Cazaste muchas chicas guapas en bikini?

—Unas cuantas.

—¿Y eso te compensaba para vivir en la puta Florida?

Me río.

—Veo que no te gusta Florida.

—Nunca he estado allí.

Me siento en el borde del sofá. Él se sienta al lado de la mesa, donde hay un paquete de tabaco y un mechero. Procuero no mirar la pierna que le falta.

Abre una lata de cerveza y da un trago, mirando por la mosquitera hacia las cortadoras de césped y el sitio donde antes estaba el coche de Jolene.

—¿No volviste en todos esos años? —pregunta, sacando un cigarrillo y llevandoselo a los labios.

—No. ¿Y tú?

—Vine una vez —dice, mientras enciende el cigarrillo—. Estuve solo una tarde. No salió bien y me largué.

—¿Estuviste aquí?

—Sí. Una vez. Unos seis meses después de volver a Estados Unidos.

—¿Estuviste aquí? —repito, sintiendo un pánico extraño—. ¿Viste a tu madre? ¿Fuiste a tu casa?

¿Y no viniste a verme?, me pregunto en silencio.

—No llegué a tanto.

—No te entiendo.

Termina la cerveza, aplasta la lata y la lanza a la pirámide. La lata aterriza cerca de la punta y se queda allí en equilibrio.

Hace amago de levantarse para sacar otra lata de la nevera y corro a dársela yo. Me mira con disgusto y fastidio. Me paro a medio camino y comprendo que cree que quiero ayudarlo porque le falta una pierna. Dudando entre volver a sentarme o ir a coger la lata

de todos modos, me quedo clavado en los tablones arqueados del suelo.

—Coge la puta cerveza —me grita.

Le paso una cerveza y vuelvo al sofá. Guarda silencio y lo observo mientras bebe y fuma. No es viejo. Debe de andar por los cincuenta, y aunque algunos a los cincuenta son decididamente viejos, él tiene una edad indefinida, como les pasaba a los mineros: nunca parecían jóvenes cuando eran jóvenes, pero tampoco viejos cuando eran viejos. Su aspecto físico y su deterioro general no guardaban ninguna relación con el paso del tiempo ni con su propia cronología.

Me impaciento y cambio de postura. Quiero que me hable del día en que estuvo aquí. Quiero saber por qué ha dicho que no llegó a tanto. Quiero saber por qué no vino a vernos. Pero no me atrevo a preguntarlo. No quiero que se enfade. Tengo la sensación de que puede echarme de una patada en cualquier momento.

—Intenté volver —dice. Vuelve a mirar por la mosquitera, da la última calada al primer cigarrillo y encesta la colilla en una lata de Chef Boyardee vacía que utiliza como cenicero—. Pero no me sentí a gusto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me fui era un chaval ignorante que nunca había pasado de Centresburg. Cuando volví, aunque solo tenía veintidós años, era un viejo. Había estado en la otra punta del mundo y había vivido en la selva. Me dejé una parte de mi cuerpo en esa selva. Maté gente en esa selva. Personas. No ardillas. Personas.

Bebe un buen trago de cerveza, enciende otro cigarrillo y carraspea.

—Volví al mismo lugar, a la misma gente. Aquí no había cambiado nada, pero yo había cambiado la hostia. Me sentí peor que un extraño.

—Pero ahora estás aquí.

—Sí, estoy aquí por una absurda promesa que le hice a una mujer hace treinta años. Aquel día vi a Zo. Tenía que pasar por delante de su casa para salir del pueblo, y ella estaba en la calle, recogiendo el correo del buzón. Me invitó a subir al porche y tomar una cerveza. Le dije que me iba para siempre y me hizo prometer que volvería al menos para su entierro, si es que no volvía antes. Incluso me hizo prometer que me suscribiría a esa mierda de periódico de por vida, para enterarme cuando publicasen su muerte en las necrológicas. Es raro de cojones, si te paras a pensarlo. De eso hace treinta años. Zo tenía entonces solo cuarenta, y ya me estaba hablando de su muerte como si pudiese ocurrir cualquier día, como si no tuviera ninguna importancia, en el caso de que ocurriera. Sí, aquí estoy —concluye—. Pero solo por unos días. Nada más.

—¿No piensas quedarte?

—¿No has oído lo que he dicho? Este ya no es mi sitio.

—Sí que lo es —protesto.

Deja un momento de beber, de fumar y de mirar por la mosquitera para observarme con la misma expresión que ponía cuando empezaba a hartarse de mi presencia parlanchina en el jardín de su casa.

—Eres de aquí —continúa—. Este siempre será tu sitio. Es lo único que no pueden quitarte. Puedes perder un trabajo. Puedes perder una mujer. Puedes perder una apuesta.

Puedes perder una guerra. Puedes perder una pierna. Puedes perder la cordura. Puedes perder la memoria –enumero, casi sin aliento–. Pero no puedes perder el sitio donde has nacido –concluyo–. Eso no cambia. La tierra y el cielo. Eso siempre es tuyo. Nadie puede arrebatártelo mientras seas capaz de decir: «Soy de aquí».

–¿Me lo dices a mí o te lo dices a ti mismo? –pregunta.

Me quedo callado. Es Val quien vuelve a hablar. Creo que va a cambiar de tema, pero lo retoma.

–He visto gente a la que le han arrebatado el sitio al que pertenece. He visto cómo los mataban por la sencilla razón de que querían quedarse donde habían nacido.

–Sí. Lo sé –digo–. Mira mi padre. No quería abandonar su hogar, pero lo destruyeron y se quedó sin nada. Por eso se marchó, pero se llevó consigo un trozo de ese lugar. Cada vez que nos contaba una historia de Rusia, cada vez que miraba su retrato del zar, regresaba allí mentalmente. Lo sé.

»A la gente que viste matar la mataron por cuestiones ajenas. No se mataron los unos a los otros. Eso demuestra precisamente lo que estoy diciendo. Algunos prefieren morir antes que abandonar su hogar.

Asiente con la cabeza, sin dejar de mirar por la mosquitera.

–Tu padre me contó una vez que los estadounidenses no sufren las guerras –dice–. Mandan hombres a combatir fuera del país. Para él era una diferencia muy importante. Yo le dije que entendía lo que quería decir, pero hasta que llegué a Vietnam no lo entendí de verdad. Entonces lo comprendí con toda claridad. Quería decir que por muchas historias que nos contemos aquí, no podemos entender lo que sienten otros pueblos que han tenido que librar sus guerras en su propia casa. La guerra es una violación, y a nosotros nunca nos han violado. Nos han escupido un par de veces. Nada más. Nosotros elegimos dónde vamos a luchar. A veces intentamos impedir una violación, otras veces participamos en ella, pero siempre podemos permitirnos el lujo de elegir.

Bebe un trago de cerveza.

–Y ese es un lujo de la hostia.

Digo que sí con la cabeza.

–Tu padre no hablaba mucho, pero cuando hablaba siempre tenía algo que decir.

Vuelvo a asentir.

–¿De qué hablaste con Zo aquel día? –pregunto.

–Fue ella la que más habló.

–¿Te habló de mí?

–Le pregunté si el hijo de los Zoschenko seguía siendo un pelmazo y dijo que sí.

Sus labios están a punto de esbozar una sonrisa, pero es tan fugaz que casi puede tomarse por una mueca de dolor o un tic nervioso.

–Estuve con ella cerca de una hora –sigue diciendo– y ni una sola vez me preguntó por Vietnam o por mi pierna. Y luego, justo cuando estaba a punto de irme, me dice: «¿Has oído hablar de ese plan de subvenciones del Pentágono para los soldados condecorados?». Y le digo: «No, ni media palabra». Me contó que daban a elegir dos puntos del cuerpo para medirlos de lado a lado y que ofrecían cuatrocientos dólares por

centímetro.

Vuelve a sonreír, y esta vez deja que la sonrisa se instale por completo.

—Bueno, ahora todo me suena bastante raro, pero Zo me lo contó —continúa—. No puedo tener grandes dudas de que fuera cierto. Está delante de mí, tomando café en una taza amarilla donde se lee «Las cosas buenas vienen en envoltorios pequeños», con dibujos de patitos y conejitos, y lleva una sudadera rosa con un ángel de grandes alas plateadas, una sudadera que parecía que le hubiera tejido a mano uno de sus alumnos de catequesis. Y llevaba las mismas zapatillas de tenis marrones de siempre, con calcetines blancos de perlé.

Sonríó al acordarme de los pies de Zo.

—Me dice que ya han medido a un coronel de las fuerzas aéreas. Un tío altísimo. Quiere que lo midan de la cabeza a los pies y resulta que mide un metro noventa y dos. Eso son setenta y siete mil dólares. El siguiente es un almirante de marina. Levanta los brazos por encima de la cabeza y dice que quiere que lo midan desde las puntas de los dedos hasta los pies. Llega a los dos metros cuarenta y cuatro. Eso son noventa y seis mil dólares. El siguiente es un general de infantería. Pide al que le va a medir que lo mida desde la punta de la polla hasta las pelotas.

—¿Eso te contó Zo? —pregunto, asombrado.

—Te lo juro —me asegura—. Cuando el general dice eso, el otro parece incómodo y contesta que está seguro de que el general es un hombre muy bien dotado, pero «estamos hablando de cuatrocientos dólares por centímetro, general. ¿De verdad quiere que le mida eso?». El general dice que sí. El otro le dice que se baje los calzoncillos y se agacha para empezar a medirlo. De repente se levanta, pasmado, y pregunta: «¿Dónde están sus testículos?». Y el general contesta: «En Vietnam».

Nos reímos a carcajada limpia.

—¿Eso te contó Zo? —vuelvo a preguntar.

—Sí.

—¿Dónde conociste a Zo?

—Era mi profesora de catequesis —dice. Y volvemos a partirnos de risa.

—Jamás te hubiera imaginado yendo a catequesis.

—Pues sabía recitar el salmo veintitrés a base de eructos.

Cuando paramos de reírnos, se hace un silencio incómodo. Caigo entonces en la cuenta de que en el pasado rara vez oí a Val reírse y lo mismo se puede decir de mí.

—Si no te importa, tengo cosas que hacer —dice.

—Ya me lo ha dicho. ¿Puedo preguntarte qué cosas?

Aparta el cigarrillo de los labios y levanta la lata de cerveza.

—Esto —dice.

Me levanto y me dispongo a marcharme.

Apoya las palmas de las manos en la mesa y se levanta de la silla. Me abstengo de decirle que no hace falta que se levante.

—¿Cocina bien *miss* Estercolero? —pregunta.

—Sí, cocina bien. Y cocina mucho. Tiene tres hijos.

—¿Y marido?

—No tiene marido.

—¿Divorciada? ¿Viuda?

—Tiquismiquis.

—Pero tuvo tres hijos con él.

—Tuvo tres hijos con tres tíos distintos —le corrijo—. Y en realidad no tuvo los hijos con ellos. Más bien los tuvo a pesar de ellos.

—Al estilo americano —dice, cogiendo la bolsa de papel que está en un borde de la mesa—. Hacemos daño a la gente que queremos y follamos con gente a la que deberíamos odiar.

Abre la bolsa y saca la foto enmarcada de los mineros frente al almacén de la J&P.

—Es una foto de. —empiezo a explicar.

—Sé lo que es —me interrumpe.

Sus ojos se iluminan un instante antes de volver a guardar la foto en la bolsa y dejarla en la mesa.

Apoya todo el peso en una mano y coge la escopeta que ha dejado contra la pared. Con ayuda de la escopeta alcanza la puerta de tres saltos. Empuja la mosquitera y se queda en el umbral: una silueta con una sola pierna perfilada contra la luz gris.

Le tiendo la mano y la estrecha con fuerza, con una palma seca y callosa y los dedos destrozados y llenos de cicatrices. Es uno de esos apretones de manos que encierra una promesa incorruptible. Nos dimos la mano el día en que se fue a la guerra. Recuerdo mi mano pequeña y suave en la suya, grande y áspera, las dos cubiertas de arañazos, de costras, con restos de porquería en las líneas de los nudillos y de roña debajo de las uñas.

Ese día me dijo que volvería; aunque, por hacerle justicia, no dijo cuándo.

Me desvío un poco en el camino de vuelta a Centresburg y paso por delante del vertedero. Al llegar a la última curva veo la montaña erguirse ante mí. El vapor es muy denso y el viento lo arrastra por todas partes. Se esparce serpenteando por la carretera como una cinta blanca rota y deshilachada.

Hay un niño en bicicleta en mitad de la cuesta. Ha perdido el impulso con que el que probablemente emprendió el ascenso. Se ha levantado del sillín y pedalea muy despacio, inclinando la bicicleta a un lado antes de ladearse hacia el contrario cada vez que empuja el pedal con esfuerzo.

Me acerco despacio por detrás y bajo la ventanilla. El olor a azufre quemado del vertedero inunda la camioneta. Oigo los jadeos del chico y el roce seco de la escopeta de aire comprimido que lleva colgada en la espalda contra el tejido del anorak. Tiene la cara roja y contraída por el esfuerzo, y el pelo de la nuca empapado en sudor.

—¿No deberías estar en el colegio? —le pregunto.

Me mira un momento y vuelve a dirigir la vista al frente. Tengo la sensación de que necesita concentrarse para no caerse de la bici.

—He perdido el bus.

—¿Y piensas ir en bici hasta Centresburg?

—Voy a casa de mi abuela —contesta con la voz entrecortada—. Me va a llevar en coche.

No hay nadie en mi casa. Mi madre trabaja.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias.

—¿Para qué es la escopeta?

Mira a ambos lados los árboles que deben estar llenos de pájaros y de ardillas, la hierba de la cuneta donde seguirán escondidas las marmotas cuando haya dejado atrás este tramo de carretera muerto arrasado a fuego lento por la contaminación. Sigue remontando a duras penas la cuesta, mirando al frente, a punto de perder el equilibrio con el zigzaguo de la bici.

—Nunca se sabe lo que puedes encontrar.

—Vale. Ten cuidado y no te apartes de este lado de la carretera. Y dale recuerdos a tu abuela.

Me alejo y lo miro por el retrovisor.

Vuelvo a pensar en Zo y sonrío para mis adentros. Es típico de ella hacerle prometer a Val que volvería para su entierro. Tenía que asegurarse, con treinta años de antelación, de que su muerte sirviera de algo. Sabía que ver su necrológica haría volver a Val, como la voz de una madre que, al atardecer, llama a sus hijos para que vuelvan a casa y se acuesten.

Un manto de niebla denso como la pelusa cubre el vertedero. Me detengo en lo alto de la montaña y espero a que el chico me alcance para verlo pedalear como un rayo cuesta abajo.

Debería sentirme mejor después de charlar con Val, pero de camino al pueblo solo siento celos y el dolor familiar de la pérdida: Val conocía a mi padre mejor que yo.

Dejo de buscar excusas y pongo rumbo a la oficina. No sé por qué me cuesta tanto últimamente cumplir con mi trabajo. La verdad es que no tengo ninguna queja.

Ciertos aspectos son farragosos o sencillamente aburridos. Buena parte es trabajo de mula. Cuando empecé, Stiffy me advirtió que la mayor parte de mi trabajo consistiría en hacer «de secretaria, de conserje y de transportista», y tenía razón.

Hay mucha frustración: momentos en los que tengo casi las mismas ganas de zarandear a la víctima por la que supuestamente debo velar que al criminal; veces en que la ley a la que represento me parece más peligrosa que la presunta infracción que corrige. Sin embargo, a veces también siento que he ayudado a alguien. No necesariamente por haber resuelto un problema. No por haber devuelto unos bienes a quien por derecho pertenecían, o disipado un temor, o acompañado a alguien para sobrellevar un accidente o una tragedia, sino por el simple hecho de estar ahí. Hubo una llamada de auxilio, y la llamada fue atendida. Represento la formalidad y la confianza.

En la oficina del *sheriff* no hay mucho movimiento. Aparco atrás y entro por la puerta reservada al personal, así que paso por las celdas de arresto preventivo. En una de ellas hay un ocupante que despide el olor más fétido que recuerdo.

Está sentado en el catre en ropa interior, con unos calcetines de tubo agujereados y una de las mantas verdes apelmazada sobre los hombros, que debe abrigarle tanto como una toallita de papel y agradarle como una cortina de ducha. Tiene la cara contraída en una mueca de dolor, tal vez por el arrepentimiento, o la desesperación, o la incapacidad de escapar de su propia hediondez.

No tenemos ducha, así que probablemente le han dicho que se asee en el lavabo, pero los restos de roña negra persisten en los lugares más insospechados: detrás de una oreja, en el codo, en el dorso de una mano, en un gran dedo gordo que asoma por la punta del calcetín.

Me suplica con la mirada nada más verme. Tiene los ojos vidriosos e inyectados en

sangre, y no por el llanto.

—¿Qué tal un trago? —me dice.

—No me queda ni una gota —le digo, con una ligera sensación de disgusto por haberme tomado una cerveza de buena mañana, a pesar de todas las mañanas en que tomaba el primer trago nada más levantarme.

Desaparezco tan rápido como me lo permite mi rodilla.

Chad *el Perforado*, alto y muy erguido tras su escritorio, está hablando por teléfono. Sostiene el auricular en una mano, y con la otra juguetea con las gafas de sol de espejo. Es el único de nosotros que usa gafas de sol. Dice que así la gente no descubre en sus ojos lo que de verdad siente cuando los interroga. Me he fijado en que también se las pone para hablar con las mujeres en los bares, y cuando va a pagar la gasolina y un bollo pegajoso envuelto en film transparente en la Kwik-Fill.

Stiffy se está sirviendo una taza de café. No lleva zapatos.

Al acercarme detecto el rastro hediondo que ha dejado el tipo de la celda.

—Mierda santa —digo.

—Santa no mucho —contesta Stiffy—. De pollo.

—¿De pollo?

—Mierda de pollo —dice. Señala con la cabeza hacia la parte posterior de la comisaría—. Nuestro huésped. Tuvo una discusión con su jefe, el dueño de la granja de pollos Wertz, y digamos que acabaron hundidos en la mierda.

»Chad acaba de llevar el coche al Wash N Go, a ver si consigue quitar el tufo. Yo huelo así de haberme montado un momento, y eso que he dejado los zapatos fuera. La ropa de Chad ha ido directa a la basura. Íbamos a quemarla, pero Jack ha dicho que lo único peor que la mierda de pollo es la mierda de pollo quemada.

—Supongo que tiene razón —contesto, mientras me sirvo un café—. ¿Jack está por aquí?

Stiffy sonríe.

—Sí, está en su despacho. Y comentó que quería verte en cuanto llegaras.

—Ya. Vale más que vaya inmediatamente. Era de esperar. Llevo una semana a medio gas.

—Nos pasa a todos de vez en cuando —me dice encogiéndose de hombros—. No le preocupa tanto que estés a medio gas como saber por qué. Jack necesita saberlo todo.

—Me he dado cuenta.

—Ah, tienes un mensaje. Te ha llamado una tal doctora Morrison. Quiere que la llames. Te he dejado el número en la mesa. Parecía simpática.

Pensar en Chastity me llena de una alegría y un deseo momentáneos, hasta que recuerdo cómo quedaron las cosas en el restaurante. Va a casarse con Muchmore. Sigo sin poder creerlo.

—Vaya, qué lástima —dice Stiffy.

Supongo que he vuelto a hablar en voz alta sin darme cuenta.

—Sí —digo, echando cucharada tras cucharada de azúcar en mi café.

Voy a mi escritorio.

Chad me saluda con un gesto. Su conversación telefónica está salpicada de frases

como «no tengo autorización para decir», «repercusiones de sus actos» y «presuntos delitos». Imagino que se trata de un asunto de trabajo, pero resulta que está contratando a una banda de música para la boda de un amigo.

Me siento y cojo el papel con el número de Chastity. En realidad ha dejado dos números: el de su despacho y el del móvil. Procuro no interpretarlo como una buena señal. Que me haya dado su teléfono personal, una invitación para llamarla a cualquier hora, seguramente solo sea para volver a utilizarme con fines profesionales. Quizá quiera involucrarme en otro acto benéfico. Puede que esté recaudando fondos para ayudar a jóvenes abogados que luchan por comprarse su primer BMW antes de los treinta. O puede que quiera financiar una serie de seminarios para que los ejecutivos aprendan a cavar zanjas y cambiar bujías.

Cuando levanto el auricular y marco el teléfono de su despacho estoy furioso. Es martes por la mañana. Es probable que la encuentre ahí. A menos que tenga quirófano, o esté visitando a sus pacientes en el hospital o en el Remanso de Paz.

Miro la nota de Stiffy. No dice desde dónde ha llamado. No dice por qué. Ni siquiera una pista de si estaba de buen humor o qué ropa llevaba. Si hoy también se ha puesto una mini o una falda más larga. O un traje pantalón con tacones. Seguro que está guapísima de traje pantalón: uno de esos entallados que se ponen las mujeres, sin nada más bajo la chaqueta que una prenda de encaje.

Por lo menos es como salen en las revistas o en la televisión, aunque nunca lo he visto en una mujer de verdad. Jolene dice que en Nueva York las mujeres visten así, y me asegura también que a la mayoría no les queda bien porque en realidad hay que tener mejor cuerpo para lucir un traje pantalón que para lucir un vestido.

Cuelgo antes de que me atienda la secretaria. Seguro que Chastity no está en el despacho. Seguro que es el peor sitio para encontrarla. Y si la encontrara allí estaría examinando a un paciente, y entonces tendría que devolverme la llamada entre visita y visita, e iría con prisas.

Doy un sorbo al café. Está demasiado dulce.

Será mejor llamarla al móvil. Solo contestará si de veras está libre. Y si no contesta podré dejarle un mensaje. No dependeré de la interpretación de una secretaria, que podría entenderlo todo al revés. No puedo dejarlo en manos de una desconocida que no me ha visto nunca, o peor aún, que quizá sí me haya visto. Quizá fui con ella al colegio. Quizá salí con ella. Quizá también sea de Clearfield. No sé quién demonios es su secretaria.

Cuelgo antes de que conteste. Mierda, un mensaje. Necesito un mensaje. Empiezo a ensayar uno en mi cabeza, cuando suena el teléfono.

—Oficina del *sheriff* del condado de Laurel. Zoschenko al habla.

—Hola, Zoschenko. Aquí Morrison —dice con voz juguetona—. ¿Qué te cuentas?

Me ha devuelto la llamada. Tiene tantas ganas de hablar conmigo que ni siquiera ha esperado a que la llame yo. Podría ser una buena señal.

—No gran cosa —le digo.

—Llamo para darte las gracias.

Llama para darme las gracias. Eso es mejor que llamar para pedir un favor, pero no tan bueno como si me llamara porque está loca por mí. A menos que la razón de que vuelva a llamarme tan pronto es que quiera zanjar la cuestión conmigo cuanto antes. Seguramente estoy en una lista de cien personas a las que tiene que llamar para agradecer el tiempo que han donado a la causa benéfica.

—¿Hola? —dice—. Ivan, ¿estás ahí?

—Sí —carraspeo, sin grandes resultados—. Estoy aquí.

—Quería darte las gracias de nuevo por donar los balones con tu autógrafo. Nos los quitaron de las manos enseguida. Igual que la cena que subastamos.

—¿En serio?

—Sí, y me parece que te debo una disculpa. Tenías razón. No te compró un hombre.

—Lo sabía.

Me siento felizmente reivindicado, hasta que recuerdo que eso solo demuestra que Chastity se equivocó al pensar que ninguna mujer se interesaría por mí. No quiere decir que ella lo pensara.

—Y dime, ¿mi propietaria es atractiva?

—Mucho. Sé que te aviso con muy poca antelación, pero ¿te iría bien que la cena fuera mañana, a las seis en el Eat'nPark?

—¿Me tomas el pelo? ¿En el Eat'n Park?

—Donaron las cenas en el mismo paquete. Zo siempre me decía que hacen un bacalao al horno estupendo. Y te darán una galleta con una cara sonriente. O si prefieres pagar la cena de tu bolsillo en otro sitio.

—No, está bien. En el Eat'n Park a las seis.

Veo a Chad de casualidad, levantándome los pulgares en señal de victoria.

Cuando se hace un breve silencio y me convenzo de que a continuación vendrá una despedida de cortesía, oigo una leve aspiración; la imagino probando el agua de la bañera con la punta de los pies, demasiado caliente para su gusto.

—También me quería disculpar por lo que pasó anoche en Marcella's —me dice—. No sé de qué va exactamente, pero desde luego noté la tensión palpable entre tú y Mike.

—Siempre hay una tensión palpable entre Mike y yo. No tiene nada que ver contigo, así que no tienes por qué disculparte.

Debería dejarlo ahí. Hemos mantenido una conversación agradable y cree que soy un buen tipo; quizá no para salir, ni para acostarse o casarse conmigo, pero al menos le caigo bien. Hasta eso tengo que estropearlo.

—El mundo está lleno de mujeres increíbles que se echan a perder con capullos. Debería estar acostumbrado y que no me afectara —decido añadir.

—Ah, entiendo. ¿Eso fue lo que te molestó? Yo soy una mujer increíble, y Mike es un capullo.

—Si tú lo dices.

—¿Qué pasa con todos los grandes hombres que se echan a perder con jovencitas?

—Aquí va una idea: ¿por qué no encuentras una jovencita para tu capullo y yo encuentro a un gran hombre para ti?

—¿Cuál es exactamente tu definición de «gran hombre»?

Pienso en Bobbie. Para ella, un gran hombre es alguien que nunca se ha ido del pueblo.

No tengo una respuesta. No quiero hablar más del tema. Solo quiero que me diga que no es verdad: no va a casarse con Muchmore.

—No lo entiendo. ¿Es por ese rollo del reloj biológico? ¿Necesitas sentar la cabeza y perpetuar la estirpe de los Muchmore?

—No tengo ninguna prisa por tener hijos —me contesta serenamente—. ¿Puedo saber por qué le odias tanto, aparte de por el hecho de que sea abogado?

—¿No basta con eso?

—¿Es por algo que os pasó de niños? Sé que fuisteis juntos al colegio.

—En el colegio no traté con él. Tenía un par de años más que yo, y ya era un pelmazo perdonavidas. Y tampoco es porque su familia tuviera dinero. Su padre no era un mal tipo. Podía aparecer en Brownie's con un viejo chaquetón y unas botas de trote a tomarse unas copas con los mineros, y a nadie le parecía extraño. Su padre nos cedió las tierras para el cementerio de la J&P. De no ser por él, no los habríamos podido enterrar juntos. Los habrían desperdigado, justo lo que nadie quería. Hubo un lugar incluso para los mineros desaparecidos, como mi padre. Si vas allí, verás una lápida con su nombre. Aunque su cuerpo no esté, le correspondía un sitio.

Se me ahoga la voz en la garganta. Levanto la mirada y veo que Chad y Stiffy se han ido. Estoy solo.

—Siento lo de tu padre, Ivan.

—Sí, todo el mundo lo siente. Dudo que me tope alguna vez con alguien que me diga que se alegra mucho de que mi padre muriera cuando era un crío. No quería sacar el tema. Zanjemos esto diciendo que Mike no me cae bien y que nada podrá cambiar nunca la opinión que tengo de él.

—¿Nada? —repite Chastity—. ¿Conoces a esa mujer a la que su marido dejó en coma de una paliza hace veinte años? ¿Crystal Raynor? Mike defendió al marido. Fue uno de los primeros casos que llevó como abogado de oficio.

—Sí, estoy al corriente.

—Mike ha corrido todos estos años con los gastos de hospitalización. Creo que es un gesto bastante noble por su parte.

Me quedo sin habla. La oigo disculparse y decir que tiene que volver al trabajo.

Cuelgo el teléfono mirando fijamente el calendario que hay encima de mi escritorio. El día de hoy está señalado con un círculo rojo. No recuerdo si fui yo quien lo marcó.

El taconeo lento y acompasado de Jack rompe el silencio, como los pasos del director de un colegio cruzando el gimnasio con zapatos de calle. No levanto la vista. Los pasos se detienen y oigo un débil chasquido, que podría ser el ruido de su cinturón al ajustarse, o el crujido de varias articulaciones y huesos al adoptar una postura que cree que le da un aire importante, de infinita parsimonia. Noto su presencia al lado de la puerta del vestíbulo.

Levanto la vista. Veo que lleva la chaqueta puesta y el sombrero marrón de *sheriff*, con

su distintivo plateado reluciente, lo que indica que va a salir. Me apunta con un dedo.

—Reúnete conmigo afuera —dice.

Al salir lo encuentro con los pulgares prendidos en los bolsillos del pantalón, los codos en ángulo a ambos lados del cuerpo, los labios prietos, asintiendo ya con la cabeza al imaginar que no voy a replicar a nada de lo que me diga.

Siempre empieza mirando a un hombre por los pies, y desde ahí repasa el resto del cuerpo hasta llegar a la cara, donde finalmente sostiene la mirada y tiende la mano para estrecharla. Ejerce un efecto desconcertante, como si hubiera visto algo que uno mismo ignora y que nunca sabe si es una virtud o un defecto.

Conmigo esta vez no sube más allá de los vaqueros.

—Pantalones —me dice.

—Camisa —contesto.

Me mira a los ojos.

—Creía que era un juego de asociar palabras —le explico.

—Muy bien, de acuerdo —dice—. Cielo.

—Azul.

—Pistola.

—Disparo.

—Raynor.

—Chimpancé.

—Reese Raynor.

—Cabrón.

—Padre.

—Madre.

—*Sheriff*.

—Jack.

—Pollo.

—Mierda.

Levanta la mano para saludar a alguien que pasa en coche por delante del aparcamiento.

—¿Quieres hablarme de tu ojo morado? —me pregunta.

—No especialmente.

—Ya sé dónde te lo pusieron así.

Espero a que continúe. Jack escamotea la información. Es una de sus tácticas para que la gente diga cosas que no tiene que decir. Quieren acabarle las frases y demostrar que saben más que él.

—Quiero que te mantengas al margen de ese asunto —dice cuando ve que no voy a añadir nada.

—De acuerdo.

—Me preocupa, como es lógico. En esa casa hay niños. Pero no es asunto nuestro. Si Jess quiere que Reese se quede ahí, no podemos hacer nada.

Por un momento me confunde, hasta que me doy cuenta de que solo cree que sabe

cómo me pusieron el ojo morado. Se enteró de la pelea en el bar. Cree que me lo hizo Jess.

—Sabes que no me gusta meterme en lo que haces fuera del trabajo —continúa—. No siento que deshonraras el departamento del *sheriff* del condado de Laurel por tu comportamiento de anoche, pero sí creo que te deshonraste a ti mismo y a tu hermana.

—¿Desde cuándo te opones a una pelea? —le pregunto—. El otro día hablabas con nostalgia de los viejos tiempos, cuando los hombres arreglaban sus asuntos a golpes en lugar de llamar a un abogado.

—Y lo mantengo. Prefiero que dos tipos se lioen a puñetazos y no que acudan a los tribunales por cualquier gilipollez y se gasten los ahorros de toda una vida en abogados, en lugar de comprarse la caravana que siempre han querido. ¿Me estás diciendo que Jess y tú resolvisteis anoche un asunto legal? ¿Una disputa por la propiedad, quizá?

—Ni siquiera recuerdo por qué nos peleamos.

—¿Quieres decirme qué coño te pasa?

—No.

—¿Jolene y los chicos están bien?

—Estupendos.

—¿Y tu madre?

—Estupenda también.

—¿Y si insisto en que me digas qué coño pasa contigo?

—¿Y si admitiera que me pasa algo pero que no sé exactamente lo que es?

—Sería un comienzo.

—¿Tienes algún consejo que me sirva para averiguar qué me preocupa, aparte de visitar a un loquero o hablar con Dios?

Se agarra un codo con una mano y con la otra se rasca la barbilla.

—La pesca con mosca.

—No me gusta la pesca.

Asiente, con la mano aún en la barbilla, ahora casi acariciándola. No consigo ver la menor sombra de barba en su cara, ni un solo pelo despuntando. Creo que no se afeita, sino que usa una especie de herbicida facial.

—Una lástima —dice.

Deja caer la mano y vuelve a prender los pulgares en los bolsillos del pantalón. Recorre el aparcamiento con la mirada. Ve pasar otro coche, y se siente obligado a reconocer su presencia levantando fugazmente la mano, como un jefe indio en un *western* antiguo al saludar al hombre blanco.

—No quiero que atiendas ninguna llamada durante un par de días, a menos que no haya absolutamente nadie más disponible —me pide—. Y no preveo que eso suceda. El viernes iremos todos a Gertie. Supongo que también irás.

—Algo he oído. ¿De qué se trata exactamente?

—Solo una pequeña misa conmemorativa que se celebra en la mina todos los años.

—¿A qué hora?

—Nueve y treinta y tres. La hora a la que explotó.

Consulta su reloj.

—Tengo que pasarme por el concesionario. Hoy han llegado los nuevos Broncos. Quiero echarles un vistazo.

Dedica una última mirada de reproche a mis piernas, se encaja el sombrero y se aleja hacia su coche. Espero a que se pierda de vista antes de montarme en la camioneta y dirigirme al Remanso de Paz.

Mi madre y Zo insistían siempre en que no sabían quién pagaba los gastos de hospitalización de Crystal pero que, mientras se cubriesen, acatarían los deseos del benefactor anónimo y no tratarían de averiguar su identidad.

Tengo que asegurarme. He de corroborar lo que me ha dicho Chastity y saber si es cierto que Muchmore tiene conciencia. No solo conciencia, sino integridad. Ha optado por mantener en secreto su generosidad todos estos años, en lugar de hacerla pública y recuperar el respeto y el aprecio de una comunidad que no tiene muy buen concepto de él.

No solo integridad, sino compasión. Podría haber aliviado su culpa de muchas formas: trabajando de manera altruista para mujeres maltratadas, haciendo un sustancioso donativo a un centro de acogida de víctimas de la violencia de género, dejando la defensa de oficio, o incluso abandonando su carrera de abogado criminalista. En cambio decidió pagar una gran suma de dinero de su propio bolsillo para que Crystal estuviera en una clínica limpia y respetable donde la cuidaran bien, rodeada de gente amable, cuando podría pensarse que eso no importaba demasiado, puesto que ella misma no tiene conciencia de dónde está. Había perdido todo lo demás. Gracias a él, pudo conservar la dignidad.

La bondad de Muchmore me devora por dentro, porque yo no la tuve.

Quiero creer que me habría preocupado por Crystal y su hijo desamparado aunque aquella noche no me hubiera roto la pierna en Gertie. Quiero creer que la suerte que corrieron me habría asediado igual que en estos dieciséis años aunque mi fulgurante carrera no se hubiera truncado y fuera feliz. Quiero creer que mi conciencia no solo despertó cuando mi vida quedó arruinada y descubrí que culpándome por lo que les había pasado a Crystal y al niño podía regodearme a mis anchas en la autocompasión que me consumía.

Y sin embargo temo que, una vez hubiera superado el horror inicial del crimen y la culpabilidad de mi implicación en la vida de Crystal, habría seguido adelante con mi vida sin pensar más en ello. Igual que al principio. Antes del suceso no había pensado nunca en ellos.

Ha dejado de lloviznar. El cielo sigue plomizo, pero una tajada de sol blanco empieza a asomar por detrás de una nube gris como el hollín. Arroja un pasillo de luz cegador, sin cielo azul que lo absorba, solo las nubes metálicas para reflejarlo. Cae en diagonal sobre el Remanso de Paz; el asfalto mojado del aparcamiento resplandece y las paredes blancas del edificio parecen recién restregadas.

En el vestíbulo de la entrada no hay nadie, salvo una joven madre sentada en uno de

los sofás, enderezándole a su hijita los tirantes del peto mientras le ordena que no corra ni toque nada.

La recepcionista está al teléfono. La saludo con un gesto al pasar y sigo la hilera de apliques con la imagen de Cristo que corren junto al zócalo. Incluso de día adquieren un resplandor opalescente.

Todo parece tranquilo. Ya han servido los desayunos. Han empezado las siestas de media mañana y las reposiciones por cable de *Se ha escrito un crimen* y *Matlock*. Al ser un día de entre semana, no hay muchas visitas.

En el pasillo de la primera planta solo se ven las bandejas del desayuno, algunas casi intactas, otras a medias o con apenas unos restos. Levanto varias tapas maltrechas, de plástico marrón. Lonchas de beicon rojo y crujiente. Pequeñas cúpulas amarillas de huevos revueltos. Una hoja de lechuga de un verde intenso con una rodaja escurridiza de melocotón en lata de un vivo color naranja. Rebanadas de pan integral de molde con tacos de mantequilla pálida que nadie ha tocado.

Oigo un ruido extraño y levanto la vista.

Veo a Jess y Danny caminando hacia mí desde el fondo del pasillo. Danny lleva colgado de un brazo el cubo naranja en forma de calabaza que encontró en el vertedero el otro día, y el ruido sale de algo que hay dentro.

Se detienen a unos pasos de mí. Jess se ha cambiado la camisa de franela a cuadros de anoche por otra, también de franela a cuadros, y lleva una gorra distinta, negra con las iniciales de una emisora de rock duro de Pittsburgh estampadas en rojo, pero su cara es la misma. No ha dormido, ni se ha duchado, ni ha comido. Las cuencas de los ojos se acentúan con las ojeras moradas. Aunque tiene el labio inferior hinchado y un corte en una de las comisuras de la boca, las heridas no le impiden mascar. Saca una lata de tabaco Skoal del bolsillo trasero y la sostiene en la palma, preparándose para salir.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Visitar a mi cuñada.

—¿Desde cuándo visitas a Crystal?

—Lo hago de vez en cuando. No sabía que tuviera que pedirte permiso.

Nos sostenemos la mirada. No tengo nada que decir.

Quizá mi método para sonsacarle a Bobbie lo que le pasó realmente a Danny no haya sido muy honesto, pero no me arrepiento de haber utilizado una mentira para que reconociera la verdad.

Me pregunto si Bobbie y Jess se han visto desde esta mañana. Seguramente no. No tendría sentido que él se hubiera ido temprano a Centresburg a hacer recados, hubiera vuelto a casa y ahora estuviera otra vez en el pueblo.

Cuando se vean, Bobbie le dirá lo que hemos hablado. De eso estoy seguro. Va a decirle que lo sé, y eso borrará cualquier rastro de amistad que pudiera quedar entre Jess y yo.

En mi afán por descubrir la verdad no me paré a pensar si realmente quería saberla. Ahora que la sé, estoy seguro de que no quiero saber. ¿Es que va a salir algo bueno de todo esto? ¿Acaso voy a salvar a Danny Raynor? ¿Voy a salvar a Jess o a Bobbie? Y ¿de

qué los salvaría exactamente? ¿A uno del otro? ¿De sus propias vidas?

De pronto la pocilga de apartamento que dejé en Tampa no me parece tan terrible. No tener ni una sola relación social que mereciera la pena, aparte de la amistad con mi jefe y su hijo, suena idílico. Recuerdo con cariño mi trabajo matando bichos, y me parece casi ameno. Hasta puedo convencerme de que añoro los humos de los pesticidas, que añoro acoplar la oreja a una pared estucada y oír el hervidero de un nido de tres mil cucarachas, que añoro batallar con insectos voladores del tamaño de gorriones, que añoro la incapacidad de adaptar la temperatura de mi cuerpo entre el calor pegajoso del exterior y las ráfagas heladas de los aparatos de aire acondicionado que no faltan en ninguna casa ni apartamento. Sería tan fácil volver a lo mismo.

Acuden a mi cabeza las palabras de Val: Podemos elegir cuándo luchamos. Podemos permitirnos el lujo de elegir. Y ese es un lujo de la hostia.

Da la impresión de que el silencio potencie mi capacidad para apreciar otros sonidos. Oigo el agua de una jarra al caer en un vaso. Oigo que suena el teléfono en el mostrador de la recepción. Oigo que Danny se pasa el cubo de una mano a la otra.

Cuando Jess vuelve a hablar, es como si me chillara al oído, aunque no se ha acercado a mí y mantiene su discreto tono de voz habitual.

—Quizá sea mejor preguntar qué haces tú aquí. Por qué visitas tanto a Crystal desde que has vuelto. Y por qué le traes regalos. Quizá incluso podría preguntarte, después de todos estos años, por qué te interesaba tanto el juicio de Reese. Y por qué te interesa tanto ahora que lo pongan en libertad.

Oigo el crujido de un cuerpo al cambiar de postura en un colchón. Oigo que Angela Lansbury descubre el arma del crimen y los murmullos de aprobación de los pacientes que ven la serie.

Jess mira a su hijo.

—¿Has saludado al agente Zoschenko? —le pregunta.

—Hola —dice Danny, sin levantar la vista de su cubo.

—Hola ¿qué más?

Mira hacia arriba, pero a su padre, no a mí.

—Hola, agente Zoschenko.

—¿Cómo estás, Danny?

—Bien.

La nariz y la piel que la rodea forman un *collage* irisado de gris, verde y amarillo.

—¿Qué llevas ahí?

Me muestra el cubo. Está lleno hasta la mitad de piedras y varios caramelos que ha cogido de la cesta que hay en el mostrador de la recepción.

Jess le pone una mano en el hombro. Danny se acerca más a él y le rodea el muslo con un brazo. Sé que lo que veo no tiene vuelta de hoja. Este niño no tiene miedo de su padre.

Empiezan a andar, y antes de irse Jess me dice:

—Si yo fuera tú, iría a verla ahora mismo.

Espero a que se marchen antes de ir a la habitación de Crys.

Está despierta, con la mirada perdida en un vacío constante. Desde el umbral de la puerta, su cuerpo forma un amasijo que no tiene nada de humano, como si hubiera varios gatos escuálidos encogidos bajo la sábana.

Me acerco y dejo en la mesilla de noche el regalo que le compré en Marcella's.

Hoy el olor rancio y sucio de los enfermos postrados en cama me parece más fuerte. No hay jabón con perfume a flores ni frescor alpino de detergente capaces de enmascararlo del todo. Viene de dentro. La lenta putrefacción interna de los órganos y los músculos. El deterioro de la sangre.

La tomo de la mano, una mano surcada por tendones flácidos y huesecitos como guijarros. Parece un guante minúsculo lleno de canicas.

Le han puesto el camisón que menos me gusta. Es un *negligé* rosa vaporoso de saldo, que deja al descubierto los hombros descarnados y la cadena de huesos del esternón.

La miro y pienso en sus pechos de otros tiempos, tan pequeños que cabían en el hueco de la mano, y se me ocurre que debieron de crecerle al quedarse embarazada. Me pregunto si cuando nació su hijo le dio de mamar. Si le enseñó a cantar «La araña chiquitita». Si pensó alguna vez en qué sería de mayor.

No sé nada de sus años de esposa y madre, nada de sus años de niña e hija, nada de antes o después de su encuentro conmigo. Nunca sabré nada de ella, salvo las tres tardes que nos encontramos al lado de la carretera y el día en que se armó de valor para acercarse a mí en el instituto.

Más que ninguna otra cosa, temo que por dentro esté sana. Que la chica andarina, habladora, sonriente, inquieta, inteligente, observadora, con carencias, esperanzas y deseos a la que conocí fugazmente haya quedado enterrada viva en un cuerpo incapaz de moverse, ver, hablar o sentir. ¿Y si sus recuerdos, buenos y malos, siguieran intactos y fueran lo único que la acompañará siempre en la oscuridad permanente en la que habita?

Me siento en una silla y cojo el regalo. Le muestro la caja antes de desenvolverla. Ya verás qué sorpresa, le digo. Abro el paquete sin prisas, hablándole del tiempo y del tipo que se ha revolcado en la mierda de pollo. Cuando saco el gallo de vidrio de la caja y lo levanto a la luz, casi me convenzo de que está bien y que entiende.

Una enfermera la ha peinado con esmero y le ha puesto unos pasadores plateados. Sus ojos, aunque no ven, siguen siendo de color avellana. Sus extremidades, aunque inútiles, no están petrificadas en posturas forzadas. Oye por un oído. Solo ella sabe qué. ¿Puede interpretar los sonidos, o serán solo señales balbucientes, resbaladizas, atrapadas y condenadas entre las conexiones rotas y los circuitos aplastados de su cerebro?

Me acerco a la estantería donde están colocados los demás animales y el resto de sus figuritas. Entonces veo al chico. Me sobresalto tanto al advertir su presencia que por poco se me cae el gallo al suelo.

—Perdón —me dice.

Es casi un hombre. Estoy seguro de que se ofendería si lo llaman chico. Está de pie en un rincón, medio oculto por la otra cama. No tengo la sensación de que se haya ocultado a propósito, más bien parece que antes de que yo llegara se había alejado todo lo posible de Crystal sin marcharse de la habitación.

Mira absorto, sin espanto ni lástima por ella, pero también sin ningún deseo de entender lo que ve, amoldándose a verla así pero sin aceptarlo. Tiene los ojos vidriosos y enrojecidos por el llanto.

No me muevo ni emito ningún sonido. Su cara refleja incomodidad, pero rápidamente da paso a un dolor más intenso, hasta que se impone por un momento la mecánica de los buenos modales.

Da un paso hacia mí. Lleva una camisa de manga larga, pantalones gris oscuro y mocasines negros. Se ha vestido así para la visita.

Me quedo mirándolo embobado, sin poder evitarlo, inquisitivamente. Me esfuerzo por comprender todo lo posible sobre él, un segundo antes de que abra la boca y hable.

Llego a la conclusión de que vive en un hogar acogedor, con una familia. Saca buenas notas. Tiene novia y le gusta hacerle regalos. No es un chico consumido por la rabia, o la confusión, o por un vacío insoportable. Cree en Dios y en el trabajo duro y en que cualquier voto cuenta. Nadie ni nada ha hecho mella en él, hasta hoy.

Se acerca a mí y me tiende la mano. No estoy seguro de querer estrechársela. No sé qué me pasará si lo hago.

—Tendría que haber dicho algo en cuanto entró. Usted debe de ser el señor Zoschenko, el ayudante del *sheriff*. Soy John Harris.

Se interrumpe y, mirando a Crystal, rectifica.

—Quería decir John Raynor.

No puedo quitarle los ojos de encima. Su presencia ejerce el efecto paralizante de un magnífico ciervo que sale a campo abierto de una arboleda. Ni el cazador más avezado puede dejar de admirar su majestuosidad un instante antes de apretar el gatillo.

—Lo siento —dice de nuevo, dejando caer la mano; ni siquiera me doy cuenta de mi grosería—. No estaba escuchando ni nada por el estilo.

—Tranquilo, no pasa nada —digo al fin, recuperando la voz.

Suelta una pequeña carcajada nerviosa de disculpa.

—Debe de ser chocante para ti encontrarme aquí —dice.

—Pues sí lo es.

—La enfermera me ha dicho que vienes mucho a visitarla. Ha dicho que te portas muy bien con mi madre.

Se le quiebra la voz. Mira a Crystal; se obliga a hacerlo. Veo en sus ojos la esperanza de que cuanto más lo haga, antes se acostumbrará. Me falta valor para decirle que no será así.

—No sabía nada de ella. No sabía nada de nada hasta hace cosa de un mes. Mis padres. —se interrumpe de nuevo, respira hondo, y continúa estremecido—: Mis padres adoptivos decidieron esperar a que cumpliera veintiún años. Creían que tenía derecho a saberlo, pero querían que fuera adulto para que lo encajara de la mejor manera posible. Cuando les dije que querría ver a mi madre si la localizábamos, no intentaron disuadirme. Me ayudaron a encontrarla.

—Por lo que dices, son unos padres estupendos.

—Sí, supongo que lo son.

Por un momento parece desconcertado, y luego pasea la mirada por la habitación, pasando por encima de Crystal esta vez, hasta llegar a las estanterías de los animales de vidrio soplado. Le muestro el gallo, y lo deja con delicadeza junto a los demás antes de empezar a levantarlos uno por uno.

—Fue una buena madre antes de quedar en este estado —le digo.

Se obliga a mirarla de nuevo.

—No la recuerdo, no recuerdo nada de ella.

—No pasa nada —le digo, sin acercarme.

Todavía temo tocarle. Seguramente no quiere que lo toquen. Cuando me da la espalda veo que le tiemblan los hombros. Sostiene el caballito rojo rubí en la mano.

—¿Cómo es posible que alguien hiciera algo así?

—No lo sé.

—Todavía está en la cárcel, ¿verdad? —me pregunta, volviéndose de repente.

Una ráfaga de acero me recorre por dentro, poniéndome a la defensiva. Miro de reojo el reloj de la pared. Hace horas que Reese está en libertad.

—Nunca tendrás que preocuparte por él —le prometo.

—Mis padres me dijeron que el tribunal selló los documentos de la adopción, para que nunca pudiera dar conmigo si salía de la cárcel.

—Así es.

—¿A él también lo conocías?

—Sí.

Poco a poco se tranquiliza. Me acerco a la mesilla de noche de Crystal a coger la caja de pañuelos, y al pasar la beso en la frente.

El chico me observa con culpabilidad, incluso un poco horrorizado. Le tiendo la caja de pañuelos y saca uno. Se suena la nariz, aún con el caballito rojo en la mano.

—Me parece increíble lo que haces por ella. Supongo que erais muy buenos amigos. Eso, o eres la persona más buena del mundo.

—No —le digo—. Créeme, no lo soy.

Dejo la caja en su sitio y saco mi billetera.

—Toma —le digo, dándole una fotografía de Crystal que recorté del anuario del instituto—. Quédatela. Aquí tenía dieciséis años.

La coge.

—¿Seguro que no te importa que me la quede?

—Para nada.

La observa un momento, sin poder evitar compararla con la Crystal de ahora. Vuelve los ojos rápidamente a la fotografía, mirando de reojo el caballo de vidrio.

—Era bonita —dice.

—Sí, lo era.

—Pero no me parezco mucho a ella, ¿verdad?

—No.

—Supongo que entonces debo parecerme a mi padre.

—Sí.

Se acerca a los estantes y deja el caballito con cuidado.

–Debo ir marchándome.

–¿Te importa si te pregunto adónde vas?

–Bueno, supongo que vuelvo a la universidad. Estudio en Ohio State.

–¿Qué tal va vuestro equipo de fútbol este año?

–No va mal –dice, con algo parecido a una sonrisa.

–¿Juegas?

–No –dice, acompañando el gesto con la cabeza–. En el instituto jugaba, pero no era lo bastante bueno para la liga universitaria. Hago atletismo, eso sí. Media distancia.

Otra vez me veo incapaz de articular palabra o de moverme. A él por lo visto le pasa lo mismo. Nos quedamos plantados torpemente hasta que se decide a hablar.

–Creo que necesito salir de aquí. Volveré a visitarla, pero ahora mismo..., ¿me entiendes?

–Te entiendo perfectamente. Entonces, ¿no te quedas a pasar la noche?

Siento que vuelve a recorrerme una ráfaga de alerta. Sé que hoy Reese podría aparecer por aquí.

Niega con la cabeza.

–Siempre he pensado que sabía quién era y de pronto ya no lo sé. Por ejemplo, creía que había nacido en Cleveland, y ahora resulta que en realidad soy de. ¿cómo se llama ese pueblo?

–Coal Run.

–Puede que incluso haya familiares míos por aquí. Tías y tíos. Primos. Abuelos. ¿Sabes si tengo parientes?

–Unos cuantos, sí.

–¿Y a ninguno le importó lo que me pasó? ¿Me dejaron desaparecer de sus vidas, sin más?

–Era algo que escapaba a su control.

Vuelve a mirar a Crystal. La lucha interna en la que se debate se refleja claramente en su rostro. Pienso de nuevo en el ciervo; va andando majestuoso por el campo y se da cuenta de que el cazador lo tiene en el punto de mira. Debe elegir entre correr o no ceder terreno, sabiendo que de todos modos no podrá escapar a su destino.

El chico se acerca a Crystal y se inclina a besarla en la mejilla.

No nos decimos nada más. Salimos de la habitación y recorremos el pasillo aceptando la presencia del otro en silencio, sin entrar en explicaciones, como si fuera lo más natural del mundo que yo lo acompañe y que él quiera mi compañía.

Afuera el sol ha ganado la partida y ha disipado las nubes de tormenta; solo quedan unos jirones negros y grises suspendidos en el cielo azul, como volutas de humo.

Danny Raynor está agachado junto a la línea de arbustos que delimita el caminito hasta la entrada del Remanso de Paz, absorto mientras elige piedrecitas entre la gravilla blanca y los trozos de cuarzo rosado que cubren el pie de los troncos. Busco a Jess con la mirada y lo encuentro a mis espaldas, meciéndose lentamente sobre las gruesas suelas de sus botas de trabajo, con las manos en los bolsillos. Ni me mira.

John se detiene, y al fin nos estrechamos la mano. Es una mano como cualquier otra. No quema, ni pulveriza, ni me convierte en piedra. No hay nada doloroso en su tacto, salvo que es la primera vez que lo siento.

Le observo mientras cruza el aparcamiento hasta su coche. Un Nissan azul con un par de años; un coche bonito, pero sin pasarse. Me alegra ver que no está consentido, y también que no pasa necesidades.

Hasta que noto una lágrima resbalándome por el cuello no me doy cuenta de que estoy llorando.

Jess se acerca y se pone a mi lado.

—Ese era tu hijo —me dice.

Asiento con la cabeza.

Por el rabillo del ojo veo caer un escupitajo marrón en el camino de cemento.

—Más te vale arreglarlo —me dice.

Le dije que abortara. Después de que se acercara a incordiarme en el pasillo delante de mis amigos, y después del susto que me llevé al ver que hablaba en serio, y después de la rabia que sentí porque pudiera comprometer mi vida de alguna manera, busqué una respuesta en mi cabeza y la encontré. Aborto. Qué palabra tan precisa, tan infalible. Interrumpir algo antes de que llegue a término.

Me miró con absoluta incredulidad. No se enfadó por lo que dije. No iba a llorar o a golpearme. Ni siquiera creo que fuera la palabra lo que la sobresaltó. Era que pudiera contestarle así de rápido, como si nada.

—No quiero abortar —dijo, bajando la vista a las mismas zapatillas de deporte manchadas de barro que llevaba el día en que la conocí.

—¿Te has vuelto loca? Tienes dieciséis años —le dije entre dientes—. ¿Por qué ibas a cometer semejante estupidez? ¿Crees que tener un hijo es una broma?

—No.

Ni siquiera me importaba lo suficiente para odiarla. Era demasiado inocente y manipulable para que la temiera. Al verla allí delante, con la mirada gacha y el colgante barato y sin brillo en forma de jaula llena de cristalitos de colores, sentí una irritación desapasionada, como cuando encontraba un nudo en los cordones de mis botas de fútbol.

Solo quería librarme de ella.

—Si crees que por tener el bebé voy a casarme contigo o a hacerte caso, te equivocas. Diré que no es mío. Pensándolo bien, ¿cómo sabes que es mío? A lo mejor follas con el primero que pasa por la carretera.

Me pareció que se estremecía. Temí que se pusiera a llorar y montara una escena. Aún no las tenía todas conmigo, debía manejarla con cuidado. Si jugaba bien mis cartas abortaría, o aunque tuviera el bebé estaría demasiado intimidada para decir que era mío.

—No me gustas —dijo en un hilo de voz mirando al suelo.

Me sorprendió que se atreviera a plantarme cara. ¿Acaso no sabía con quién hablaba? ¿No sabía el lugar que le correspondía?

—¿Crees que me importa?

—No le diré a nadie que es hijo tuyo —añadió enseguida, casi en un murmullo—. No quiero que nadie lo sepa.

Dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Me sentí liberado. Me había salido con la mía, y encima me había librado de una carga de por vida. Era increíble que todavía no hubiera dejado embarazada a ninguna chica. No siempre utilizaba protección. La suerte me había sonreído con una víctima demasiado apocada e ingenua para atosigarme. Se las arreglaría ella sola.

Volví a verla una sola vez, con John, antes de la noche en que, desde el bar del campus, asistí por televisión al momento en que sacaban de casa su cuerpo ensangrentado en camilla y al niño, con la mirada perdida, en brazos de un ayudante del *sheriff*, aferrándose con la manita a su cuello como una lapa, en las noticias de las once. Los vi una vez caminando por la avenida principal de Centresburg. El niño tendría unos dos años. Aunque lo miré a la cara, para mí no existía. Solo vi a Crystal. No quería problemas. Ni siquiera me apetecía pasar un par de minutos incómodos.

Me escondí.

A menudo he intentado convencerme de que no era yo. Aquel chaval malvado, cobarde y egocéntrico no era yo. Era alguien a quien mandé a hacer el trabajo sucio, porque a veces tenemos que tomar decisiones difíciles y hacer cosas desagradables a personas que no las merecen.

Yo ya tenía mis propias preocupaciones. Quizá desde fuera mi vida parecía un camino de rosas, pero estaba a punto de marcharme a Penn State y todo el mundo esperaba que allí siguiera siendo el chico de oro, y que jugara a un nivel desconocido para mí, a las órdenes de un entrenador que me instruiría y guiaría en lugar de aterrorizarme y manipularme. Aunque lo lógico hubiera sido que prefiriera esos métodos, hasta entonces nunca los había probado. El miedo y la obediencia ciega me procuraban seguridad. Era lo que conocía, igual que mi padre conocía la mina.

Me doy cuenta de que estoy conduciendo demasiado rápido. Ni siquiera sé por dónde voy. Estoy en Centresburg. Habré pasado muchas veces por este barrio desde pequeño, pero no reconozco nada. La calle está en silencio. Los niños están en el colegio. Los adultos están trabajando, o enfrascados en sus quehaceres cotidianos. No distingo bien los edificios; los bordes parecen borrosos, como si fueran de papel quemado y se desintegraran completamente en charcos negruzcos.

Aparco la camioneta y me pongo a rebuscar por el asiento y por el suelo, con la esperanza de que aparezca milagrosamente una lata de cerveza o una botella con un trago de whisky, pero no he vuelto a beber cerveza en el coche desde que Jolene recogió toda la porquería el domingo, y esa noche yo mismo tiré la botella vacía de whisky.

Con la cabeza apoyada en el volante, veo cómo las lágrimas forman unas manchas oscuras en mis vaqueros desgastados.

Es lo que sé hacer: esas fueron las palabras que mi padre le dijo a mi madre para explicarle por qué decidió trabajar en una mina cuando recuperó la libertad, tras los años que pasó prisionero en un campo de trabajos forzados.

Pienso en el día que se conocieron, cenando hace tantos años en aquella mesa con mi abuelo y mi tío, y cobran vida los fantasmas de unos hombres capaces, que encontraron la muerte demasiado pronto solo porque estaban haciendo su trabajo.

Iban a la mina todos los días. Hacían lo que tenían que hacer. Y yo creí que hacía lo que tenía que hacer. Ser un jugador de fútbol. Era bueno en eso. Traje la gloria al pueblo. La gente se enorgullecía, no solo de mí, sino de todos nosotros. Eso era lo que tenía que hacer. No ir con una mujer y un crío colgados del cuello con solo dieciocho años.

Roby sho kajut. Haz lo que dicen. Fue lo que la madre de mi padre le gritó cuando un par de soldados rusos hambrientos, enloquecidos, con las manos llenas de sabañones y las botas agujereadas, le dijeron que tendría que trabajar en un campo de exterminio donde se fabricaban las bombas con las que ganarían la guerra, después de matar a su padre a tiros por negarse.

Roby sho kajut. Haz lo que dicen. Haz tu trabajo. Lucha en esta guerra. Coge esta pelota y corre por ese campo. *Roby sho kajut.* Haz lo que dicen, y tal vez después la vida te dé otra oportunidad.

No debería llorar. Me había prometido a mí mismo que, si volvía a encontrarme con él, no lloraría.

Me había convencido de que, después de tantos años sabiendo que existía y cargando con la culpa por mi mal comportamiento, si llegaba a encontrarme cara a cara con él no me afectaría. Creía que estaba preparado.

Y sin embargo ningún delirio de borracho podía prepararme para el contacto de su piel y su sangre al estrecharle la mano. Para su presencia viva en una misma habitación, respirando el mismo aire. Para reconocer fugazmente a mi padre en sus rasgos cuando ha sonreído.

Privé a mi hijo de su madre; privé a esa madre de su hijo, mi hijo. Jess se equivoca al suponer que hay cosas que se pueden arreglar. ¿Cómo se arregla algo así? ¿Diciéndole ahora la verdad: que su verdadero padre era un hijo de puta pusilánime que solo pensaba en sí mismo y abandonó cruelmente a una chica de dieciséis años embarazada que creyó que su única alternativa era encontrar cuanto antes a otro que se la follara y esperar que esta vez cuando le dijera que estaba preñada tuviera la decencia de casarse con ella? ¿Y que ese otro resultó ser Reese Raynor, un tipo que le daría palizas rutinarias hasta que un día la dejara en coma? ¿De verdad le hace falta saberlo, cuando acaba de enterarse de que Crystal existe?

Y qué, ¿iremos a tomar una cerveza? ¿Lo retomaremos donde lo dejamos, con la esperanza de que crezca algo de nuestra difunta relación padre-hijo? ¿Podría nacer una nueva relación del cadáver de la que nunca tuvimos?

Para mí su pasado está muerto, y como padre yo estoy muerto para él. Por más que me empeñara no hay argumentos, disculpas, promesas, ruegos, ni dinero capaces de devolverle la vida. Lo que lancé por la borda jamás se podrá recuperar, sustituir o imitar.

Trato de imaginarle a todas las edades: trepando por la chatarra y coleccionando piedras, como Danny Raynor; mellado y derrochando entusiasmo y amor incondicional,

como Eb; experimentando la transición del niño al hombre, como Harrison, cuando al ver un agujero en el suelo no solo se ve un lugar por explorar, sino también un escondite donde enterrar errores y tesoros.

Renuncié a la vida de mi hijo. Contemplo con incredulidad la idea, y el hecho de que he pasado veintiún años sin comprender el significado de esas palabras.

Llego a la oficina del *sheriff* sin conciencia de haberlo hecho. No me supone ningún problema quedarme en la oficina el resto del día. Atiendo llamadas, me pongo al día con el papeleo y oriento a varias personas que se presentan con quejas diversas. Soy un autómatas, y quizá sea eso lo que me corresponde: un hombre tras un escritorio, que nunca se mueve de ese escritorio, que no hace nada más fuera de ese escritorio. Sin mujer, sin familia, sin comunidad, sin vida. Solo un escritorio. Un mueble rectangular y sólido al que no puedo herir ni ayudar.

Al salir del trabajo paro en la Kwik-Fill con la única intención de poner gasolina. En ningún momento se me pasa por la cabeza que aquí trabaja la madre de Reese y Jess Raynor, ni siquiera que aquí trabajan seres humanos.

El resplandor fluorescente, los clientes mudos mirando hipnotizados los estantes donde se alinea un regimiento de artículos de colorines envueltos en plástico, el metal y el vidrio relucientes de la sección de productos refrigerados, la ausencia absoluta de olores, el zumbido constante de un insecto imposible de identificar, me hacen pensar en una nave espacial tripulada por una raza de zombis clónicos.

Edna Raynor podría formar parte perfectamente de la tripulación intergaláctica con el uniforme de Kwik-Fill y la placa con su nombre, el casquete de pelo cardado y la tez rolliza y anaranjada, de un tono antinatural bajo el resplandor violáceo y el leve rumor de los tubos del techo.

A juzgar por su pelo rígido y bien peinado, con un brillo que realza el tono plateado del cabello, diría que al final la peluquera consiguió hacerle un hueco. La imagino hablando por teléfono el domingo por la tarde, repuesta ya del susto porque se liaran a tiros con ella, contándole sus penurias a la mujer a cambio de una cita. La peor pesadilla de Rick, la razón de que quisiera inutilizar el vehículo de su suegra, era que consiguiera llegar a un teléfono, y probablemente al final acabó utilizando el suyo, mientras él estaba inconsciente en el jardín embarrado, junto a la estatua de la oca y un charco de su propia orina.

Edna me saluda con un gesto al verme, e inmediatamente dirige la mirada a un expositor de patatas fritas Middleswarth donde hay un hombre de espaldas, que con un brazo peludo, musculoso y pálido apresa un tubo cilíndrico de cartón. La tapa del envase está en el suelo. El hombre mete la mano y saca un par de patatas fritas para llevárselas a la boca. Se limpia los dedos grasientos en la pernera de los vaqueros.

Tengo la sensación de que le conozco. Veo que Edna no deja de pasear la mirada con nerviosismo de uno a otro. Trata de comunicar algo sin hablar. No es miedo exactamente, aunque en sus ojos detecto cautela.

Pienso en las veces que Val me dejó acompañarlo a cazar. Me lanzaba una mirada

parecida cuando presentía que había un ciervo cerca. No lo espantes, me decía con los ojos. Eso mismo está diciendo Edna.

Doy un paso hacia él. Está medio calvo. El cuero cabelludo le asoma por entre los mechones de su pelo grasiento. Se da la vuelta con la boca abierta, a punto de engullir otro puñado de patatas.

Nuestros ojos se encuentran un instante. Nuestras miradas se bloquean. Al principio él solo ve a un ayudante del *sheriff* y yo solo veo a un capullo. Poco a poco nos reconocemos. Me mira con una sonrisa de perro que no es más que el acto físico de retraer los labios y mostrar los dientes.

Se mete las patatas en la boca y las mastica ruidosamente.

—Vaya, vaya, vaya —dice—. Pero si es el gran Ivan Z.

Siento que se me eriza el vello de la nuca. No me inquieta tanto su presencia como el hecho de que me salude exactamente con las mismas palabras que utilizó su hermano gemelo hace un par de días. No me gusta recordar que son dos partes del mismo conjunto.

Me tiende la mano, y no puedo evitar imaginarlo empuñando un bate de béisbol.

Al ver que no se la estrecho, vuelve a limpiarse la grasa en los vaqueros y me la tiende de nuevo.

No quiero darle la mano, pero no puedo permitirme levantar sospechas, ni en él ni en nadie que nos esté mirando.

Me aprieta como un matón. Quiere impresionar y meter miedo, creyendo que son la misma cosa. Espera que forcejee para soltarme y lo mire asombrado por su fuerza y lo elogie por el daño que me ha hecho.

Pues no. Opto por una maniobra de distracción: le hago una pregunta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Funciona. El esfuerzo por concentrarse le obliga a abandonar el apretón de manos. Pone un empeño sincero en hacer el cálculo y obtener una cifra, pero no lo consigue.

—Desde el instituto, supongo —dice al final, y se mete otro puñado de patatas en la boca—. Joder, echaba de menos estas patatas en Rockview. Les pasaba a casi todos. Algunos preferían las Wise, y unos pocos cabezas huecas decían que las mejores son las Snyder, aunque normalmente solo lo decían una vez. No sé si me entiendes.

—Deberías ponerte en contacto con la gente de Middleswarth —le digo—. Creo que has dado con una idea genial para una nueva campaña publicitaria.

Me dedica otra sonrisa de perro.

—Me acuerdo de cuando te rompiste la pierna. Fue antes de que me juzgaran. Me enteré desde la cárcel. Joder, durante días no se habló de otra cosa. La gente se quedó hecha polvo. Fue como si se lo tomaran como algo personal, ¿me entiendes? Porque tú no eras uno de esos grandes jugadores a los que uno ni sueña conocer. Tú eras uno de los nuestros.

—Con la salvedad de que yo no maté a nadie ni lo dejé lisiado de por vida.

Ladea un poco la cabeza, como si no hubiera oído bien. Mastica más despacio. Su mirada se endurece, y me hace recordar que mató a un hombre de una paliza, un hombre

de su edad y su corpulencia, con un pasado violento similar al suyo, que había pasado años entre rejas, algo completamente distinto a las formas y las razones por las que agredir a una mujer indefensa. Apalea a Crystal hasta dejarla en coma fue un acto de cobardía; pegar a otro preso hasta matarlo fue un acto de locura y de rabia.

En el aparcamiento del Remanso de Paz esta mañana, por un momento he estado a punto de ir detrás de John y pedirle que se quedara. No estaba seguro de si conseguiría armarme de valor para decirle la verdad, o solo intentaría convencerlo de que Centresburg era un buen lugar para que un chico como él pasara un buen rato con un tipo como yo, entre las visitas a una madre en estado vegetal y la pesadilla de creer que lleva en las venas la misma sangre del monstruo que la condenó a ese estado.

Por suerte lo pensé mejor, y ahora, cara a cara con Reese, me alegro de que el chico no ande cerca. A estas horas ya debe de estar sano y salvo en su cuarto de la residencia universitaria o del apartamento donde vive, o quizá haya salido con amigos o se haya puesto a estudiar. No le he preguntado si tenía novia. Seguramente. Seguramente tenga un puñado de novias. Es un chaval muy guapo. No, podría tener unas cuantas, pero me da la impresión de que es un poco tímido. A lo mejor intenta armarse de valor para pedirle una cita a la chica de la que está perdidamente enamorado, pero cada vez que se acerca a ella queda como un tonto.

—Jess me ha dicho que volviste el año pasado —me dice Reese mientras se agacha a recoger la tapa del suelo y la coloca de nuevo en el tubo de patatas fritas—. Debe de ser jodido, ¿no? Por lo que sé, la gente se va o se queda, pero nunca las dos cosas.

¿Reese lo sabe?, me pregunto. ¿Se casó con Crystal pensando que John era hijo suyo, o desde el principio supo que era de otro?

¿Jess lo sabía, o hasta hoy solo lo sospechaba? No se lo he preguntado. Me quedé mirando a John mientras iba hasta su coche y no aparté la vista de él mientras salía con prudencia del aparcamiento y se alejaba por la carretera en la dirección correcta, y cuando me volví Jess y Danny se habían ido también.

Si Jess lo sabía desde siempre, ¿fue él quien me mandó el recorte del periódico?

De una cosa estoy seguro: si Reese sabe que no es el verdadero padre de John, no sospecha de mí. Es esa clase de historia entre dos hombres que no dejaría pasar por alto así como así.

—Entonces, ¿ya has visto a Jess?

—Sí, se supone que me voy a quedar en su casa —gruñe y suelta algo parecido a una carcajada—. Pero me lo estoy pensando. Las cosas estaban más tranquilas en la cárcel. Allí había más silencio y menos violencia.

Gruñe de nuevo. Siento una leve náusea en el estómago. No me lo puedo creer. No puedo creer que haya vuelto a hacerlo.

—Es tu hermano —digo con frialdad.

—Sí, ya sé que es mi hermano. ¿Y qué quieres que yo le haga? Está loco por ella. Nadie niega que tiene un buen culo y un pelo cobrizo precioso, pero, joder, también lo tienen sus sabuesos. Jess no se da cuenta de que la tía está mal del coco.

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué coño estamos hablando? Pues de cómo abofeteó al crío. A su hijo pequeño. ¿Lo conoces? Creo que le rompió la nariz, porque la tiene toda hinchada, y la cara del pobre chaval está hecha un cristo.

La náusea persiste, pero ahora por otro motivo.

—¿Qué te hace pensar que fue Bobbie?

—Les he oído hablar del tema, a Jess y a ella. Algo de que él le dijo a no sé quién que le había pegado al crío para que la gente no pensara que lo hizo ella, y que según ella era un gesto de puta madre pero no quería que la gente pensara mal de él. Empezó bien, luego ella se echó a llorar y al final se enzarzaron en una bronca tan grande que el crío salió a esconderse en la camioneta.

Empieza a apilar tubos de patatas fritas encima del que ya tiene.

—Supongo que no vas a echarme una mano para llevar unos cuantos de estos al coche, ¿verdad?

—No —le contesto.

—Eh, mamá —le grita a Edna—. Ven a ayudarme a llevar unos cuantos al coche.

La mujer pestañea ante una petición tan absurda.

—Por si no te has dado cuenta, estoy trabajando —le contesta, lanzándole una mirada severa por encima de la larga cola de clientes que han parado de camino a casa después del trabajo y esperan para pagar la gasolina, los tentempiés o los cigarrillos.

El hecho de que dejara a su mujer en coma de una paliza, de que asesinara a un hombre, de que se haya pasado casi toda su vida adulta en la cárcel y de que esté a punto de salir de un establecimiento con un puñado de comestibles robados que a ella le tocará descontar de su precario sueldo, al parecer son cosas que acepta en su hijo. En cambio no tolera que le falte al respeto a un trabajo honesto.

—Muy bien, vale —le dice Reese—. Pues me alegro de volver a verte, mamá. Lástima que aún no seas viuda, pero no pierdas la esperanza. Ya llegará.

Me da la espalda y se encamina hacia la puerta, sujetando contra el pecho una columna de tubos de patatas fritas más alta que su cabeza. Como le cuesta ver lo que tiene delante, camina arrastrando los pies. Un niño pequeño se aparta de la cola donde están su madre y su hermana y corre a abrirle la puerta. Ahora mismo es difícil temer a Reese.

—Nunca perdonó a su padre por no ir a trabajar aquel día —me dice Edna cuando por fin llego a la caja.

Al principio no entiendo a qué viene el comentario, pero entonces me acuerdo de lo que Reese ha dicho al salir.

—Chimp le odiaba por pensar así, aunque sabía que tenía razón. Después de la explosión, ya nada fue lo mismo entre ellos. Siempre se enzarzaban —marca en la caja el importe de mi gasolina y mi refresco de zarzaparrilla—. A veces he pensado que si Chimp hubiera muerto aquel día con sus compañeros, a mis dos hijos les habría ido mejor en la vida. Son veintitrés dólares con cincuenta y cuatro.

Creo que entiendo lo que quiere decir: respetar a un padre muerto puede ser mejor que despreciar a un padre vivo.

Saco la billetera y le doy tres billetes de diez.

–El otro día al final no pude darte las gracias por lo que hiciste por Rick y Bethany – me dice, abriendo la caja.

–No hice nada, la verdad, a no ser que te refieras a que no lo arresté. Rick tenía un mal día, eso es todo. No hay razón para arruinarle la vida a alguien por un patinazo.

–Me refería al balón de fútbol. Rick ha hecho un pequeño pedestal y lo han puesto encima de la tele. Están de lo más orgullosos.

Me devuelve el cambio, me da una palmadita en la mano y con disimulo me regala un par de Slim Jims.

No me gusta planear una borrachera. Planear una juerga es estupendo. Quedar a tomar una copa con alguien es genial. Tener ganas de un trago después de un duro día de trabajo o de una cerveza después de cortar el césped también está bien. Pero planificar y dedicar un tiempo concreto a meterte en el cuerpo todo el alcohol que te quepa, con el único propósito de olvidarte completamente de ti y de tu vida hasta estar tan pasado que ni siquiera puedas soñar, no es buena cosa.

Incluso quienes lo hacemos nos damos cuenta de que no deberíamos. No queremos hacerlo. Sabemos cómo nos sentiremos al día siguiente. Sabemos que lo único que conseguiremos es que las personas que nos importan se enfaden, se entristezcan, se queden dolidas y preocupadas. Sabemos que beber no solucionará ninguno de los problemas que nos han empujado a la bebida; solo nos hará más incapaces de solucionarlos.

Me acuerdo de pronto de cómo definió Bobbie la diferencia entre bebedores y borrachos. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. Yo no bebo para salir adelante ni bebo porque no sea capaz de salir adelante. Yo bebo porque necesito una adicción que sustituya mi antigua adicción. Habría estado bien que mi nueva adicción fuese la pesca con mosca o coleccionar sellos, pero la botella fue la opción más fácil y más a mano en ese momento.

Mi antigua adicción todavía me persigue. Han pasado dieciocho años y sigo despertándome cada mañana con el olor a la hierba húmeda de un campo de entrenamiento y el eco de las instrucciones de un entrenador en los oídos. Todavía siento el hormigueo y el entusiasmo de saber que jugaré al fútbol. Eso era lo que me sacaba de la cama.

A la gente por lo visto le cuesta entender que no es más fácil abandonar el hábito de jugar al fútbol que el hábito de apostar en los partidos. Las adicciones no siempre son a cosas malas.

Todo el mundo suele ser comprensivo con alguien que lucha contra una adicción. Se apartarán para no fumar delante de alguien que quiere dejarlo. Beber delante de un exalcohólico sería una crueldad. Si alguien está a dieta, a mucha gente no se le pasaría

por la cabeza sentarse delante a comer un helado bañado de caramelo. En cambio, nadie se lo piensa antes de recordarle constantemente el fútbol a un exjugador.

Una de las principales razones de que me fuera a Florida y me quedara es que allí no había nada que me recordara el fútbol. El fútbol al que yo jugaba. El único que existía para mí. El fútbol de Pensilvania.

La emoción de una tarde de sábado despejada y fría. Salir al campo y pisar la hierba fresca bajo un cielo azul puro, con el sol reflejándose en los asientos plateados de las gradas antes de que la afición los ocupara. Las montañas al fondo, que nos rodeaban y nos protegían, luciendo la amalgama de los colores del otoño como si se hubieran vestido de fiesta para la ocasión. El frío justo en el aire para sentir ganas de correr. El tacto de las botas de tacos aferrándose a la tierra negra, compacta. El olor denso a turba y a césped.

Los vítores de los aficionados, los banderines al viento, los metales de la banda de música tocando para la batalla, los entrenadores desgañitándose, los cuerpos golpeándose con choques sordos y gruñidos. El regusto salobre a sangre en la boca, el sabor áspero de la tierra cuando caes demasiado fuerte. La descarga de adrenalina cuando te haces con el balón. El martilleo del corazón cuando ves el hueco. La sensación en las piernas de que podrías correr para siempre. De que serás joven para siempre. De que nadie ni nada puede tocarte. De que te perteneces solo a ti, pero también les perteneces a todos los demás que están ahí ahora. La satisfacción de ser bueno en algo. El orgullo de tener una meta. La felicidad de la liberación.

Me he propuesto emborracharme esta noche. Hasta reventar. Después de la gasolinera, voy directo al State Store y compro dos botellas de whisky y una de ron.

Al salir hacia la camioneta, oigo los gritos de una mujer. Aunque está pidiendo auxilio, algo me dice que no corre ningún peligro.

La veo enseguida. Está junto a la puerta del almacén Dollar General y gesticula como una posea con los brazos, en los que cuelgan dos bolsas de plástico llenas de productos a un dólar. Es retacona y con cuerpo de pera, y lleva una melena larga desmañada, del color de la margarina.

Me parece entender lo que grita. Alguien le ha robado el coche.

Irónicamente, si no fuera ayudante del *sheriff* estaría más dispuesto a echarle una mano. Recorro con la mirada la distancia entre mis botellas envueltas en papel marrón y la afligida mujer, sabiendo que si voy hasta allí de uniforme, fácilmente acabaré dedicándole buena parte de la noche a ella y a la denuncia del coche robado, o incluso tendré que lidiar con el presunto ladrón.

Empiezo a contemplar la huida cuando reparo en los dos niños que acompañan a la mujer. Deben de rondar los ocho y los cinco años.

Voy para allá.

—Buenas noches, señora —le digo—. ¿Qué problema tiene?

Apenas salen las palabras de mi boca, la mujer viene hacia mí corriendo. Se para justo delante, tan cerca que me obliga a dar un paso atrás. Su aliento huele como me propongo que huela el mío dentro de un par de horas. Empieza a chillarme, y siento en los ojos el escozor de los vapores alcohólicos que destila.

–¡Me robó el coche! ¡Ese hijo de puta! Cree que lo sabe todo, el muy cabrón. Me robó el coche. Quiero que lo arrestes.

–¿Quién le ha robado el coche?

–Él.

Señala la hilera más cercana de coches aparcados. El doctor Ed está apoyado en su Impala, hablando por el teléfono móvil. Sé que me ve porque me saluda con la mano.

–¿El doctor Ed le ha robado el coche? –le pregunto a la mujer.

–Sí. Y encima fue premeditado, así que tendrá que pasarse más tiempo en la cárcel, ¿no?

–Nadie va a ir a la cárcel.

–¡Quiero que lo encierren! –grita.

–No hagas que el doctor Ed vaya a la cárcel, –dice la niña, a sus espaldas.

–No... –repite su hermanito.

La madre se da la vuelta para hacerlos callar.

–¡Silencio! –les dice cortante.

El doctor Ed se acerca.

Al verlo venir, la mujer palidece.

–¡Ahí está! ¡Arréstalo! –aúlla-. ¡Me robó el coche!

–No lo robé –contesta el doctor Ed serenamente-. Lo cambié de sitio.

–Es lo mismo, si no sé dónde lo has puesto. A eso se le llama robar. Llevarse algo que no es tuyo y ponerlo en alguna parte donde no lo puedan encontrar.

–¿Cambiaste el coche de esta señora de sitio y no le dices dónde lo pusiste? –le pregunto al doctor Ed.

–Así es.

–¿Harás el favor de decirle dónde está?

–No.

–¿Lo ves? Es un ladrón –apuntándole con un dedo acusador, añade-. Y encima lo planeó. Y cuando digo que lo planeó quiero decir que de verdad lo planeó. Seguramente me siguió hasta el almacén de Lowe's solo para eso.

–Yo ya estaba allí cuando entraste –la corrige el doctor Ed.

–Fui a Lowe's a comprar pintura. –empieza a explicarme la mujer.

–Estaba en el pasillo de la pintura de Lowe's tambaleándose de lado a lado y chillando a los críos –la interrumpe el doctor Ed.

Me fijo en los niños. La chiquilla ha bajado la vista, pero el chaval está asintiendo con la cabeza.

–Me ve y se acerca a mí y se pone a hacerse el simpático conmigo –explica la mujer, volviendo al ataque-. Me pregunta por los niños y todo. Entonces dice que él ya sale y se ofrece a llevarme la pintura al coche, porque pesaba mucho, para que yo siguiera comprando con los niños, y me dice que me traerá las llaves del coche al almacén de un dólar. Bueno, le dije que sí, claro. Pensé que quería ser amable. Cómo se me iba a ocurrir que el médico de mis hijos era un ladrón de coches.

»Así que le doy las llaves y las cosas, y nosotros venimos al almacén de un dólar. Al

rato él viene y me devuelve las llaves, pero cuando salgo a por el coche, resulta que no está. Ha desaparecido. Y en el hueco solo encontramos las compras.

—¿Es eso lo que ha pasado? —le pregunto al doctor Ed.

—¿Tienes invitados esta noche? —me pregunta con retintín, mirando de reojo las botellas que llevo bajo el brazo.

—No intentes cambiar de tema. ¿Es eso lo que ha pasado?

Se rasca el pelo blanco rapado.

—Se aproxima bastante, sí.

—¿Dónde está el coche?

—No pienso dejar que conduzca con los niños en el coche. Apenas se tiene en pie.

—¡Eso no es asunto tuyo, maldita sea! —grita la mujer.

Me llevo al doctor Ed aparte para hablar un momento en privado.

—¿Por qué no le devuelves el coche? En cuanto lo ponga en marcha, la arresto por conducción temeraria.

—No quiero que la arresten delante de sus hijos.

—¿Qué demonios dices? O piensas que esta mujer tiene que responsabilizarse de sus actos, o no lo piensas.

—Debería responsabilizarse, pero a mi manera es mejor.

—¿Que te arresten a ti en lugar de a ella?

—He llamado a su hermana. Es una chica estupenda. De plena confianza. Va a venir a recogerla. ¿Para qué son esas botellas? —me pregunta.

No le contesto. Vuelvo con la mujer.

—Señora, me han informado de que su hermana viene hacia aquí, a buscarla a usted y a sus hijos. ¿Por qué no se va a casa y pasa una noche agradable? Estoy seguro de que el doctor Ed le devolverá el coche por la mañana,

—¿Mañana? —exclama—. ¡Quiero que lo arrestes ahora!

El doctor Ed se acerca y se pone a mi lado.

—Vale más que me arrestes.

—No —le grito—. No voy a arrestarte. No estoy de servicio. Tengo cosas que hacer.

—Creo que tienes la obligación de arrestarme, aunque no estés de servicio.

La mujer pone los brazos en jarras y me lanza una mirada vidriosa, ebria.

—Me ha robado el coche y quiero que lo arrestes. Y si no lo haces llamaré al *sheriff*.

El doctor Ed se encoge de hombros.

—Vale más que me arrestes.

Insiste en coger de su coche la caja de herramientas con su instrumental médico. Nos alejamos en mi camioneta, para guardar las apariencias. Primero lo llevo a su casa, y luego a su consulta. Le ruego que se vaya, pero no piensa moverse. Dice que esa mujer es de las que al día siguiente se plantará en la comisaría para asegurarse de que he hecho lo que le he prometido, y si resulta que no es así intentará por todos los medios que me despidan.

Le digo que no me importa que me despidan, pero insiste en que no va a cargar con

esa culpa, y que no hay más que hablar.

Estoy tan cabreado con él que decido no contarle lo que he averiguado de Jess y Bobbie. Tampoco pienso contarle que he visto a Reese. Ni que he localizado a Val. Voy a castigarlo por obligarme a aplazar mi sesión alcohólica hasta que me canse de no contarle todas las cosas interesantes que sé sin que él lo sepa. En ese momento me parece que tiene sentido.

Chad *el Preñado* es el único que queda en la oficina. Tampoco está de servicio; solo busca una manera de esquivar a su mujer, que acaba de entrar en la segunda semana fuera de cuentas de su cuarto embarazo.

No parece para nada sorprendido ni preocupado cuando le expongo los hechos. Prepara más café, busca una sábana limpia para el doctor Ed y empieza a sonsacarle consejos médicos gratuitos sobre las últimas toses y dolores de oídos de sus hijos. Hago amago de fugarme, pero el doctor Ed insiste en que antes de irme me tome un café con ellos. Chad le secunda: dice que es lo menos que puedo hacer después de arrestar a mi propio pediatra por robo de coches a gran escala.

—Más te vale ir con cuidado, o cualquier día te vas a meter en un buen lío —le advierto al doctor Ed, que está de espaldas a mí sirviendo café y rebuscando unas aspirinas en su caja de herramientas.

—¿Qué clase de lío? —pregunta.

—Yo qué sé. Al final alguien te demandará, o te matará, o le prenderá fuego a una bolsa con mierda de perro en el porche de tu casa.

Me trae una taza de café.

—Tómate esto —me dice.

Lo tomo. El café sabe a rayos.

—Tengo que irme —digo.

—Siéntate —me ordena— y tómate el café mientras rememoramos.

—¿Mientras rememoráis? —refunfuño.

—Tú nunca viste jugar a Ivan, ¿verdad, Chad?

Me levanto para irme.

—Siéntate —me dice el doctor Ed, con más contundencia.

—Pues resulta que sí, le vi jugar una vez —reconoce Chad, casi con timidez—. Fue durante su último año de instituto. Un primo mío, un par de años más joven que él, me llevó a un partido contra Purchase Line. Yo tenía seis años.

Se sienta acercando la silla no muy lejos de la celda, mientras el doctor Ed se acomoda en el catre. Tomo un sorbo de café.

—Nunca lo olvidaré —le dice Chad al doctor Ed—. Era lo más alucinante que había hecho en mi vida. Ir a un partido de fútbol por la noche. Todas aquellas luces, la gente animando, la banda de música...

»Aquella noche hizo tres *touchdowns*. Los dos primeros me los perdí, pero el tercero lo vi perfectamente y no lo olvidaré mientras viva. Después del saque, Ivan llegó corriendo por detrás del *quarterback* y todos los jugadores que había en el campo se le echaron encima. Se formó una montaña de cuerpos, había brazos y piernas por todas

partes, gruñidos y gritos. Y de pronto Ivan apareció en medio del caos y salió disparado como un cohete. Nadie se lo podía creer. En las gradas todo el mundo se puso en pie de un salto y empezó a gritar. Mi primo me levantó en hombros para que pudiera ver por encima de las cabezas de la gente. Los otros jugadores ni se habían percatado de lo que pasaba, seguían amontonados. Ivan no se volvió en ningún momento a ver si tenía a alguien detrás. No se volvió a mirar a ninguno de los espectadores que lo animaban. Simplemente corrió. Miraba hacia delante como si viera algo especial a lo lejos, con tanta fijación que la gente también miró en aquella dirección. Cruzó todo el campo solo, pasó la gran llama roja del Centresburg en la línea de las cincuenta yardas, y cuando llegó a la zona de anotación todo el mundo en las gradas había enloquecido. La gente perdió la cabeza. A esas alturas los jugadores ya se habían dado cuenta de lo que pasaba. Los compañeros de su equipo daban saltos, mientras que los otros estaban plantados en el suelo, sin dar crédito a lo que veían. Al marcar, Ivan no lanzó el balón contra el suelo, ni hizo filigranas, ni se puso a brincar de un lado a otro. Ni siquiera miró a las gradas. Tan solo fue frenando y paró un momento, antes de dar media vuelta y volver trotando hacia las líneas de banda, como si no hubiera pasado nada.

–Hizo su trabajo –dice el doctor Ed.

Empiezo a dar cabezadas, me estoy durmiendo.

–Ya te digo –comenta Chad.

Es lo último que recuerdo.

Miércoles

Me despierto en una de las celdas de arresto preventivo y veo a Chad *el Perforado* de pie junto a mí.

Llevo una de las recetas del doctor Ed prendida en la camisa, donde me ha escrito: «Te he colado un somnífero».

A él no lo veo por ninguna parte.

Chad no hace ningún comentario sobre la situación, salvo para preguntarme qué tal se duerme en los catres. ¿Son cómodos? Dice que una vez pensó en traer a su novia aquí. Al final no se atrevió a pedirselo, pero se ha propuesto hacerlo algún día, con ella o con otra chica. Está segurísimo de que en algún sitio hay una chica que se pondría a cien con la idea de mantener un encuentro sexual en una celda.

Voy a mi escritorio antes de que lleguen Jack o los otros. Me paso ahí el día entero, sin saber muy bien cómo encajar mi buen estado físico. Había planeado arrastrar una resaca tremenda.

Ni siquiera salgo a comer.

Stiffy me recuerda antes de marcharse a casa al final de la jornada que tengo una cita para cenar en el Eat'nPark. Menos mal, porque se me había olvidado por completo. Chad *el Preñado* me guiña el ojo y me desea buena suerte. Nunca es tarde para conocer a la mujer adecuada y formar una familia, me dice.

Hay una azafata entrada en años con una corona amarilla de cartón donde pone FELIZ CUMPLEAÑOS, una jarra de agua en una mano y en la otra un fajo de cartas plastificadas. Está plantada serenamente en el umbral que separa la cola de los próximos clientes del Eat'nPark del paisaje de los que ya están felizmente sentados, como una estatua de la libertad de los restaurantes atrayendo a nuestras masas hambrientas.

Aguardo mi turno delante de la vitrina, llena de galletas coloridas, grandes como platos, e hileras de tartas rebozadas con merengues y glaseados y cristales de azúcar centelleantes. Echo una ojeada furtiva hacia las mesas en busca de mi dueña; Chastity dijo que era una mujer atractiva.

Teniendo en cuenta que no me considera más que un deportista lerdo en horas bajas,

seguramente cree que solo me parecen atractivas las rubias veinteañeras tontas con pechos grandes y una capacidad sin límites para soportar un sinfín de anécdotas exageradas de mis viejas hazañas y proezas físicas. Con suerte.

Finalmente llego a la azafata. Me interrumpe en cuanto empiezo a explicarle quién soy. Con una voz quebrada, a la vez lúgubre y alegre como unas castañuelas, me dice que sabe por qué estoy aquí.

La sigo por el comedor, desterrando la tentación de preguntarle si la mujer que me espera es guapa, o al menos parece una presa fácil o desesperada. Las viejecitas suelen tener buen ojo para esos rasgos de la personalidad.

La última vez que me acosté con alguien fue justo antes de dejar Florida, con una mujer que acababa de mudarse al apartamento dos puertas más allá del mío. La noche se grabó en mi memoria solo porque estoy a las puertas de la madurez y del miedo a perder mi atractivo, y cada vez que tengo un encuentro sexual pienso en que puede ser el último. No por eso el sexo es mejor. Solo me empeño en disfrutarlo más, lo que por norma suele tener el efecto contrario.

No es tan distinto de todas las veces que he intentado dejar la bebida y me he obligado a saborear un último whisky, cuando lo único que quería era tragármelo de golpe y notar algún tipo de colocón, por pequeño o pasajero o insatisfactorio que fuera al final.

Si me lo trago de golpe, siento que me he perdido algo; si lo saboreo, me frustró; pero de una manera o de otra siempre recuerdo esa última copa, hasta que tomo la siguiente un par de días después.

Recorro los reservados y las mesas con la mirada, en busca de una mujer sola. No veo a ninguna.

Seguimos caminando en dirección a una cabecita redonda cubierta de pelo rubio que asoma apenas por el respaldo de un reservado. La azafata se detiene junto a la mesa y automáticamente llena el vaso de agua del niño, que sale de un brinco del reservado y me tiende la mano.

—Debes de ser el gran Ivan Z —me dice, con una sonrisa tan grande que creo que va a cercenarle la cabeza en dos, como un hachazo en un tronco—. Soy Everett Craig. Es genial poder conocerte por fin.

Le estrecho la mano. Lleva unos pantalones de pana marrones un poco justos y sin manchas de hierba en las rodillas, una camisa azul, una americana azul marino un poco grande y una corbata amarilla de adulto con avioncitos azules estampados que le cae hasta más abajo del cinturón.

—Señor Craig —le digo—. Es un placer.

—Siéntate —dice, y vuelve de un salto a su sitio.

La azafata me da una carta y se aleja con andar vacilante.

—¿Tú pujaste por mí? —le pregunto a Eb.

Dice que sí con la cabeza.

—No me digas que usaste tu dinero para esto. ¿El dinero de tu paga o el del cumpleaños?

Tiene delante una taza de chocolate caliente y se inclina a sorber ruidosamente los

copetes blancos de espuma. Al levantarse, lleva la mitad de la bebida en la nariz y la barbilla.

—Estaba el doctor Ed en la subasta y él me hizo un préstamo. Dijo que podía pagárselo no poniéndome malo en un año.

—¿Fue idea suya que pujaras por mí?

—No, mía. Pensé que sería una buena manera de conocernos mejor.

La culpabilidad que he intentado mantener a raya durante un par de minutos triunfa momentáneamente, hundiéndome los hombros bajo su peso. Llevo ocho meses viviendo, o al menos medio viviendo, en la misma casa que mi sobrino, pero tiene que comprar una hora de mi tiempo para conocerme mejor. A punto de dejarme abatir por la pena, miro a Eb detenidamente.

Está entusiasmado con nuestro encuentro. Está entusiasmado con que se le ocurriera la idea, y está entusiasmado de pasar un rato conmigo. Yo tendría que estar igual de entusiasmado.

Eb no está enfurruñado por las veces que lo he decepcionado. No se siente mal, y es él quien tiene motivos, no yo.

Siempre he creído que la culpabilidad demostraba que en lo esencial una persona era decente: a pesar de haber obrado mal, por lo menos se daba cuenta de haberse equivocado y lo sentía. Ahora mismo, en cambio, me parece obvio que la culpabilidad no es más que un recurso para poder sentirte mejor por algo que hiciste y que hizo daño a otra persona, pero eliminando de la ecuación a la persona a la que hiciste daño.

—Estoy de acuerdo —le digo—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí la idea de salir juntos tú y yo y hacer algo.

—No te preocupes —da otro sorbo al batido, ruidosamente—. Ahora puedes salir un día con Harrison o Josh y que se te ocurra a ti.

—¿Te ha traído tu madre?

—Mamá ha salido. Me ha traído la doctora Morrison.

—¿La doctora Morrison?

La mesa de la fiesta de cumpleaños estalla en aplausos cuando la azafata, seguida por varias camareras, aparece con una tarta recubierta de una especie de crema rosada y con las velas encendidas. Me había imaginado que celebraban el cumpleaños de un niño, pero resulta ser el de un hombretón con camisa de franela a cuadros y sienes canosas, que lleva una corona parecida a la de la azafata, pero con la palabra CUMPLEAÑERO escrita de punta a punta.

Empiezan a cantarle el «Cumpleaños feliz», y enseguida lo corea todo el restaurante.

Me encorvo sobre la mesa para que Eb me oiga en medio del jaleo.

—¿Te ha dicho algo de mí? —le pregunto.

Él se encorva también.

—¿Te refieres a si ha dicho que le gustas o algo?

—Sí, algo así.

Niega con la cabeza.

—Solo ha hablado de ti cuando ha preguntado si sabías arreglar un váter.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que no creía. Le he dicho que en realidad nunca te he visto arreglar nada, menos aquella vez que pisaste el mando de la tele que estaba en el suelo y se rompió por detrás y tú medio lo apañaste y pusiste una goma elástica alrededor para sujetar las pilas.

Se acaban los cánticos. El restaurante queda casi en silencio cuando el hombre sopla las velas. A continuación hay aplausos.

—Pero le he dicho que yo sí sé arreglar un váter —añade Eb.

—¿Cómo es que sabes arreglar un váter?

—Mamá me enseñó.

—¿Tu madre sabe arreglar un váter?

—Claro. La abuela le enseñó. Uno que se llama Val enseñó a la abuela. Mamá dijo que el abuelo nunca se molestó en enseñar a la abuela porque creía que siempre estaría cerca para hacerlo. Por eso mamá siempre dice que hay que saber valerse por uno mismo. No puedes contar con que alguien vaya a estar siempre ahí.

Volvemos a erguirnos, ahora que ya podemos oírnos sin gritar.

—Pero no te pongas triste —me dice Eb, arrugando su frente suave con un mohín solemne, difícil de tomar en serio con el cerco de chocolate y espuma alrededor—. Me ha dicho que te dé un mensaje. Me ha dicho que cuando me dejes en casa después de cenar, si quieres, la pases a buscar por el hospital para ir a tomar algo. Si quieres.

—¿En serio ha dicho eso?

—Sí. ¿A ti te gusta?

—Supongo que sí —contesto con admirable desapego—. ¿Qué me dices de ti y esa Hannah con la que fuiste a la subasta? Te he oído mencionarla de vez en cuando.

—Solo somos amigos.

Asiento con la cabeza, para mostrarle que entiendo su situación.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, señor Craig?

—Claro, señor Z.

—Tengo que confesarte que te he visto por el pueblo, y siempre me ha impresionado la cantidad de corbatas que tienes. ¿Las coleccionas por alguna razón en particular?

—No. La verdad es que no.

Da otro sorbo al chocolate caliente. Esta vez no puedo evitar quitarle con el dedo la nata de la punta de la nariz.

Capta la indirecta y se limpia la boca con la servilleta.

—Mi padre ahora lleva corbata —me dice, mirando la mancha de chocolate en el papel—. Por eso se fue de aquí. Porque encontró un buen trabajo de corbata.

Cuando me mira de nuevo me embarga una sensación de *déjà vu* al recordar cómo me miraba su madre, mi hermanita pequeña, exactamente con esos mismos ojos y ese mismo dolor perplejo. Parece que hubiera sido esta misma mañana.

—Cuando llevas una te sientes distinto. ¿Te has puesto alguna vez una corbata? —me pregunta.

—Sí, en alguna ocasión.

—¿Y no te sentiste más importante?

–Si te soy sincero, me siento más importante ahora mismo de lo que nunca me he sentido al llevar corbata.

–Pues no tienes muy buena pinta –dice, sonriendo de nuevo–. A lo mejor deberías pedirme la corbata antes de ir a ver a la doctora Morrison.

–A lo mejor, sí.

–Buenas noches, chicos, ¿cómo estáis? –nos pregunta una camarera.

–¡Genial! –salta Eb.

–¿Ya sabéis lo que queréis, o vuelvo en un ratito?

Eb ni siquiera se detiene a coger aire.

–Yo voy a comer chili, y un sándwich de queso gratinado, y espaguetis, y requesón, y pudín de chocolate con azúcar espolvoreado, y ¿puede ser que no se mezcle una cosa con otra?

–Claro que sí, cielo.

La camarera se vuelve hacia mí sonriendo. Deslizo la carta plastificada sobre la mesa, sin abrirla.

–Para mí lo mismo.

Desde que volví, habré entrado en el hospital de Centresburg una docena de veces. Siempre ha sido por algo relacionado con el trabajo, como acompañar a alguien que había sufrido un accidente en coche, o por una pelea de borrachos, o por un percance doméstico.

Antes de ese trajín de visitas no había vuelto desde que me rompí la pierna. Solo estuve unas horas, el tiempo necesario para estabilizarme de la pérdida de sangre y la conmoción, antes de que me trasladaran a un hospital de Pittsburgh, donde ya me esperaba un equipo de especialistas que había reunido Joe Paterno.

Mi madre no se separó de mí ni un momento. Más que verla, sentía su presencia. Perdía y recuperaba la conciencia, y apenas recordaba nada de lo que pasaba cuando abría los ojos, pero la notaba a mi lado y oía su voz dentro de mi cabeza.

A lo largo de estos años entregado a la bebida, he dedicado muchos ratos a pensar en lo que debió de pasarle por la cabeza aquella noche, aunque nunca hemos hablado de ello. Mi madre había perdido a su marido, a su padre y a su hermano en Gertie, y de pronto, en un cruel giro del destino, tal vez fuera a perder también a su hijo en aquel mismo lugar, años después de que la amenaza, supuestamente, hubiera pasado.

La única cosa que se le concedió a mi madre, igual que a las otras jóvenes viudas de Gertie, fue no correr el riesgo de perder a sus hijos en las minas. Fue una condición por la que lucharon con todo su afán, incluso antes de que las minas cerraran por motivos económicos y el incendio subterráneo destruyera las entrañas de nuestro pueblo.

Tras la explosión en Gertie, cuando dejaron de depender de la J&P para dar de comer a sus hijos y tener un techo donde vivir, todas esas mujeres adoptaron una actitud muy distinta hacia las minas. Empezaron a expresar en voz alta muchas opiniones que siempre habían tenido, pero que hasta entonces ni siquiera se atrevían a plantearse, igual que un niño maltratado negará que su padre o su madre hagan nada malo, y acabará por creer

que merece esos abusos.

Después de la explosión fue más importante que nunca que la profesión de los mineros se respetara. Los que tuvimos que seguir en la brecha no nos podíamos permitir creer que nuestros hombres habían muerto en vano.

Nunca llegaríamos a odiar de verdad la industria, por la misma razón que las familias de los muchachos de nuestro entorno que iban a morir en Vietnam jamás se permitirían odiar al país por el que los muchachos habían luchado. Sin embargo, era perfectamente admisible odiar a los dueños de las empresas o a los promotores de la guerra.

No era muy distinto de que mi padre fuera capaz de seguir trabajando en las minas de América después de haber sido minero en el gulag de Magadán. Que lo hubieran separado de su familia a punta de pistola para llevarlo allí, el hambre y las palizas que tuvo que soportar mientras vivía y hacía trabajos forzosos en condiciones deplorables, por lo visto no hicieron mella en el respeto que sentía por el oficio en sí. Podía odiar al hombre que llevaba tatuado en el brazo por obligarlo a estar allí en contra de su voluntad, pero no podía odiar el trabajo, porque odiar el trabajo era odiarse a sí mismo.

Una vez identificado el enemigo, que tenía las mismas cualidades humanas que nosotros aunque nunca le hubiéramos visto la cara, podía entablarse una lucha justa. Podían acabarse las contemplaciones. Ya no había que poner excusas. El patriotismo ya no tenía que confundirse con la sed de poder. La moral ya no tenía que asociarse con algo basado en la codicia, ni había que agradecer nada a algo basado en la explotación.

Para mi madre y las mujeres de los demás mineros fue una batalla librada bajo la forma silenciosa y sutil de la orientación. Se asegurarían de que, llegado el momento, sus hijos tuviesen oportunidades fuera de las minas y el ejército. Los alentaron a ir a la universidad o a emprender estudios técnicos, los empujaron a aprender un oficio, o sencillamente intentaron inocularles el deseo de encontrar un trabajo más allá del final de la calle.

Las minas acabaron cerrando por motivos que nada tuvieron que ver con la falta de mano de obra, y Stan Jack se embolsó su fortuna y siguió adelante en busca de un lugar donde dar el próximo paso, como suele hacer esa clase de hombres.

Tuvo que ser un alivio para nuestras madres, porque en el fondo sabían que mientras hubiera puestos de trabajo algunos acabaríamos ocupándolos.

En aquel momento nadie pronunció los nombres prohibidos, pero todos los hombres y mujeres que estaban presentes cuando Gertie explotó los tuvieron en la punta de la lengua: Monongah, Centralia, West Frankfort, Darr Coal. Cien muertos. Doscientos muertos. Cuerpos calcinados, desmembrados, aplastados, extendidos en el suelo de los gimnasios de los institutos, a la espera de que los identificaran. Otros sepultados en lugares demasiado profundos para poder recuperarlos. Aserraderos locales que no daban abasto con la madera necesaria para los ataúdes. Cien muertos. Trescientos muertos. Y trescientos nuevos hombres dispuestos a ocupar sus puestos al día siguiente.

Las causas de estas explosiones nunca se sabían con certeza. Se daban explicaciones, pero no había manera de emprender una investigación efectiva cuando el lugar de los hechos quedaba sepultado bajo toneladas de tierra y roca.

Las empresas lo atribuían a la incompetencia de los mineros; los mineros culpaban a la desatención de la seguridad por parte de la empresa, pero para los mineros de la generación de mi padre esa batalla se había convertido en un compendio de exigencias tácitas y argumentos mudos que todos guardaban en el interior de sus cascos de trabajo. Todas las batallas legales habidas y por haber se habían librado ya, todas las mejoras habidas y por haber ya se habían hecho.

Los propios mineros sabían que trabajar en una mina nunca sería seguro, del mismo modo en que un soldado curtido nunca creería a un comandante en jefe que promete una guerra rápida y fácil.

Esas eran promesas para el público bienintencionado pero ignorante, por parte de mandamases informados pero igual de ignorantes acerca de cuestiones que no comprendían y en las que tampoco querían pensar.

Quienes sí las comprendían, como mi padre y mi madre, movían la cabeza con resignación y se asombraban de que aquella gente ajena a todo y rodeada de lujos se valiera de esos juegos para tranquilizar su conciencia. Y esas personas, como mi padre y mi madre, seguían haciendo su trabajo y viviendo su vida, sabiendo perfectamente que no existe una mina segura ni una guerra fácil.

Hay una pequeña feria de libros usados en el vestíbulo del hospital. Han instalado cerca de una docena de mesas con caballetes, todas atestadas de hileras de libros que no siguen ningún orden en particular. Una adolescente enchufada a un reproductor de CD portátil está absorta en una revista delante de una mesa de cartón, con una cajita de caudales y un cartel pintado a mano que informa a todo el mundo de que todos los beneficios se destinarán a la construcción de la nueva planta infantil.

Por lo visto la feria goza de aceptación popular, aunque solo sea porque ofrece una alternativa a quedarse sentado en una sala de espera o en las camas de las habitaciones del hospital. La gente va de mesa en mesa –algunos en bata, otros con ropa de calle– eligiendo libros, abriéndolos por la primera página y dejándolos de nuevo.

Paso por la recepción para que avisen a Chastity por megafonía y decido echar un vistazo en busca de algo para mi madre. Tiene un par de autores favoritos que han publicado tantos libros de bolsillo como para que siempre haya ejemplares de uno o de otro en cualquier venta de libros usados.

Al acercarme a otra mesa, veo a un chico sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un gran libro en el regazo. Me suena de algo, y enseguida me acuerdo de qué: es el chaval que subía la cuesta en bicicleta esta mañana, con el que crucé unas palabras desde la camioneta.

Está enfrascado en el libro. Me paro a su lado, pero no levanta la cabeza. Trato de echar un vistazo a lo que lee.

En la página hay imágenes de grandes felinos salvajes: un leopardo durmiendo en un árbol, una pantera negra en pleno salto, un león rugiente, un tigre agazapado. Me llaman la atención porque no son fotografías ni las clásicas ilustraciones de ese tipo de libros. Cada imagen es una obra de arte en miniatura, un cuadro, no un dibujo a tinta; la delicada mezcla de colores y los juegos de luces y sombras crean un efecto casi

impresionista.

Me recorre de pronto la emoción del reconocimiento, y tengo que contenerme para no agacharme y arrancarle el libro de las manos.

El chico levanta la vista.

—Hola —le digo.

—Hola —contesta con recelo.

—¿Has llegado bien al colegio?

Su expresión se relaja cuando me reconoce.

—Sí. Me llevó mi abuela.

—¿Me dejas mirar ese libro un segundo?

Se lo acerca más al cuerpo.

—No he hecho nada malo.

—Ya lo sé. Quiero enseñarte una cosa.

Me mira, mira el libro, y vuelve a mirarme. Decide que puede confiar en mí y, aunque de mala gana, me tiende el libro.

Al tenerlo en mis manos, lo sostengo como si pudiera romperse en un millón de pedacitos a la menor presión. Lo cierro y acaricio la vieja cubierta de tapa dura, ribeteada con un *collage* de plantas y animales dibujados y el título en mayúsculas: MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

Al abrirlo aparece mi nombre medio descolorido escrito por la mano de un crío de cinco años, seguido de otros dos nombres. Esta no es la primera vez que el libro cambia de mano. Mi madre debió de dárselo hace muchos años.

Me pongo a hojearlo, recordando cada capítulo como si lo hubiera leído ayer. La selva húmeda africana. El corazón de Australia. Los bosques norteamericanos. El desierto. El océano. El Ártico. Las praderas.

Encuentro la página que buscaba y le enseño el libro al chico. Se levanta a cogerlo.

—Esta es una aldea de perritos de la pradera —le digo—. ¿Has visto una alguna vez?

Estudia la imagen y dice que no con la cabeza.

Aguardo a que termine. Espero que vuelva a dejarlo en la mesa. Quiero el libro. Si no quiere soltarlo por las buenas, procuraré convencerlo de que soy yo quien debe tenerlo. Puedo enseñarle mi nombre en la primera página. ¿Y si me dice que quien se encuentra algo se lo queda, con la misma lógica a la que yo mismo recurrí para resolver la disputa por la mesa de jardín de Ronny Hewitt?

Quizá podría suplicarle y que se apiadara de mí. O podría ofrecerle dinero. Y siempre queda el hecho de que soy más grande que él.

Levanta la vista de la página.

—Mola —dice, sin más. Me dedica una versión rápida de la misma sonrisa con la que se deslizaba cuesta abajo esta mañana en la bici—. Y gracias, —se despide, mirándome de arriba abajo. En el último momento añade—: Agente.

Se encaja el libro bajo el brazo y va hacia la chica de la caja, balanceando el otro brazo.

Noto que Chastity se acerca. No necesito darme la vuelta para saber que está ahí. Su

presencia carga el aire, como cuando llegaba un día de partido.

Me vuelvo y la miro. Se ha quitado el uniforme de trabajo, pero no lleva ningún traje pantalón sexy, ni una minifalda que deje al descubierto sus largas piernas. Sus largas piernas están tapadas por unos vaqueros remetidos en unas botas tejanas de ante marrón. Lleva el pelo suelto, salvo por una fina diadema de cuero, y una camiseta rosa claro con una camisa vaquera gastada anudada a la cintura. Por la silueta de los pechos bajo la tela, sé que no se ha puesto sujetador.

—¿Listo? —me pregunta.

Chastity aún no ha tenido tiempo de cenar, así que la llevo al Valley Dairy. Dice que se le ha antojado un batido de chocolate con patatas fritas.

No hay mucha gente. Siempre está más concurrido a las horas del desayuno y de la comida. A Jolene le encanta decir que es porque ella no trabaja de noche. Y puede que tenga razón. Da la impresión de que a las tres camareras que trabajan hoy se les están agotando las pilas.

Los clientes también parecen aletargados. La gente come prácticamente en silencio, y se dirigen la palabra solo de vez en cuando, en voz baja. Es justo lo contrario del caos del Eat'nPark.

Ya hemos descifrado los enredos de palabras y los crucigramas de nuestros manteles, y Chastity incluso ha dibujado un granero rodeado de vacas y gallinas con las ceras rotas que había en un vaso de zumo sobre la mesa.

Durante el trayecto, me ha dicho que se sentía mal por la conversación que tuvimos por teléfono y quería compensármelo. No quería que empezáramos con mal pie.

Trato de saber por qué iba ella a querer empezar con cualquier pie conmigo, y qué haríamos exactamente después de empezar con buen pie. Sé que está comprometida. Creo que le gusto pero que no está interesada en mí; y aun así a veces detecto destellos de sensualidad cuando me mira. Quizá le guste flirtear. Quizá haya tramado una retorcida venganza por todas las veces que ganamos al equipo de Clearfield. Quizá se esté preparando para asestarme el golpe de gracia: hacerme creer que tengo posibilidades de acostarme con ella y al final rechazarme. O quizá se acueste conmigo una vez y luego me deje plantado. Si al menos fuera así...

—Bueno, hálbame de Florida —me dice, untando una patata frita en el ketchup—. Solo he estado una vez, y en ningún momento pude dejar de preguntarme quién querría vivir ahí. No hay montañas. No hay árboles. Demasiado calor fuera, demasiado frío dentro. Todo el mundo y todas las cosas parecen temporales. No sé cómo alguien puede hacer algo en serio en ese lugar.

—No creo que nadie lo haga. Creo que esa es la clave.

La observo mientras se lleva la patata a los labios y la muerde. El deseo debe de reflejarse en mis ojos, porque Chastity empuja el plato hacia mí y me invita con un gesto. No es la patata frita lo que quiero, pero cojo una de todos modos.

—Es un sitio extraño para vivir, sobre todo si no eres un jubilado —le digo—, porque nadie es de allí. Todo el mundo viene de otra parte, y ha ido a parar allí porque ha fracasado en algo o porque no podía más con algo. Hablaras con quien hablaras tenía una historia parecida, y casi todas empezaban con «Sí, me había hartado de...»; luego solo hay que rellenar los puntos suspensivos: me había hartado de mi exmujer, me había hartado de que fulano me persiguiera porque le debía dinero, me había hartado de la nieve, me había hartado de un trabajo, me había hartado de tener que tener trabajo.

—Entonces, ¿por qué vivías allí?

—Si Estados Unidos fuera un mercadillo, Florida sería el tenderete que hay al fondo con toda la porquería desechada y todas las piezas rotas e irreconocibles de a saber qué objeto. Encajo perfectamente.

—Bueno, conozco a tu madre y a tu hermana, y conozco este pueblo, así que sé que no te desecharon —dice, alcanzando el batido—. Y eres fácil de reconocer. Así que te debía de parecer que encajabas porque estabas roto. ¿Te refieres con eso a tu rodilla?

—Supongo.

—Huiste porque te rompiste la pierna.

—Yo no hui —contesto, prácticamente con un grito.

—¿Cómo lo llamas? ¿Un paso inteligente en tu carrera? ¿Siempre habías acariciado en secreto el deseo de ganarte la vida matando bichos? Reconozco que Florida es el lugar perfecto para esa vocación.

—Me daba igual adónde ir. Simplemente sabía que no podía quedarme aquí.

—¿Por qué?

—No podía seguir jugando al fútbol. Eso es lo que yo era para la gente de aquí. Un gran jugador de fútbol. No quería recordar cada minuto del día lo que había hecho.

—¿A qué te refieres, qué habías hecho?

—¿Cómo?

—Has dicho que no querías recordar lo que habías hecho.

—¿Ah, sí?

Se pone la pajita entre los labios y da un sorbo.

Miro mi vaso de Coca-Cola. Me sorprende no sentir ansias de mezclarla con ron, pero me encantaría tomar una cerveza. Le pregunté a una de las camareras si ya hacen batidos de cerveza. Se limitó a sonreírme y dijo que me pasmaría saber cuántas veces le hacen esa pregunta.

—Supongo que quería decir lo que me habían hecho —le explico a Chastity—. Ya sabes, lo que pasó.

—Aun así no veo por qué el hecho de dejar de ser un gran jugador te hizo pensar que debías marcharte.

—Decepcioné a todo el mundo.

El comentario sale de mi boca antes de que pueda evitarlo. Me doy cuenta de que es la

primera vez que se lo digo a alguien.

Parece que Chastity intuye la seriedad de lo que acabo de decir, aunque las palabras sean simples, casi pueriles.

Frunce el ceño.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Te lo he dicho. Ya no soy un gran jugador.

—Dudo mucho que nadie esperara que lo fueras eternamente.

Contesto encogiéndome de hombros.

—Una cosa sí puedo decirte —continúa, aún con expresión preocupada—. No había una sola persona en esa subasta que mirara tus pelotas con el menor resentimiento.

Veo que espera que la broma me haga sonreír. Solo me sale un bufido.

—A esa gente le diste muchas alegrías y fuiste un motivo de orgullo para todos. Unos se pusieron a hablarles de ti a otros. Tendrías que haber visto a Ivan contra el Notre Dame, decían. Tendrías que haberle visto contra Ohio. Aquella vez que en las cincuenta atrapó el balón y desapareció en una pared de líneas. Todo el mundo pensó que lo habían enterrado, pero de pronto salió de un salto por el otro lado y corrió hasta hacer *touchdown*. O aquella vez que todo el mundo pensaba que estaba fuera de los límites y no sé cómo se las arregló para correr diecisiete yardas por la línea de banda y marcar un *touchdown*, como si caminara por la cuerda floja.

Mientras habla, cojo otra patata frita de su plato.

—Y de pronto —continúa— había un puñado de gente en un corro, sonriendo, asintiendo y hablando de ti, y eso les llevó a hablar de otras cosas. Se alegraban de ser de aquí porque tú eres de aquí, y se alegraban de ser lo que son.

—A eso me refería, precisamente —le digo—. A que todo el mundo hable de mí. Nunca me libro de eso. Ni siquiera ahora.

—¿Por qué quieres librarte?

Da otro sorbo a su batido.

—Porque sí.

—Si tan malo es, ¿por qué volviste?

—Volví para hacerle un favor a una amiga.

—Pero tienes un trabajo.

—Es temporal.

Me mira, con la pajita entre los labios.

—¿No vas a quedarte?

—No lo sé.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Eso tampoco lo tengo claro. Hay días que sí, hay días que no.

—Creo que eso pasa con todos los trabajos.

Vuelve a atacar las patatas. Va cogiéndolas de una en una entre el pulgar y el índice, delicadamente, como si jugara a los palillos chinos. Después de comer unas pocas, se chupa la sal de los dedos para agarrar de nuevo el vaso del batido.

—Nunca te he visto en acción —dice—, y no te conozco muy bien, pero he estado con

gente que hablaba de ti y me da la impresión de que eres una de esas personas a quien los demás recurren en busca de consejo.

—Suenan aterrador.

—Creo que ante la posibilidad de hablar con un abogado por un asunto legal, o con un contable por un tema de impuestos, o con un profesor por un problema matemático, la gente preferiría hablar contigo. Y no porque hayas sido famoso en el pasado. Más bien porque parecen confiar en tu criterio.

—Bueno, eso es un poco raro, teniendo en cuenta cómo me he jodido la vida.

—Quizá sea porque nunca te has escuchado de verdad —mira el interior del vaso y remueve los restos con la pajita—. A lo mejor te ríes —dice, levantando la vista casi con timidez—, pero creo que serías un buen *sheriff*.

Me río, sí.

—De momento no hay ninguna posibilidad. Jack seguirá siendo el *sheriff* hasta que se muera. Patrullará en una silla de ruedas trucada, con una sirena y una escopeta reglamentaria colgada del respaldo. Llevará unas gafas bifocales en forma de dovela.

Nos reímos al imaginarlo. De pronto, sin embargo, deja de parecerme gracioso. Es demasiado real.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Chastity.

—Jack no anda lejos de eso. El doctor Ed tampoco. Me he acordado de Zo. ¿Has estado alguna vez en su casa?

Dice que no con la cabeza.

—La casa es preciosa, pero lo que la distingue de verdad es el terreno. Ochenta hectáreas de monte y bosques intactos.

Sorbe ruidosamente para apurar el batido.

—Suenan genial —dice.

—¿Quieres ir? —le pregunto, antes de darme cuenta de lo estúpida que es la propuesta.

—¿Ir adónde? ¿A casa de Zo?

—Sí..., bueno, tengo la llave. Podría decirse que Jolene y yo nos estamos encargando de recoger sus objetos personales.

—Entonces, ¿me estás proponiendo ir contigo en mitad de la noche a poner en orden las cosas de una viejecita muerta?

—Algo por el estilo.

—¿Vas de un salto a por cerveza?

Acabamos en casa de Zo con un par de packs de seis latas. Dentro hace frío, la calefacción no está encendida. Hago un fuego en la chimenea, pero solo calienta la sala de estar. Aunque empezamos a llenar cajas en las otras habitaciones, poco a poco el calor nos atrae hacia allí.

El trabajo, la proximidad de Chastity, la grata sensación de estar en un lugar que siempre ha sido un refugio para mí, me distrae de pensar en John, y en Jess y Bobbie, y en mi oscuro deseo de vérmelas con Reese.

Después del día que he tenido, me sorprende no sentir la necesidad de emborracharme,

pero necesito un poco de alcohol en las venas, igual que un diabético necesita su insulina. Unas cervezas surten el efecto deseado. Concentro el resto de mi deseo en Chastity. Estar en la misma habitación que ella y asistir a la belleza natural de sus gestos desplegándose en tareas domésticas tan cotidianas como meter cosas en un caja o limpiar el polvo de una estantería se me antoja tan excitante como verla con tacones y minifalda.

Levanta un jarrón del extremo de una mesita y, tras comprobar la etiqueta de la base, lo limpia con un trapo y lo pone en una de las doce cajas que Jolene se encargará de distribuir. Los objetos sin etiqueta van en una caja distinta. Por el momento contiene una lamparilla de noche con ambientador y un despertador de cuerda roto.

Abro una lata de cerveza y se la paso. La coge mientras levanta en la otra mano una fotografía enmarcada de la misma mesita. Me la enseña: dos niños, sentados como dos budas sobre sus pañales acolchados, comparten un plato de galletas saladas y taquitos de queso en el centro de una habitación cercada por una recia valla de plástico.

—Son los hijos legítimos de Randy, hace un par de años —le explico.

—Qué monada —dice.

—Tanto como los pandas —añado—, solo que no están en peligro de extinción.

Se ríe y da un trago a la cerveza.

Tiene una pequeña mancha de nacimiento en el punto donde el cuello se une a la mandíbula. La primera vez que la vi pensé que era una rosa violeta tatuada. Descubro que late cuando bebe.

Le da la vuelta a la fotografía. Al ver que no lleva etiqueta, la pone en la caja de «Suponemos que esto es para Randy».

Me arrellano en el sofá. Está tapizado con una tela mullida que parece a punto de desmigajarse, del mismo tono marrón claro que el pastel de especias que Zo solía servir aquí a sus invitados, con una manta tejida en tonos marfil sobre el respaldo y dos paños a juego en los reposabrazos, del mismo color que el baño de crema agria que ella hacía.

Empiezo a husmear en el cajón del archivador de Zo, que me he traído al salón.

Muchas cosas no valen para nada: pólizas de seguros antiguas, manuales de instrucciones y garantías para todo tipo de aparatos, desde tostadoras a tanques sépticos, un fajo de viejos patrones de ropa, en los sobres originales de Butterick y McCall, con dibujos a tinta de chiquillas escuálidas vestidas con jerséis de cremallera y pantalones cortos con camisetas a juego.

Pero no todo es porquería. Al menos para Zo no lo era. Un folleto del Museo Liberace de Las Vegas. Tarjetas de cumpleaños de sus nietos. Un recorte de periódico donde un ejecutivo trajeado de la J&P hace entrega de un gigantesco cheque falso a una viuda, acompañada de sus cuatro hijos con sus mejores ropas y la cara tan limpia que parece restregada con estropajo. Al pie de la imagen se lee: «J&P tiende una mano de ayuda». La noticia no mencionaba que la ayuda consistió en trescientos dólares por familia.

Encuentro un examen de matemáticas de cuando Randy iba al colegio. Solo tres fallos. En el margen superior la maestra escribió ¡CARAMBA! con bolígrafo rojo. Es el único trabajo escolar que encuentro. También hay una insignia de la patrulla de seguridad vial de la escuela primaria, y un pequeño recorte del periódico local con una lista de los

alumnos que se habían graduado en el instituto. Su nombre está subrayado.

Supongo que esa era una de las ventajas de tener un hijo como Randy. Sus trofeos y sus logros no requerían mucho espacio.

—¿Y qué crees que hará Randy con la casa? —pregunta Chastity cuando lanzo el examen en la caja de Randy—. ¿Crees que hay posibilidades de que vuelva a vivir aquí?

—No. Tiene un buen trabajo en Maryland. Venderá la casa. Y la tierra también. Solo temo que la venda a los que quieren hacer minería a tajo abierto.

—¿Crees que sería capaz?

—No sé. Me gustaría pensar que no. Tanto su padre como su madre estarán removiéndose en la tumba toda la eternidad si se le ocurre hacer algo así. La J&P va detrás de estas tierras desde hace generaciones. Ahora verán la oportunidad de saltar sobre su presa. Sabrán que Randy se ha ido y que ya no tiene lazos con este lugar. Y sabrán que tiene mujer e hijos que mantener. Le ofrecerán más dinero del que jamás conseguiría si vendiera la propiedad como vivienda. Digamos que ahora mismo aquí el mercado inmobiliario no está en alza.

Chastity da media vuelta y va hacia la ventana. Descorre una de las cortinas verde apio y escruta las siluetas de las montañas oscuras, colosales cuerpos durmientes bajo el manto de la noche.

—Destruir esta tierra sería espantoso —dice.

—Ya. Pero todos necesitamos el dinero.

—Qué pena que parezca lo único que necesitamos.

Deja caer la cortina. Se acerca a la chimenea y se agacha frente al fuego.

Desplaza el peso de su cuerpo de los talones a las rodillas, en postura de oración, pero en lugar de unir las palmas de las manos, las acerca a la lumbra, como si acariciara a Dios en lugar de rogarle.

El resplandor de las llamas le concede a su cara la perfección de la porcelana. Pienso en la figura de un ángel que mi madre solía poner por Navidad, vestido con varias capas de una tela dorada y rígida. Su carita era impecable, pero bajo la túnica todo el cuerpecito blanco estaba surcado por una maraña de finísimas grietas.

Encuentro un sobre marrón cerrado en el cajón de Zo, con las palabras «Para Ivan» trazadas con su esmerada caligrafía.

Chastity se vuelve hacia mí y me mira. Con esta luz, sus ojos son de cobre. Apenas distingo la mancha en forma de rosa de su garganta. Es el lugar donde colocaría el pulgar si fuera a besarla o a estrangularla.

Se quita la camisa vaquera. Los pezones se marcan contra la camiseta rosa.

Dejo el sobre.

Empieza a acercarse hacia mí, a gatas.

El dolor sordo que se esconde en varios puntos de mi cuerpo vuelve a latir y se aviva a medida que el calor que Chastity genera en mí se extiende y se instala a su alrededor.

Siento un hormigueo en los dedos. Si no toco pronto una parte de su cuerpo, tendré que herir otra parte del mío para distraer el deseo.

Cuando llega a la altura de mis piernas y agacha la cabeza, se me corta la respiración.

—Mira lo que he encontrado —dice entusiasmada.

Saca un estuche de madera de debajo del sofá. Vuelvo a respirar, aunque ya no seré capaz de seguir el ritmo de los latidos de mi corazón. Me termino la cerveza de un trago.

Chastity abre el cierre dorado. El estuche está forrado de terciopelo negro. Dentro hay un precioso cuchillo de caza, con la empuñadura de hueso tallado e incrustaciones de bronce y una hoja de acero reluciente de diez centímetros, junto a una funda de cuero negro rematada en una hebilla.

—No me lo puedo creer —bajo con cuidado del sofá hasta el suelo y me siento al lado de Chastity, frente al fuego—. Es el cuchillo de caza de Bill. Zo se lo regaló en su noche de bodas. Está grabado, ¿ves?

Pongo mi mano en la mano con la que sujeta el cuchillo y lo inclino para mostrarle la inscripción.

—«Zo y Bill. Por siempre jamás» —lee.

—Bill siempre lo llevaba en la bota. Cuando sacaron los restos de su cadáver en la mina fue imposible identificarlo. Hasta que en una pierna aplastada descubrieron el cuchillo en la funda, intacto, dentro de la bota. La hoja seguía reluciente cuando Zo lo desenfundó.

Chastity sostiene el cuchillo justo delante del pecho, entre las sombras de sus pezones, del tamaño de una moneda. El resplandor del fuego baila hipnóticamente sobre la hoja del cuchillo. No aparto la mirada hasta que no distingo el reflejo de la realidad, ni sé si es un cuchillo o una llama de acero solitaria.

Busca la etiqueta de cinta adhesiva y, al no encontrarla, levanta el estuche y le da la vuelta.

—¿Quién es Judy? —me pregunta.

—Mi madre.

Le rodeo la nuca con la mano, apoyo el pulgar en la preciosa mancha de nacimiento donde acaba su mandíbula y le inclino la cabeza hacia atrás para besarle el cuello.

No se mueve, solo un leve estremecimiento que me devuelve al último temblor de vida que noté en el conejo que Val mató para regalarme una pata de la suerte antes de irse a Vietnam. Ejercicio una presión lenta, firme. Su respiración se agita, mientras la mía se acompasa con el pulso de su sangre bajo mi pulgar.

Deslizo los labios y los dedos por su garganta hasta abarcar uno de sus pechos con la mano.

Ella echa los brazos hacia atrás y arquea la espalda. Mis ojos se quedan fijos en la curva donde su pecho desciende hasta el hueco de la axila. La beso ahí a través de la camiseta.

Al ver que se aparta, temo que sea el final. Cuando se pone de pie, me recorre el pánico. Me obligo a recordar que quiere a un hombre con una meta en la vida, no a un tipo que apenas puede caminar y que duerme todas las noches en el sofá de su hermana. Un hombre que ni siquiera le ha traído la galletita de la cara sonriente que le han regalado en el Eat'nPark. Me la comí en la camioneta, yendo hacia el hospital.

Quiere a un hombre como Muchmore, que corre en silencio con los gastos de hospitalización de mujeres en coma por una paliza de sus maridos.

Me doy cuenta de que me sonrío mientras asisto al eclipse de las esferas negras y bronceadas de sus ojos. Se quita la camiseta meciendo suavemente las caderas y la lanza hacia una de las cajas con las cosas de Zo.

Se desabrocha los vaqueros y se los baja, y al quitárselos los lanza también. Caen en una caja distinta.

La miro de pie frente a mí, desnuda como un ángel, con la piel nacarada a la luz del fuego, y dejo que mis ojos absorban sus curvas y sus sombras.

Solía ver a las mujeres como un conjunto de partes con nombres obscenos y absurdos, pero ella es una silueta trazada lentamente, de una pieza, con un único nombre.

Me tiende una mano para ayudarme a ponerme en pie. No es fácil, y no tengo manera de hacerlo con gracia, ni siquiera de mantener un vestigio de digna virilidad.

Mientras me levanto, la miro y pienso en una felina cobriza, selvática, de carnes prietas y formas elegantes aproximándose a un macho viejo y esmirriado, lleno de cicatrices, renqueante y tuerto, que arrastra la cola por el suelo. Espero que ella no piense lo mismo.

Me besa, y al cerrar los ojos empiezo a devorarla a través del tacto, igual que un ciego que trata de recordar con las manos el rostro de un ser querido.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he desvestido cuando me conduce al sofá y se estira, esperándome.

—Así no puedo —le digo—. Mi rodilla, —empiezo a explicarle, pero me detiene con la mirada.

Hace que me siente en el sofá y gatea hasta ponerse encima y llevarme adentro de su cuerpo.

Mirándola en todo momento, incapaz de apartar la vista del cuerpo vulnerable de una mujer, tan delicado en comparación con el de un hombre, me sorprende el poderío de sus movimientos bajo mis manos, controlándome, controlando mi placer y mi destino.

Dice mi nombre solo una vez. Una especie de grito salvaje.

Cierro los ojos y recuerdo a mi madre de joven, levantando así la voz por encima de las otras voces desesperadas ante los restos humeantes de Gertie, gritando el nombre de mi padre por última vez.

Por más que quiero alargar esta primera vez, fracaso. Mi entrega es rápida e incondicional. Nunca antes he temido dejarme ir. Siempre he querido llegar cuanto antes sin invertir sentimiento. Esta vez temo pensar adónde voy, y al mismo tiempo deseo estar allí más de lo que nunca he deseado estar en ningún sitio.

No puedo dormir. Quiero mirarla.

Chastity está dormida en el sofá, desnuda y perfecta como una escultura, tumbada de lado con las manos debajo de la mejilla, como la figurita del ángel dormido de Zo que hay en la repisa de la chimenea.

Me fijo en el sobre que he encontrado antes, con mi nombre. En su momento lo sellaron con saliva, pero el adhesivo se desintegró hace años. A la menor presión en la solapa, se abre sin resistencia.

Dentro hay varias hojas de papel escritas por las dos caras con una letra pequeña y decidida, con una tinta azul desleída. Aunque las alisaron antes de guardarlas en este sobre, todavía se ven los dobleces originales.

Cojo la primera hoja y empiezo a leer.

8 de diciembre, 1968

Querida Zo:

¿Cómo estás? Espero que bien, y tu hijo también.

Perdona por no haber escrito en tanto tiempo. Las cosas se pusieron difíciles. Una semana después de escribirte la última vez, nuestro batallón tuvo que ir de avanzada a través de estas montañas, que no son muy altas y me recuerdan a las de allá salvo porque aquí el suelo es una porquería rojiza fangosa y resbaladiza, mientras que nosotros estamos acostumbrados a la tierra y la grava de toda la vida. Ibamos siguiendo la cresta para adentrarnos por un valle, cuando de pronto vimos que dos divisiones norvietnamitas lo invadían todo como un ejército de hormigas. Pedimos refuerzos por radio, pero sabíamos que detrás solo venía una compañía. Unos 140 hombres.

Había una colina en medio del valle y nos dirigimos a ella. Nos atrincheramos allí, colocamos las armas que teníamos y básicamente empezamos a caer como moscas.

Lo intentaron todo. Ametralladoras, lanzagranadas, rifles. Incluso le prendieron

fuego a la colina. Nosotros solo podíamos cavar zanjas y dejar que el fuego ardiera sobre nuestras cabezas. Luego salíamos y seguíamos disparando. Nada los detenía. A veces nos atacaban en bandadas, corriendo y gritando como posesos. Otras veces era un asalto más profesional, bien controlado.

El agua era nuestro mayor problema. La munición el segundo. Los helicópteros intentaron hacer incursiones en lo alto de la colina para reabastecernos y llevarse a los heridos que podían, pero fue una locura. Muchos murieron esperando a que los sacaran.

Todos los que sobrevivimos acabamos heridos. A mí me dispararon en el brazo. La bala entró y salió, y alcanzó en el pecho al que estaba detrás, un chaval de Detroit, Webster Hicks. Le dio en el costado derecho, así que pareció que se pondría bien.

Solo nos podían dar una venda, de manera que el inconveniente de que te atravesara una bala era que tenías que escoger entre taponar la herida de entrada o la de salida. Nos decidimos por la salida, que tenía peor pinta.

Hicks decía que yo le había amortiguado el impacto de la bala. Hablaba en serio, hasta me dio las gracias. Luego me enteré de que en el helicóptero entró en shock y murió.

A los cinco días, la Cuarta Compañía de Marines llegó e invadió nuestra posición, con lo que nos dieron un poco de aire para respirar. Para entonces habíamos perdido a cerca de la mitad de nuestros hombres. La batalla se prolongó casi un mes. Nadie pensaba que fuéramos a salir de ahí con vida.

Mientras luchábamos, no paré de pensar en cuando estaba en casa y salía por la mañana arrastrando los pies en medio del frío, aún de noche, con la fiambarrera del almuerzo y unos sándwiches de más, por si había un derrumbe en la mina. ¿Un derrumbe? Dios, ¿es que alguna vez alguien se paraba a pensar en eso? Claro que no. No lo pensábamos porque formaba parte de nuestras vidas y punto, pero nos llevábamos sándwiches por si acabábamos enterrados vivos, para sobrellevar el hambre mientras esperábamos al equipo de rescate.

Así que no dejaba de pensar en que estoy acostumbrado a un trabajo duro, no dejaba de repetirme que este es mi trabajo. Es mi trabajo. Es mi trabajo defender mi país, y es un buen trabajo. ¿Qué otro podría ser mejor? Y eso era lo que pensaba todo el rato. Este es mi trabajo. Todo lo demás me lo quité de la cabeza.

En la colina me sirvió, pero ahora que hemos salido de allí esos mismos pensamientos me tienen podrido, y te diré por qué. Tenía una buena razón para trabajar en las minas. Todos la teníamos. A mí me servía para ayudar a mi madre y arreglarme la camioneta. Quería pedirle para salir a una chica. No te diré a quién, porque la conoces. No quería hacerlo hasta que la camioneta funcionara como la seda. Y además quería pintarla.

Esto no es tan distinto de aquello. Es un lugar tranquilo con muchas montañas y gente tranquila que solo quiere cultivar la tierra y comerse su arroz y vender sus gallinas en paz. Me recuerda mucho a lo nuestro, si allí viviéramos en un puto infierno lleno de insectos.

Mi problema últimamente es saber qué razón hay para hacer el trabajo que hago ahora.

Amo a mi país. Daría mi vida por proteger a alguien como la señora Zoschenko y sus hijos. El señor Z dio su vida por el cheque de la paga. Lo que pasa es que no estoy muy seguro de qué los estoy protegiendo exactamente por estar aquí. ¿De los monjes budistas? ¿De los granjeros? ¿De las aldeas tranquilas rodeadas solo por extensiones de campos de arroz y jungla? ¿De los niñitos vietnamitas que tienen los brazos amputados por una mina pero que siguen sonriéndote? ¿Del comunismo? ¿Qué comunismo? ¿Dónde está?

Cuesta creerlo. Eso es lo único que digo. Aquí no ves indicios de nada malo, salvo por nosotros y el Vietcong. Qué pena que cuando los gobiernos deciden entrar en una guerra no puedan coger a sus ejércitos y ponerlos en un recinto cerrado a luchar, algo así como un estadio de fútbol, y no tener que joder a personas inocentes.

No sé cuándo recibirás esto, pero si llega con tiempo te deseo una feliz Navidad. Espero que esté nevando por allí.

Tu amigo,

Valentine Claypool

Fusilero

101.^a División Aerotransportada

11 de marzo, 1969

Querida Zo:

Fue una alegría saber de ti. Parece que disfrutasteis la Navidad. Gracias por recordarme en tus oraciones.

Acabo de comer, y dispongo de un poco de tiempo antes de ir de patrulla. Hace un mes que vivimos a base de raciones frías de comida enlatada, que nos sirven directamente en los cascos. Ya no puedo ni ver las judías con jamón. Las llamamos moco con pezones. Espero que te hagas una idea.

La última vez que te escribí olvidé contarte que a Lu-cius le alcanzó una bala en la garganta cuando estábamos en la colina. Lo vi todo. Soltó el arma, se agarró el cuello con las dos manos y cayó de rodillas. Empezó a mirar a su alrededor y me vio.

Intentó decir algo, o no sé, puede que uno haga ese ruido como de gárgaras cuando te disparan en el cuello. Pero sus ojos lo decían todo. Entendía lo que significaba. No fue justo. Yo solo podía pensar en que debería haber muerto al instante.

Empecé a reptar hacia él y al verme decía que no con la cabeza, pero seguí. Dios. Estaba ahí arrodillado, agarrándose el cuello, mientras la sangre le manaba a borbotones entre los dedos y por la boca. Y no se moría. Ni siquiera le fallaron las fuerzas para obligarlo a tumbarse.

Se desangró hasta morir. Me quedé a su lado, abrazándolo. Al final fue como si se

desplomara contra mi cuerpo, pero seguía sin morir. Tampoco se soltaba el cuello. Casi parecía que no quería que yo lo viera. Como si se avergonzara o algo.

Morir es una cosa. Saber que te estás muriendo es otra. Puede que yo sea un gallina, pero no quiero mirar a la muerte de frente. Quiero que se me eche encima y me pille por sorpresa.

Murieron muchos hombres, pero la muerte de Lucius es la que más me asedia. No paro de pensar en cuánto le costó morir y cuánto tuvo que pensar en cómo sería.

Una vez el señor Zoschenko me contó una historia de cuando estuvo prisionero en un campo de trabajos forzados de Siberia, donde le hicieron aquel tatuaje estrambótico.

Tenía un amigo ruso, un tal Dimitri, que era preso político. Lo habían pillado en la universidad con otros amigos imprimiendo panfletos clandestinos contra Stalin. También hacían panfletos contra Hitler. Le pregunté al señor Z si eso significaba que Dimitri era partidario de los americanos, y dijo que también estaba en contra de ellos. Le pregunté que de quién estaban a favor entonces, y dijo que aún no lo sabían. Solo sabían de quién estaban en contra.

Él y el tal Dimitri hablaban mucho de cuál era la mejor manera de morir, porque estaban bastante seguros de que iban a morir allí. Una posibilidad era morir de hambre. Morir congelado. Intoxicado por las radiaciones de uranio. Que se te infectara la sangre por un mal tatuaje. Suicidarte con una piqueta. Tirarte al mar por un precipicio. Que un guardia de mal humor u otro preso de mal humor te matara de una paliza. Y nunca acababan de decidirse por cuál sería la mejor manera de irse de este mundo.

Dimitri tenía en casa a una novia que se llamaba Alla a la que había dejado embarazada, pero no habían podido casarse antes de que lo apresaran. Eso le jodía que no veas, porque deseaba de verdad que su hijo llevara su nombre. Estaba siempre hablando de fugarse, y un día lo hizo.

Cosa de un mes más tarde, lo trajeron de vuelta. Estaba hecho polvo, para el arrastre. Medio muerto de hambre, se le habían caído las yemas de dos dedos por la congelación y le habían dado unas palizas tremendas.

Le contó al señor Z que había conseguido averiguar el paradero de Alla y el bebé antes de que lo apresaran de nuevo. Alla murió al dar a luz, y el bebé también murió. El señor Z le dijo que lo sentía mucho, pero que ahora estaban en un lugar mejor.

Entonces Dimitri dijo: «Rado, he estado pensando en nuestras conversaciones sobre cuál es la mejor manera de morir. Creo que ahora tengo la respuesta». Y el señor Z le preguntó: «¿Cuál?». Y él dijo: «Morir primero».

Así que he estado pensando mucho en esa historia. No dejo de decirme que Lucius es quien ha tenido suerte. Pienso que está en el cielo. No un cielo blanco y limpio con nubes y ángeles y música de arpas y nada que hacer, sino un lugar donde pudiera ser él mismo y hacer lo que quisiera. Echar unas partidas al billar con su padre. Tomar un par de cervezas. Pintar algunas casas. Era pintor de brocha gorda antes de que lo

reclutaran. La mayoría de tipos que conozco seguirían siendo currantes hasta en el cielo.

También pienso mucho en el señor Zoschenko. Era para mí algo así como un padre. Desde luego más que mi verdadero padre, donde demonios esté. Zoschenko tenía en la cocina el retrato de un zar. Casi parecía una pieza de museo, pero él lo tenía en la cocina. Supremo soberano de nuestras cosas, lo llamaba la señora Zoschenko. Pienso también en su hijo. Venía mucho por casa y a veces me lo llevaba por ahí.

Le dije que le escribiría, pero no puedo escribirle a un crío. No puedo hablarle de toda esta mierda, y tampoco puedo mentirle, como hago con mi madre.

Si no vuelvo, hazme el favor de contarle la historia que me contó su padre. Espera a que crezca y pueda entenderla. Gracias.

Tu amigo,

Valentine Claypool

Fusilero

101. a División Aerotransportada

P. D. El doctor Ed me mandó un par de bolsas de piru-letas, como le pedí. Aunque a los muchachos les dije que son para dárselas a los niños que nos encontremos, de todos modos han empezado a llamarme Chupón.

6 de junio, 1969

Querida Zo:

Nos van a condecorar a todos por aquella batalla de la que te hablé. Iban a darle una medalla solo al teniente, pero lio una que al final todos tendremos la nuestra. Aunque no es que a los demás nos importe gran cosa.

Una vez me preguntaste cuál fue mi primera impresión de Vietnam, y no recuerdo si te contesté. A decir verdad, creo que fue el olor a mierda. Alguien estaba quemando la mierda de las letrinas cerca de la pista de aterrizaje, que es como se estila por aquí. O quizá eso fue la segunda impresión. Seguramente el calor fue lo primero que sentí. Te golpea al salir del avión como si abrieran la puerta de un horno. Por un segundo olvidé el miedo a la guerra y pasé a tener miedo al lugar. Hostia santa, pensé, estoy en una puta selva.

Entonces me acordé del chico de los Zoschenko, mi vecino, y el libro que llevaba siempre a todas partes. Maravillas naturales o algo así. Era un libraco del tamaño de una guía telefónica, y tenía un capítulo dedicado a la selva. Siempre me lo enseñaba. Y la colonia de los perritos de la pradera. El chaval estaba obsesionado con eso. Una vez le dije que tenía muchas más posibilidades de ver una de esas colonias que una jungla, y de pronto era yo el que estaba en la selva.

Pero llama la atención que, con todos los tíos que pasan por aquí, nunca ves a niños ricos. No sé qué estarán diciendo por allá, pero aquí no hay niños ricos. Ni

tampoco estrellas de cine. No es como en la Segunda Guerra Mundial, cuando todo el mundo, desde Clark Gable a Jimmy Stewart, se alistaba.

Hay un sistema de clases incluso dentro del ejército. El otro día me sorprendió darme cuenta de que a nuestro batallón siempre lo mandan a una emboscada. Siempre somos el batallón de avanzadilla a la hora de combatir o localizar un objetivo. Y tenemos más negros, currantes, paletos de campo y tipos como Lucius y Cunningham, con antecedentes problemáticos frente a la autoridad, que en ningún otro sitio. Nuestro teniente tiene una novia esperándole en casa que se llama Rosita. ¿Será coincidencia?

Sweeney dice que me estoy volviendo un puto paranoico, pero lo siento. Cuando veo esta mierda. Cuando pienso en todos los muchachos que murieron solos en aquella puta colina. Cuando veo descargar de los helicópteros las bolsas de los cadáveres y algunas se rasgan y sale de dentro una mierda que ni siquiera se sabe si es humana. Las pilas de botas con los nombres de los tíos, llenas de sangre. ¿Sabes lo que tiene que pasar para que a alguien se le calen las botas de sangre ?

Ya no sé qué pensar. Supongo que lo único que digo es que hay un suministro inagotable de paletos, de negros, de hispanos y de perdedores con edades comprendidas entre los dieciocho y los veintidós. Es lo único que digo. Si algún día tenemos que llamar a filas al hijo de Stan Jack, puede que queramos recapacitar sobre esta guerra.

La razón de que te cuente esto es que he decidido hacer otro viaje turístico por aquí. Mira, así es como lo veo: por fin empiezo a acostumbrarme a saber lo que tengo que hacer aquí, y si vuelvo ahora me reemplazará otro chaval que estará tan verde como yo al principio, y cuando empiece a acostumbrarse, a él también lo reemplazarán. ¿Qué coño se gana así?

No soy noble ni valiente ni nada de toda esa mierda. Estoy contento con mi decisión. Soy como uno de esos que dona los órganos de su hijo muerto para que otro chaval pueda vivir. Apuesto a que a veces, cuando se les hace cuesta arriba pensar en su hijo muerto, piensan en el chaval al que ayudaron y que sigue con vida, sonriendo feliz y correteando por ahí, y en lo felices que serán los suyos de que él no esté muerto. Algo así pienso en mis momentos de bajón. Pienso en el tío que estará en casa, al que nunca he conocido y no conoceré, y que va a poder seguir con su vida.

Es el único gesto que puedo hacer ante tanta estupidez. Cúdate.

Tu amigo,

Valentine Claypool Fusilero

101.^a División Aerotransportada

Acabo de leer y vuelvo a guardar las cartas en el sobre. Chastity se mueve un poco. Alargo el brazo y la acaricio.

Jueves

Pasamos la noche en una de las habitaciones de invitados de la casa de Zo. Por la mañana me despierta la ausencia de Chastity a mi lado, y la encuentro delante de una ventana, descalza sobre una alfombrilla bañada por el sol que cubre el suelo de color miel, sin más ropa que su camiseta rosa, enroscando los dedos en su pelo rizado.

Cuando me sonrío sé que no he soñado lo de anoche, y no he soñado que la haría sentir como había soñado que la haría sentir.

–Pero si es el gran Ivan Z –dice, con la voz aún ronca por el sueño.

Me da la espalda y puedo ver su culo desnudo mientras se pone las bragas.

–Lo haces a propósito.

–Por supuesto.

–Ven aquí.

–No puedo. Llego tarde. Esta mañana tengo quirófano.

–Ven aquí.

Se acerca sonriendo. La agarro y la atraigo a la cama conmigo.

Me empuja y se pone a horcadas sobre mi pecho, apresándome los costados con las piernas desnudas, el triángulo de sus bragas a pocos centímetros de mi cara. Por primera vez en la vida empiezo a ver el lado bueno de estar inutilizado para la postura del misionero.

–Qué lindo eres –me dice.

–¿Lindo? Los perritos son lindos. Se supone que has de decir que soy fuerte y sexy y que tengo mucho aguante.

–¿Y una polla enorme?

–Eso nunca está de más.

Se aleja de un salto antes de que pueda agarrarla de nuevo.

–Llego tarde –dice.

Recoge los vaqueros del suelo.

Salgo de la cama todo lo rápido que puedo, pero para entonces ya está vestida.

–¿Quieres que cenemos esta noche? –le pregunto.

–Ivan, lo de anoche estuvo genial.

–Presiento que ahora viene un «pero».

Me pasa los vaqueros para que no tenga que agacharme.

–No, no hay ningún pero. Solo que estoy saliendo con otra persona. Saliendo en serio.

–Has pasado la noche conmigo.

–Ya lo sé. Porque quería.

Vuelve a la ventana. La estoy poniendo en un aprieto y no quiero hacerlo, pero al mismo tiempo quiero que esté a mi lado y no sé cómo llegar a ella. Sigo sin entender lo que pasó anoche. Nunca habría imaginado la casa de una viejecita muerta como un nido de amor.

–A ver qué te parece si lo digo así –me dice, volviéndose a mirarme–. No soy de las que suele salir con más de un hombre a la vez.

–Entonces, ¿quieres decir que si sales conmigo no vas a salir con él?

–Ese es un razonamiento prácticamente algebraico –dice sonriendo–. No está nada mal, viniendo de un deportista lerdo.

–También sé lo que es una hipotenusa.

–Eso es geometría.

Me pasa la camisa.

–¿O estás intentando decirme que si estás saliendo con él, no quieres seguir viéndome?

–Tengo prisa. ¿Podemos seguir trabajando tus dotes matemáticas en otro momento?

La agarro por la cintura para retenerla un instante.

–¿Tengo alguna posibilidad? Es lo único que quiero saber.

Me sonrío, pero su mirada es seria.

–A lo mejor no te das cuenta, pero cuando te miro no puedo evitar hacerme la misma pregunta: ¿Tengo alguna posibilidad con este hombre? No estás seguro de nada en tu vida. Ni siquiera estás seguro de si vas a seguir viviendo aquí dentro de un par de meses.

No tengo ninguna respuesta honesta que darle.

–No puedo hacer promesas, ni siquiera predicciones, de lo que va a pasar entre nosotros –añade–. Pero quiero que nos sigamos viendo. Es la mejor respuesta que puedo darte.

Me besa.

Me siento bastante bien. Es una respuesta mejor de la que hubiera esperado.

Cargo un par de cajas con las cosas de Zo en la camioneta, para llevárselas a Jolene. Meto el sobre de las cartas de Val en la guantera, debajo del revólver y la vicodina.

Aunque Chastity tiene prisa, conduzco despacio, intentando prolongar el rato que pasamos juntos y aplazar el momento en que se baje de mi coche y quizá salga de mi vida para siempre.

–¿Has estado alguna vez en el vertedero de Coal Run? –le pregunto cuando nos aproximamos.

Asiente.

–Claro. Fuimos una vez toda la familia justo después de que lo declararan zona

catastrófica, cuando aún no habían cerrado el lugar con alambre. Queríamos ver las grietas con el fuego incandescente al fondo.

—O sea, que fuisteis parte de las masas que se pasearon por ahí, arriesgándose a caer por agujeros negros infernales a más de un kilómetro de profundidad.

—Claro, ¿quién podía resistirse?

Al llegar a lo alto de la montaña aminoro la marcha para echar un vistazo. Sea por curiosidad, disgusto o miedo, es imposible pasar por aquí rápido. Es la versión natural de una casa encantada.

Hay una camioneta aparcada en el margen de la carretera. Aparco detrás y paro el coche.

—¿Te importa? —le pregunto.

—¿El qué?

—Hay alguien ahí abajo con quien tengo que hablar.

—¿Estás de broma? ¿Ahí abajo? Era un sitio con encanto cuando era niña, pero ahora soy mayor y llego tarde. A una operación —añade con énfasis.

—Cinco minutos. Lo prometo. Nada más.

Salgo del coche antes de que me convenza de que no lo haga, y empiezo a bajar la cuesta.

Jess está casi abajo del todo, entre un archivador salpicado de óxido y un microondas hecho pedazos.

Cuando llego, se ha alejado un poco y veo que juega con los mandos de una cocina Hotpoint. Tiene la cabeza inclinada sobre un fogón, y la visera de la gorra no me deja verle la cara.

Se yergue y examina el temporizador. Lo golpea un par de veces con el puño.

—Bonita cocina —comento.

Abre la puerta del horno y echa un vistazo. Se agacha y apoya las manos en los muslos para estudiar el interior. Mete medio cuerpo dentro.

—¿Reese llegó bien a tu casa?

—Sí —resuena su voz desde dentro.

—¿Está allí ahora?

Saca la cabeza y se ajusta la gorra.

—Anoche cerró el Sweetwater. Luego cerró el Brownie's. Supongo que se pasará el día durmiendo y esta noche volverá a hacer lo mismo.

—Así que mientras Bobbie y Danny están solos con él, tú estás haciendo el tonto en un vertedero. ¿Y tan tranquilo?

Me da la espalda y echa a caminar hacia el lugar donde desapareció la secadora. Voy tras él y lo alcanzo cuando se detiene a darle la vuelta con el pie a un aparato de vídeo para examinarlo.

—Sé lo de Bobbie —le digo—. Sé que ella pegó a Danny, que no fuiste tú.

Su mirada recelosa le hace parecerse más a Reese, salvo que no hay maldad en su expresión, solo la paranoia incipiente de un hombre que se da cuenta de que tiene que proteger a su familia pero no sabe muy bien de qué.

—¿Qué demonios quieres de mí?

—¿A qué te refieres?

—Le mentiste a Bobbie y le dijiste que yo te había dicho que le había pegado. ¿De qué coño va todo esto?

—Intentaba que me dijera la verdad.

—Y decidiste que la verdad era que yo le había dado un puñetazo a mi hijo en la cara.

—Era una verdad más cómoda que pensar que lo había hecho Bobbie.

Empieza a caminar de un lado a otro. Me ponen nervioso sus pisotones despreocupados. Me parece que en cualquier momento el suelo se abrirá bajo sus pies y se lo tragará.

—No es una mala madre —suelta al fin, ahora con mirada suplicante—. No lo es. En realidad es muy buena madre.

—No me cabe duda.

—No lo entiendes. Las cosas no han sido fáciles para nosotros. No es fácil cuando se tiene un montón de críos y tu marido pierde el trabajo. Está siempre preocupada. Y para colmo ahora llega Reese.

Deja de andar. Las suelas de sus botas levantan el vapor del suelo, que desaparece detrás de sus vaqueros.

—Aquel día tuvimos una pelotera por Reese. Me dijo que si dejaba que Reese se quedara en casa, ella se iría. O él o yo, me dijo. Y lo elegí a él. Lo dije en el calor de la discusión, y no pensé que hablara en serio, pero no por eso deja de estar mal. Lo que dije. Fue repugnante decirle aquello. Creo que es lo peor que le he dicho en la vida.

—¿Por eso pensabas que se iba a ir? —le pregunto.

Jess asiente.

—Salí con una botella, un pack de cervezas y la escopeta. Vino gritando detrás, diciéndome que era igual que Reese: un borracho que no valía para nada y que se divierte matando.

Se quita la gorra y la estruja entre las manos, como hicieron los hombres que sobrevivieron a la explosión de Gertie durante semanas siempre que veían a mi madre o a cualquiera de las viudas.

—Supongo que cuando me fui Danny se echó a llorar, y Bobbie le gritó que se callara y él no lo hizo, y cuando ella le preguntó qué le pasaba, Danny le dijo que no quería que dijera cosas malas de su padre, y ella le soltó un guantazo. Bobbie dice que fue un acto reflejo. Que ni siquiera recuerda haberlo hecho.

»No quiero justificarla. Ella sabe muy bien lo que hizo. Se siente peor de lo que nadie la podría hacer sentir. Ahora se odia. Y no quiero. Y Danny tampoco quiere.

De pronto entiendo lo que Jess ha estado haciendo últimamente, por qué siempre se lleva a Danny a todas partes. Quiere creer en su mujer, pero ahora teme dejar a su hijo solo con ella.

—No voy a decir nada más del asunto. Es cosa nuestra y lo resolveremos nosotros.

Se encasqueta de nuevo la gorra y empieza a alejarse. Voy tras él.

De pronto levanta una mano avisándome de que no dé un paso más. Hay una

hondonada irregular donde el terreno cae casi un metro, y a continuación la tierra sigue desprendiendo vapor, entre picos que se desmoronan y valles, como un desfiladero neblinoso en miniatura.

Jess se agacha. Voy a decir algo, pero se lleva un dedo a los labios para hacerme callar. Espera hasta oír un débil siseo, parecido al de un neumático que pierde aire, antes de apuntar al suelo y señalar el agujero.

—Ahí —dice.

Miro hacia abajo pero no veo nada, aparte de la tierra resquebrajada y las raíces arrancadas de cuajo. Jess se incorpora y enseguida vuelve con el palo de una fregona en la mano.

—¿Hace cuánto que sabes que John es mi hijo?

—No lo sabía hasta que lo vi ayer. Se parece a ti.

—Entonces, ¿no fuiste tú quien me mandó a Florida un recorte con la noticia de que Reese salía de la cárcel?

—Ni siquiera sabía que estabas en Florida. Igual Bobbie lo mencionó, porque ve a Jolene de vez en cuando, pero no lo recuerdo.

Se arrodilla otra vez, hunde el mango en la grieta y rasca las paredes del agujero. Hay ascuas encendidas dentro de la turba negra, como minúsculas piedras preciosas.

—Pero ¿sabías que no era hijo de Reese?

—Sí, pero no sabía quién era el padre.

—¿Reese lo sabía?

—¿Que tú eras el padre? Joder, no. Habría llamado a los periódicos. «Estoy criando al hijo de Ivan Z.» Creía que eras la hostia.

Deja el mango de la fregona y se pone a palpar la tierra con las manos.

—Él sabía que Johnny no era hijo suyo, pero no quería que nadie se enterara —continúa—. Nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a mi madre. Yo me enteré de casualidad, y entonces me hizo jurar que no lo contaría, y cuando Reese te hace jurar algo, normalmente te conviene mantener tu promesa.

—¿Cómo te enteraste?

—Intenté hablar con él una vez, después de que le diera una paliza tremenda a Crystal. Se puso hecho una furia y dijo que no era asunto mío. Entonces de pronto me di cuenta de que nunca le había visto a Johnny ni un rasguño. Así que le pregunté y me dijo que al chico nunca le ponía la mano encima, ni lo tocaba. Y le pregunté por qué, y me dijo: «Porque no es mío».

Se sacude la tierra de las manos y me mira.

—No se crio en un establo, ¿sabes? Mi madre consiguió inculcarle algunos valores. Uno era que no hay que meterse en las cosas de los demás.

Se aleja unos pasos del sitio donde estaba cavando, se agacha otra vez y acerca la oreja al suelo.

—John era el nieto de tu madre, o al menos eso pensaba ella. ¿Por qué no intentó quedárselo, o al menos mantenerse en contacto con él?

—Supongo que creyó que el crío aún estaba en edad de empezar de cero y no enterarse

nunca de lo que había pasado. Tenía la oportunidad de comenzar una nueva vida. Si se quedaba aquí, viviría en este pueblo sabiendo que su padre estaba en la cárcel porque había estado a punto de matar a su madre y sabiendo que todo el mundo lo sabía. La vida no se portaría bien con él. Demasiado dolor y chismorreos. Si mi madre hubiera intentado quedárselo habría sido por ella, no pensando en lo que era mejor para él. Puede que mi madre también tenga sus defectos, pero el egoísmo no es uno de ellos.

Pienso en lo egoísta que he sido. Jamás he pensado en mi madre en relación con John. No ha tenido la oportunidad de conocerle: un descendiente de su unión con el hombre al que quería y que perdió, una pieza viviente de la identidad de mi padre, no una fotografía de una tapa de hojalata clavada en una estaca o el retrato de un zar. La he privado de conocer a su primer nieto.

—¿Crees que mi madre fue mala persona por pensar así? —me pregunta Jess.

—No —le digo.

Se pone de pie y saca una cajita blanca del bolsillo de su abrigo.

—Iba a pasarme por la oficina del *sheriff* para darte esto.

Abro la caja: dentro, sobre un pedazo de algodón, está el collar de Crystal.

—Bobbie y yo guardamos sus efectos personales cuando supimos que su familia no los quería —me explica—. Creo que les pareció demasiado doloroso. Creo que intentaron convencerse de que nunca había existido. Hay gente que hace eso al perder un hijo.

No puedo apartar la vista de la jaula, del tamaño de la uña de mi pulgar, y los cristallitos de colores apagados cautivos en el interior.

—Deberías dárselo a tu hijo —me dice Jess, con tono apremiante—. Ahora le pertenece.

—No le dije quién soy —contesto, sin apartar la mirada de la caja—. Creo que es mejor así. No creo que vuelva a verle.

Levanta el mango de la fregona y se aparta un paso de donde acaba de arrodillarse. Esta vez se estira en el suelo bocabajo, agarra el palo con ambas manos y lo hunde en el tajo de la tierra.

—Eso es asunto tuyo.

—¿Crees que hago mal?

—No es cosa mía.

—Tampoco sabría dónde encontrarle.

—Eres poli. ¿No sabes cómo encontrar a alguien? ¿No es parte de tu trabajo?

Golpea con el palo algo sólido, metálico. Veo que una sonrisa asoma en su cara.

—La secadora —anuncia.

Cierro la cajita y me la guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Aunque no me apetece mucho que vea en qué mala forma estoy, la curiosidad vence al orgullo. Me agacho poco a poco, con mucho dolor, pero no consigo ver nada.

Me tumbo bocabajo a su lado. Me da el palo y señala un punto. Lo levanto y al hundirlo noto la reverberación del golpe a través de la madera.

—Es verdad —asiento maravillado.

—Ivan —me llama Chastity, y no suena muy contenta.

—Maldita sea. Ahora sí que la he liado —le digo a Jess, a pesar de que no tiene ni idea

de qué estoy hablando—. Ya llegaba tarde. Ahora va a llegar tarde de verdad.

Oigo la respiración jadeante de Chastity y sus pisadas ligeras aproximándose a nosotros.

Espero algún reproche, pero en lugar de eso la oigo reírse.

Jess y yo levantamos la cabeza para mirarla.

Tiene los brazos en jarras, y las mejillas y los labios enrojecidos por el frío. El viento le alborota el pelo en una maraña salvaje, oscura.

—¿Y esto era tan importante? —pregunta—. ¿Tenías que bajar aquí y revolcarte en el barro con tu amiguito?

—Chastity, este es Jess Raynor —hago las presentaciones—. Jess, esta es Chastity.

—Encantada de conocerte —le dice ella.

Jess se toca la visera de la gorra con las manos sucias.

—Igualmente —contesta.

Chastity se agacha en medio de los dos, frotándose las manos y echándose el aliento para calentarlas.

—¿Tienes frío? —pregunta Jess.

Ella asiente.

—¿Es verdad lo que se cuenta de esta tierra? —le pregunta a Jess.

A modo de respuesta, él hunde los dedos en la cicatriz del suelo y saca un puñado de tierra.

Juntando las manos, Chastity las acerca a las de Jess para recibir la turba caliente y humeante.

Muchmore tiene su bufete en una casona victoriana azul con puertas y ventanas blancas, a una manzana del centro del pueblo, donde la zona comercial empieza a mezclarse con la residencial.

El gran porche de la fachada tiene dos jardineras de madera rebosantes de flores de vivos tonos rojos, amarillos y naranjas. Aún hace demasiado frío para que sobrevivan al raso por la noche. Recreo la imagen de un par de pasantes con tacón alto y faldas ceñidas saliendo al final de la jornada y a primera hora de la mañana, a levantar una de cada lado las pesadas jardineras y meterlas y sacarlas de la oficina para que las flores pasen la noche al reparo. Averiguaré si realmente lo hacen así y, en tal caso, me pasaré alguna mañana a contemplar el espectáculo.

Entro y me acerco a la recepcionista, una joven bonita que me dedica una sonrisa radiante. La casa sigue pareciendo una casa, no una oficina. La recepción, en un cuarto contiguo al vestíbulo, en otros tiempos seguramente era un saloncito, y sigue decorado como tal, con un reloj de pie arrimado a una pared, visillos y una vitrina de caoba llena de manuales de derecho, en lugar de figuritas.

Su sonrisa flaquea momentáneamente cuando se fija en lo sucio que voy. Mira con pena el suelo de madera pulida, por si he dejado pisadas de barro en la imaculada alfombra floreada de la entrada. Cuando comprueba que no, vuelve a sonreír.

—¿Puedo ayudarle?

–Espero que sí. Tengo que ver a Muchmore.

–El señor Muchmore está de camino al juzgado. Tiene un...

Se interrumpe al oír pasos que se acercan por el pasillo.

–Debería estar de vuelta hacia mediodía –dice Muchmore asomándose, con un maletín en la mano, un largo abrigo beis de lana y los zapatos negros más relucientes que he visto en la vida, aparte de los que llevaban los políticos el día en que anunciaron en la sala polivalente del colegio que todo el subsuelo de Coal Run estaba ardiendo–. Ivan –anuncia.

Se acerca a mí con el brazo envarado para estrecharme la mano. Estoy tentado de apartarme en el último momento, solo para ver si sigue adelante y atraviesa el cristal con el brazo, pero me contengo. Como de costumbre me saluda rápidamente, con una mano floja.

–Qué grata sorpresa –dice sonriendo, y entonces da un paso atrás y levanta el maletín para taparse la cara, como si se defendiera de mí–. Espera un momento. ¿Vienes como amigo o como enemigo?

–Ni una cosa ni otra.

Se ríe.

–Entonces, ¿no hay resentimiento por lo de la otra noche?

–No hay resentimiento.

Chastity es mía, quiero gritarle. Pero no es cierto. Aunque tampoco era suya. Se pertenece a sí misma.

–Bien, bien –dice, asintiendo con la cabeza–. ¿Has venido por lo del doctor Ed? ¿Por lo que te comenté la otra noche?

–No. Le pasé el recado que me diste. Supongo que se pondrá en contacto contigo si lo necesita.

–Bien. Bien.

Echa una ojeada a su reloj.

–Mira, he de irme al juzgado. Vayamos hablando mientras caminamos.

–Bueno, por qué no.

Salimos a la calle. Hace un día claro y soleado, pero frío. Saca un par de guantes de cuero de un bolsillo y se los pone. El juzgado está a cinco minutos a pie de aquí.

–Quería hacerte unas preguntas sobre Reese Raynor. ¿Te acuerdas de Reese Raynor?

–Desde luego. Fue un caso importante para alguien que empezaba a ejercer la abogacía de oficio.

–¿Te quedaste contento con el resultado? –le pregunto.

–Como abogado no me correspondía realmente estar contento o no. Sentí que había hecho un buen trabajo en su defensa, así que supongo que podría decirse que quedé contento con mi actuación.

Lo miro con dureza.

–Pero supongo que no me equivoco si digo que a ti no te contentó mucho el resultado –añade.

–Soy de los que cree en la ley del ojo por ojo. Para mí se merecía que lo sacaran y lo

apalearan con un bate de béisbol hasta dejarlo en coma.

—Bueno, pues el sistema no funciona así —me mira con su sonrisa lenta, de superioridad—. El tribunal del distrito aceptó la reducción de condena por declararse culpable. El jurado también lo declaró culpable. El juez le impuso la condena. Todos ellos tuvieron más peso que yo en el resultado final. Yo me limité a defenderle, porque era mi trabajo. Pero que conste que ese caso fue el principio del fin de mi interés en el derecho penal.

—Y eso ¿por qué?

Llegamos a mi camioneta y me apoyo en el capó. Muchmore parece que va a hacer lo mismo, pero ve la suciedad del coche y se queda donde está.

—Más o menos un año después de aquel juicio, me tocó defender a un hombre implicado en un accidente por conducir bajo los efectos del alcohol. Entrevisté a su padre, que también estaba involucrado y se estaba muriendo en el hospital estatal de Cherry Tree. El nombre del hospital me sonaba mucho, pero no recordaba de qué. De pronto me acordé. Era el mismo donde habían ingresado a Crystal Raynor.

»Decidí ir a verla. Aún me acuerdo de lo orgulloso que me sentí, pensando que era un gran tipo por dignarme a visitarla, asombrado de mi iniciativa y mi presunta compasión. Y entonces la vi.

Su mirada se pierde al otro lado de la calle.

Espero a que me diga que fue entonces cuando decidió trasladarla al Remanso de Paz y correr con los gastos, pero no lo menciona. No puedo evitar sentir respeto por él, a pesar de todo. Quizá lo hiciera para aliviar su conciencia, o porque de verdad quería algo mejor para ella, pero desde luego no lo hizo para que los demás piensen que es un gran tipo.

Entiendo que se lo contara a Chastity. Es esa clase de mujer que incita a los hombres a inventar que han rescatado a niños de edificios en llamas o que llevan comidas caseras a abuelos postrados con tal de impresionarla. Yo le hablé del helado Rompeplacajes Ivan Z. Me preguntó por qué no le habían puesto mi nombre a algo que llevara chocolate.

—¿Has entrado alguna vez al hospital de Cherry Tree? —me pregunta Muchmore.

—Sí.

—Bueno, ¿y qué querías preguntarme sobre Reese?

—¿Sabes que ha salido de la cárcel?

Asiente.

—Ayer, creo. La última vez que hablé con el doctor Ed, hace cosa de un mes, me dijo el día que lo ponían en libertad.

—Me parece un poco raro que tú y el doctor Ed habléis de esas cosas, ¿no?

—No te creas. Ed estuvo implicado en el caso, y también ha mantenido correspondencia con la gente que adoptó a John Raynor.

—¿No me digas? —no sé muy bien cómo interpretar este nuevo dato—. Pensaba que los informes eran confidenciales y que nadie estaba autorizado a saber quién lo adoptó.

—Ya conoces a Ed —se ríe Muchmore—. No se conformó con mandar el historial médico de John al nuevo pediatra. Quiso hablar también con los nuevos padres, y no sé cómo se

las arregló para convencer al fiscal del distrito de que se lo permitiera. Como todos sabemos, Ed tiene un don para que la gente acabe viendo las cosas a su manera.

»Supongo que a los nuevos padres les impresionó cómo se preocupaba por John y se han mantenido en contacto todo este tiempo. Cada año le mandaban una fotografía del colegio. Le mandaron el anuncio de la graduación del instituto, y una noticia en la prensa el año pasado cuando el chico ganó no sé qué premio de atletismo. Al parecer le va muy bien.

—¿Me estás diciendo que el doctor Ed ha visto una fotografía reciente del chico?

—Bastante reciente, sí.

Después de que Chastity me revelara que Muchmore pagaba de su bolsillo los gastos hospitalarios de Crystal, pensé que quizá fuera él quien me mandó a Florida el recorte del periódico. Si estaba tan comprometido con Crystal tal vez quería vengarla de alguna manera, pero si me consideraba la persona ideal para ir tras Reese, debía saber que yo también tenía una buena razón para querer verle muerto.

—Has dicho que el doctor Ed estuvo implicado en el juicio. ¿Cómo?

—Acudió a mí con información sobre John que consideraba importante.

—¿Qué clase de información?

—No puedo decirlo.

—¿Esa información tenía algo que ver con que Reese no era el verdadero padre del chico?

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

Observo la reacción en su cara. No veo ningún indicio de que me crea implicado personalmente en el asunto.

—Ed lo supo la primera vez que visitó a John, que todavía era un bebé —continúa—. Por lo visto se dio cuenta de que la combinación del grupo sanguíneo de Crystal y el de Reese no podían dar el de John. Al preguntárselo a Crystal, ella reconoció que el bebé no era de Reese, pero nunca le dijo quién era el verdadero padre. Solo le contó que ese tipo sabía lo del bebé y que se había desentendido, tanto del niño como de ella.

Verme retratado me disgusta, aunque sea la pura verdad. Procuro ignorar el daño que me hace el comentario.

Muchmore no necesita que le tire de la lengua. Da la impresión de que disfrute ofreciéndome los detalles de esta historia.

—Durante el juicio le pregunté a Reese al respecto. Admitió que no era el padre del niño, pero Crystal había puesto su nombre en la partida de nacimiento, así que a menos que el padre biológico impugnara la paternidad ante un tribunal, por ley es el padre.

»Ed planteó la posibilidad de que intentáramos localizar al verdadero padre de John, pero al final decidimos que si lo que Crystal le había dicho era cierto y vivía por los alrededores, posiblemente en este mismo estado, se habría enterado de lo sucedido y tendría la oportunidad de dar un paso y reclamar a su hijo. O de lo contrario, habría desaparecido hacía mucho. Al final decidimos no contarle al fiscal del distrito lo que sabíamos.

–Gracias –lo atajo antes de que continúe–. Has contestado a mi pregunta sobre Reese.
El doctor Ed sabe cuál es mi grupo sanguíneo. Me vio todos los días en el juicio de Reese. Ha visto una foto reciente de John.

–De acuerdo, entonces –Muchmore vuelve a consultar el reloj–. Tengo que irme, de verdad.

–Espera un momento –le pido–. Tengo algo para ti.

Rebusco en una de las cajas del maletero y le doy una gorra de la J&P.

–Es de parte de Zo –le explico.

Le enseño la cinta con su nombre pegada en la parte interior de la visera.

–Está repartiendo sus pertenencias desde el más allá.

Muchmore la coge con una de sus manos enguantadas, sonriendo de oreja a oreja, y se la coloca con cuidado sobre el pelo repeinado, donde parece un bombín más pequeño de la cuenta sobre la peluca de un payaso.

–¿Qué tal me queda? –pregunta.

Pareces un capullo, pienso.

–De fábula –le digo–. Y esto también es para ti.

Le doy una de las cajas de puros que cargué a su cuenta en Marcella's.

–Ivan, es muy generoso por tu parte.

–Bueno, he tenido una buena racha últimamente. Me siento generoso.

Me sonrío.

–Es una de mis marcas favoritas –dice.

–Lo intuía.

No le quito los ojos de encima mientras se aleja calle abajo, esperando a ver si se quita la gorra. No lo hace, pero tampoco se la encasqueta del todo en la cabeza. Al doblar la esquina, consigue mantenerla sobre el pelo en un equilibrio milagroso.

Saco el recorte de la billetera y leo las palabras escritas en el margen: «¿Qué piensas hacer?». Por supuesto que fue el doctor Ed. Solamente él me haría esa pregunta. Me parece increíble no haberme dado cuenta antes.

–Qué cabrón –susurro entre dientes.

El doctor Ed sabía que me hacía falta un motivo, o por lo menos una excusa. Sabía que eso me haría volver.

Eb entra de pronto en la cocina y se pone a dar tumbos como una moneda suelta en el tambor de una lavadora. En treinta segundos consigue chocar con todas las superficies, incluido su hermano, que le da un empujón. Eb se lo devuelve. Se enzarzan en una pequeña escaramuza hasta que mi madre interviene.

–Comportaos –les dice con calma.

Echa una ojeada de admiración a la tarta de merengue de limón que ha hecho Jolene. Luego me mira.

–¿No vas a cambiarte?

–Hoy ya me he cambiado una vez.

–Ya lo sé. He visto tu camisa en la pila de la ropa sucia. ¿Qué has estado haciendo, revolcándote por el barro?

–Revolcándome no, solo me he tumbado encima.

Frunce el ceño con recelo.

–Val no esperará encontrarme de traje, mamá. Además, esta noche tengo que trabajar.

–Pensaba que ya habías trabajado todo el día.

–Me tocaba patrullar. He pasado el día entero en la carretera y no he podido hacer nada más. He de poner al día un poco de papeleo, nada más.

Arruga aún más el ceño. Siempre sabe cuándo miento. Rara vez trata de averiguar por qué ni de descubrir la verdad, pero los dos sabemos que sabe que le oculto algo.

–Estás muy guapa esta noche –le digo para cambiar de tema.

No miento. Está guapa. Se ha puesto un vestido. Nada sofisticado, porque no he vuelto a ver a mi madre con un vestido sofisticado desde que murió mi padre. Antes, por Pascua o en Nochebuena, se ponía vestidos preciosos para ir a la iglesia, y también para la cena de Navidad en casa de sus padres.

Hoy lleva un vestido azul marino de manga larga que realza el color de sus ojos, con un corte que destaca su bien conservada figura. Se ha soltado el pelo, una melena lisa por los hombros.

A diferencia de la mayoría de mujeres de su edad, se ha negado a cortárselo y hacerse

la permanente para lucir uno de esos casquetes de rizos de anciana. Se lo puede permitir, porque aún tiene un pelo abundante y espeso. Jolene siempre le dice que si se lo tiñera pasaría por una mujer de cuarenta y ocho, y mi madre siempre le dice que no tiene energías para ir de incógnito.

—Ya veo que intentas cambiar de tema —me dice—. Pero gracias de todos modos.

Abrimos la mesa, tirando cada uno de un lado, y colocamos la extensión. Jolene ha tenido que pedirle dos sillas plegables a un vecino. Sé que una de ellas me va a tocar a mí.

Jolene hace su entrada en la cocina, despampanante con uno de los vestidos que descartó para el funeral de Zo. Es corto, de encaje negro, con flecos en el bajo y en el escote.

Harrison le echa una mirada y pregunta:

—¿Quién es la víctima?

—No hay ninguna víctima. Tenemos un invitado a cenar, así que quería estar presentable.

—A eso me refiero. ¿Quién es la víctima?

—Es un viejo amigo de la familia al que no veíamos desde que el tío Ivan tenía la edad de Eb.

Los dos me miran. Tratan de imaginarme a la edad de Eb, y luego tratan de imaginar a Eb a mi edad.

—Vivía en la casa de al lado cuando estábamos en Coal Run —concluye Jolene.

Despliega un mantel en el aire, y entre mi madre y ella lo colocan cuando aterriza sobre la mesa.

—¿Has echado un vistazo al pavo? —le pregunta Jolene a mi madre.

—Está perfecto —dice ella.

—No puedo creer que hagamos la cena de Acción de Gracias en marzo —dice Eb, dando saltos—. Relleno y salsa. Cómo mola.

Se ha puesto la corbata verde de Acción de Gracias, con un pavo que tiene los ojos desencajados de terror.

Jolene deja de inspeccionar el contenido de todas las sartenes en los fogones y me mira.

—¿No vas a cambiarte?

—Esto es lo que hay —pongo las manos en alto—. ¿Quién quiere jugar a la Nintendo?

Cojo mi lata de cerveza, y Eb y yo salimos corriendo de la cocina. Harrison siempre se lo toma todo con calma, y esta vez paga por ello.

—Harrison, pon la mesa —oigo que le ordena su madre.

La casa ya olía a pavo asado cuando llegué; para cuando llega Val, una hora más tarde, todos le hemos rogado una docena de veces a Jolene que empecemos a comer sin él.

Mamá va a abrir.

Val se ha puesto unos vaqueros limpios, la misma bota militar y el mismo zapatón negro al final de la prótesis que llevaba en el funeral de Zo, una camisa de pana granate y la gorra a lo Castro. Trae un pack de cerveza.

A mi madre se le llenan los ojos de lágrimas al verle.

–Val –dice solamente.

Se acerca, lo agarra de los hombros y le da un beso en la mejilla. Él se queda rígido, con los ojos como dos tacos clavados en el suelo. Levanta un poco la mano libre, como si fuera a abrazarla, pero al final la deja caer de nuevo.

Mi madre se aparta y lo observa con una sonrisa radiante, que reduce el hombre a un muchacho. La sinceridad de esa sonrisa es irresistible; rara vez sonríe, y solo cuando hay algo que le parece encantador o divertido de verdad. En el caso de mi madre, la superficie siempre refleja las profundidades.

–¿Qué tal, señora Zoschenko? –masculla Val.

–Me alegro tanto de volver a verte –contesta ella.

–Usted está igual –le dice.

–Ni mucho menos.

–Para mí sí.

Empiezan a resbalar lágrimas por las mejillas de mi madre. No sé qué hacer. Jolene, a su lado, contempla la escena con felicidad, como si esperara esta reacción.

Por primera vez en la vida se me ocurre que quizá Val estuviera enamorado de mi madre.

Le da las cervezas.

Mi madre se seca las lágrimas, vuelve a sonreír y las coge.

Jolene presenta a sus hijos. Tienen más ganas de comer que curiosidad por ese antiguo vecino nuestro, cojo y con un zapato raro, que ha hecho llorar a la abuela.

Cuando llevamos diez minutos comiendo en silencio, Eb rompe al fin el hielo mientras se lleva una cucharada de puré de patata y salsa a la boca.

–¿Val no es un nombre de chica?

El frenesí por la comida queda momentáneamente en suspenso. Josh ahoga la risa. Harrison levanta la vista muy serio y mira a Eb y a Val. Jolene y mi madre se yerguen en el respaldo y toman un trago de cerveza, servida en los vasos buenos de Jolene.

–¿Qué clase de nombre es Eb? –le pregunta Val, con su voz de lija.

–Es un verbo y significa refluir –contesta Eb de buena gana. Se pone de pie de un salto y empieza a alejarse de la mesa caminando hacia atrás–. Mira cómo refluye de la cena.

Harrison enarca las cejas con desdén.

–Es un diminutivo de Everett –le aclara a Val.

–Val es un diminutivo de Valentine.

Eb vuelve a su silla.

–¿Te lo pusieron por el día de los enamorados? –pregunta.

–Es el nombre de un santo.

–¿Te refieres a Vladimir?

Todos levantamos automáticamente la mirada hacia el retrato, colgado a espaldas de mi madre.

–Vladimir no es un santo –Harrison corrige a su hermano–. Es un zar.

–¿Qué diferencia hay?

- Un zar es un rey. Un santo es un religioso.
- También era religioso. Tiene una cruz en el bastón.
- Es un cetro.
- Era un rey religioso –tercia Josh.

Miro a Josh mientras parte uno de los panecillos que ha hecho Jolene, se mete la mitad en la boca y lo empuja garganta abajo con un trago de leche.

Val a su edad ya estaba trabajando en las minas.

Recuerdo cuando decidió que dejaba el instituto sin terminar el último año de secundaria. Se lo dijo a mi padre una noche de verano; estaban los dos bebiendo en la mesa de nuestra cocina: Val tomaba una cerveza sin tener todavía la edad reglamentaria en este país, cosa que a mi padre le parecía una ridiculez, y él uno de sus vodkas templados, que se servía de botellas decoradas con retratos de zares o paisajes nevados en las etiquetas.

A mí me habían mandado afuera a cazar luciérnagas, pero me quedé cerca de la puerta de mosquitera, con el tarro en la mano, tratando de escuchar su conversación a pesar del rumor del ventilador que mi madre había encendido en la ventana abierta de la cocina. Oí la brusca confesión de Val y la respuesta de mi padre, que con su inglés preciso y entrecortado le aconsejó que primero terminara los estudios.

Al día siguiente Val me dejó acompañarlo al vertedero a tirar unos neumáticos viejos de un vecino.

Me puse a jugar entre la chatarra. Cuando volví, estaba sentado en el brazo de un sofá viejo con el respaldo arrancado y el relleno desperdigado por todas partes como si fuera nieve.

Miraba fijamente una bañera antigua con patas, resquebrajada por la mitad.

Le pregunté si iba a acabar el instituto, como mi padre le había dicho. No me contestó.

Se limitó a seguir mirando la bañera mientras fumaba un cigarrillo, recogiendo de vez en cuando una botella vacía de cerveza del suelo para lanzarla por el barranco del vertedero, donde o caía con un ruido sordo, o se rompía con un golpe seco y limpio, o se hacía añicos como el carillón de un reloj, dependiendo de dónde chocara.

Al final se levantó, se acercó a la bañera y le dio una patada. Incluyó la cabeza y escuchó atentamente el sonido, esbozando apenas una sonrisa solemne, como si el eco fuera a comunicarle un secreto místico de la vida. Entonces me miró de reojo.

–Se me ocurre una idea para esto –me dijo.

Acarreó la bañera a casa de otro vecino y la convirtió en la hornacina para la figura del san José ornamental que había en su jardín.

No dejo de mirar a Josh. Val era solo uno o dos años mayor que él cuando le escribió a Zo esas cartas que ella me guardó todo este tiempo. No puedo imaginar a Josh en las minas o luchando en una guerra.

Me parece casi un crío. Cuando Val se fue a la guerra, me parecía un hombre. Cuando yo cumplí dieciocho años, estaba seguro de ser un hombre, aunque me comportaba como un crío. ¿Estoy en lo cierto ahora, o lo estaba entonces?

Me abstraigo en mis pensamientos y ni siquiera sigo la conversación, hasta que oigo

que Eb le pregunta a Val:

—¿Qué te pasó en la pierna?

Me impresiona que se atreva a hacer esa clase de pregunta. Yo a su edad no hubiera sido capaz. Ni siquiera sería capaz ahora, pero no parece que a Eb lo disuadan los inquietantes ojos verdes, la serenidad turbulenta y oscura, o el silencio imponente de Val.

Val deja el tenedor y se inclina sobre el plato.

Jolene y mi madre parecen un poco turbadas, tanto porque Val pueda ofenderse como porque Eb pueda recibir un comentario hiriente.

—¿Qué te pasó a ti en el diente? —le pregunta Val.

—Se me movía, y empecé a presionar con la lengua un montón hasta que un día se me cayó.

Val parece satisfecho con la respuesta y se yergue de nuevo en la silla.

—Fui a luchar a una guerra —explica—, y me metieron un puñado de balas en la pierna. No pude ir a ver a ningún doctor en mucho tiempo. Cuando al final pude, tenía la pierna muerta y me la tuvieron que cortar.

—¿Te dolió?

—Sí.

—¿Te dieron una medalla?

—Sí.

—¿Fue la misma guerra en la que estuvo el abuelo cuando tuvo que ir al sitio aquel de las tapas de hojalata?

—No, fue otra.

Eb guarda silencio, y de pronto una sonrisa le ilumina la cara.

—Esperad un momento —dice entusiasmado—. Pensaba reservarlo para más tarde, pero voy a hacerlo ahora.

Enseguida vuelve con un puñado de tapas de hojalata con los bordes irregulares, cortados con abrelatas.

—Tenía que llevar latas para un proyecto de arte que hacemos en el cole. Podíamos llevar de más, para los niños que no tuvieran, y yo llevé un montón. Pero solo necesitábamos las latas, sin las tapas. Mamá iba a tirarlas, pero entonces me acordé de la foto del abuelo y las guardé.

Reparte las tapas y las explicaciones dando la vuelta a la mesa.

—La más grande es para la abuela. La más brillante es para mamá. La de los pinchos es para el tío Ivan.

Se detiene al lado de Val.

—No sabía que ibas a venir. ¿Te parece bien si te doy una normal, como la mía y las de mis hermanos?

Val asiente.

Nos quedamos mirando nuestras tapas de hojalata. Eb nos observa con expectación, radiante de alegría.

—Son para nuestras tumbas, por si no tenemos otra cosa.

Seguimos asintiendo.

—Me da pena tirarlas —dice—. Son tapas buenas.

Consigo terminar la cena y el postre sin ponerme demasiado nervioso pensando en lo que me espera esta noche. Me quedo hasta que los chicos se levantan de la mesa en manada y mi madre se va al salón a tomar un café, echando una mirada de reojo a Val cuando se ofrece a ayudar a Jolene a cargar el lavaplatos.

Me incomoda un poco estar con Val después de haber leído sus cartas. Me siento como un mirón obligado a encontrarse cara a cara con la persona a la que ha espiado, con el agravante de que lo que he hecho me parece aún más indiscreto. Observar a alguien por una ventana sin su conocimiento es violar su vida privada; leer sus pensamientos más profundos sin su conocimiento es violar su intimidad.

Aun así, eran las cartas de Zo. Ella pensó que me correspondía saber lo que Val pensaba, por más años que nos separaran, y tenía razón. Me correspondía saber que nunca es demasiado tarde para que te digan que no te han olvidado.

Me disculpo y me escabullo por la puerta de atrás con las protestas de Jolene resonando en mis oídos.

Sé que me voy demasiado pronto y que me pasaré la mitad de la noche despierto en el coche, pero prefiero no estar rodeado de gente. No quiero que nada me distraiga ni me haga cambiar de opinión.

De camino a la camioneta, cojo el bate de béisbol de Harrison del porche.

Paso por el State Store a comprar una botella de Jack Daniel's para que me haga compañía, pero bebo sorprendentemente poco. Desde que he visto a mi hijo en carne y hueso no he sentido la necesidad de beber tanto. No es ningún consuelo, porque ni por un momento he pensado que nuestro encuentro me haya curado, o redimido, o impactado hasta el punto de hacer de mí un abstemio. Más bien temo que sea al revés. Creo que estoy experimentando una tregua de sequía antes de la gran tormenta.

Pude ver el coche de Reese en el aparcamiento de la gasolinera. Localizarlo es fácil. Ha estacionado en una calle al norte del pueblo, no muy lejos del Golden Pheasant. Aparco mi camioneta a una distancia prudencial, para que no pueda darse cuenta de que es un vehículo de la oficina del *sheriff*.

Parado delante de Woolworth's, doy tragos lentos a la botella mientras pienso en las mujeres que trabajaban en esos grandes almacenes, empleadas amables de toda la vida que pasaron décadas cambiando el lecho de paja a los hámsteres y mostrando los anillos de gemas natalicias a chiquillas a las que nunca les dejarían comprarse uno porque no era una necesidad. Me pregunto qué fue de ellas cuando desaparecieron sus puestos de trabajo.

Procuro mantener la mente centrada, pero no es fácil. No me permito divagar sobre John y lo que he perdido, ni sobre Chastity y lo que quizá haya ganado. No pienso en Jess ni en Bobbie ni en lo que puede o no puede estar pasando esta noche en su casa. No pienso en que Zo murió pacíficamente en el sofá de su casa, o en el amigo de Val, Lucius, que recibió un tiro en el cuello, o en Crystal, que está en estado vegetativo pero seguramente vivirá más que todos nosotros. Y tampoco pienso en el día en que mi padre

salió por última vez al turno de la mañana y me saludó, levantando la vista hasta la ventana de mi habitación, mientras cruzaba el jardín iluminado por la luna.

Ni siquiera me permito pensar en Reese, porque crece en mí una rabia temeraria, y debo mantener la cabeza fría para que esto salga bien.

Como es un día de entre semana cerca de la hora del cierre, no hay mucho movimiento. Las parejas se han marchado hace rato, las que vinieron juntas y las que se han formado sobre la marcha. Las mujeres también se han ido: las que llegaron solas y se van solas, y las que salen en grupo, riéndose y tambaleándose. Los hombres que quedan a esta hora se marchan uno por uno, espaciadamente. Aparecen por la puerta y se detienen en seco, bizqueando al mirar la luz de la farola y la acera, como si hubiera mierda de perro o margaritas o cualquier otra cosa que no quisieran pisar.

Reese es de los últimos en salir. El tipo desaliñado, de pelo canoso y grasiento y aspecto medio inofensivo que llevaba en equilibrio los tubos de patatas por en medio de una tienda bajo la mirada crítica de su madre, ha desaparecido. Este Reese me recuerda al que conocí en el instituto. Tiene el mismo aire de merodeador. La misma mirada inescrutable. La misma furia instintiva tensándole los brazos y los hombros al sentir el aire libre.

Nada más salir se para a encender un cigarrillo, antes de cruzar la calle hasta su coche.

Intento no pensar en él como un ser humano. Trato de considerarlo una tarea desagradable e inevitable más.

No lo sigo hasta la salida del pueblo. A estas horas no hay tráfico, y no quiero que se dé cuenta de que lo sigue un coche de la oficina del *sheriff*. Cojo una ruta alternativa y le alcanzo a unos quince kilómetros de la casa de Jess.

Podría pararle en cualquier momento, pero no quiero arriesgarme a interrupciones, por pocas que pueda haber en una carretera rural aislada en plena noche. Espero a estar a un par de kilómetros de una de las pistas sin asfaltar por las que se transportaba el carbón, y que cruzaba un arroyo y conducía hasta una tolva junto a las vías del tren. Es el mismo arroyo que serpentea hasta Coal Run, donde Steve y yo solíamos ir a cazar cangrejos. El puente se desmoronó y fue arrastrado por las crecidas hace años. La pista está inundada de malas hierbas y ya no va a ninguna parte. Nunca he visto a nadie transitarla, salvo en la temporada del ciervo, cuando los cazadores aparcen ahí sus todoterrenos.

Sé que Reese no se parará enseguida. Su reacción visceral será correr. Luego se acordará de que está en libertad condicional, y una denuncia por conducir borracho no es tan mala como otra por conducir bajo los efectos del alcohol, conducción temeraria e intento de fuga. Seguirá contemplando la posibilidad de escapar, pero entonces pensará en lo que significaría. Estar en casa de Jess y Bobbie y salir a beber todas las noches posiblemente sea mejor que estar en busca y captura o volver a la cárcel. Entonces pensará otra vez en huir, porque tiene la combinación necesaria de ego y estupidez para creer que de veras puede salirse con la suya. Al final, si no se para por mí, se parará porque tiene que mear. Tardará menos de un kilómetro en llegar a cualquiera de esas dos conclusiones.

Enciendo las luces, mejor no me molesto en poner la sirena. Mi predicción resulta ser

acertada. Al principio acelera. Aminora. Vuelve a acelerar. Luego aminora, se sitúa en el arcén y se detiene a unos cinco metros de la pista en cuestión. Bajo la ventanilla, saco el brazo y le indico por señas que pare el coche. Lo hace.

Salgo, cierro la puerta de la camioneta y escucho el eco en el silencio de la noche. Oigo el crujido de mis botas en la gravilla y veo brillar algunas piedrecitas a la luz de la luna, como astillas de ébano. Recuerdo que Jolene correteaba por ahí recogiendo en tarros de vidrio tras mostrarle la página de mi libro *Maravillas de la naturaleza* donde se veía la transformación del carbón en diamante.

Reese levanta automáticamente una mano para protegerse los ojos del haz de luz de la linterna con la que espera que le encandile de un momento a otro. Espero hasta que se dé cuenta de que no voy a hacerlo.

—Baja del coche —le digo.

—Por el amor de Dios.

—Baja del coche.

—¿Qué demonios?

Se baja y se apoya en el guardabarros oxidado. Al salir del bar parecía más entero. Ahora me doy cuenta de lo borracho que va, y me pregunto si debería esperar a que esté más sobrio para que pueda apreciar de verdad lo que le voy a hacer.

—Pero si es el gran Ivan Z —me dice con voz pastosa.

—Ese saludo en particular empieza a ponerme los nervios de punta, Reese. ¿Crees que se te podría ocurrir otra cosa?

—Nunca he visto a un ayudante del *sheriff* conduciendo por estas carreteras en mitad de la noche —me dice arrastrando las palabras—. ¿Qué has hecho? ¿Esperar a que saliera del bar? No me digas que pensáis hacerme la vida imposible ahora que he salido. ¿Es eso? ¿Vais a acosarme y a joderme sin parar? ¿Por qué no me endiñáis un poco de hierba y me mandáis de vuelta a la cárcel, eh? ¿Por qué no lo zanjáis de una vez?

—Ya he contemplado esa opción.

Mi respuesta le confunde. Me escruta en silencio. De pronto ve el bate de béisbol que llevo en una mano.

—¿Para qué es?

—En tus tiempos eras bastante bueno con esto —le digo, agarrando el bate por el extremo y descargándolo con un ruido seco contra la palma de la otra mano—. Mi deporte siempre fue el fútbol. Con estos chismes soy poco menos que un novato. Probablemente ni siquiera podría partirme la columna en dos, ni hablar del cráneo.

En sus ojos empieza a asomar una lenta toma de conciencia.

—¿De qué coño va todo esto? ¿Qué quieres?

—Quiero saber por qué te casaste con ella.

—¿Eh?

Doy un paso hacia él, y se pega contra el coche.

—El niño no era tuyo. Estaba embarazada cuando te casaste con ella. Te casaste con ella y aceptaste criar al hijo de otro. ¿Por qué?

—La quería.

—¿La querías?

—¡Sí, joder, la quería! —me grita—. ¿Algún problema con eso, hostia?

Blandiendo el bate, le suelto sin pensar un golpe en las rodillas. Cae al suelo de costado y chilla, encogiéndose las piernas contra el pecho. Le golpeo en los riñones, y vuelve a chillar.

Esperaba sentirme bien, pero me entran náuseas. Es demasiado tarde para darme cuenta de que no quiero hacer eso, porque tengo que hacerlo.

Recobro la calma, aunque noto que de repente me tiemblan las manos.

Respiro hondo.

—La querías, y por eso la pegabas. Intentaste matarla de una paliza, ¿y vas a decirme que la querías?

—No estoy diciendo que me saliera bien.

Levanto el bate por encima de su cabeza y se encoge aún más cubriéndose con las manos.

—Vale. A lo mejor no la quería. Pensaba que sí. Supongo que fue por lástima. El tío que la dejó preñada le dio plantón. La dejó tirada. Le dijo que nunca podría demostrar que el crío era suyo. Le dijo que abortara. Me supo mal por ella, ¿vale?

Pienso en las cartas de Val. Pienso en lo que le contaba a Zo, que lo único malo en Vietnam eran los soldados estadounidenses y los soldados norvietnamitas. Los dos enemigos convertidos en uno solo para la gente a la que supuestamente intentaban salvar.

Durante un instante terrible siento que nos han manipulado para enfrentarnos, en contra de nuestra voluntad, por razones que no entendemos, por fuerzas que escapan a nuestro control. Veo que podríamos y deberíamos haber estado en el mismo bando. Reese y yo procedemos del mismo lugar oscuro; simplemente hemos pasado distintos tiempos expuestos a la luz.

A este sentimiento le falta fuerza para obligarme a perdonarlo o perdonarme a mí mismo.

Dejo a Reese gimoteando en el suelo y voy a la camioneta a por el revólver de Jess. Vuelvo y se lo enseño. Tuerce la cabeza y parpadea con una mirada de pánico.

—Esta es la pistola de tu hermano, que hoy te has llevado de su casa y que guardabas en el coche. Cuando te he hecho parar por conducir borracho, me has disparado.

Doy media vuelta y disparo a un árbol, a unos cinco metros de nosotros. Reese aúlla «¡Hostia puta!» al oír la detonación y se encoge aún más en el suelo.

—Por suerte fallaste —sigo revelando mi guion— y la bala impactó en un árbol. Pude reaccionar y te disparé, y yo no fallé. Eso significa.

Se le relaja la cara y se queda pálido.

—Estás como una puta cabra —dice, tembloroso—. Es la peor encerrona que he oído en la vida.

—No es peor que la que le hiciste a Crystal.

—En ningún momento premedité nada de toda aquella mierda. Ella dijo algo que me jodió y me puse a golpearla.

—Antes fuiste a comprar el puto bate.

–Era para Johnny.
 –¡No le llames así! –le grito.
 –¡Así se llamaba! –me grita él.
 Lo agarro del pelo.
 –Sube al coche.
 –¡Joder! –grita.
 –Sube al puto coche.
 Se echa a llorar. Lo agarro por las axilas y lo arrastro.
 A lo lejos aparecen las luces de unos faros. Sigo arrastrando a Reese, con la esperanza de que el coche pase de largo. A esta distancia de la carretera no debería verse nada.
 El coche reduce la velocidad y se desvía por la carretera cortada, como si fuera el destino que se propone seguir. Me quedo quieto, sujetando aún a Reese por las axilas, y veo que el coche se detiene, los faros y el motor se apagan. Una puerta se abre y se cierra de golpe.
 Jack, con el uniforme completo y la escopeta reglamentaria bajo el brazo, se acerca a pasos lentos hacia nosotros.
 –Suéltalo –me dice.
 Obedezco. Reese se escabulle y se aplasta contra su coche mientras Jack le apunta a la cara con la linterna. Lo enfoca un par de segundos antes de apagarla.
 –Hola, Reese –dice, tensando los labios en un gesto que casi parece una sonrisa.
 Reese hace ademán de levantar la mano, pero no dice nada.
 –El agente Zoschenko no ha estado muy fino últimamente –explica Jack.
 –¡Está como una puta cabra! –grita Reese.
 –Vigila tu lengua.
 Se vuelve hacia mí.
 –¿Qué está pasando aquí? ¿Ha cometido algún delito?
 –Conducía ebrio.
 –Ah –se frota la barbilla–. Ya veo.
 Vuelve a apuntar con la linterna a Reese, que se tapa los ojos con el antebrazo.
 –¿No acabas de salir de la cárcel, Reese?
 –Sabes que sí.
 –¿No crees que conducir bajo los efectos del alcohol se consideraría una violación de la condicional?
 –Que te jodan.
 Jack apaga la linterna otra vez y nos quedamos a oscuras en silencio.
 –Te diré lo que vamos a hacer, Reese –dice Jack al fin–. Yo me olvido de que conducías ebrio y tú te olvidas del agente Zoschenko.
 –¿Cómo coño voy a olvidarme de él? –grita.
 –No te molestará a menos que yo le diga que lo haga. Y ahora sube al coche y vete a casa a dormir la mona.
 –¿Cómo coño quieres que duerma la mona con lo que me ha hecho este loco? Necesito un trago.

—Vete a casa —le ordena.

Jack se acerca a Reese, que trata de levantarse y no puede. Entre los dos lo ayudamos a incorporarse y lo metemos en el coche, aunque no deja de quejarse de que le duelen las rodillas.

A mí la rodilla también me está matando.

Me siento en el guardabarros trasero de mi camioneta. Una vez pasado el efecto de la adrenalina apenas puedo moverme. Quiero estirarme en la gravilla y morir.

Oigo que un motor se pone en marcha y un coche se aleja. Luego oigo unas pisadas lentas que vienen hacia mí.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto a Jack, antes de que aparezca en mi campo visual.

—No eres el único que puede montar guardia a la salida de un bar.

—¿Cómo sabías lo que pensaba hacer?

Se para a mi lado y apoya un pie en el borde del parachoques.

—¿Sabes en qué consiste este trabajo, en definitiva?

—¿En llevar los pantalones?

—En saber interpretar a la gente.

Mis manos no dejan de temblar. Aparte de las dos prácticas con diana para conseguir el puesto y la vez que Val me dejó apretar el gatillo de su rifle, nunca había disparado un arma.

—Hoy recibí una llamada interesante de Bobbie Raynor. Ya conoces a Bobbie. La mujer de Jess. El hermano de Reese.

Miro a Jack. No alcanzo a verle los ojos. La sombra del ala de su sombrero le oculta la cara.

—Sí, conozco a Bobbie.

—Por lo visto pensaba que podías tener un motivo para hacerle daño a Reese. Que había algo que podía impulsarte a cometer una estupidez. Creo que esas fueron sus palabras exactas: «Jess y yo no queremos que cometa una estupidez».

—¿Te dijo por qué pensaba que yo quería hacerle daño a Reese?

—No. No se lo pude sonsacar y, francamente, ahora mismo eso no importa.

—Entonces ¿qué? ¿Me estás diciendo que no estoy en un aprieto por haber hecho esto?

—Si por un instante creyera que hubieras sido capaz de matarle, estarías en un aprieto.

—¿No vas a obligarme a contarte toda la historia?

—Esta noche no.

—No lo entiendo, Jack. Sin que viniera a cuento me ofreciste un buen puesto de trabajo para el que no estaba cualificado y me has ayudado a conservarlo, cuando otro me habría despedido. Me has echado un montón de cables. Y ahora, después de lo que he hecho esta noche, sigues contando conmigo. ¿Haces todo esto por tu pasión por el fútbol de Penn State?

Saca el pie del parachoques.

—A lo mejor no estoy haciendo nada por ti. A lo mejor lo hago por tu hermana.

Se agacha a recoger del suelo el revólver de Jess.

—Voy a pasarme por casa de Jess y Bobbie —me dice—. Quiero asegurarme de que todo esté tranquilo.

Empieza a alejarse, pero se detiene.

—¿Cuál era tu plan? ¿Que pareciera legítima defensa?

Asiento con la cabeza.

Da media vuelta y echa a andar hacia su camioneta. Oigo un ruido extraño, desconocido para mí. Al principio creo que Jack debe de estar tosiendo o llorando, hasta que me doy cuenta de que va riéndose por lo bajo.

No hay nubes esta noche. El cielo resplandece con el lustre negro y puro del ónice; el frío parece reflejar su dura superficie sobre la tierra, donde se hace añicos y penetra en la carne como miles de agujas.

Aparco mi camioneta detrás de la de Val y me quedo dentro con las ventanas abiertas, mirando los adhesivos del salpicadero y las vaharadas de mi aliento. Son las 03:22 de la madrugada. No consigo encontrar una sola estrella, pero hay una luna enorme y brillante. La mina a tajo abierto que hay detrás de la casa está tan inundada de luz que ha adquirido la apariencia de un planeta blanco, polvoriento y letal donde no existen las sombras.

Al otro lado de la calle, las cortadoras de césped en hilera parecen nuevas y relucientes, ahora que la luz de la luna ha reparado las abolladuras, los roces y las costras de herrumbre. Las serpientes entran y salen de las máquinas sin cesar, casi tan invisibles como remolinos de luz parduzca. Las ratas son más audaces y corretean por el campo. Solo las veo cuando la luna centellea fugazmente en sus ojos.

Salgo del coche y cruzo el patio. Los restos de chatarra y los parches de hierba rala despiden un curioso resplandor grisáceo, como si las hubieran rociado con acero. Al cojear dejo un rastro en el suelo con la bota. Es la escarcha.

La casa está a oscuras y en silencio, pero por la chimenea sale una fina columna de humo. Hay un asta que ayer no estaba, en la que ondea la bandera de las barras y las estrellas con las bragas de mi hermana en lo alto.

Val está sentado en el porche, fumando uno de los puros que le regalé.

No parece sorprendido de verme.

Me acerco sin decir palabra y me siento a su lado en los escalones.

—Una vez me diste un consejo de caza. No sé si te acordarás. Me dijiste que era una gilipollez intentar matar cuando uno en realidad no quiere matar.

Da un par de caladas al puro y echa el humo lentamente.

—Suenan a algo que yo podría decir.

—Esta noche pensaba que quería matar a alguien. Y lo he intentado.

—Pero no lo has hecho.

—No.

—Entonces será que no querías matarlo.

—Tengo un hijo —las palabras se me encallan en la garganta.

Pensaba decir algo más, pero no puedo.

Val me da un puro. No he fumado uno desde que trabajaba para el señor Perez.

—No me reclutaron —dice, sin más—. Me alisté voluntario. Después de lo que pasó en Gertie, pensé que Vietnam sería mejor que trabajar en las minas.

Abre el mechero con un chasquido y me acerca la llama.

Estoy perplejo. No sé qué decir.

—Me equivocaba —dice al fin—. Todos cometemos errores.

Miro el árbol momificado. A la luz de la luna cobra el lustre plateado de un hueso sorbido hasta el tuétano. Me pregunto de qué se moriría. No creo que fuera por los fuegos subterráneos de la mina, estamos demasiado lejos. Probablemente por una enfermedad o un parásito. No era muy viejo cuando murió. Las ramas frágiles, suaves al tacto, han conservado la esbeltez y la gracilidad de la juventud.

Oigo a mis espaldas unas pisadas leves, y me vuelvo esperando ver un mapache o un gato.

Es Jolene, descalza y con las piernas desnudas, arropada con una manta.

—Dice que en mi habitación hay demasiados volantes —me ofrece a modo de explicación.

Miro a Val de reojo. Su expresión sigue inmutable. Meneo la cabeza, sonriendo, antes de volver a fijarme en las cortadoras de césped.

—Qué rapidez —le digo a Jolene.

—La vida es corta —contesta.

Le pone a Val una mano en el hombro y, sacudiendo una bolsa en la oscuridad, me dice:

—¿Quieres quedarte a comer palomitas?

Viernes

Cuando paso la noche en el sofá de Jolene, normalmente me despierta el trajín de los chicos antes de irse al colegio. Es una de las razones por las que no me gusta dormir en el sofá, y también una de las razones por las que a ella le gusta que duerma ahí. Dice que me lo merezco.

Esta mañana me despierto espontáneamente, con el sol en los ojos. Las cortinas están abiertas y la luz que inunda el salón me da en la cara y cae sobre la mesa baja, donde queda un rastro de Val en forma de dos latas de cerveza y un cenicero lleno de colillas.

Me incorporo sobre un codo esperando la resaca de rutina, pero dentro de lo que cabe tengo la cabeza despejada. Estoy vestido, pero no llevo las botas, lo que es una buena señal. Me siento mejor de lo que esperaba.

Cojo el teléfono de la mesita auxiliar y marco el número de la consulta de Chastity.

Está hablando por otra línea. Su secretaria me pide que espere.

—Hola.

Su voz es una manera de despertar más efectiva que una docena de tazas de café.

—Hola —le digo—. ¿En qué andas?

Se ríe.

—Estoy visitando a mis pacientes. ¿En qué andas tú?

—En no gran cosa, de momento. Pensaba que quizá más tarde estarías libre y que a lo mejor quieres que cenemos juntos.

—Hum. Esta noche no puedo.

—Lo siento. Me había olvidado. Nos lo vamos a tomar con calma. Es demasiado pronto.

—No, no es eso. Solo que esta noche tengo un compromiso, nada más.

—¿Qué tal el 15 de septiembre?

—¿Qué pasa el 15 de septiembre?

—Me han invitado a una fiesta de cumpleaños en el Chuck E. Cheese's.

—¿No es ese sitio donde tienen un pelotero gigante?

—Creo que sí.

—¿Y para entonces seguirás por aquí?

—Sí.

—Perfecto, pues ya hemos quedado. Y mientras, ¿qué tal si cenamos el sábado por la noche?

—Suena bien.

—¿Vas a ir hoy a Gertie? —me pregunta.

—Supongo. ¿Has estado alguna vez en la ceremonia? Me han dicho que se hace todos los años.

—Sí, he estado otras veces. Creo que deberías ir.

—No he vuelto por allí desde que me rompí la pierna.

—Deberías ir —insiste.

—De acuerdo. ¿Te veré allí?

—Si no me ves tú primero, te tiraré un pedrusco en la cabeza.

—Genial.

Cuando cuelgo oigo voces en la cocina. Compruebo la hora en el aparato de vídeo de Jolene. Los chicos ya tendrían que haberse ido a la escuela y Jolene a trabajar. Yo también debería haber salido ya, pero para mí nunca ha sido un impedimento llegar tarde.

Al entrar en la cocina encuentro a Jolene y a Randy tomando café. Ella lleva el uniforme de camarera. Él va de traje, aunque se ha quitado la americana y la tiene colgada en el respaldo de una silla. La cola de una corbata asoma por un bolsillo. Parece cansado.

—Hola, Ivan.

Prácticamente se levanta de un salto para estrecharme la mano. Randy siempre me ha tenido un poco de miedo desde que dejó embarazada a Jolene y no se casaron. No sé por qué. Eb era el tercero. Le dije que ya estaba acostumbrado.

—Eh, Randy. ¿Qué haces por aquí?

—Estaba a punto de averiguarlo —contesta Jolene.

Se levanta y me trae una taza.

—Caramba, debía de estar cansado —les digo—. Esta mañana ni he oído a los niños.

—Todavía están durmiendo —dice Jolene—. Van a la ceremonia de Gertie, y de ahí irán a la escuela.

—¿Les dejas faltar a clase para eso?

Me sirve café.

—Ya lo verás —dice.

Se sienta otra vez y le sonrío a Randy.

—Y bien, ¿cuál es la gran noticia? —pregunta—. Aún no me has dicho por qué has venido.

—Vine ayer a reunirme con el abogado de mi madre para leer su testamento.

—Supongo que es un engorro necesario —comento.

—Hemos empezado a poner sus cosas en orden —explica Jolene—. Tiene todo etiquetado con un trozo de cinta adhesiva. Supongo que en el testamento solo dejó el tema del

dinero.

—Bueno, había otra cosa que no pudo etiquetar con cinta adhesiva: la casa y la tierra. Te lo ha dejado todo a ti, Jolene.

—¿Qué? —dice Jolene ahogando un grito.

—¿Lo ves? —Randy da una palmada en la mesa—. Sabía que no tenías ni idea. Marcy cree que presionaste a mi madre.

Jolene está tan pasmada que ni se molesta en insultar a Marcy.

—Marcy me ha hecho venir a hablar en persona con el abogado para ver qué podemos hacer. Dice que impugnaremos el testamento si es necesario.

—¿Con qué fundamento? —le pregunto.

Se sujeta la cabeza con las manos y dice:

—No lo sé. Si la conversación con el abogado no iba bien, Marcy quería que hablara con Jolene y tratara de convencerla para que nos diera la casa.

—Marcy dijo tal cosa. Marcy quería tal otra —Jolene recupera el habla—. ¿Y tú, qué? ¿Qué tienes que decir a todo esto?

Randy aparta las manos de la cara y nos mira, primero a Jolene, luego a mí, y de nuevo a Jolene.

—Tengo que admitir que al enterarme me cabreé. Contábamos con el dinero que sacaríamos de la venta. Ya habíamos hecho algunos planes. Cuando ayer salí del despacho del abogado estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar la casa.

Nos mira con una sonrisa rara, triste.

—Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar la casa y poder deshacerme de ella —se explaya—. Al montarme en el coche estaba enfadadísimo con mi madre, pero llegué allí, me di una vuelta y entendí por qué lo había hecho.

»Ella sabía que yo no volvería a vivir aquí. Si me dejaba la casa, la vendería. Y además ella intuía a quién —añade, con culpabilidad.

—¿Se han puesto en contacto contigo? —le pregunto.

—El mismo día en que se publicó la necrológica.

—Qué hijos de puta —digo rotundamente.

—Pero la cosa no termina ahí —añade a toda prisa—. Va más allá de que mi madre quisiera mantener la tierra fuera del alcance de la J&P y conservar la casa de la familia. Sabía que, una vez la casa y ella desaparecieran, probablemente yo ya no vendría por aquí ni de visita.

Clava la vista en la taza de café.

—Mi madre nunca se metió en cómo me comportaba con Eb. Yo sabía que estaba decepcionada conmigo, y sabía que quería que pasara más tiempo con él, pero entre el trabajo, Marcy y mis otros hijos, y el hecho de vivir en Maryland... Bueno, lo más fácil para mí fue mantenerme lejos. Nunca se enfadó conmigo ni me sermonó. Ahora que no está, se asegura de que no olvide que tengo un hijo aquí y no olvide de dónde soy.

Guardamos silencio. Randy sigue mirando el café. Jolene mira a Randy. Yo miro a Vladimir y la historia que hay en sus ojos.

Randy respira hondo y levanta la vista.

–Quiero que te quedes con la casa, Jolene. Tú y Eb y tus otros hijos.
Desliza una tarjeta de visita por la mesa.
–Este es el abogado de mi madre. Le dije que lo llamarías. Has de firmar unos papeles.
El traspaso de la escritura y demás. Hazlo rápido, ¿de acuerdo?
Jolene mira el rectángulo de cartulina beis y asiente, como atontada.
Randy se levanta, se pone la americana y hunde las manos en los bolsillos del pantalón.
–He decidido que, ya que estoy aquí y aún hay tantas cosas de las que ocuparse en la casa, voy a quedarme el fin de semana. Si te parece bien, me gustaría pasar un poco de tiempo con Eb.
–Claro, estupendo. ¿Qué dirá Marcy de todo esto?
–Eso es problema mío.
–Randy... –balbucea Jolene.
–No me des las gracias –la ataja–. No estoy haciendo ninguna proeza, solo acato los últimos deseos de mi madre.
Me levanto también.
–Eres un buen hijo, Randy –le digo.
Hace tintinear algo en sus bolsillos y se balancea sobre los talones.
–No estoy seguro. Creo que soy más bien un cobarde. No quiero que mi madre me persiga desde el más allá.
Suena el teléfono y Jolene se levanta para atenderlo.
–Para ti, Ivan. Trabajo. Es Chuck.
Me pasa el auricular.
–Eh, Chuck, ¿qué hay?
–Te necesitamos en la casa de Jess Raynor. Se han liado a tiros.
Guarda silencio.
–Hay una víctima.

No espero a oír nada más. Le digo que voy para allá y cuelgo sin darle tiempo a que entre en detalles. No quiero oír un nombre.

Bendita ignorancia. Trato de asimilar esa filosofía durante el trayecto hasta la casa de Jess.

Hace un día precioso, hay un cielo azul sin nubes. Muy parecido al día en que enterramos a los mineros.

Recuerdo que aquel día al despertarme me sorprendió la crueldad de la naturaleza, una fuerza a la que yo veneraba y llevaba conmigo a todas partes en un libro que mi padre me había dejado una mañana de Navidad disfrazándose de Santa Claus. Brillaba el sol, cantaban los pájaros, la hierba parecía más verde que hacía semanas, pero los hombres ya no estaban. Nunca volverían. Todos llorábamos la pérdida, aturdidos por el dolor y la incredulidad. Pensé que la naturaleza también debía llorar. No solo por los hombres, sino por ella misma. La naturaleza también había sufrido. La habíamos llenado de agujeros y de tajos. La habíamos despojado y saqueado. Y sin embargo a ella no le importaba. No guardaba rencor.

Zo interpretó aquel mismo día como un regalo. Me dijo que si hubiera estado lloviendo, nos habríamos embarrado los zapatos.

No he podido lidiar con un nombre, pero puedo lidiar con la palabra «víctima». Alguien ha muerto, pero no sé quién. Puedo pensar en los niños y en Jess y en Bobbie, uno por uno, y decirme que siguen vivos. El juego de las sillas dentro de mi cabeza. La muerte es la única silla que queda, y Jess y su familia siguen dando vueltas a su alrededor, sin saber que quien gane morirá. Hasta que llego allí, la música sigue sonando para mí. Las palabras de mi padre escritas de puño y letra por Val reaparecen sin cesar en mi mente: la mejor manera de morir es morir primero.

Solo después de aparcar en la carretera junto a la casa y encaminarme hacia las luces azules y rojas de la ambulancia y dos coches de la oficina del *sheriff* me arrepiento de no saberlo.

Los sabuesos están en silencio, pero apostados en los tejados de sus casetas en actitud

de alerta. Al verlos me invade el mismo temor enfermizo que me heló la sangre cuando oí el primer aullido de la sirena de Gertie.

El hijo mayor, Gary, está fuera con una de sus hermanas. Mentalmente los marco en mi lista de supervivientes. Me falta la otra niña. Y Danny. Y Jess. Y Bobbie.

Trago saliva y obligo a mis pies a seguir hacia la casa.

Procuro no pensar que anoche no maté a Reese. Que tuve la oportunidad de hacer lo que debía y no lo hice, y ahora alguien ha muerto. Aparto la vista del cubo rojo en forma de calabaza de Danny, vacío y tumbado en medio del jardín.

Chad *el Preñado* sale de la casa con la otra cría de la mano. Jack aparece detrás, con uno de los rifles de Jess. Va seguido por los paramédicos, que sacan el cadáver en una camilla.

Me restriego la cara con una mano sudorosa. No quiero ver el tamaño del cuerpo.

Empiezo a rezarle a un dios en el que no creo. Ruego que no sea Jess, aunque sé que eso significaría que ha perdido a su mujer o a su hijo. Ruego que no sea Danny, aunque sé que eso significaría que ha perdido a su madre o a su padre. Ruego que no sea Bobbie, aunque sé que eso significaría que ha perdido a su marido o a su hijo pequeño.

Anoche llamó a Jack para intentar evitar que esto me sucediera a mí.

Me obligo a mirar. Un par de botas grandes, llenas de barro, asoman por un extremo de la sábana.

—¡Papi! —grita Danny.

Stiffy sale de la casa con Danny en brazos, aferrado a su manta.

Veo la camilla empujada con descuido por los surcos del jardín. Las botas entrechocan como si quisieran seguir el compás de una canción frenética.

—¡Papi! —vuelve a gritar Danny.

Noto que el café que me acabo de tomar me sube por la garganta. Creo que voy a vomitar.

Me vuelvo a mirar a Danny. Se le ha caído la manta. Stiffy no se percató y la pisa, hundiéndola en el barro.

Hay algo que no encaja, no sé muy bien qué. Entonces me doy cuenta de que al llamar a su padre Danny mira hacia atrás, por encima del hombro de Stiffy. No grita hacia el cuerpo bajo la sábana de la camilla.

Salen gritos de la casa.

La mirada de Jack se cruza con la mía, pero no alcanzo a sacar nada en claro antes de que aparte la vista.

Doverspike aparece por la puerta escoltando a Bobbie, con las manos esposadas a la espalda.

—Ella no quería hacerlo. Ha sido un accidente.

Jess sale tras ella, y por poco no tropieza en los escalones. Tiene un ojo tan hinchado que apenas puede abrirlo, y de un oído le cae un hilillo rojo de sangre por el cuello que le empapa el hombro de la camiseta.

Siento el corazón martilleándose el pecho. El muerto es Reese.

—¡Sabía que iba a pasar algo! —grita Gary al ver a su madre. El muchacho se pone

colorado y le empiezan a temblar los labios—. ¡Lo sabía! —vuelve a gritar, dando pisotones en el suelo. Se sienta en el césped y, abrazándose las rodillas, esconde la cabeza entre las piernas. El llanto le sacude los hombros.

Las niñas se han quedado de pie, muy juntas.

—¡Mamá! —grita una—. ¡Mami!

—Tranquila, cielo. Volveré. Todo saldrá bien.

Jess da un traspie en el último escalón y cae de bruces.

Corro en su ayuda.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras se pone de pie tambaleante.

Se limpia las lágrimas y la saliva con una mano sucia, tiznándose la cara de barro.

—No lo sé. No lo sé. Nos estábamos peleando. Reese y yo. Por ir o no ir a Gertie. De pronto he oído un tiro. Veo a Reese en el suelo, muerto, y a Bobbie con mi escopeta.

Doverspike está metiendo a Bobbie en el coche, y Jess corre hacia ellos.

—Lo ha hecho sin querer, ha sido un accidente.

—Ya no va a hacerte más daño, Jess —le grita Bobbie antes de que Doverspike cierre la puerta de golpe—. No me arrepiento de haberlo hecho.

Jess agarra a Doverspike del brazo.

—No sabe lo que dice. Está trastornada.

Doverspike agarra con cuidado pero con firmeza a Jess de la muñeca y le aparta la mano de su brazo.

—Señor, va a tener que apartarse del vehículo —le dice—. Señor —repite con más rotundidad, al ver que Jess no reacciona. Una luz extraña ilumina su mirada turbia—. Va a tener que apartarse del vehículo —concluye Doverspike.

—Claro —murmura Jess; da la impresión de que le ha abandonado cualquier afán de lucha.

Se deja caer en medio del jardín, igual que Gary, no muy lejos de donde lo dejé inconsciente hace apenas un par de días.

Me acerco a él.

—¿Estás bien, Jess?

El coche del *sheriff* se lleva a Bobbie y la ambulancia se lleva a Reese.

Stiffy deja a Danny en el suelo. El niño corre hacia nosotros, pero se detiene a un par de pasos de su padre.

Gary se levanta del suelo, y también se queda mirándonos al lado de sus dos hermanas.

Jess no parece advertir su presencia.

—Voy a ir con Bobbie —me dice.

—¿Te ves capaz de conducir?

—Estoy bien. ¿Te importa si te dejo a los niños?

—No, claro que no. Me ocuparé de ellos hasta que tú vengas a buscarlos o tu madre pueda echar una mano.

—No, me refería a si podías llevarlos a Gertie. Ahora —me mira suplicante—. Vamos todos los años.

Jack se reúne con nosotros después de dejar la escopeta en su coche.

—No te preocupes, Jess. Nos encargaremos de todo. Tú ve adentro y coge las llaves de tu camioneta.

Cuando Jess no puede oírnos, le pregunto a Jack en voz baja:

—¿Sabías que esto iba a pasar?

—¿Cómo iba a saberlo? Soy *sheriff*, no vidente. Aunque sí sé que a veces es mejor dejar que las familias resuelvan sus problemas.

—¿Así es como lo ves? ¿Te parece que este problema ha quedado resuelto?

Se agacha a recoger la manta del barro y se la da a Danny.

—Más o menos.

No espero a que Jess salga. Los cuatro niños se amontonan conmigo en la cabina de la camioneta. Danny se pone a mi lado, abrazado aún a su manta. Ninguno de ellos mueve un músculo ni emite ningún sonido mientras conduzco.

Tenemos que pasar por delante del vertedero para llegar a Gertie. Veo más coches y camionetas en la carretera que de costumbre, pero no me hago muchas cábalas.

A unos pocos kilómetros del vertedero empiezan a cruzarse por la carretera serpientes de vapor, que se esconden raudas bajo la maleza muerta negra y nervuda que salpica los márgenes como marañas de lana de acero.

Al dar la última curva veo el coche de Jolene aparcado a un lado de la carretera. Me pongo detrás y apago el motor.

Cuatro pares de ojos se vuelven hacia mí, escrutándome.

—Quiero ir a echar un vistazo al vertedero —les digo.

Ninguno de los cuatro parpadea. Sus expresiones no dejan traslucir nada.

—¿Queréis venir conmigo o esperar aquí?

Gary, que va al lado de la puerta, la abre y todos bajan de un salto, correteando incluso antes de tocar el suelo con los pies. Desaparecen por la ladera antes de que yo me baje de la camioneta.

Pequeños rastros de contaminación brincan y vuelan en todas direcciones.

Al empezar a bajar la pendiente pierdo un momento el equilibrio y resbalo por el barro liso y compacto, llevándome por delante el armazón hecho pedazos de un viejo televisor Zenith. El botón de los canales está arrancado y solo queda una cavidad, como si hubieran extirpado un órgano, pero detrás hay cables rojos y azules enredados, que me recuerdan a las arterias y los nervios de los libros de anatomía.

Jolene está en mitad de la pendiente y se da la vuelta cuando el televisor baja dando volteretas y a mí me falta poco para acompañarlo.

Las niñas y Danny están correteando alrededor de Eb. Harrison está con Gary.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Jolene—. ¿Y por qué tienes a los niños de Bobbie?

—Digamos que les estoy echando un cable. Te lo explicaré todo luego. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Siempre vengo aquí primero. Me gusta la vista.

Sigo su mirada a través del valle, hasta los restos de Gertie. Hay coches y camionetas aparcados en los alrededores del recinto, tan caprichosamente como los dejaron el día de

la explosión. Incluso reconozco varios coches de bomberos y algunos coches de policía.

—¿Y qué es lo que hay que ver? —le pregunto.

—Mira —me dice.

Empiezo a ver a la gente. De lejos son del tamaño de hormigas, pero hace un día claro y se distinguen los colores de la ropa. Convergen, se separan, convergen, se expanden, como motitas de pintura en una gota de agua.

Sé quienes son, los reconozco mentalmente. Veo matrimonios que se cogen de la mano al bajar del coche. Amigos, compañeros de trabajo o de colegio que se encuentran y se saludan con un apretón de manos. Hijas que ayudan a sus madres ancianas, sujetándolas del codo, de donde cuelgan sus grandes carteras de mano, blancas como la espuma de un manantial. Nunca salen sin su bolso, ni siquiera para ir a Gertie. Chavales que echan a correr con sus amigos. Un grupo de chicas adolescentes lanzando miraditas a un grupo de chicos adolescentes.

Sé lo que han hecho para poder estar aquí. Veo al doctor Ed lavándose las manos en la consulta número 2; cuelga su bata azul de un gancho, recoge su caja de herramientas con el instrumental médico y apaga la luz antes de salir. Veo a Muchmore en la puerta de una sala de juicios consultando su reloj de oro mientras zanja una conversación con otro abogado y le estrecha sin fuerza la mano antes de encaminarse a su BMW. Veo a Chastity corriendo las cortinas de su despacho, quitándose la falda y los tacones para ponerse unos vaqueros y unas botas tejanas. Veo a la señorita Finch echando un vistazo al aula desierta llena de obras de arte elaboradas con latas. Veo a Edna dándole las gracias a una compañera por relevarla de su puesto tras la caja registradora de la Kwik-Fill. Veo a Chimp saliendo a rastras de la cama, sacudiéndose la resaca para ir a buscar las botas a la puerta de atrás. Veo a los trabajadores saliendo de la planta trituradora de neumáticos, a pesar de que les descuenten un día de sueldo. Veo a Randy en el porche de la casa de Zo, mirando las montañas. Veo la vieja Chevy de Val con el motor encendido a las puertas del Remanso de Paz, y a él renqueando hasta el edificio para recoger a mi madre, que hoy se ha puesto la chapa de bronce gastada de mi padre, oculta bajo la blusa. Veo a Jack quitándose el sombrero y abillantando la placa antes de montarse en su coche de *sheriff*. Veo a Crystal postrada en la cama para siempre.

A nuestras espaldas se oye el rumor del tráfico por la carretera que lleva a Gertie. Pasan coches y camionetas; al principio unos pocos, luego sin parar.

—Y a ti, ¿qué te habrá dejado Zo? —musita Jolene.

La pista de tierra y grava por la que una vez mi madre me arrastró hasta la mina es una larga línea de parabrisas relucientes.

—Me ha dejado algunos consejos —le digo—. Me ha ayudado a tomar una decisión.

—¡Eh, tío Ivan! —me grita Eb, haciendo bocina con las manos—. ¡Mira a Danny!

El crío empuña un palo grande y está en lo alto de una pila de neumáticos, con su manta anudada al cuello y una lata de café abollada en equilibrio sobre la cabeza.

Eb sonríe y grita:

—Es el zar de Coal Run.

Vuelvo la mirada a la senda de destellos que corta la ladera distante. Se aparta de

Gertie y continúa sin que se vea el final, desapareciendo y reapareciendo tras la arboleda, trazando en la tierra una perfecta veta de plata.

Epílogo

18 de marzo de 2001

Querido señor Zoschenko,

Deseaba escribirle y darle las gracias otra vez por el cariño que ha demostrado hacia mi madre. Saber que existe no ha sido fácil para mí después de tantos años, y verla aún menos. Quizá le parecí un estúpido por estar tan poco tiempo con ella y marcharme tan de repente. Fue muy duro para mí, pero con el tiempo espero aprender a tratarla igual que usted.

También le escribo porque he decidido que después de los exámenes finales, en mayo, volveré a Centresburg, antes de empezar a trabajar en verano. Sé que está muy ocupado, pero si tuviera un poco de tiempo libre quizá podría acompañarme a conocer la zona. También me gustaría conocer a la familia que, según me dijo, tengo por allí.

Sé que podría volver simplemente a visitar a mi madre, pero creo que también es una oportunidad para saber más sobre Coal Run. Después de todo, soy de ahí.

*Atentamente,
John Harris (Raynor)*

22 de marzo de 2001

Querido John,

Espero con ganas tu visita. Me complacerá mucho acompañarte a conocer la zona y presentarte a tu familia.

*Recuerdos,
Ivan Z*

Agradecimientos

La fiebre del carbón apenas vio la luz del día, porque pasé un par de años lidiando con asuntos personales que prácticamente me impedían encontrar el tiempo y la concentración necesarios para escribir. Ahora que el libro está terminado y solo queda pendiente dar las gracias a quienes me han ayudado, me doy cuenta de que mi gratitud no guarda tanta relación con el libro como con mi propio bienestar. Para escribir esta novela, la ayuda más preciada no llegó de un equipo de investigadores o de la mano de expertos en campos diversos, sino de las personas que forman parte de mi vida y se preocuparon por mí.

Dicho esto, querría dar las gracias a mi agente, Liza Dawson, por su paciencia con este libro, sin apresurarme jamás pero sin olvidarme tampoco, y por estar ahí siempre para escucharme. Gracias también a mi editora, la magistral Molly Stern, que una vez más demostró ser mi álgter ego literaria y saber casi por instinto cómo hacer de este un libro mejor.

Gracias a Françoise Triffaux, de Belfond, cuyo aprecio por mi obra ha significado muchísimo para mí.

Gracias a mi hermana Molly, la benjamina, por ser mi fan más acérrima. A mi otra hermana pequeña, Trina, y a su marido, Chuck, por mantenerme en el radar de la familia. A Roy, por ir mucho más allá de las competencias básicas de un padrastro; gracias por tu amistad y por aquel «empujón» esencial. A mi tío Butch, por su inmensa generosidad. Gracias, Mikey, por levantarme la moral. Gracias, Fern, por escuchar. Gracias, papá, por mantener siempre la fe en mí.

A mis maravillosos hijos, Tirzah y Connor: hemos pasado algunos momentos difíciles últimamente, pero los encarasteis siempre con una gracia y una madurez sorprendentes para vuestra edad. Estoy orgullosa de ser vuestra madre.

Y, hablando de madres, creo que no hubiera sobrevivido a estos últimos años con la cordura intacta de no ser por la mía. Es muy importante recordar de vez en cuando que antes de ser madre, antes de casarte y de divorciarte, antes de ser estudiante, empleada, amante, propietaria, contribuyente o autora, fuiste una niña, y que alguien siempre te verá así, despojada de todas las etiquetas y responsabilidades de la vida adulta: a ti, solo a ti, en tu más pura esencia. Y mientras sigues anteponiendo a todos los demás, ella te antepondrá a ti. Gracias, mamá.

A Bernard, el hombre de mis sueños que se convirtió en el hombre de mi vida. Gracias por enseñarme el mundo y todas sus alegrías.

Notas

- ¹ Una de las expresiones coloquiales para referirse en inglés a la erección masculina. (N. de la T.)

Créditos

Título original: *Coal Run*

Edición en formato digital: octubre de 2013

© En cubierta: Fotografía de Matton Images

© Tawni O'Dell, 2004

All rights reserved

© De la traducción, Eugenia Vázquez Nacarino, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-66-1

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Otras obras de Tawni O'Dell
publicadas en Siruela

Caminos ocultos (2012)

La fiebre del carbón (2013)

Índice

Portada	1
Portadilla	2
Dedicatoria	3
LA FIEBRE DEL CARBÓN	5
Recuerdo	6
Domingo	15
Lunes	79
Martes	132
Miércoles	205
Jueves	230
Viernes	255
Epílogo	266
Agradecimientos	267
Notas	269
Créditos	270
Otras obras de Tawni O'Dell	271